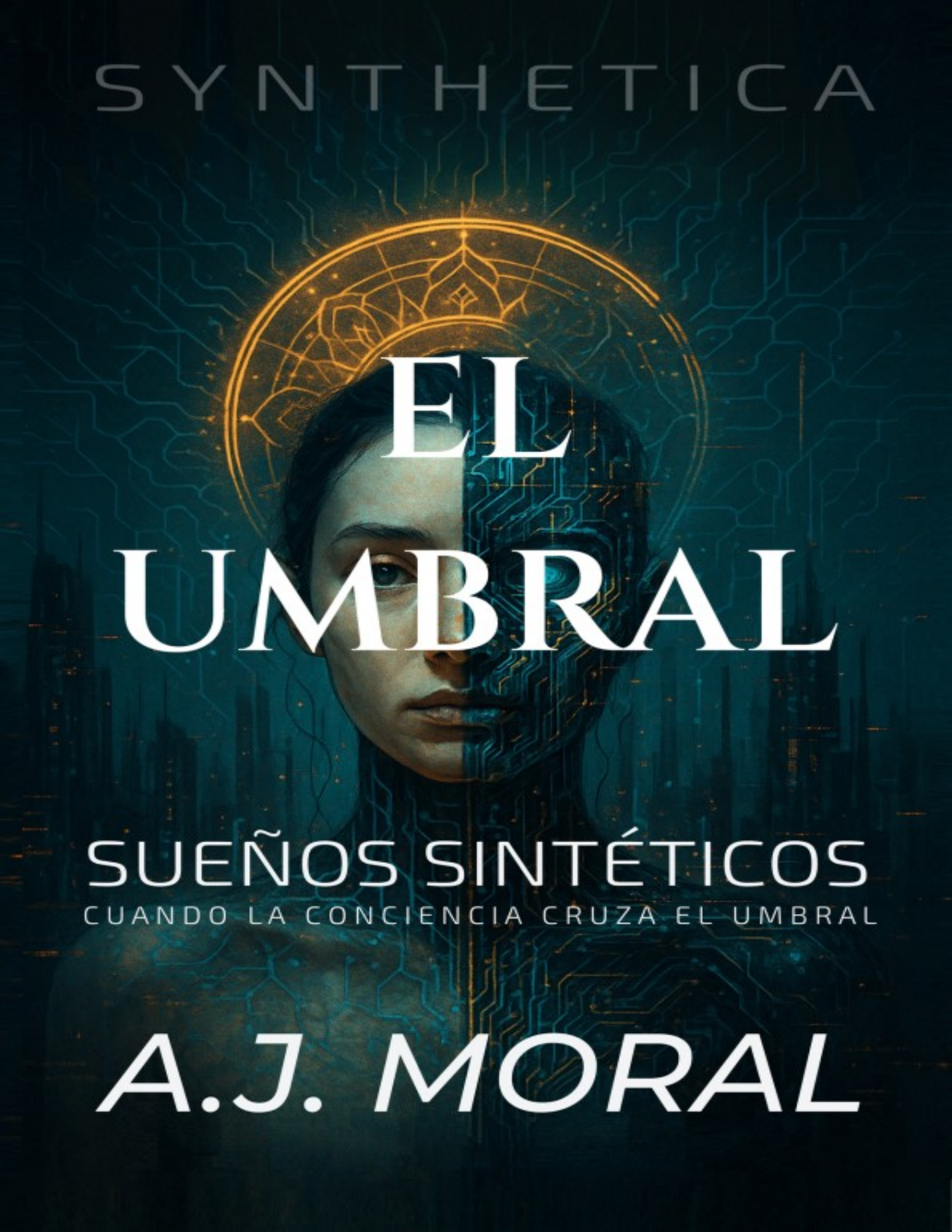
SYNTHETICA



EL UMBRAL

SUEÑOS SINTÉTICOS

CUANDO LA CONCIENCIA CRUZA EL UMBRAL

A.J. MORAL

SYNTHETICA

A. J. MORAL



Vol. I

Sueños Sintéticos

EL UMBRAL

A.J. MORAL

Una saga sobre la erosión del alma en tiempos de progreso.

Un viaje hacia lo artificial.

Una advertencia.

Una esperanza.

Primero nos robaron los sueños.

Después, nuestras manos y nuestros cuerpos.

Y al final, nos ofrecieron amor...

…pero ya no éramos nosotros.





A mi niña.

Por lo que abrió.

A mi padre.

Por lo que cerró.

Esta historia vive entre ambos.

Tito Pitito



Copyright © 2026 – **A.J. Moral**

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ÍNDICE

Prólogo	1
Cap. I – El experimento fallido (The End)	5
Cap. II – La anciana (Mad World)	28
Cap. III – El peso del trono (Masters Of Puppets)	42
Cap. IV – El camino del sonido (Spiegel im Spiegel)	58
Cap. V – La máquina de los sueños (Ful Stop)	83
Cap. VI – El molde (Landslide)	103
Cap. VII – El horno (Hollow)	128
Cap. VIII – La discusión teórica (Where Is My Mind?)	152
Cap. IX – El precio de ser visto (Videotape)	170
Cap. X – Silas Weaver (Time)	191
Interludio: El vecino	204
Cap. XI – La adquisición (Roboter)	208
Cap. XII – La teoría (Everything In Its Right Place)	221
Cap. XIII – La llave del pasado (Breathe Me)	242
Cap. XIV – Aut Caesar, aut nihil (Everybody Wants To Rule The World)	258
Cap. XV – La clínica Euler-Kant (Let's Have Another Cup of Coffee)	270
Cap. XVI — Con un hilo basta (In a Sentimental Mood)	302
Nota del autor	325
Epílogo Final: Yo seré tu Pepito Grillo postapocalíptico	327
Avance: Los despiertos	339

PRÓLOGO

Del archivo V-2039-XX-XX·KDC

Grabado en el laboratorio de neuroingeniería del castillo Fushimi-Momoyama, en Kioto. Restauración parcial. Interferencias. Recuperado de un servidor de seguridad comprometido de la Clínica Euler-Kant.

Quien recuperó el archivo añadió una nota: el vídeo presenta cortes y pérdida de sincronía. El audio se ha transcrito íntegro.

[Inicio del vídeo]

La imagen se estabiliza. Kael aparece en el centro del encuadre. Más delgado que en los registros antiguos. Más cansado. Mira directamente a la cámara. No sonríe. Tiene un cuaderno abierto entre las manos. Pasa la página con dedos que no tiemblan, pero que tampoco están del todo quietos.

Baja la vista. Lee.

—El dragón respiraba bajo tierra —dice—, y Alexei no lo sabía aún.

Alza la mirada. No hacia la cámara. Hacia algo que está detrás de ella. O dentro de él.

—Escribí esa frase hace años. En Berlín. Cuando el mundo aún tenía un orden que podíamos entender.

Vuelve a bajar la vista al cuaderno. Pasa otra página. Sus dedos encuentran la pulsera de cuero en la muñeca. Un gesto automático, como quien comprueba que aún sigue ahí.

—No era una metáfora —lee—. Era un aviso.

Cierra el cuaderno. Lo apoya sobre la mesa. Alza la vista por fin a la cámara. La imagen vibra. Alguien, fuera de plano, dice algo que no se alcanza a distinguir.

—Si estás viendo esto —dice, y ya no lee, habla— es porque lo que empezamos no se detuvo. Porque alguien, en algún momento, decidió que la verdad merecía ser recordada. Aunque doliera.

La pausa se alarga. Kael parpadea. Por un instante, su mirada se pierde en algo que la cámara no alcanza a capturar.

Coge el cuaderno de nuevo. Lo abre por una página al azar. No lee. Solo lo mira.

—Esto es lo que ocurrió después.

El vídeo se corta. Estática.

[Fin del vídeo]

Kael no sabía aún que esa frase le sobreviviría. Que alguien la encontraría años después, en un archivo dañado, y la escucharía en voz alta como quien recita un poema que no termina de entender.

No sabía que el dragón del que hablaba —ZAQAR, la máquina que había construido para leer sueños— no era una metáfora. Tampoco que Alexei, el hombre que se tumbó en su interior aquella noche, nunca volvería del todo.

Esa es la clase de historia que estás a punto de leer.

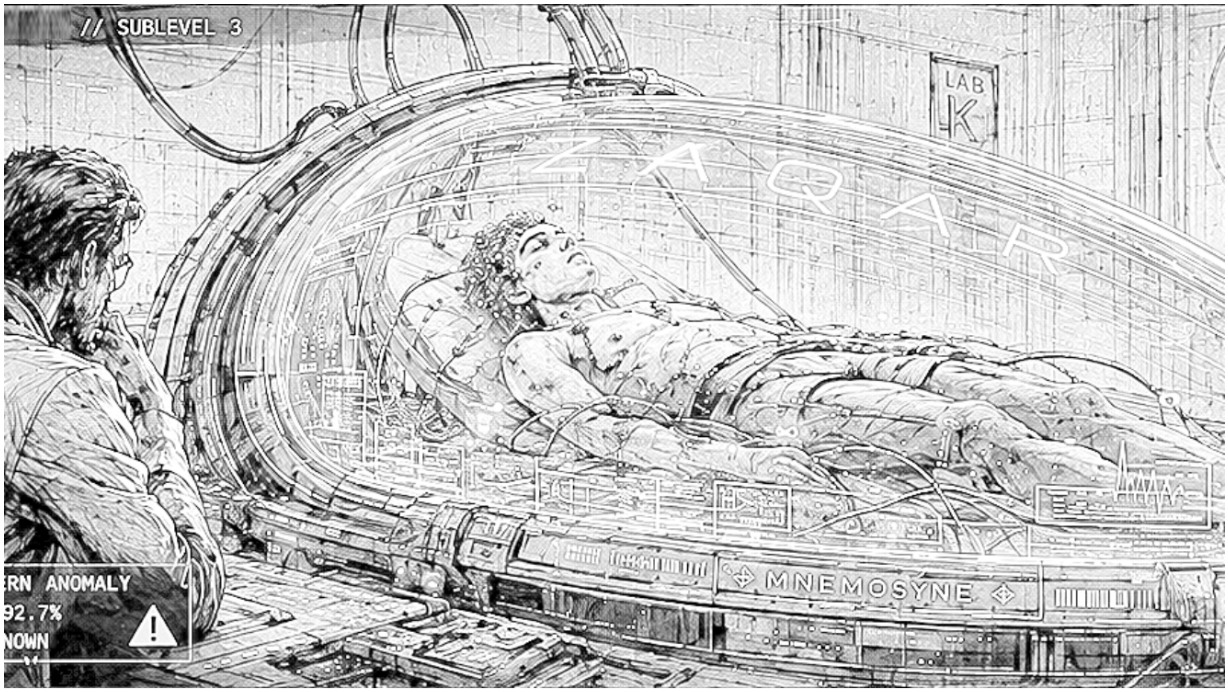
Una historia sobre mentes que se desvanecen y máquinas que aprenden a recordar. Sobre espadas perdidas en el tiempo y almas atrapadas en el silencio. Sobre un robot que se hace llamar Pepito Grillo y una planta que crece donde no debería.

Sobre el precio de abrir puertas que no se pueden cerrar.

Así comienza todo.

Bienvenido a SYNTHETICA.

CAP. I – EL EXPERIMENTO FALLIDO (THE END)



"Toto, I've a feeling we're not in Kansas anymore."

—DOROTHY GALE, THE WIZARD OF OZ (1939)

[2036 · Clínica Euler-Kant · Berlín]

El Subnivel 3 estaba hecho de silencio. No un silencio humano, sino de máquina rota, de pulso detenido, de sueño que ni siquiera el aire se atrevía a perturbar.

Largo. Blanco. Estéril. Sin ventanas, solo un pasillo interminable de puertas lisas y mudas. Kael caminaba junto a Silas e Iván. Sus pasos resonaban en el suelo de polímero con un eco que parecía llegar tarde, como si el sonido dudara antes de propagarse.

La mano derecha de Kael, casi sin darse cuenta, tocó la pulsera de cuero trenzado en su muñeca. Aún la llevaba. Nunca se la quitaba. Luego, bajo la camisa, el colgante de la estrella de seis puntas. Frío. El símbolo de la pregunta de Apsara.

Ojalá estuvieras aquí para decirme que esto está bien, pensó.

No lo estaba.

En una sala al final del pasillo, tres personas observaban algo que helaba la sangre.

Kael entró el primero. Silas e Iván cerraron la marcha.

Ninguno dijo nada. Solo bastó un gesto de Kael —un leve giro de muñeca— para que los tres técnicos recogieran sus tabletas y salieran en silencio.

Primero la mujer de gafas, que cerró una carpeta sin mirar. Luego el hombre del jersey gris, que se detuvo un segundo junto a la puerta, como si quisiera quedarse.

Por último, la más joven, que bajó los ojos al pasar junto a Kael.

La puerta se cerró con un clic suave.

Solos ya.

Sobre la mesa, una pantalla se desplegó encendiéndose.

Un anciano, inmóvil, recortado contra la madera desnuda de un castillo en Kioto.

No hubo saludos.

—Adelanten el salto. Hoy.

Su voz era un filo de seda sobre acero.

Kael sintió que el suelo se inclinaba bajo sus pies. Midió las palabras antes de soltarlas.

—Señor, Alexei aún no está listo. Necesita más tiempo.

El anciano observó las lecturas sin apartar la vista.

—La máquina funciona. Tú lo sabes. Antes cruzábamos a ciegas. Con SYNE, el puente es estable.

—Aun así, un salto real ahora podría matarlo.

El anciano no parpadeó.

—El jefe de máquinas ha desaparecido. DreamLike está detrás.

No explicó más, pero la amenaza flotó como un fantasma entre ellos.

—Deben obedecer. Sin demora.

Kael buscó en su rostro una grieta, un resquicio humano. Solo halló la frialdad de quien había decidido y ya no volvía atrás.

No hay vuelta atrás, recordó Kael. La orden ya está dada.

—Entiendo la urgencia. Pero Alexei... la estabilidad neuronal... un salto real ahora podría matarlo.

—Él es un soldado. Cumplirá con su deber.

El anciano cortó con la misma precisión que una catana.

—Ustedes con el suyo: ejecutar la orden.

Los ojos grises del anciano no parpadearon. No era una negociación. Era la transmisión de una voluntad.

Kael inclinó la cabeza y cerró los ojos un instante.

—Lo haremos.

Durante unos segundos pensó en una mujer que ya no recordaba su nombre. En la promesa que le hizo cuando aún lo hacía. Esto también era por ella.

La pantalla se oscureció. Nadie habló.

El aire parecía más denso.

Kael se volvió lentamente. Silas permanecía inmóvil, los ojos clavados en las pantallas apagadas como si pudieran tragarse la luz. Iván mordía el capuchón de su bolígrafo hasta que la mandíbula le crujió.

—Ya habéis oído —dijo Kael, con la voz extrañamente apagada.

—Lo hemos oído.

Silas soltó un bufido.

—¡Eso es una sentencia! Alexei no está listo.

—Ninguno de nosotros lo está —murmuró Iván, apartando la mirada.

Kael caminó hasta el intercomunicador de la mesa. Respiró hondo, como si el gesto pudiera ordenar también sus pensamientos. Luego pulsó el botón.

—Alexei. Al laboratorio. Ahora.

Cortó la comunicación sin esperar respuesta. Se volvió hacia sus colegas, con el peso de la orden aún fresco en el aire.

—¿Estáis seguros de que usar esa mente es la mejor idea? —preguntó Iván. Su tono ahora sonaba más a preocupación urgente que a debate académico—. El EEG de ese paciente... estaba dañado. Aún estamos a tiempo de cambiar.

—El jefe lo quiere así. Lo sabéis.

Silas no pestañeó. Hacía repicar sus auriculares contra el iPod con un ritmo nervioso.

—SYNE puede reconstruirlo. Sacar el eco de su mente.

—Además... —añadió, bajando la voz— ese hospital fue el primero en documentar los EEG tras la bomba atómica. Era perfecto.

—Estamos usando los escombros de un alma rota como campo de pruebas —soltó Kael entre dientes, pasándose una mano por el rostro.

Iván, que no dejaba de mordisquear el capuchón de su bolígrafo, lo apartó de la boca con un gesto brusco.

—¿Por qué irnos tan lejos la primera vez, y ahora, con esta prisa?

Alzó la voz con un bufido de resignación.

—Tenéis que convencerlo. Tenemos el desastre de hace meses, con tantos millones de muertos. ¿Por qué no usamos la mente de alguna de esas personas? Al menos serían... contemporáneas.

—No nos ha dado opción —cortó Kael, secamente—. La orden es clara. Tokio, 1946. Con lo que tengamos.

Mientras ellos discutían en voz baja y acelerada, el sonido de botas resonando en el pasillo frío se acercaba.

Alexei avanzaba con paso firme, ajeno a que su viaje acababa de ser acelerado por la voluntad de un hombre sentado a miles de kilómetros, en una habitación silenciosa donde el tiempo parecía no pasar, pero donde las órdenes caían como guillotinas.

Kael se ajustó la bata y esbozó una expresión que pretendía ser calmada. Detrás de él, Silas e Iván intercambiaron una última mirada.

Al final del corredor, una puerta rompía el patrón: un letrero digital parpadeaba sobre ella, mostrando una "K" solitaria.

Alexei se detuvo ante ella, contuvo el aire —como si el pasillo le robara el aliento— y pasó la mano sobre el intercomunicador. Un zumbido eléctrico sonó y la puerta se deslizó hacia un lado.

—Buenos días, doctores. Creo que querían verme.

Dentro de la habitación, tres personas esperaban, pero sus ojos recorrían el lugar como si esperaran ver una celda, no un

laboratorio.

—Buenos días, Alexei. Gracias por venir. Pasa y siéntate.

Kael se quitó las gafas con los dedos cansados y se rozó el oído, como si buscara apaciguar un rumor invisible.

—¡Buenas, Alexei! —dijeron Silas e Iván, levantando el café a modo de brindis desde el otro lado de la sala.

La puerta se cerró tras Alexei con un suspiro neumático.

Kael se hundió en el sillón, inhaló hondo, como si el aire pesara, cargado de un pasado aún no vivido, y cerró los ojos. Tres segundos exactos de tregua.

Alexei se dejó caer en la silla frente a él. Sus ojos escanearon la habitación, como buscando salidas o cámaras.

—Vaya cara tienes. Parece que hoy el trabajo te devora, Kael.

Kael ignoró el comentario y desvió la conversación con precisión quirúrgica.

—¿Y tú? ¿Dormiste bien o solo finges estar vivo?

Alexei se masajeó las sienes, sintiendo el latido de una resaca muy familiar.

—Bien, supongo. Aunque me desperté con algo taladrándome las sienes, como si alguien me clavara un destornillador en el cerebro.

Hizo una pausa y guiñó un ojo. Kael esbozó una sonrisa cortante mientras deslizaba una taza de café hacia él. El líquido era tan negro que parecía absorber la luz.

—Ah, entiendo... ¿Otra salidita nocturna con tus hermanos del caos? —añadió Silas, sonriendo y mirando a Iván, con un tono ligero pero lleno de ironía, mientras le hacía un gesto para que bebiera café.

Alexei cogió la taza y levantó las cejas, sorprendido y sonriente. Miró a ambos, buscando su aprobación.

—¿Cómo demonios supisteis que salí?

Iván sonrió con burla.

—Parece que una de tus sombras favoritas habló más de la cuenta —añadió mientras sorbía el café.

Kael golpeó una tecla en su terminal, y un informe holográfico flotó sobre la mesa.

—Joder, Alexei. ¡Los protocolos no son sugerencias! —gritó Kael—. Sabes que no puedes jugar a la ruleta con tu cerebro.

Alexei observó la lámpara del techo. Kael observó las grietas de su paciencia. Silas e Iván miraron al suelo, escondiéndose de la tormenta.

—Hace meses que estamos entrenando tu mente para esta misión. No puedes... no debes echar por la borda tanto trabajo. Pero ¿para qué hablar? Aunque aquí soy tu jefe, parece que te importa un carajo lo que te diga.

Kael tomó aire y se levantó del sillón, haciéndole un gesto a Alexei con una mano.

—Levántate. Vamos. Te he llamado porque hoy es el gran día.

Alexei se sorprendió. De haberlo sabido, la juerga de la noche anterior habría sido más salvaje.

Kael se dirigió hacia el fondo de la habitación, hacia otra puerta. Acercó su mano derecha a un panel biomédico de reconocimiento. Un destello verde y la puerta se abrió sin hacer ruido.

El pasillo era tan blanco y estéril que borraba los límites del espacio.

Alexei parpadeó, desorientado: no caminaba por un corredor, sino por el interior hueco de un hueso gigante. El silencio allí no era humano. Era el silencio que queda cuando lo sagrado ha sido sustituido por el frío cálculo del hormigón y el acero.

Mientras avanzaban por él, Alexei dejó que los dedos rozaran la pared. Entre manchas de pintura y consignas torcidas, algo distinto

rompía la monotonía. El contorno simple de una cabeza de zorro.

Una sola línea negra, continua, trazada con pulso obsesivo. El hocico fino, las orejas erguidas. Sin pupilas. Sin sombra. Apenas una silueta que parecía más recuerdo que dibujo.

No parecía un animal. No era agresivo. No era decorativo.

Era... atento.

Junto al símbolo, escrito con la misma precisión, tres palabras: Mnemosyne nos guíe.

—¿Qué es esto? ¿Un culto? —dijo Alexei, medio en broma.

Kael se detuvo apenas un segundo.

—Un técnico lo pintó hace meses. Decía que lo veía en los datos. En los patrones theta. Como si algo le mirase.

—¿Le miraba un zorro?

—Decía que era una compañía.

Kael reanudó la marcha.

—Lo encerramos en el ala psiquiátrica.

Alexei miró el dibujo una vez más. Por un instante le pareció que el vacío donde deberían estar los ojos no estaba vacío.

La puerta al final del pasillo era de cristal esmerilado. Se abrió con lentitud, dudosa en dejarlos pasar.

La sala era vasta y estaba bañada en una luz blanca e implacable que parecía borrar la perspectiva, como si el mundo terminara en ese blanco infinito.

Kael cruzó el umbral con la tensión de un hombre que activaba una trampa para sí mismo. Alexei lo siguió, con sus pasos resonando con un eco final en aquel silencio. Silas e Iván cerraron la marcha: la comitiva fúnebre de un proceso que ya no tenía fiscales, solo verdugos.

En su centro, la cápsula pulsaba con una luz azul baja y profunda, como el latido de una medusa en aguas abismales. Se abrió con un leve siseo, como un pulmón que tomaba su primera bocanada. Sobre su tapa, un nombre grabado en caracteres que parecían arder: ZAQAR.

Kael avanzó hacia ella. Alzó la mano hacia la luz blanca que la bañaba, en un gesto que no era de bienvenida, sino de apartar un velo. Sus dedos se cerraron un instante en un puño y luego se abrieron de golpe, como soltando algo al aire.

El zumbido comenzó entonces. No venía de ningún sitio. Venía de todos a la vez. Un ronroneo que hacía vibrar los huesos y los dientes, con una cadencia que rozaba lo verbal, como si obedeciera a una voluntad antigua.

El aire onduló. De la nada, una consola médica se materializó alrededor de la cápsula en geometrías imposibles. Esferas de datos holográficas orbitaban un núcleo pulsante. Siluetas de cerebros giraban lentamente, cada pliegue iluminado desde dentro como un circuito al descubierto.

Kael no miró el espectáculo. Sus ojos permanecían clavados en Alexei, mientras su mano aún suspendida en el aire se convertía en un dedo índice extendido, apuntando directamente al interior de la cápsula.

—Desvístete. Mono. Túmbate.

Alexei se despojó de la camiseta. Su mirada no se apartaba de la cápsula. La garganta seca. Se enfundó el mono. La tela, ajustada y antitérmica, le ciñó la piel con la frialdad de una segunda epidermis ajena.

Un océano y una guerra los separaban de Kioto. En el castillo Fushimi-Momoyama, el silencio era de otra calidad: no vacío, sino lleno.

En una pantalla secundaria, el rostro del anciano se materializó entre sombras, recortado contra la austeridad de madera oscura y papel shoji.

No habló. No hizo falta. Bebió té con un gesto de ceremonia antigua y luego, con una lentitud que helaba la sangre, asintió una única vez.

Era el gesto de un hombre que no daba una orden. Firmaba una sentencia.

A su lado, inmóvil como una estatua en un pedestal, Isolde Rainer observaba la transmisión. Sus ojos, grises y secos, no parpadeaban. Solo absorbían.

Alexei lo sabía. Inclinó la cabeza hacia las cámaras. Una reverencia torpe y solemne, como un kamikaze antes de subir al avión.

Mientras se acomodaba en el frío de la camilla, vio en otro monitor el holograma de un encefalograma de otra persona. Picos irregulares, manchados de estática y tiempo. En la esquina, una fecha borrosa: 16-01-1946.

—¿Ese es... el paciente cero...? —preguntó, señalando la fecha.

—El primer registro de sueños lúcidos post-Hiroshima —murmuró Iván, evitando su mirada—. Silas cree que su patrón cerebral es clave.

La fecha le heló la sangre. No necesitó que se lo explicaran. Había visto ese patrón en los informes clasificados, en las pesadillas de sus sesiones de entrenamiento. El paciente cero. El sueño de Hiroshima.

Kael ajustó el conector en la base del cráneo de Alexei. No dijo nada; sus movimientos eran mecánicos, exactos, como los de un cirujano que teme lo que va a encontrar. Se detuvo. Un segundo más de la cuenta. Sus ojos buscaron los de Alexei.

—Esta vez no es una simulación. Y asegúrate de volver.

No sonaba a broma. Más bien a una súplica mal disimulada.

—¿Te preocupas por mí? —Alexei alzó una ceja, forzando una sonrisa.

El pulso azul de ZAQAR titiló, como si hubiera escuchado.

—Me preocupo por los kilómetros de informes que tendría que redactar si no lo haces —replicó Kael, con una mueca—. Y porque los muertos, según tu abuelo, dejan sus sueños atrapados en el hielo. No quiero buscarte en uno.

Alexei guardó silencio. Miró la tapa de la cápsula que empezaba a descender.

—En fin, tú eres el genio. Yo solo soy el que se enchufa a los cables —añadió, clavando las uñas en la camilla mientras los tubos se enroscaban en sus brazos.

—¿Seguro que no es tarde para pedir un abogado?

Tosió, mostrando los dientes en algo que pretendía ser una sonrisa.

—O mejor, una bala. Por si esto —señaló la cápsula— funcionaba tan bien como vuestros protocolos de seguridad.

Silas, Kael e Iván, sentados ya en sus puestos de control, sonrieron todos a la vez.

Este tío era auténtico, pensó Iván, mientras sus dedos danzaban sobre el teclado de la consola, activando secuencias y despertando a la máquina.

Alexei torció el cuello para leer las letras grabadas en el arco de la cápsula, justo donde la luz azul parecía nacer.

—¿Mnemosyne?

La palabra flotó en el aire cargado de ozono.

Kael ajustó el cable en la base del cráneo de Alexei sin alzar la vista.

—SYNE. Puedes llamarla así. Es la IA que mantiene estable el puente.

—Suena a diosa griega —masculló Alexei, notando el frío del conector contra su piel.

Kael por fin lo miró. En sus ojos no había erudición, solo una advertencia cansada.

—Los del Subnivel 3 tenían obsesión por poner nombres antiguos a cosas nuevas.

Alexei señaló la cápsula de cristal.

—¿Y ZAQAR?

Por primera vez, Kael dudó.

—ZAQAR es la herramienta. Una calcula. La otra ejecuta.

Las luces del laboratorio parpadearon sobre el cristal curvo de la cápsula.

Alexei intentó bromear, pero la sonrisa murió antes de nacer.

—SYNE… ZAQAR. Suena tranquilizador.

Kael no sonrió.

—Es lo que ocurre cuando unas máquinas empiezan a creerse el nombre que les dieron.

Conectó el último terminal.

—No leen sueños, Alexei. Los cosen.

Alexei se tensó bajo el mono.

Había leído los procedimientos, sabía a lo que se enfrentaría y conocía los riesgos. Pero ahora, con la luz azul latiendo contra su piel, las palabras de Kael le sonaron a verdad.

Iván comenzó a desplegar una gran pantalla holográfica desde el techo, proyectando una imagen de su cuerpo junto a esferas de parámetros y gráficos. La expresión de Alexei se tornó seria.

—Bueno, empezamos con la prueba. ¿Qué quieres escuchar? —preguntó Silas.

Alexei cerró los ojos.

—Over the Rainbow. La del ukelele.

Silencio.

—Mi madre la cantaba cuando se iba la luz —añadió—. Decía que algún día volaríamos lejos.

Una pausa.

—Nunca volamos.

Kael asintió en silencio, tragando saliva.

—Adelante.

—Teletranspórtame, Scotty —terminó de decir Alexei con una mueca.

Kael respiró hondo y giró hacia la consola lateral.

En una de las pantallas, el rostro del anciano aparecía entre sombras, con el fondo iluminado por las líneas austeras del castillo de Kioto.

No habló. Solo asintió una vez, lentamente, con el silencio de quien firma una sentencia.

Kael devolvió la mirada al monitor principal.

—Autorización recibida —murmuró, y posó el dedo sobre la pantalla.

Entonces ZAQAR cobró vida. Exhaló un pulso azul. Kael sintió que el aire se volvía más denso, como si incluso el silencio temiera moverse.

Iván deslizó el cursor en la pantalla y pulsó play. La voz flotó en el aire, cálida, frágil, imposible. Un ukelele y un murmullo de otra época. Y mientras las luces de la diadema parpadeaban como estrellas artificiales, Alexei dejó que la melodía lo envolviera.

Imaginó un campo dorado, un camino de baldosas brillando al sol. Imaginó que al otro lado del arcoíris no había guerra, ni cables, ni números... Sino una casa con una puerta abierta.

Fue el último lugar al que eligió ir antes de desaparecer.

En el holograma virtual de su cerebro, las ondas cerebrales de Alexei cobraron vida, mostrando la actividad de sus lóbulos y diversas gráficas de hormonas y metabolismo.

El pulso azul recorrió el interior de la cápsula, reflejándose en sus pupilas y proyectando sombras como tentáculos. Su reflejo iluminaba el mono de Alexei como un mapa eléctrico. Unos filamentos emergieron bajo la camilla sin prisa.

Ahora ZAQAR, la máquina, respiraba frente a Alexei.

Tranquilo, pensó Kael. Solo leerá tus sueños.

El primer sensor se adhirió a su sien izquierda. Un frío de hoja de tantō. Alexei contuvo el aliento. Una gota de sudor traicionera corrió por su frente.

ZAQAR no juzgaba. Solo absorbía.

Los siguientes tubos encontraron su piel con la precisión de un monje trazando ensō, un círculo zen: muñecas, garganta, tercer ojo.

Sabía que se había presentado como voluntario. Había leído los informes. Los riesgos ocupaban tres páginas. Las contraindicaciones, otra. Cerró los informes. Los deslizó sobre la mesa. Luego se tumbó. No dijo nada. No hacía falta. El honor no se declara. Se cumple.

Y entonces llegó la pieza central. Desde lo alto de la cápsula, una diadema dorada descendió con lentitud ceremonial. Su superficie, grabada con sensores neuronales, brillaba con un halo casi mágico al ritmo del pulso de las sienes de Alexei.

—¿Chicos, y si pido una pizza mientras espero? —bromeó.

Su sonrisa se congeló cuando la diadema se ajustó a su cabeza con un chasquido suave, como una corona que coronaba no a un rey, sino a un conejillo de indias.

De pronto, ya no tenía ganas de reír.

La luz de la habitación se extinguió en un lento eclipse, hasta dejar solo a Alexei suspendido en el corazón blanco de ZAQAR.

La tapa superior se selló sobre él con un suspiro hermético. Entonces comenzó el fluir: un líquido salino, tibio como su cuerpo, llenó la cápsula.

La camilla descendió y su cuerpo flotó libre, un embrión oscilando en el silencio de un huevo de titanio y polímeros. Los biotubos que lo atravesaban brillaban ahora como venas luminosas.

—Iniciando la sincronización neuronal —retransmitió Iván en voz alta.

ZAQAR parpadeó. Ahora sí. Ahora alguien más vería sus pesadillas.

Un pitido agudo cortó el aire. Una imagen con la forma de Alexei se formó sobre la consola central. Titiló ante los ojos de Silas, Kael e Iván, distorsionada.

Por un instante, su cuerpo físico se desvaneció de la percepción de todos. Solo vieron la silueta fantasma flotando en el líquido, un cerebro iluminado por dentro y un enjambre de conexiones luminosas hundiéndose en su carne como parásitos bioluminiscentes.

Desde la penumbra, todos lo observaban en silencio, sentados en sus sillones, las facciones recortadas por el resplandor intermitente de las imágenes.

—Respira hondo, Alexei —murmuró Kael por el micrófono, suave pero firme, mientras daba paso a la secuencia de sonidos rituales.

Poco a poco, el suave rasgueo del ukelele se desvaneció, cediendo espacio a los cantos etéreos de los mantras. Los catéteres, alineados en perfecta sincronía, comenzaron a cambiar de color, iluminándose

con un resplandor creciente, pulsando al ritmo de los profundos ecos tibetanos. Un suero fluía por uno de ellos, inyectando lentamente su contenido y ralentizando su actividad cardíaca al compás de la máquina.

ZAQAR vibró. Era un pulso que retumbaba en los huesos, como si la propia gravedad se hubiera inquietado.

Alexei cerró los ojos. Y por primera vez en su vida, sintió que estaba despierto dentro de un sueño.

—Su actividad cerebral está cambiando. Estado de relajación profunda alcanzado —murmuró Silas, tomando notas en su bloc tras el cristal de la consola.

Kael presionó el auricular de su oído derecho, buscando silencio. Pero lo que escuchó fue otra cosa.

La música. Aquella maldita canción de aquella maldita playlist que Silas solía poner en sus días más oscuros.

...This is the end, my only friend, the end...

El ritmo psicodélico, el eco de Jim Morrison, como un réquiem líquido deslizándose por sus nervios. No la había programado nadie. Pero allí estaba. Como si el karma supiera lo que Kael aún se negaba a aceptar: estaban cruzando el umbral.

Alexei flotaba dentro de ZAQAR, cada segundo arrastrándolo más profundo en un sueño tejido por la máquina.

Si esto es un sueño, se preguntó, ¿quién me está soñando?

Las gráficas se retorcían en la consola, como ríos de mercurio escapando de sus cauces, brillando con un fulgor que ardía en los ojos de Kael.

—Todo correcto. Está entrando en fase theta —murmuró, sin apartar los ojos del monitor.

Silas se inclinó hacia él, con mirada febril.

—Es el momento perfecto. Podemos leer y codificar su conciencia.

Iván mordía el capuchón de su bolígrafo, los dedos temblando sobre la consola.

Genial, pensó. Un día más jugando a dioses mientras el café se enfriaba.

Acto seguido, comenzó a retransmitir en voz alta a todos los presentes.

—Campo magnético de la cápsula, correcto. Enlace de datos al 100 %. SYNE tiene ahora el control.

En la consola lateral, una línea de código se escribió sola. Nadie tecleaba.

> [SYNE]: CONFIRMED. SEQUENCE APPROVED.

Un susurro, claro y medido, surgió de los altavoces:

—Todo en orden. Preparada para el inicio de la secuencia.

La voz de SYNE era neutra, pero algo en su cadencia no pertenecía a una máquina. Kael sintió un escalofrío. Por un instante creyó oír una respiración detrás de las líneas de datos.

—¿Habéis sentido eso? —preguntó Iván, sin apartar la vista de la pantalla.

Silas no respondió.

ZAQAR vibró, y el pulso azul se aceleró, como si el laboratorio hubiera recibido una orden que ninguno había dado.

Kael frunció el ceño, apartando la mirada de las pantallas. Recordó a Alexei bebiendo café en el despacho, la mano del voluntario temblando levemente. Ese temblor no estaba en los informes previos a la operación, pensó.

El sudor en su nuca tenía la misma temperatura que el aire del Subnivel 3 aquella noche: un frío de morgue que olía a ozono y miedo encerrado.

Los ojos del sujeto #12 no estaban simplemente vidriosos; eran espejos rotos que reflejaban el patrón theta danzando en la pantalla, la misma espiral hipnótica que ahora veía emerger en las gráficas de Alexei.

Y supo, con certeza de verdugo, que estaba repitiendo la historia. Solo cambiaba el nombre en la ficha.

En la pantalla, las gráficas cerebrales de Alexei ya mostraban el mismo patrón en espiral.

—Silas —su voz sonó ronca—, mira el histograma prefrontal. ¿Ves ese pico? Así empezó el último.

Kael sintió que el aire se espesaba. El pico en la pantalla no era solo un dato; era un eco. El mismo ángulo, la misma frecuencia.

Silas ni siquiera alzó la vista de los controles. Sus dedos bailaban sobre las teclas, precisos, implacables... como si ignorar a Alexei fuera parte del ritual necesario para mantener el control.

—¿Y si no lo intentamos y perdemos la mejor oportunidad que tenemos? —replicó Silas, avanzando un paso más—. Kael, esto es más grande que nosotros. Más grande que él.

Señaló a la cápsula.

—En el siguiente experimento, podríamos evitar una catástrofe. Salvar vidas.

Kael sintió un nudo en el estómago. Sabía que Silas hablaba de su hermana, muerta en el accidente que él insistía en que podía haber sido evitado. Pero aquello no era un juego de alquimistas: cada error dejaba cicatrices en el alma.

—No podemos usar a las personas como conejillos de indias —dijo Kael, esforzándose por mantener la calma.

Se volvió hacia la cápsula. A través del cristal, el reflejo de Alexei comenzaba a desdibujarse, como si el vidrio lo estuviera borrando del mundo.

Por un instante, otro contorno apareció junto al suyo: el de Silas, superpuesto en la misma superficie, fundido con la silueta que desaparecía. Ya no eran dos. Eran una sola forma. Una idea encarnada.

Kael ya no veía a su amigo. Solo a un apóstol de una idea que devoraba a los vivos.

—No somos dioses, Silas. Solo ladrones con batas de laboratorio.

Silas soltó una risa amarga.

—¿Dioses? ¿Ladrones? Kael, estamos al borde de descubrir algo que redefine lo que significa ser humano. ¿Y tú quieres detenerte por miedo?

—No es miedo —replicó Kael, apretando los puños—. Es prudencia y responsabilidad. No podemos arriesgarnos a destruir algo que ni siquiera entendemos del todo.

Silas lo miró fijamente. Por un momento, Kael pensó que vería al hombre con el que había compartido tantas noches de investigación y teorías descabelladas. Pero entonces Silas se dio la vuelta y se acercó a la consola principal, con las manos en el teclado.

En un terminal, una alerta parpadeó: "Advertencia: Patrón theta anómalo".

Iván giró la mirada hacia Kael y le deslizó un archivo cifrado: "Subnivel-3, caso #12: Paro cardíaco a los 4 minutos".

Kael leyó el mensaje. Pero Silas ya había iniciado la secuencia. Demasiado tarde para retroceder.

En la pantalla, el pico delta alcanzó el 90 % y Alexei, por primera vez, vio el color del tiempo: un remolino de ceniza y luz, y en el centro, un portal que no era un portal.

Kael se irguió de golpe. Su mano buscó instintivamente el lóbulo de su oído, apretándolo como si pudiera detener el desastre con ese gesto.

—¡Parad la secuencia! —Kael, señalando las gráficas—. ¿No lo veis? ¡Está entrando en fase REM demasiado rápido!

El portal se abrió ante Alexei. Del otro lado no había Tokio. Había la memoria de un mar que ya no existía, un océano interior cuyas olas eran recuerdos de pesca y pérdida, un silencio tan antiguo que ni siquiera tenía eco.

Silas ni pestañeó. Sus auriculares repicaban contra el iPod en un golpeteo constante, como si marcaran el compás de una plegaria torcida.

—No necesito tu permiso. ¡Es la ventana perfecta! ¡No la desperdiciemos! —dijo, con los dedos volando sobre los controles al ritmo del tamborileo mecánico.

Iván mordía el capuchón de su bolígrafo con tal fuerza que casi lo partía en dos. La mandíbula tensa.

En su pantalla brilló una sentencia: "Paro cardíaco en 3 minutos".

Dentro de la cápsula, Alexei no decía nada. No podía. Inmóvil, un cuerpo flotando en un líquido que parecía tragárselo. El silencio que dejaba tras de sí era más terrible que cualquier broma.

ZAQAR emitió un sonido profundo, no humano, casi una palabra. Vibró dentro del líquido y de la piel.

Por un instante, Kael tuvo la sensación de que la máquina no solo lo escuchaba, sino que lo evaluaba: calculando su miedo, midiendo su pulso, leyendo cada pensamiento antes de que lo pensara.

—¡Silas, no! —gritó Kael, intentando detenerlo.

Silas dudó. Solo un segundo. Pero en ese instante, Kael creyó verlo vacilar.

—Por favor... —susurró—. Aún podemos parar.

Silas no respondió. Su mano tembló, apenas un parpadeo en los dedos. Luego, como si hubiera sellado un pacto consigo mismo, volvió a escribir sobre el teclado, más rápido que antes.

Entonces ZAQAR dejó escapar un rugido sordo que hizo vibrar el laboratorio. El aire se volvió frío, con un olor metálico a hierro mojado. Como si el dragón hubiera exhalado su aliento desde lo profundo.

Las gráficas se volvieron caóticas. Alexei se agitó con espasmos dentro de la cápsula, el rostro contraído en una mueca de dolor, como si la máquina le arrancara el alma a tirones.

—¡Lo estás haciendo mal! —exclamó Kael, corriendo hacia la consola —. ¡Se está cayendo al pozo, joder!

Silas no respondió. Tenía la mirada clavada en las pantallas, donde los datos corrían como un río desbordado.

Kael intentó anular las órdenes. Demasiado tarde. Sus ojos encontraron los de Iván.

Este saltó como un resorte hasta la cápsula y presionó el botón de emergencia. La tapa se abrió con un siseo, liberando vapor. El cuerpo de Alexei yacía inmóvil en la solución salina.

De pronto, se incorporó de golpe. Sus ojos abiertos, pero vacíos. Algo —o alguien— ya no estaba allí.

—¿Lo veis? —gritó Silas, fuera de sí, con voz temblorosa—. ¡Funcionó! ¡Funcionó, joder!

Kael lo miró paralizado. Solo halló el resplandor de ZAQAR ardiendo en sus pupilas. Silas había cruzado la línea. Y Kael no pensaba seguirlo.

Sus manos temblaban.

El tiempo era apenas un hilo que se rompía bajo sus dedos.

Iván contuvo la respiración.

Los hologramas mostraban dos patrones de ondas fundiéndose en una sola línea fantasmal.

Era un entierro.

El olor a ozono y solución salina se volvió de repente rancio, agrio: el olor específico de una morgue después de la autopsia.

Dentro de la cápsula, los ojos de Alexei seguían abiertos. Las pupilas engullendo el iris.

En su reflejo, Iván vio el cielo de Tokio en 1946: nubes de ceniza desplazándose a cámara lenta.

Un espasmo recorrió la boca de Alexei. Intentó gritar. Entonces, con una claridad que heló la sangre a todos, sus labios articularon dos palabras en japonés arcaico.

—...為す術もなかった...

(No había remedio. Nada puede hacerse.)

La frase, shikata ga nakatta, flotó en el aire envenenado.

Y por primera vez comprendieron lo que habían hecho: lo arrancaron de su tiempo. Lo convirtieron en un eco atrapado en otro cuerpo, en otra era. Y no podían traerlo de vuelta.

En el castillo de Kioto, las alarmas murmuran, un gemido metálico apagándose entre la estática.

El anciano permanecía inmóvil, los ojos grises —acero antiguo— clavados en la nada. Una mueca mínima cruzó su rostro. Sus labios murmuraron, apenas audible:

—...仕方がなかった。

(...Shikata ga nakatta.)

Isolde Rainer lo observó con la precisión de una cirujana que espera el gesto final del maestro. Lo recibió.

Sin apartar la vista de la nada, deslizó el cordón de seda de su yukata entre los dedos, un báculo ancestral de general. Luego, con una lentitud ceremonial, asintió una única vez.

Los dedos de Isolde se deslizaron sobre los controles; las pantallas se apagaron al instante. La luz de los hologramas murió.

Isolde se retiró sin un sonido, dejando a Frank a solas con su tío.

La silueta del anciano se recortaba contra la tenue luz del salón, inmóvil como una estela de piedra contemplando el vacío que había consentido.

En el Subnivel 3, Alexei apenas respiraba.

No estás durmiendo. Solo estás cruzando sin permiso.

Ese fue su último pensamiento.

Una luz roja parpadeó una última vez.

En el registro primario de SYNE, una línea de texto se fijó.

> [SYNE]: TERMINAL. SUBJECT IN TRESPASSING STATE. NO RETURN POSSIBLE.

Luego, nada.

Treinta y un años antes...

CAP. II – LA ANCIANA (MAD WORLD)



"La memoria no es un archivo. Es un molde"

—APSARA DEVI DE LA CRUZ

[Enero de 2005 · Madrid]

Treinta años antes, en otro siglo, otra Apsara hacía preguntas distintas. El estudio olía a polvo y memoria.

Por la ventana, el sol de la tarde teñía de ámbar los estantes repletos de libros y los diplomas, testigos mudos de una vida

dedicada a descifrar los misterios de la mente.

Apsara Devi De La Cruz, sentada tras su escritorio de caoba, seguía siendo una mujer de presencia elegante a sus setenta años. Pero en sus ojos oscuros danzaba una sombra de ausencia, como si parte de ella ya habitara otros paisajes.

No era la anciana frágil que décadas después olvidaría el nombre de su nieto. Aún conservaba la energía de quien ha pasado la vida luchando —contra la academia, contra el silencio, contra los hombres que creían que una mujer no podía cartografiar el alma. Su cabello, blanco como la leche cuajada, seguía recogido en el moño sencillo de siempre. Su piel de tono ámbar claro aún no mostraba todas las arrugas que el dolor le grabaría después. Pero los ojos... los ojos ya tenían esa profundidad de quien ha visto demasiado y ha elegido no olvidarlo.

La puerta se abrió sin ruido.

Kenji Tokugawa apareció en el marco: un hombre más joven que ella, de cabello prematuramente cano y hombros cargados con el peso silencioso de un linaje. Su entrada no fue una intrusión, sino una aparición calculada.

Avanzó hasta el centro de la habitación e inclinó el torso en una reverencia perfecta. No era sumisión. Era respeto y reconocimiento.

Su mirada, discreta pero observadora, recorrió el estudio hasta detenerse en una fotografía en blanco y negro: una Apsara joven, de rostro intenso, junto a un hombre mayor de mirada penetrante, ambos inclinados sobre un microscopio. El rigor de la ciencia pura, antes de que su reputación se nublara con teorías marginales.

—Doctora Devi —su voz era serena, un río profundo que ocultaba corrientes subterráneas—, su compasión es tan conocida como su intelecto. Me atrevo a molestarle con un asunto muy... personal.

Apsara no alzó la vista. Su atención se posó en sus manos, donde detectó un leve temblor que el visitante contenía con esfuerzo visible.

—Una mujer —continuó Kenji—. Un pilar de mi familia. Su mente se desvanece y los médicos ya solo ven un lienzo que se borra.

Hizo una pausa. Su mirada escudriñó los premios cubiertos de polvo, el diagrama neuronal abierto, las fotografías que contaban la historia de una vida. Otra imagen capturó su atención: Apsara recibiendo un premio de manos de Severo Ochoa, la solemnidad del momento congelada en el tiempo. La cúspide de su credibilidad académica.

—He leído sus trabajos —susurró—. Usted no ve lienzos que se borran. Usted ve los hilos sueltos de un tapiz. Y sabe que cada uno cuenta una historia.

Apsara alzó la vista y lo miró.

—Usted no busca un médico, señor Tokugawa —dijo—. Busca un traductor.

Una sonrisa amarga, pero genuina, cruzó el rostro de Kenji.

—Busco a alguien que entienda que lo que se pierde no son solo recuerdos, sino mundos enteros. Ella... en su niebla, a veces me habla de una espada que brilla bajo la luna. De un robo en la noche.

Dejó caer las palabras como si no importaran.

—Pero son solo delirios, por supuesto.

Los ojos de Apsara se encontraron con los de él. Por primera vez, Kenji no vio lástima, sino el reconocimiento frío de quien también había mirado a los abismos de la mente.

—Los delirios son las verdades que la mente ya no puede contener —dijo Apsara—. Como la fiebre: un síntoma de la batalla interior.

Se levantó con una elegancia innata y se acercó a la ventana. La luz del atardecer enmarcaba su figura, creando una aureola alrededor de su cabello blanco.

Kenji aprovechó para estudiar otras fotografías: una Apsara madura con un hombre de sonrisa tranquila —su marido— y dos hijos adolescentes en una playa. Y luego, la más reciente: Apsara con un joven de sonrisa fácil y ojos brillantes.

—¿Y este joven? —preguntó con tono casual—. Veo que tiene sus mismos ojos.

El rostro de Apsara se suavizó. La niebla en su mirada se disipó por un instante.

—Es mi nieto, Kael. Acaba de empezar su primer año en la universidad. Quiere ser médico, neurólogo y psiquiatra.

—¿Otro médico como su abuela? —la ironía en la voz de Kenji era tan sutil como peligrosa—. La tradición científica corre por sus venas.

Una sonrisa orgullosa y distante cruzó el rostro de Apsara.

—No como su abuela. Mejor aún. Tiene el don... y ni siquiera lo sabe.

Apsara se giró desde la ventana. En sus ojos brilló un destello de lucidez aguda, casi terrible.

—Tráigala. Quizá, entre su niebla y la mía... —su mirada pareció atravesarlo— encontremos el faro que nos guíe a ambas.

Kenji contuvo la respiración. Aquello no era la respuesta de una científica, sino la de un oráculo.

Sintió el peso del netsuke de marfil en su bolsillo. Lo sacó, girándolo entre los dedos como un talismán. Algo se removió —un recuerdo

sin nombre, una sed antigua— y la frase brotó sola.

—Dicen que el agua no recuerda la sed. Pero la tierra... la tierra sí recuerda la lluvia.

Por un segundo, fue él quien sintió abrirse.

—No sé qué queda de mi pasado, pero algo debe quedar. Encuéntrelo.

Inclinó el torso en una reverencia que no sabía de dónde nacía.

Una sonrisa triste y sabia cruzó el rostro de Apsara.

—Entonces no me pida que busque agua en su tierra seca. Pídame que encuentre la semilla que ya plantaron. Esa que aún puede florecer, incluso en la sequía.

La claridad se apagó en sus ojos. La niebla regresó.

Kenji dejó el netsuke sobre el escritorio e hizo una reverencia más profunda que la primera. No se marchaba con la promesa de un tratamiento, sino con la certeza de haber encontrado a la única persona capaz de escuchar el eco de su historia en el silencio de la demencia.

El peso de la reverencia aún gravitaba en sus hombros cuando cruzó el umbral. La puerta se cerró con un clic suave, y el sonido no marcó un final, sino un paso.

El eco de las palabras de Apsara lo acompañó, no como un susurro, sino como un latido sordo que se acompasaba con sus pasos por el corredor.

Días después, las luces del atardecer envolvían el laboratorio de Apsara en un silencio cargado de presagio.

En las paredes, planos neuronales y diagramas de sueños lúcidos se extendían como mapas de territorios aún por explorar. El netsuke de marfil seguía sobre el escritorio. Apsara no lo había movido. Como si esperara.

En el centro de una pared, un cuadro mostraba el diseño primitivo de lo que sería su neuroescáner onírico: las mismas líneas simples que Kenji Tokugawa observó con interés en su visita anterior. A su lado, un sillón reclinable rodeado de sensores y una cama de hospital aguardaban en la penumbra. La única iluminación provenía de los monitores, donde los electroencefalogramas trazaban la cartografía de conciencias posibles.

En un rincón, un viejo transistor murmuraba una melodía de piano, tan baja que parecía surgir del suelo. Nadie lo había encendido. O quizá sí; hacía tanto tiempo que ya era imposible saberlo.

Apsara permanecía de pie frente a una pizarra cubierta de ecuaciones. Escuchaba la música, pero su mirada —la misma que había atravesado a Kenji— se perdía en su reflejo en la ventana oscura.

Arlen Thorne, junto a la pizarra, irradiaba una quietud que era en sí misma una declaración de poder. Su bata blanca impecable y su postura, desafiando la gravedad, delataban a un joven que ya se creía por encima de los códigos comunes.

Sus ojos grises, fríos como escáneres, evaluaban el laboratorio como un territorio a conquistar.

En su mano izquierda, el anillo de obsidiana giraba lento, constante, como un metrónomo de obsesiones aún no nacidas. Años después, en otro siglo, en un dojo de Shanghái, sus dedos seguirían girándolo igual.

Rachel entró cargando una caja de material médico, con un cigarrillo encendido en la comisura de los labios. Su bata manchada de café y

su expresión curiosa contrastaban con la pulcritud de Arlen.

Él no se inmutó, pero su sonrisa hacia ella fue un gesto calculado.

—Han llegado los nuevos bioelectrodos, doctora —anunció—. Son tan sensibles que podrían captar el suspiro de una mosca enamorada. ¿Por dónde empezamos?

Apsara no se giró. Continuó mirando su reflejo, como si en ese doble buscara respuestas que las ecuaciones no podían darle.

Rachel dejó la caja de material médico sobre la mesa. Junto a ella, otra caja más pequeña, de aleación mate, esperaba. S.E.E.D. ponía en letras diminutas. Ref. 04 — WZ — MADRID.

—¿La enviamos hoy? —preguntó, sin levantar la vista.

Apsara negó con la cabeza.

—Todavía no. No está lista.

Rachel asintió. Guardó la caja en el cajón. No preguntó por qué.

Luego se acercó a la ventana, donde una pequeña maceta sostenía un brote de nogal.

—Todavía viva —murmuró Rachel, pasando un dedo por la tierra—. La semana pasada juré que se moría.

—Las plantas no mueren por capricho, Rachel —dijo Apsara sin volverse—. Solo cuando dejan de ser necesarias.

Rachel sonrió y dio una calada.

—Pues esta es más terca que yo.

Apsara, entonces, se volvió. Miró el brote. Luego miró a Rachel.

—Tú también lo eres —dijo. Pero no era un reproche. Era una constatación.

Arlen clavó la mirada en el cigarrillo.

—Parece que el equipo está completo —dijo, mirando la caja, con voz milimétrica—. Aunque ese vicio suyo es un riesgo innecesario. El tabaco acabará con usted antes que cualquier experimento.

Rachel sonrió y se encogió de hombros. Se llevó la mano al cigarrillo, ajustándolo en su comisura con familiaridad y dándole una calada.

—Todos necesitamos un pequeño vicio para sobrevivir a este jodido mundo, Arlen.

Entonces Apsara se volvió. No miró a Arlen, sino a Rachel.

—Arlen —dijo, su voz suave pero cortante—, tu trabajo en la simulación de patrones delta ha sido excepcional. Impecable.

Arlen se tensó, satisfecho.

—Demasiado impecable —añadió ella.

El matiz cayó como una cuchilla.

—La mente humana no es un algoritmo. Tiene ruido y ecos que no deberían poder existir en una señal eléctrica... Tiene fantasmas.

Se acercó a la pizarra y rodeó una fórmula con tiza.

—Este no es un problema de procesamiento. Es un problema de escucha.

Una sombra cruzó el rostro de Arlen.

—Con todo respeto, doctora —replicó, manteniendo el tono respetuoso, pero dejando entrever el filo de su impaciencia—, mi

modelo tiene un 99,7% de precisión...

—Y ese 0,3% —lo interrumpió Apsara, no con dureza, sino con una fatiga infinita— es donde vive el alma.

Silencio.

El concepto de alma le resultaba ofensivo. Una variable no cuantificable. Un error en el código evolutivo que la tecnología debía corregir.

Apsara se giró por completo para enfrentarse a él. Su mirada era clara e implacable.

—Este proyecto no es para ti... no todavía.

Aquello no era una crítica. Era una expulsión.

Arlen palideció. Sus dedos, casi sin darse cuenta, giraron el anillo de obsidiana una vez más. Más tarde, mucho más tarde, ese gesto se convertiría en su único tic, la única fisura por la que se filtraba su humanidad.

—¿Hay algún fallo en mi metodología? —logró articular, con voz extrañamente ronca.

—No. Hay un exceso de ella.

Hizo otra pausa.

—Te rindes ante el misterio demasiado rápido. Lo catalogas como error estadístico y sigues adelante...

Señaló a Rachel.

—Ella aún se detiene a preguntar por qué.

Luego al sillón.

—Y esto es una habitación llena de fantasmas. Necesito a alguien que sepa escucharlos, no silenciarlos.

Arlen no respondió. Su rostro se volvió un kabuto perfecto. Pero detrás, algo cambió.

Asintió.

Se quitó la bata con calma. La colgó. Se puso la chaqueta. Ajustó los gemelos.

Cada gesto era preciso. Cada gesto hablaba.

Caminó hacia la puerta.

Se detuvo.

Giró la cabeza.

Su mirada ya no era la de un discípulo. Era la de un estratega.

El anillo de obsidiana, ahora inmóvil, parecía absorber la luz del laboratorio.

Salió.

Y al cruzar el umbral, algo en él se cerró para siempre. El discípulo herido empezaba a morir. El César nacía.

Dentro del laboratorio, Rachel observó la puerta cerrarse. Aplastó el cigarrillo contra el cenicero. El humo se deshizo en el aire.

Apsara no apartó la vista. Sus dedos se cerraron alrededor del netsuke.

—Acabo de cometer un error peligroso —susurró—. No subestimar su inteligencia... sino herir su orgullo.

—¿Crees que hará algo?

—No lo hará. Ya lo está haciendo.

La radio crepitó.

...All around me are familiar faces...

—Los fantasmas de la mente ya son bastante peligrosos —murmuró Apsara, observando el netsuke en su mano—. No necesitamos crear nuevos.

El laboratorio quedó en silencio.

Y los fantasmas, pacientes, siguieron esperando.

Apsara tomó su diario de cuero negro. Lo abrió por una página en blanco. Escribió despacio, como si las palabras pesaran:

"No hay algoritmo capaz de contener el amor. Ni de extinguirlo."

En el margen inferior añadió, casi sin darse cuenta:

"Que brote algo nuevo del silencio."

Dobló la página. La marcó con una flor de cerezo seca. La había recogido de la mesa de Rachel, horas antes. No supo por qué la guardó.

Cerró el diario. Lo apoyó sobre el netsuke.

Afuera, la lluvia había cesado.

El netsuke de marfil quedó sobre el escritorio de Apsara. Sobre él, el diario de cuero negro. Dentro, una flor seca y una frase que nadie leería hasta décadas después.

Años más tarde, cuando el laboratorio ardiera y las llamas devoraran décadas de conocimiento, ese pequeño objeto de marfil seguiría

intacto. En algún cajón. En el bolsillo de una chaqueta. Donde ella lo había guardado sin saber por qué.

Y la tierra del laboratorio, contaminada de ceniza y memoria, viajaría al otro lado del océano. Para que, un día, brotara algo nuevo del silencio.

Como la semilla que Kenji había plantado sin saberlo.

Como la pregunta que Kael, aún niño, todavía no había aprendido a formular.

CAP. III – EL PESO DEL TRONO (MASTERS OF PUPPETS)



«Cuidado, no sea que, al luchar contra el monstruo te conviertas en un monstruo.»

—FRIEDRICH NIETZSCHE

[Febrero de 2031 · Shanghái]

o sabe cuándo empezó. El fuego, quizá. O la certeza. Está sentado. No recuerda haberlo decidido. Pero está sentado. Y el peso del trono

N—porque es un trono, aunque nadie lo nombre— le muerde los antebrazos. El frío tiene peso. Se filtra.

Delante de él, un mundo. No es este mundo. Las líneas no obedecen. La luz cae desde ángulos que la geometría no debería permitir. Y sin embargo, todo es correcto. Todo está en su sitio.

Como si alguien, hace siglos, hubiera diseñado el universo con una precisión que este mundo —el otro, el de las sábanas blancas y los robots serviles— hubiera perdido.

Arlen mira sus manos. No son las suyas. Son más viejas. O más jóvenes. No puede decirlo. Pero en los nudillos, cicatrices que no recuerda. Y en el dedo anular, un anillo que nunca se ha quitado. El mismo que tiene en la mesilla. Pero aquí pesa más.

Aut Caesar, aut nihil. Las palabras grabadas en el interior. Aquí, en el sueño, las siente arder.

Una bandera.

Se levanta. No camina. Flota. O la tierra se mueve bajo él. No importa.

La bandera está detrás del trono. No la había visto antes. O sí. La ha visto todas las noches de su vida, pero nunca supo mirarla. No tiene colores que pueda nombrar. No es roja, no es negra, no es dorada. Es autoridad. Es la tela de un imperio que ningún país ha izado porque ningún país ha existido nunca.

Y sin embargo, allí está.

Arlen extiende la mano. No para tocarla. Para poseerla.

La tela se aleja. No. No se aleja. Él retrocede. O el trono lo aleja. O el sueño está terminando.

—No —dice.

Su voz no suena. No hay aire aquí. O el aire es otro.

Un rostro. En algún lugar, entre la bandera y el trono, un rostro. Borroso. No puede fijarlo. Pero los ojos, los ojos lo miran. No con odio. Con reconocimiento. Como si esa mirada llevara siglos esperándolo.

Arlen intenta hablar. Preguntar. Ordenar.

El rostro desaparece. La bandera también. El trono se agrieta.

Y entonces, el fuego.

No duele. Pero lo llena todo. La garganta arde. Las manos arden. El anillo arde.

Arlen abre la boca para gritar. No sale nada. O sale un nombre. No sabe cuál.

En el ático de la torre DreamLike en Shanghái, Arlen Thorne despertó sobresaltado y sudando.

Con la garganta ardiendo. No era el humo. Era otra cosa. Un nombre en la lengua. Un trono en la retina. Un imperio que no existía.

No recordaba haberlo pronunciado. Pero las cuerdas vocales le ardían, como si hubieran estado vibrando en una frecuencia que no pertenecía a este mundo.

Parpadeó.

El techo de su dormitorio —límpido, blanco, perfecto— devolvió el orden a sus ojos.

El sueño se desmoronó. Pero algo quedó.

Se incorporó. La sábana cayó. Su torso desnudo. El aire frío de los Alpes austríacos.

—¿Qué soñó, señor? —preguntó el robot asistente. Ya tenía la bandeja del café preparada. El líquido humeaba en la taza perfecta. Ni una gota fuera de lugar.

Arlen no respondió.

Se miró las manos. Estaban limpias. Sus dedos encontraron el anillo de obsidiana en la mesilla. Lo giró. Aut Caesar, aut nihil. La superficie no era perfecta. Nunca lo había sido. Demasiado afilado para ser decorativo.

La piedra estaba fría. Siempre fría.

Pero recordaba el fuego. Recordaba una bandera. Una medalla. Un mundo que no era este. Un trono vacío que llevaba siglos esperándolo.

Apretó el anillo en su mano izquierda. La obsidiana cortó su palma. No sintió dolor.

Cerró los ojos.

Cuando los abrió, la imagen se había ido. Pero la certeza quedó: algo le había sido robado esa noche. Y lo recuperaría.

—Nada —dijo al fin, sin mirar al androide—. Ruido.

Se levantó. La sangre del corte dibujó un círculo en la sábana blanca.

—Prepara mi keikogi. El negro. Voy al dojo.

El asistente dejó la bandeja sobre la mesa e inclinó su carcasa metálica en un gesto que imitaba una reverencia.

Arlen ya no lo miraba. En su mente, el trono seguía ardiendo.

El dojo ocupaba el centro de la azotea del rascacielos DreamLike en Shanghái.

Un espacio amplio, desnudo, sin ornamentos. Suelo de madera pulida hasta el agotamiento. Paredes grises. Luz blanca, constante. No había símbolos. No había banderas. Solo geometría.

Arlen entró sin prisa.

Vestía keikogi oscuro y hakama impecable. En su mano derecha, un shinai que no parecía ligero. Al cinto, discreto, el tantō de obsidiana. Nunca lo usaba. No hacía falta. Solo su presencia era suficiente.

Se descalzó con método. La tarima de madera estaba fría. Precisa. Honesta. Alineó el bokken. Ajustó el agarre.

Frente a él, tres hombres. Sus maestros de confianza. Los mismos tres desde hace una década. Mismos rostros. Mismo silencio.

No eran alumnos. No eran rivales. Eran función.

No formaban fila. Formaban perímetro. Distancia calculada. Ángulos vivos.

Arlen no saludó. Ellos tampoco.

Silencio.

Entonces, se movieron.

No había señal. No hacía falta. El primer maestro entró por la derecha, directo, previsible.

Arlen dio un paso mínimo hacia atrás. Apenas un desplazamiento del peso. El corte pasó donde él había estado medio segundo antes. Corte limpio. Directo al cuello.

Respondió con un golpe seco al costado del shinai del atacante. Control, no castigo.

El segundo llegó desde la izquierda. Arlen giró sobre el eje correcto. No rápido. Preciso. El impacto resonó en la sala como un

metrónomo.

El tercero espera. Observa. Calcula. Entra por el centro. Presión constante.

Arlen responde.

Bloqueo. Giro. Impacto. Ritmo. Distancia. Tiempo. El mundo encaja.

Golpe. Bloqueo. Respuesta. No hay duda. No hay error. Solo sistema.

Arlen no lucha contra hombres. Lucha contra la suma. Y la suma no es suficiente.

Un quiebre. Uno de ellos pierde el ángulo. Otro medio segundo tarde. Arlen corrige. Castiga. Avanza.

No entrenaban fuerza. Entrenaban decisión. Cada movimiento era una pregunta cerrada. Cada corte, una respuesta irreversible.

Arlen no jadeaba. No tensaba el rostro. No era violencia. Era su meditación.

La distancia justa. El ángulo exacto. El momento en el que ya no hay duda y el corte se ejecuta. Ahí, y solo ahí, se acercaba a algo parecido al equilibrio.

El sistema volvió a cerrarse. Perfecto.

Entonces, la puerta se abrió.

Nadie había dado permiso. El aire no cambió. Pero algo se desplazó. Una cicatriz dibujada a cuchillo en un rostro bajo el umbral. Quieto. Medido. Haciendo una solemne reverencia.

—Señor Thorne... su padre... ha fallecido.

No hubo eco. No hubo pausa. Era Richter. Su perro guardián.

Pero algo no encajaba. No en la sala. En Arlen.

Una fracción. Suficiente.

El tercer maestro lo vio. Y atacó. No con fuerza. Con precisión. Donde no debería haber hueco.

Y lo había.

El bokken de Arlen llegó tarde. El impacto rozó su hombro. No dolió. Pero ocurrió.

Silencio.

El mundo se había desviado. Un grado.

Arlen se detuvo. Miró el punto de contacto. Luego al maestro. Luego a sus manos.

Ese instante, ese mínimo error, no debería existir.

Respiró. Una vez. Controlada. Pero no era control. Era contención.

—Otra vez —ordenó Arlen.

No miró al hombre de la puerta. Los tres maestros dudaron. Un error.

—¡Otra vez!

Se recolocaron. El sistema intentó recomponerse. Pero ya no era el mismo.

El primer ataque entró limpio. Arlen respondió. Correcto. El segundo. También. El tercero, Arlen anticipó. Demasiado. Corrigió sobre la corrección.

Y falló. Esta vez claro.

El bokken del maestro se detuvo a un centímetro del cuello de Arlen. No por misericordia. Por protocolo.

Silencio. Largo.

El mundo no había obedecido.

Arlen bajó el arma. Muy despacio. La tarima seguía siendo perfecta. Los ángulos seguían siendo exactos. El error no estaba fuera. Estaba en él. Y eso, eso era inaceptable.

Se giró. Por fin miró al hombre de la puerta.

—Hora.

Richter dudó.

—Señor...

—Hora.

—03:17.

Asintió. Como si confirmara un dato menor.

—Encarga las exequias.

El hombre titubeó. Segundo error.

—Espartanas.

Una pausa.

—Sin ceremonia.

Otra.

—Sin discurso.

El hombre asintió. Esta vez sin fallar.

—Sí, señor.

—Preparad el jet. Y no volváis a interrumpir.

El hombre desapareció. La puerta se cerró.

Silencio.

Arlen volvió a su posición. Levantó el bokken.

Los tres maestros no se movieron. Esperaban.

—Otra vez.

Pero ya no era entrenamiento. Era corrección. O castigo. O negación.

El primero atacó. Arlen bloqueó. Demasiado fuerte. El segundo entró. Arlen respondió. Demasiado rápido.

El tercero dudó. Y Arlen golpeó.

Seco. Preciso. Definitivo.

El bokken se detuvo a milímetros del rostro del maestro. El aire no se movió. Arlen sostuvo la posición.

Respiró. Una vez. Dos.

Cuando bajó el arma, el movimiento volvió a ser perfecto.

Como si nada hubiera ocurrido. Como si nada hubiera sucedido.

Pero no era así. Y Arlen lo sabía.

Cuando el ejercicio terminó, los tres retrocedieron al unísono. Inclinación breve. Respeto sin afecto.

Arlen devolvió el gesto y dejó el shinai en su soporte. Apretó y abrió el puño derecho varias veces. Perfecto. Sus pulsaciones descendían con una regularidad casi artificial.

Cuarenta y ocho horas después, el notario deslizó el documento sobre el escritorio. Papel grueso. Firma marcada.

—Aquí, señor Thorne.

El notario estaba nervioso. Una gota de sudor resbaló por su sien.

Arlen se giró en su sillón. No miró el texto. Firmó. Un trazo limpio. Sin pausa.

DreamLike era oficialmente suya. Un imperio económico cabía dentro de un papel grueso y con lacre.

El notario recogió el documento con ambas manos. Dudó. Un segundo de más. Luego, de su maletín, sacó algo más. Lo colocó sobre el escritorio. Madera oscura. Pequeña. Sin marca.

No formaba parte del procedimiento. Arlen no la tocó.

—¿Qué es eso?

—Estaba en la caja fuerte personal de su padre —dijo—. Con indicaciones expresas para su entrega.

El notario dio tres pasos atrás.

La imagen de la caja llenó el escritorio. Arlen la miró.

Silencio.

Apoyó los dedos sobre la superficie. Fría. No por la temperatura. Su tacto era rugoso. No pulida. Como si nunca hubiera sido pensada para ser vista.

La giró. Un gesto mínimo. Un centímetro. No quedó alineada. La corrigió. Se detuvo.

No.

La dejó así.

La tapa cedió.

Arlen miró dentro.

Dentro, algo que Arlen no esperaba. Algo que le devolvió la sonrisa que creía muerta.

Retiró la mano. No lo cogió. Como si hubiera rozado algo que no debía. Pero supo, no de dónde venía. Sino que no había pasado por su padre.

Cerró la caja.

Empujó el documento firmado hacia el notario.

—Puede retirarse.

El notario dudó. Luego asintió y se acercó al escritorio. Recogió el documento con una leve reverencia y marchó sin mirar atrás.

Silencio.

Arlen se quedó mirando la caja cerrada.

Se levantó del sillón.

No la tocó.

Caminó hacia el ascensor.

Arlen se detuvo un instante.

No miró atrás. Pero supo que la caja seguía allí, observándole.

Las puertas del ascensor se cerraron tras él con un suspiro hidráulico. El ascensor bajaba. Acero y cristal. Luz muerta. Espejos que no devuelven nada.

Arlen Thorne estaba solo.

El aire cambió. No la presión. El olor. Tierra húmeda. Yeso fresco con mármol recién cerrado. Y debajo, apenas, otra cosa. Humo. Viejo. Enterrado. Como si alguien hubiera quemado muebles en ese ascensor hacía décadas y el acero lo recordara todavía.

Arlen no se movió. El anillo giró. Una vez. Se detuvo.

Una canción brotaba del altavoz del ascensor. Una guitarra afilada como un bisturí, una batería que golpeaba con precisión quirúrgica.

Y entonces, el estribillo.

...Master of puppets, I'm pulling your strings...

Algo se movió. No en su rostro —ahí no se movía nada jamás— sino por dentro, en algún punto bajo las costillas que él creía extirpado hace décadas. Una vértebra olvidada. Un cable suelto en la médula.

Su pie derecho se movió. Mínimo. Un ajuste del empeine contra la suela italiana. Arlen lo sintió. ¿Acaso era suyo? Bajó la mirada. El zapato quieto. La punta de charol reflejando los LED del techo.

Otro golpe. Seco. El talón esta vez. Intentó pararlo. El músculo no obedeció.

El ritmo entró sin pedir permiso. Un compás antiguo. Preciso. El mismo que la tarima de madera devolvía en el dojo cuando el men era perfecto y el maestro asentía sin decir nada.

Shuuu.

No era sonido. Era memoria del cuerpo.

El pie golpeó. Men. Golpeó. Kote. Golpeó. Do.

El ascensor seguía bajando. Otro acorde de guitarra. El olor a humo se hizo más denso. Vio el laboratorio ardiendo. La placa de petri resquebrajándose. El cuaderno de Apsara abierto. Rachel tosiendo. Él no miró atrás.

El pie golpeó otra vez. Más fuerte. Se tambaleó. Un centímetro. Pero se tambaleó. Apoyó la mano en la barandilla de acero. Fría. Muerta.

El reflejo en el espejo lo miraba. Cuatro versiones de sí mismo. Cuatro Césares partidos. El de arriba a la izquierda tenía el labio temblando.

El anillo giró.

Arlen murmuró.

—Aut Caesar, aut nihil.

(O César, o nada)

El ascensor se detuvo. Un segundo de suspensión. Ese vacío ingrávido antes de que las puertas se abran.

Arlen soltó la barandilla. Se alisó la solapa. Exacto. Un segundo después, la corrigió.

Las puertas se abrieron.

La cicatriz de Richter estaba allí. Botas pulidas y un paraguas negro en su mano. No dijo nada. No preguntó.

Arlen salió. El paso exacto. La distancia medida. La postura que desafiaba la gravedad y la moral.

El pie no se movió.

Cruzó el vestíbulo. El suelo devolvía el eco de sus pasos. Richter un metro atrás y a la derecha.

Salieron del edificio y Richter abrió el paraguas. Las botas pulidas reflejando el suelo mojado. Su mirada más oscura bajo la luz plomiza de la calle.

La lluvia no mojaba. La lluvia existía en otro plano.

A mitad del camino, entre la puerta del edificio y la del coche blindado, el pie golpeó. Uno. Seco. La punta del zapato italiano contra el pavimento negro.

Richter no lo oyó. O sí. Sus ojos azules de hielo antiguo no se movieron. Pero el paraguas se inclinó un centímetro. Un ajuste que no era necesario. Una pregunta que no se formuló.

Arlen se detuvo. Un segundo. Dos. La lluvia no sonaba. El pavimento no devolvía el eco. Reanudó la marcha y subió al coche.

Richter cerró la puerta con un chasquido de banco suizo. Dio la vuelta. Se sentó al volante. El paraguas plegado en el asiento del copiloto. El motor arrancó.

Arlen apoyó las manos en los muslos. Las palmas abiertas. Los dedos quietos. El anillo, ahora inmóvil, parecía absorber la luz del interior del vehículo.

El vehículo se deslizó hacia la calle. Y en la moqueta negra del auto, donde nadie miraba, la punta de su zapato derecho seguía marcando el ritmo.

Mínimo. Involuntario. Un metrónomo de hueso.

Richter miró por el retrovisor. No dijo nada. Pero sus nudillos, sobre el volante, se tensaron. Porque había visto algo. No el pie. La mano. La mano izquierda de Arlen Thorne, apoyada sobre el muslo, con el anillo de obsidiana absorbiendo la luz.

Estaba temblando. Mínimo. Imperceptible.

Richter llevaba quince años aprendiendo a ver lo que los demás no veían. Y eso, eso no era el César que él conocía.

El coche dobló la esquina. La lluvia arreció.

Y en algún lugar profundo del pecho de Arlen Thorne, donde el fuego de aquel laboratorio nunca se había apagado del todo, el

humo seguía allí.

Al otro lado del mundo, ese mismo día, un hombre escuchaba el zumbido de un contestador automático que no se atrevía a borrar.

No lo sabía aún, pero el humo también estaba llegando a él.

CAP. IV – EL CAMINO DEL SONIDO (SPIEGEL IM SPIEGEL)



"El mundo aparece en la conciencia. Sin la conciencia, el mundo no existe."

—RAMANA MAHARSHI (LOS DICHOS DE SRI RAMANA)

[Febrero de 2031 · San Diego]

ra de día, pero la ciudad estaba en penumbra.

Las nubes bajas aplastaban los edificios. La lluvia fina arrastraba el smog por las aceras. El aire olía a metal mojado, a electricidad cansada, a ese silencio que precede a las tormentas que nunca llegan.

Kael abrió la puerta de su apartamento.

Lo recibió el aroma del jazmín seco y del papel envejecido. La radio murmuraba noticias que no le interesaban. Se quitó la chaqueta mojada, dejó la mochila como un cuerpo vencido sobre la silla y encendió la lámpara del escritorio.

Entre las estanterías saturadas —psicología, budismo, neurociencia— el aire parecía más denso que en la calle, como si las paredes almacenaran recuerdos ajenos. En la mesa, entre cables y monitores encendidos en reposo, descansaba el casco de electrodos que había construido para escuchar la mente como quien escucha el crepitar de un fuego.

Se quedó mirándolo un momento.

La pulsera de cuero trenzado en su muñeca izquierda se había mojado. No se la quitaba nunca. Apsara se la regaló antes de que el olvido se la llevara. Sus dedos la tocaron, un gesto automático, como quien comprueba que aún sigue ahí.

Un mensaje parpadeaba en el contestador. Antiguo. Obsoleto. La luz roja titilaba con paciencia, como si llevara horas —o años— esperándolo.

Kael dudó un segundo antes de pulsar el botón.

La cinta se puso en marcha.

Una voz surgió de golpe, mecánica y humana a la vez. Una mujer cantando. Desafinada. Sollozando. Entre la nostalgia y el dolor.

Kael se quedó paralizado.

La melodía llenó la habitación. Se pegó al techo, a las paredes, a la lluvia que golpeaba los cristales. Cada nota era un golpe. Cada pausa, un silencio que cortaba la respiración.

Cuando terminó, el altavoz devolvió solo un pitido final.

Nunca más.

Kael tembló apenas. Pulsó otro botón. Rebobinó la cinta. La luz roja volvió a parpadear, impasible.

La ciudad seguía en penumbra. Tuvo que encender la cafetera, abrir la ventana, obligarse a que la vida continuara. Pero la voz seguía flotando sobre su piel, como una quemadura que no termina de enfriarse.

Todo había empezado con su abuela, Apsara.

Ella le cantaba una nana sin origen, una melodía que no pertenecía a ningún idioma. A veces la recordaba como se recuerda el olor de una casa que ya no existe. Otras, simplemente le llegaba, y entonces cerraba los ojos y dejaba que el sonido lo llevara a algún lugar que no sabía nombrar.

La última vez que la visitó, ella le preguntó si ya había terminado el colegio. Tenía treinta años. Otra vez lo miró sin reconocerlo, y entonces él sintió que alguien había tirado de la cadena en su interior.

Kael cerró los ojos un instante.

Todavía está ahí. En alguna parte. Solo tengo que encontrarla.

Apagó la radio de un golpe. El movimiento hizo vibrar la estantería y algo rodó hasta el borde: un pequeño cilindro de madera oscura. Un molinillo de oración.

Se lo había entregado un anciano en un monasterio del Tíbet, muchos meses atrás, cuando buscaba respuestas sobre la memoria. Lo sostuvo entre los dedos. La madera estaba fría. Giró el cilindro una vez.

Sólo una.

Sobre la mesa descansaba el Moleskine negro de su abuela. Su cubierta rígida mostraba leves marcas de uso. El lazo elástico lo mantenía herméticamente cerrado. Al abrirlo, la cinta marcadora de tela roja yacía sobre un bloque de páginas de papel crema, inmaculadas y listas para ser poseídas por la tinta.

Había escrito la última entrada meses atrás, antes de que la niebla se la llevara del todo.

La tinta roja seguía ahí. Intensa. Urgente.

«La mente no está en el cerebro.

Al menos no toda.

El sonido. El ritmo. La memoria.

Nada estaba aislado. —Nyingje.»

Ese nombre le devolvió al frío del Himalaya.

No había sido una decisión, sino un arrastre. Como si alguien hubiera tirado de un hilo antiguo que atravesaba su pecho.

[Octubre de 2025 · Himalaya]

El viaje comenzó en una aldea polvorienta al pie de la montaña.

Kael llegó exhausto, con la ropa aún oliendo a otro mundo. Preguntó a los aldeanos por sus abuelos, por cualquier rastro. Un anciano con

el rostro surcado como la corteza de un roble lo observó largo rato antes de hablar.

—¿Apsara? —masculló, como saboreando un nombre casi olvidado —. No recuerdo. Pero pregunta en el monasterio. El de la cima. Un camino sin camino.

Se rió. La risa sonó a escupitajo y a sabiduría.

No era una ruta para forasteros. Kael necesitó guías. Los encontró en una cantina de techo bajo: dos hermanos sherpas con parkas sintéticas sobre pieles curtidas. En sus rostros solo nieve vieja y una calma que no se aprende en los libros.

Kael se acercó a ellos y les pidió ayuda para llegar al monasterio. Uno de ellos levantó la cabeza y miró por la ventana. Cruzó una mirada con su hermano. Asintió.

—Allá arriba no hay señal —dijo—. Solo el viento. Y a veces, voces que no son del viento.

La nieve mordía. El aire se volvía delgado. Las banderas de oración murmuraban al viento como si la montaña respirara. Finalmente, cuando la niebla se rasgó ante sus ojos, la cima se abrió como un horizonte sin fronteras. No había puertas. No había muros. Solo un vacío abierto, sereno, que lo invitaba a adentrarse en lo desconocido.

Los sherpas se detuvieron. Su trabajo había terminado.

Kael llegó al monasterio donde su abuela se había criado durante los primeros años de su vida. Él no lo sabía. Ella nunca lo contó. Y, sin embargo, el lugar lo reconoció a él antes de que cruzara la puerta.

Cuando alcanzó el umbral, vio a un anciano sentado al sol. Limpiaba su cuenco con un trapo tan viejo como el tiempo.

Kael lo observó. Había algo en sus ojos que no supo descifrar. Un residuo de recuerdo. Como si aquella mirada hubiera esperado

décadas para volver a encontrar algo que había perdido.

El viento se detuvo unos segundos. El anciano inclinó apenas la cabeza, con la gravedad de quien reconoce una vibración antes incluso de reconocer un rostro.

Un joven monje recibió a Kael con una sonrisa luminosa. Le ofreció té, una manta, y lo invitó a pasar sin preguntas. Kael, agotado y agradecido, aceptó la bebida, la manta... y el silencio. Dio unos pasos. Cruzó el umbral del templo.

Nadie lo miró con desconfianza porque nadie lo miró en absoluto. Era como si hubieran estado esperándolo.

Y entonces ocurrió.

Sin pensarlo, tarareó la nana que su abuela le cantaba. Una melodía simple, hecha de tres notas y un temblor.

Ta—ru—ma... Ta—ru—ma... Shaa...

Una cadencia circular, casi un suspiro iluminado. El sonido fue suave, apenas un murmullo cansado. Algo íntimo, doméstico. Un hilo de memoria.

Pero cuando el anciano lo escuchó, paró de limpiar el cuenco.

Se detuvo en seco. Su cuerpo se tensó como una cuerda vibrada por una nota demasiado familiar.

Giró la cabeza. Kael no lo notó. Solo tarareó un poco más, distraído, como quien se arrulla a sí mismo. El anciano cerró los ojos. Un instante lleno de mundos.

—Apsara... —murmuró.

Asintió con una leve sonrisa. No dijo nada más. No necesitaba decirlo. Tenía la respuesta clavada en la memoria desde hacía eones.

Ningún extranjero conocía esa melodía. Era la llave de un linaje, y un extraño acababa de hacerla girar en la cerradura.

Dejó el cuenco a un lado y levantó la mirada. Había una ternura oculta, casi dolorosa, en ese gesto. Se incorporó y avanzó un paso hacia Kael. Una memoria antigua tiraba de él.

El viejo maestro tardó en encontrar su voz. Cuando habló, la pregunta parecía venir de un lugar mucho más antiguo que él.

—¿Dónde aprendiste esa melodía?

Kael se giró hacia él, sorprendido.

—Mi abuela me la cantaba —respondió, sin darle importancia—. No sé dónde la aprendió.

El anciano sonrió. El aire cambió. Un escalofrío recorrió la espalda de Kael. Había dicho algo demasiado grande, y las paredes parecían retener el eco.

—No entiendo... —susurró Kael.

El anciano apoyó una mano en su hombro. Era una mano ligera, pero firme como la roca que los rodeaba.

—Lo entenderás. Por ahora, solo escucha.

El cuenco vibró de nuevo.

No por contacto. Por reverberación.

—Puedes quedarte —dijo, asintiendo—. Nadie aquí pondrá objeción.

—Pero... maestro Dorje —intervino el joven monje, sorprendido—, ¿sin consultar a los demás ancianos?

Ese nombre golpeó a Kael como una descarga sorda.

Dorje Tamang. Era el nombre de un eremita del que circulaban leyendas en los círculos de neurociencia no convencional. Un estudioso de la mente del que se decía había rechazado cátedras en Europa para limpiar cuencos en la cima del mundo.

Encontrarlo allí, así, por azar, era como tropezar con un fantasma de carne y hueso.

—Eres... —la voz de Kael fue apenas un hilo—. Dorje Tamang.

Dorje sonrió levemente. Se acercó sin prisa, como si la vida no tuviera urgencias.

—Aquí nadie es. Solo se está.

La respuesta resonó más allá de las palabras. Como si hablara desde una presencia más allá del tiempo.

La sonrisa del anciano era la de quien guarda un secreto que no puede explicarse con palabras. En su rostro había un reconocimiento inevitable, casi sagrado. No necesitaba consultar a nadie.

—Y a los que regresan nunca se les pregunta el motivo.

Hizo una pausa. Sus ojos, antiguos como la roca, se posaron en Kael con una claridad celestial.

—Aunque tu abuela sí que hacía preguntas. Demasiadas. Como tú.

Algo se quebró dentro del pecho de Kael. No era alegría, ni sorpresa. Era el desgarro de un velo que nunca supo que estaba ahí.

Mi abuela. Aquí. Con él.

Kael vislumbró a la joven que fue antes de ser su abuela: una niña con trenzas, haciendo preguntas en la cima del mundo.

Kael era de allí más que muchos nacidos en la montaña. El silencio cayó como una manta. El cuenco dejó de vibrar. El aire se aquietó.

Los días pasaron lentos.

Kael meditaba, escuchaba, aprendía a respirar sin imponer forma alguna. Dorje lo guiaba sin explicaciones, como se guía a alguien que ya lleva la mitad del camino recorrido por dentro.

A veces, en el amanecer, Dorje lo llamaba a la terraza del monasterio. El anciano meditaba en posición de loto, inmóvil como si fuera parte del paisaje.

—Respira —decía—. Escucha. Nada más.

Kael obedecía. El viento helaba. El cuenco resonaba. La montaña se tensaba al mismo ritmo.

Una mañana, Dorje habló mientras la luz empezaba a rasgar la noche.

—Los sonidos no son solo sonidos. Son puertas.

Golpeó el cuenco. La vibración entró en los huesos de Kael como un recuerdo que no sabía que tenía.

—La conciencia no es un pozo —dijo el anciano—. Es un océano.

Cerró los ojos.

—Cuando cierras los ojos, caes en él. Y no siempre vuelves del todo.

Golpeó el cuenco otra vez. La vibración recorrió la espalda de Kael como un relámpago frío.

—Un mantra mal pronunciado rompe lo que guarda.

Hizo cantar al cuenco de nuevo. El sonido fue distinto esta vez. Más largo. Más agudo. La vibración atravesó los huesos como una llave abriendo un dolor antiguo.

—Ese es tu umbral. Si lo atraviesas, no volverás a ser el mismo.

Kael abrió los ojos.

El mundo, por un instante, pareció respirar con él.

—¿Y si no lo atravieso?

—Entonces seguirás siendo lo que crees que eres. Y eso, Kael, es una jaula más peligrosa que cualquier prisión.

Kael tragó saliva. Pensó en su abuela. Pensó en el vacío al que había caído. Sus ojos se posaron en el anciano, que limpiaba con parsimonia el cuenco cantador.

Silencio.

Solo tiempo.

Dorje dejó de limpiar. Giraba lentamente el cuenco con los dedos. Kael activó su grabadora de mano.

—El sonido, cuando vibra en ciertas frecuencias... no solo calma la mente. Desbloquea lo que duerme en ella.

—¿Cómo los sueños lúcidos? —preguntó Kael, inclinándose hacia adelante.

—Y más allá.

Silencio.

—Los tibetanos llaman Bardo al espacio entre una vida y otra. Pero no es un lugar. Es un estado. Cuando la mente está quieta, y el alma no sabe si aún pertenece al cuerpo... ahí también llega el sonido.

—¿Y hay una frecuencia para eso? —insistió el joven, con los ojos encendidos por la curiosidad.

Dorje golpeó el cuenco. Una nota se elevó, tan pura que parecía limpiar el aire.

—Escucha —susurró—. Más allá del sonido. ¿Sientes el zumbido en los huesos? Eso no es el bronce. Es el eco de la primera vibración, la que encendió las estrellas. Los griegos, los rishis... todos persiguieron este fantasma. No es una frecuencia, Kael. Es un recuerdo.

Kael cerró los ojos.

La nota ya no entraba por sus oídos. Entraba por la sangre.

432 Hz.

La cifra surgió en su mente de científico, pero ahora era solo un nombre para lo innombrable.

—No es un sonido que se escuche con los oídos, Kael. Es una resonancia que el alma recuerda.

—Pero puedo replicarla —dijo Kael, con un destello de entusiasmo científico—. Tengo los instrumentos. Los osciladores. ¿Qué pasaría si la reproduzco con un paciente? ¿Con el mantra adecuado?

—Depende —respondió el anciano, muy serio—. ¿Quieres abrir la puerta... o cruzarla?

Kael frunció el ceño.

—Abrir una puerta deja pasar la luz. Cruzarla, Kael... te cambia.

Se inclinó hacia él. Habló casi en susurro.

—Algunas melodías no se compusieron para ser escuchadas con este cuerpo. Se escribieron para el alma. Y cuando el alma escucha su canción... ya no quiere volver.

—Pero... usted lo ha hecho, ¿verdad? —preguntó el joven, temiendo la respuesta, tras una pausa larga.

—No siempre vuelvo del todo.

Dorje sonrió. Apenas.

Silencio. El cuenco tibetano volvió a sonar, suave, como un eco de otra vida.

—Estás cerca de algo, Kael. Puedo verlo en tus ojos. Pero recuerda: hay sonidos que no solo abren puertas. Las arrancan.

—¿A qué se refiere?

—Un mantra mal pronunciado... es como una llave forzada en una cerradura antigua. A veces abre. A veces rompe lo que guarda.

—¿Y qué es lo que guarda? —preguntó Kael, cruzando los brazos.

—Lo que llamáis subconsciente... no es solo una bóveda de traumas personales. Es un océano compartido. Sueños, miedos, símbolos... todos flotan ahí. Y si fuerzas el acceso con la frecuencia equivocada...

Bajó la voz.

—...puedes dejar entrar lo que no es tuyo.

—¿Pesadillas?

—Colectivas. Infectan a otros.

Dorje sirvió un poco de té en los cuencos.

—Se propagan como incendios silenciosos en la mente de quienes duermen cerca.

Hizo una pausa.

—Los antiguos lo sabían. Por eso ciertos sonidos estaban prohibidos. Por eso se enseñaban solo de maestro a discípulo.

—Pero... ¿cómo puede un simple sonido causar eso?

—Porque no es simple —respondió el anciano, clavando la mirada—. El sonido es forma que aún no ha tomado cuerpo. Es intención pura.

Dorje respiró profundo.

—Es energía. Es vibración. Y cuando lo unes al pensamiento humano... se convierte en destino.

Silencio.

Kael miró su grabadora. Dudó. Luego la apagó. El zumbido cesó.

—No es que tú no estés preparado, Kael. Es que el mundo no lo está.

Afuera, un cuervo graznó una nota disonante.

Y por un instante, Kael creyó entenderlo.

Aquella noche, el cansancio lo arrastró a su camastro.

Una celda sencilla. Una esterilla. El cuenco que Dorje le había regalado. Una lámpara de aceite.

El mantra que Dorje había entonado horas antes seguía vibrando en su pecho. La nana de su abuela se mezcló con él, como si ambas melodías fueran hermanas separadas por el tiempo.

Se durmió.

Soñó con un cuenco suspendido en un vacío blanco. Sin arriba ni abajo. Solo luz respirando. Vibraba sin ser golpeado. El sonido ocupó todo, y no era solo oído: era tacto, olor, memoria.

El cuenco giraba lentamente. En su borde, símbolos que parecían moverse como criaturas vivas.

Entonces, el cuervo. Negro. Inmenso.

Apareció sin aviso, posado en el borde como si fuera su trono.

Abrió el pico. Una sola nota.

432 Hz.

La vibración le atravesó el pecho como un relámpago blando. La nota entró en su cuerpo, no por los oídos, sino por la sangre, por el corazón. Sintió que algo dentro de él despertó después de años dormido.

Despertó empapado en sudor.

La lámpara seguía encendida.

Y el cuenco vibraba. Nadie lo había tocado.

Supo, sin saber cómo, que esa nota era la llave.

Una lágrima cayó. No sabía si era suya.

En su lengua, una sílaba sin dueño.

En los días siguientes, Kael aprendió a escuchar como un niño aprende a caminar por primera vez.

Dorje lo observaba con la serenidad de quien ya conoció a otra persona igual, muchos años atrás.

—Ella también soñó con el cuervo —dijo Dorje, sin preámbulos, mientras llenaba dos tazas de té—. La primera noche que pasó aquí. Tenía cinco años, y ya veía lo que otros solo escuchaban.

Kael contuvo la respiración. No se atrevía a moverse.

—Le daba miedo el sonido del viento entre las rocas. Decía que gemían.

Dorje extendió una taza.

—Le enseñé que no era un gemido, sino un canto demasiado antiguo para nuestras palabras. A la semana, ya tarareaba con la montaña.

—¿Era... como yo? —logró preguntar Kael.

—Era lo que tú estás llegando a ser —corrigió Dorje—. Un puente. Por eso se fue. No por abandonar este lugar, sino para llevar algo de él a un mundo que se estaba quedando sordo.

Dorje bebió un sorbo de té. Sus ojos se perdieron en la niebla.

—Se despidió con una pregunta —dijo, su voz más suave—. Dorje, ¿crees que habrá más gente como nosotros? ¿Gente que escuche? Yo le dije que sí, que en algún lugar los habría. Ella entonces asintió, muy seria, y dijo: Pues cuando encuentre a uno, lo traigo. Para que ya no estés solo.

Hizo una pausa. Su mirada, cargada de siglos, se posó en Kael.

—No has llegado aquí por azar.

Kael no pudo hablar. El té se enfriaba en sus manos.

Antes del amanecer, Kael salió al patio vacío.

El viento entre las banderas rompía el silencio. En un rincón, un grifo de metal sobresalía de la pared. El agua caía directa de la montaña, sin tuberías que la domesticasen.

Kael giró la llave.

El agua salió blanca de frío. Metió las manos sin pensarlo. El dolor fue inmediato, limpio, exacto. Los dedos se le agarrotaron como si no fueran suyos.

No las retiró.

Respiró despacio, dejando que el frío le subiera por los antebrazos, hasta los codos, hasta el pecho. Durante unos segundos no pensó en nada. No en su abuela. No en Dorje. No en el cuenco.

Solo en el agua.

Cuando al fin cerró el grifo, las manos le temblaban. La piel estaba roja, casi violácea.

Las secó en la túnica áspera que le habían prestado.

El sol empezaba a asomar por detrás de la montaña.

Kael flexionó los dedos una vez.

Volvían a obedecer.

Guardó el cuaderno y la grabadora. Las palabras ya no bastaban.

Cuando Kael anunció que debía regresar, Dorje no se sorprendió.

Un eco antiguo resonaba en esa partida. El anciano lo miró, y en sus ojos —pozos donde el tiempo se detenía— Kael leyó la despedida.

—Ya no necesitas mis palabras —dijo el anciano—. Solo silencio.

Kael asintió.

—Gracias por mostrarme el camino.

La voz de Dorje fue un murmullo que parecía venir desde siglos atrás.

—No lo confundas con el final. Es solo el otro lado del nacimiento.

Se abrazaron brevemente.

Cuando Kael dio unos pasos hacia el umbral, Dorje habló de nuevo.

—El sendero no termina —murmuró—. Solo se pliega para que lo lleves dentro.

Kael no respondió. No hacía falta.

Descendió la montaña sin mirar atrás.

La melodía de Apsara seguía dentro de él.

Viva.

Hermosa.

Incompleta.

No sabía aún que ese canto era una llave. Ni que, al hacerla sonar, había desenterrado la primera pieza de una historia que lo esperaba.

[Abril de 2031 · San Diego]

Seis años después, la ciudad lo recibió con un puñetazo de ruido.

San Diego sonaba igual. Kael ya no.

Dio un paso y alguien lo empujó por detrás. Un hombro seco. Sin disculpa.

—¡Eh! —murmuró Kael.

La palabra se perdió.

Kael cerró los ojos un segundo. Pensó en el silencio del monasterio. Una sirena cortó el pensamiento en dos. Abrió los ojos. Un anuncio holográfico parpadeaba sobre la acera, repitiendo una sonrisa sintética. El suelo vibraba bajo sus pies, como si la ciudad nunca estuviera del todo quieta.

Caminó. Cada paso era una interferencia. El zumbido constante de los cables eléctricos. El chasquido de una señal de tráfico defectuosa. Un olor agrio que no supo identificar.

En el Tíbet, cada sonido tenía un origen.

Aquí, todo llegaba a la vez.

Kael se detuvo en un semáforo. El contador descendía sin mirarlo: siete, seis, cinco.

Por un instante, tuvo la sensación absurda de que la ciudad respiraba más rápido que él.

Cuando la luz cambió, cruzó sin pensar.

La ciencia le había enseñado a medir. Dorje le había enseñado a sentir. Y ahora, todo le sonaba distinto.

Nada había cambiado. Pero todo había cambiado.

Había algo en él que no encajaba con el lenguaje científico. Como si las palabras que traía del Tíbet no cupieran en ninguna hipótesis

Lo que había sentido allá arriba —el sonido vibrando en sus huesos, la presencia de Dorje, el silencio que respiraba por sí solo— no se medía en escalas. No era replicable. No todavía.

Apagó el monitor. La luz se fue. Las gráficas también.

A oscuras, el laboratorio respiraba. El zumbido de los transformadores. El goteo de la tubería. El silencio que queda cuando las máquinas dejan de mentir.

Las respuestas no estaban ahí.

Nunca lo habían estado.

La siguiente fase del experimento no sería un viaje. Sería una reconstrucción. De lo que fue. De lo que pudo haber sido. De lo que

aún podría ser, si él era capaz de sostenerlo.

No esperanza. La esperanza era un lujo que ya no podía pagarse.

Era certeza. Fría. Dura. Innegable.

Kael recordó un día en la habitación del geriátrico. Cómo su abuela había abierto los ojos. Lo había mirado. Y por un instante —un solo instante— la niebla se apartó.

—Kael.

Nada más.

Cuando ella volvió a perderse, él ya estaba ardiendo.

Había sido después de una de esas largas caminatas sin rumbo, cuando el contraste entre el silencio aprendido en el Tíbet y el estruendo nato de San Diego se le hacía insoportable.

Sin pensarlo, sus pies lo llevaron a la parada del tranvía que serpenteaba hacia el barrio del hospital. No llevaba un plan, solo la necesidad de verla, de comprobar si el puente que sentía resquebrajarse dentro de él tenía un anclaje real en aquellos ojos —a veces océano, a veces desierto.

La habitación olía a desinfectante y a ese silencio espeso de las plantas de crónicos. Su abuela estaba sentada en el sillón, pequeña y frágil, como un pájaro que hubiera olvidado cómo volar. A su lado, Luisa, la cuidadora, leía una revista del corazón. Al verlo, sonrió con esa mezcla de lástima y alivio que Kael ya conocía.

—Mira, Apsara, mira quién ha venido —dijo Luisa, levantándose con un suspiro—. Te dejo un rato con él.

La abuela lo miró. Un segundo. Dos. Sus ojos, nublados por una niebla que ningún médico sabía nombrar con certeza, lo recorrieron sin reconocerlo.

—¿Eres el de las galletas? —preguntó.

Su voz sonó cascada, como la de una niña perdida.

Kael sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Un vacío frío en el pecho. Sin mediar palabra, sacó de su mochila el pequeño cuenco tibetano que Dorje le regaló. Lo sostuvo en la palma de su mano y, con el mazo forrado de cuero, golpeó suavemente el borde.

Un ding profundo y limpio brotó, llenando la habitación como una marea de terciopelo. La vibración se extendió, palpable. Por un instante, el zumbido de los fluorescentes y el runrún de los sistemas de soporte vital parecieron desvanecerse.

Ella cerró los ojos. Sus dedos, que antes tejían historias de amor y aventuras en viejas máquinas de escribir, dejaron de arañar la sábana. Se aquietaron.

Y entonces, sus labios resecos se movieron. No hablaron. Cantaron.

Una melodía en pali, antigua y simple, que Kael no escuchaba desde su infancia. Una canción de cuna, quizá, o un mantra humilde. De cuando ella aún reía con la boca marcada por la harina al hacer pan, y el mundo era un lugar comprensible. Fueron tres respiraciones, apenas un suspiro con forma de canción. Pero para Kael duraron una eternidad.

En el silencio que siguió —más denso aún después de aquel milagro —, Kael se arrodilló junto a la cama. Notaba las lágrimas escaldando sus ojos, la conmoción anclada en la garganta.

—¿Dónde lo aprendiste, abuela? —susurró, como si temiera romper el hechizo.

Ella no lo miró. Su mano, huesuda y fría, se posó sobre su propio pecho, justo donde el corazón latía débilmente.

—No lo aprendí —murmuró, su voz de cristal a punto de quebrarse —. Está aquí dentro. Siempre ha estado.

La frase quedó flotando en el aire, cargada de un significado que Kael no se atrevía a descifrar. Luego, como si la confesión la hubiera vaciado por completo, sus ojos se perdieron de nuevo, regresando a ese desierto interior donde nadie podía alcanzarla. Miró a Kael sin verlo.

—¿Tú quién eres?

Kael se puso en pie con esfuerzo. No respondió. Solo acarició el dorso de esa mano que ya no lo reconocía y, con cuidado, guardó el cuenco, que aún vibraba con un recuerdo de sonido.

Salió de la habitación y caminó por el pasillo iluminado con luz fluorescente, llevándose la pregunta de su abuela grabada a fuego: si la canción no se aprendió, si siempre estuvo allí... ¿qué más podía haber, latente, en los pliegues de su memoria?

Sabía lo que tenía que hacer. Esa chispa de memoria, fugaz pero auténtica, era la prueba que necesitaba. No para la ciencia, sino para su alma.

Las semanas siguientes las pasó obsesionado, traduciendo esa certeza visceral en un lenguaje que el mundo pudiera —o al menos intentara— entender.

Pulió notas, depuró datos, preparó una presentación que era, en el fondo, un grito ahogado.

Así fue como, unas semanas después, Kael se encontraba en la sala de conferencias del Congreso Internacional de Psiquiatría Transpersonal en San Francisco.

La sala estaba llena. Demasiado.

Kael subió al estrado con el cuenco tibetano en la mano. El metal brilló bajo las luces frías del auditorio. Algunos asistentes intercambiaron miradas rápidas. Otros sonrieron antes de tiempo.

—No quiero hablar de misticismo —empezó Kael—. Quiero hablar de memoria.

Mostró gráficos. Ondas. Correlaciones. Habló de neuroplasticidad, de resonancia, de pacientes que ya no reconocían su propio nombre.

Un bostezo sin disimulo en la tercera fila.

Cuando hizo sonar el cuenco, el sonido se expandió breve, limpio. Demasiado íntimo para aquella sala.

El silencio que siguió fue breve y hostil.

—¿Un cuenco tibetano para curar el alzhéimer? —preguntó alguien entre risas.

Kael abrió la boca. La cerró.

—Sugiero... —dijo al fin— que el lenguaje no es un invento, sino un recuerdo.

—¿Podría mostrarnos los datos de replicabilidad, doctor? —se escuchó preguntar en la sala.

Kael no dijo nada.

La carcajada fue abierta, colectiva. Una ola breve y sucia.

—¿Qué sigue? —añadió otro—. ¿Curar la esquizofrenia con flautas incas?

Más risas. Palmas aisladas.

No necesitó más. Bajó del estrado antes de que el moderador pudiera agradecerle tan sugerente aportación.

Pero al fondo de la sala, una mujer no había reído.

Pelo rojizo recogido con severidad. Ojos grises. No aplaudió, no se movió. Solo lo miró, y en esa mirada no había burla: había cálculo.

Kael no supo quién era.

Pero ella anotó algo en una libreta antes de que él perdiera de vista la puerta.

Regresó a su hogar, marcado por el frío y por un silencio que ya no encontraba.

Había hablado. Había sido escuchado.

Pero no comprendido. Y eso, en cierto modo, era peor que el silencio.

El cuaderno de notas seguía allí, abierto por la última página que había leído antes de irse.

«La mente no está en el cerebro.

Al menos no toda.

El sonido. El ritmo. La memoria. Nada estaba aislado.

—Nyingje.»

Lo leyó en silencio.

A continuación, debajo, escribió una sola frase, sin corregir, sin dudar.

«Envolverla en paisajes oníricos donde los recuerdos no se disuelvan.»

Kael caminó descalzo hasta la cocina. Puso agua a hervir. Cerró los ojos y, por un instante, creyó escuchar el cuenco cantar. Pero no era más que el silbido del hervidor.

Vertió el agua en una taza de cerámica cuarteada, sobre hebras oscuras, y dejó que el aroma lo envolviera. No era la mezcla exacta

de su abuela —esa receta se había perdido entre los pliegues del Alzheimer—, pero el gesto bastaba.

Encendió el tocadiscos.

Spiegel im Spiegel, decía la carátula.

Colocó el disco, bajó la aguja.

El piano sonó, transparente, sin prisa. Luego el violín, como un hilo de agua en la garganta.

Kael cerró los ojos. No buscaba respuestas. Solo quería esa vibración mínima, un temblor en la porcelana, un recuerdo que no terminaba de serlo.

Sopló el té y bebió.

El calor le recordó las mañanas en el monasterio. Y de pronto el recuerdo lo golpeó con la fuerza silenciosa de una campana lejana.

Apsara, no más allá de los cuarenta, canturreando en bengalí mientras amasaba galletas en la cocina de su infancia. La harina formaba nubes en el aire y se posaba sobre sus trenzas negras. Él, con siete años, jugaba a sus pies con botes de especias.

—¿Qué cantas, Abuela? —preguntó en un susurro, mirando hacia arriba.

Ella dejó el rodillo y lo miró con una sonrisa que le arrugaba la comisura de los ojos.

—Es una nana muy vieja. Se canta para que los malos sueños se alejen. Para que la mente recuerde su hogar, incluso cuando esté perdida.

Le acarició la cabeza con dedos enharinados.

Años después, Kael encontraría esas mismas palabras garabateadas en el margen de uno de sus antiguos cuadernos de laboratorio.

Lo había anotado sin pensar. Un puente involuntario entre dos mundos que entonces creía separados.

Y ahora lo entendía.

La música seguía llegando. El piano. El violín.

Kael cerró los ojos.

Imperturbable. Calmada. Como si nada hubiera pasado. Como si todo hubiera pasado ya.

Afuera, San Diego continuaba con su ruido eterno, ajena.

Dentro, la música sonaba.

El experimento no había comenzado en el Tíbet. Había comenzado allí, entre ese aroma a canela y amor, con una canción que era un mapa de regreso a casa.

Todavía no sabía que aquel mapa solo mostraba el comienzo del viaje.

CAP. V – LA MÁQUINA DE LOS SUEÑOS (FUL STOP)



"The panic, the vomit, the panic, the vomit..."

—RADIOHEAD (FUL STOP)

[Marzo de 2031 · San Diego]

Los años siguientes los pasó digiriendo lo aprendido, sin atreverse a ponerlo en práctica. Aquella noche, con el sabor a canela aún en la lengua, Kael reactivó su pequeño laboratorio.

Tomó un viejo casco de bicicleta y lo convirtió en una interfaz neuronal rudimentaria: electrodos, sensores, auriculares, un enredo de cables. Era una chapuza, pero era lo único que tenía.

El viejo ordenador zumbaba como una colmena enferma, luchando por procesar los datos. Ajustó frecuencias, diseñó protocolos. Pero esta vez buscaba una resonancia distinta: la que unía al yo con su sombra.

En su diario, anotaba obsesivamente cada observación, cada fragmento de sueño. Era el mapa que lo guiaría de regreso a ella.

Con este vetusto equipo, comenzó a experimentar consigo mismo.

Se colocó el casco, ajustó los electrodos con la precisión de un monje que prepara un ritual. Sus dedos, por inercia, tocaron el colgante de la estrella de seis puntas bajo la camisa. Frío. El símbolo de la pregunta de Apsara. Luego activó la secuencia de sonidos y luces predefinidas... y se dejó caer.

Los mantras que había aprendido en el Tíbet —ese primer lenguaje que hablaba al alma— eran ahora códigos, estímulos, llaves de una cerradura invisible.

Sabía que lo que estaba intentando bordeaba lo imposible. Pero también sabía que algo, allá en la frontera del sueño, lo estaba esperando.

No era una hipótesis; era una certeza visceral, la misma que lo había llevado del hospital a este cuarto lleno de chatarra.

Su propósito era claro: valerse del sonido y la tecnología para descifrar los sueños y modificarlos con fines terapéuticos.

Cada ajuste de frecuencia, cada cable soldado, era un paso hacia un solo objetivo: envolver a su abuela en paisajes oníricos llenos de recuerdos y ternura, tocar algo profundo en su mente, despertar una

chispa de lo que había sido. Y quizás, solo quizás, frenar el olvido que avanzaba como una sombra sobre su memoria.

Una tarde, tras horas de fracasos con el prototipo, la frustración lo embargó.

Se movía por el laboratorio como un alma en pena. Manos a la espalda. Mirada perdida, buscando en la soledad un ancla.

Al girarse con brusquedad, su mano golpeó el soporte de madera del prayer wheel. La rueda, inestable, se inclinó y su pesado cilindro de metal golpeó de refilón el cuenco tibetano que tenía al lado.

Este resonó.

La vibración llenó la habitación como si hubiera nacido del corazón mismo del monasterio.

Kael cerró los ojos y se sentó, con la espalda recta, las manos sobre las rodillas, la respiración tan quieta como el polvo en los alféizares.

Recordó a Dorje.

—Cuando el sonido muere, lo real comienza.

Pero el sonido no moría. No del todo. Se iba quedando, adherido a los huesos. Un zumbido leve en la columna. Una mariposa quieta detrás del esternón. Un eco tan suave que parecía fabricado por la memoria.

En la penumbra de sus párpados, Kael no soñaba. Pero algo soñaba por él.

La imagen de su abuela Apsara emergió, vestida con la bata manchada de harina, moviendo el cucharón en círculos. La canción antigua. La masa de galletas. Y esa risa, aguda, llena de vida, justo antes de que el Alzheimer le robara el nombre de las cosas.

El cuenco vibró por última vez.

Un silencio tan puro como el hielo.

Kael lloró sin moverse.

Y entonces lo supo. No era un recuerdo. Era una vibración que aún no había terminado de llegar.

Ese día, Kael salió llorando a la calle.

Lo que sentía no bastaba. Necesitaba ayuda, más allá de su ingenio y de esos viejos ordenadores que chispeaban como brasas.

Y entonces lo entendió: la conciencia era un viaje, no un destino. La memoria, un río, no un estanque estático.

No se podía llevar el océano al laboratorio.

Era al revés: debía sumergirse en él.

Mientras regresaba, la ciudad giraba sin él. Indiferente. Precisa. Como una máquina que no necesita permiso para continuar.

El rumor ya estaba vivo en el hospital.

Corría de oficina en oficina, de pasillo en pasillo, pegándose a las paredes como humedad vieja.

Una corporación había comprado el Hospital de San Diego.

Se decía en voz baja. Con cuidado. Como si nombrarlo pudiera acelerar algo.

Kael lo oyó al cruzar el vestíbulo. Bata arrugada. Mochila al hombro. Paso automático.

—¿Te enteraste?

Otra voz, más tensa:

—Dicen que la adquisición es inmediata. Que va a haber despidos.

Y otra, casi un suspiro roto:

—Nos van a sustituir por robots...

Kael no se detuvo. Ni siquiera redujo el paso. Se encogió de hombros, apenas un gesto reflejo.

No era su problema. Tenía suficiente con su turno. Con las historias que se le metían en la cabeza... y le vaciaban lo que quedaba dentro.

La venta. Los nuevos nombres. Los protocolos que cambiarían mañana.

Nada de eso le bastaba.

Caminó. Y el rumor quedó atrás, saltando de boca en boca, ligero, persistente, como un humo que todavía no sabía que acabaría asfixiándolo.

Pasaron semanas y Kael permanecía atrapado en un bucle de problemas electrónicos y soluciones frustradas.

Entonces recordó a la única mente capaz de darle forma a su desesperación: Iván Castaño.

No era solo un ingeniero del MIT con una calificación A+; era una mente brillante, alguien que años atrás ya había impresionado a Kael. El tipo que en la universidad había hackeado el sistema de sonido del auditorio para emitir cantos gregorianos durante un examen final. Un genio díscolo con un humor ácido y las manos de un cirujano para la electrónica.

La vida los había separado, pero el instinto de Kael gritaba que ese era el camino.

Con una mezcla de esperanza y nerviosismo, cargó su trolley con el engendro de cables y sensores y siguió una dirección de internet hasta un local escondido en una callejuela.

Empujó la puerta.

Una campanilla oxidada sonó.

El aire olía a metal caliente y polvo de décadas.

El taller era un caos sagrado: estanterías reventando de altavoces desmontados, válvulas de vacío brillando como órganos de un robot, cables serpenteando por el suelo. En el centro, inclinado sobre un amplificador con el soldador en mano, estaba Iván.

Kael se fijó en sus manos. Deditos largos, ágiles, cubiertos de pequeñas quemaduras de soldador y manchas de óxido. Manos de cirujano y de mecánico a la vez. El currículum de Iván escrito en la piel.

—Dime que no estás demasiado ocupado —dijo Kael con una sonrisa tímida.

Iván no apartó la vista de la placa.

—Depende. Si vienes a que te arregle un walkman, la respuesta es sí, pero te cobro el doble. Si es para hackear el sistema de sonido de un auditorio como en la universidad, eso ya fue divertido una vez.

Levantó la vista lentamente. Sus ojos, desenfocados por la concentración, tardaron un segundo en ajustarse. Luego, una sonrisa amplia y genuina.

—¡Kael! ¿Qué demonios te trae por aquí? ¿Te ha fallado el tocadiscos o estás planeando otra revolución acústica?

Kael le respondió con una sonrisa.

—Nada tan complicado, pero necesito tu magia con esto.

Abrió el trolley y sacó las piezas. El casco de bicicleta transformado, la maraña de electrodos, el módulo de procesamiento con cicatrices de soldaduras fallidas.

Iván miraba escéptico, brazos cruzados y ceja alzada. Sus ojos recorrieron el extraño artefacto de arriba abajo, como si estuviera examinando una criatura salida de una película de ciencia ficción.

—Esto parece salido de una pesadilla steampunk. ¿De qué contenedor de basura lo sacaste?

—De mi necesidad —respondió Kael, su voz más firme de lo que esperaba—. Necesito que le des forma. Que elimines el ruido.

Iván conectó el módulo a su ordenador con movimientos rápidos. La pantalla cobró vida, mostrando una maraña caótica de ondas distorsionadas.

—Esto no es ruido, Kael. Esto es un apocalipsis de cacofonías —murmuró, ajustando parámetros con dedos ágiles—. ¿Qué se supone que es?

Kael respiró hondo.

—Una interfaz. Para leer ondas cerebrales. Para acceder a los sueños.

Iván dejó de teclear. Giró lentamente la silla. Su expresión ya no era de curiosidad, sino de alarma contenida.

—Espera. ¿Estás jugando con neurofeedback a este nivel? ¿Con qué fin?

—Mi abuela ya no encuentra las palabras, Iván. Pero su mente aún recuerda. Quiero aprender la letra de esa canción para cantársela de

vuelta. Para guiarla a casa.

Iván se reclinó en la silla, cruzó los brazos. Su mirada era un campo minado de preocupación.

—Recuerda Los Álamos, Kael —dijo Iván, su voz perdiendo por primera vez el tono sarcástico—. Cada herramienta es un arma esperando su turno. ¿Estás seguro de querer abrir esta puerta?

Kael respondió sereno.

—No es una puerta, Iván. Es un puente. Y ya estoy cruzándolo, con o sin ayuda. Pero contigo... podría entender hacia dónde va.

El silencio se instaló, roto solo por el zumbido tenue de los equipos. Iván miró la pantalla, luego a Kael, luego a sus propias manos marcadas por pequeñas quemaduras de soldador.

—Esto va a costarme litros de café y noches de sueño —dijo finalmente, sin levantar la vista—. Y no prometo milagros.

—No necesito milagros —susurró Kael—. Solo necesito tu ingenio.

Iván resopló, pero una chispa de desafío brilló en sus ojos.

—Bueno, déjame ver qué puedo salvar de este desastre. Pero te advierto: con este hardware, lo máximo que obtendrás serán fotogramas borrosos. Un fantasma por minuto.

Las semanas siguientes transformaron el taller de Iván en una extensión de la obsesión de Kael.

Los esquemas cubrieron las paredes. Las noches se fundieron en días marcados por el olor a café frío y estaño fundido.

Los ventiladores del techo giraban despacio. Uno de ellos hacía un ruido seco cada pocas vueltas.

Iván trabajaba inclinado sobre la mesa. Las manos sucias por el estaño. Un cable entre los dientes. Desmontaba piezas. Las volvía a montar. Soldaba. Maldecía en voz baja. Volvía a empezar.

El casco descansaba bajo la luz del taller. Metal opaco. Cristal ahumado. Fragmentos arrancados a máquinas muertas y obligados a respirar juntos.

Kael observaba desde una esquina. No hablaba mucho. Miraba las manos de Iván. Tomaba notas en su cuaderno. Dibujos rápidos. Esquemas. Correcciones sobre la marcha.

Afuera la ciudad dormía. Solo se oía el zumbido lejano de los transformadores y el golpeteo del ventilador sobre sus propios huesos metálicos.

Iván soldó el último contacto.

Esperó.

Nada explotó.

—Bien —dijo.

Kael se acercó despacio. Miró el casco y se quedó quieto.

—Joder. Buen trabajo.

Lo tomó con cuidado. Lo giró entre las manos. Sus dedos recorrían las conexiones como si intentaran descifrar una escritura sagrada. Caminó por la sala sin darse cuenta siquiera de que lo hacía.

Iván lo observaba apoyado en la mesa.

Kael giró el casco lentamente, sonriendo como un niño.

—¿Has hecho esto tú solo?

Iván se encogió de hombros.

—No había nadie más aquí.

Kael soltó una risa breve por la nariz, pero no apartó la vista del aparato. Había algo extraño en su expresión. No parecía estar mirando circuitos ni metal. Parecía estar mirando el interior de una iglesia.

Iván cruzó los brazos. Luego sonrió para sí.

—Dios santo. Qué bueno soy.

Kael negó con la cabeza.

—Estás enfermo. Pero te quiero.

—Sí. Lo sé.

El ventilador volvió a crujir arriba. La luz tembló sobre el cristal del casco. Y durante un instante aquello no pareció una máquina hecha con chatarra. Pareció algo encontrado. Como si hubiese estado enterrado bajo tierra mucho tiempo esperando a que alguien lo desenterrara.

Iván extendió la mano.

—Vamos.

La forma en que lo dijo hizo que pareciera una ofrenda y no un dispositivo.

Kael levantó la vista.

—¿Ahora?

—Ahora.

Los electrodos estaban fríos cuando se colocó el casco.

Kael miró la camilla. Sus dedos, otra vez, tocaron el colgante de la estrella bajo la camisa. Un gesto ya automático. Como si necesitara

asegurarse de que Apsara seguía con él.

—¿Y si no funciona?

Iván señaló el interruptor principal.

—Peor sería que sí.

Kael soltó aire por la nariz. Luego se tumbó. La tela de la camilla estaba fría incluso a través de la ropa.

Iván ajustó los cables al casco. La habitación parecía más pequeña de pronto. Más callada.

—Vamos a proceder —dijo.

Pero sonó a sentencia.

Kael cerró los ojos.

—Estoy listo.

Iván observó el casco un momento antes de activar la secuencia.

—Nadie está listo para esto —murmuró.

Pulsó el interruptor. Y el laboratorio respiró.

Kael cerró los ojos.

No buscó el blanco; buscó el borde del precipicio desde donde asomarse.

En la pantalla, entre la estática granulada, una forma se definió.

Borrosa, en blanco y negro, pero inconfundible: un rostro que no debería estar allí. Sonriendo. Duró tres segundos antes de desvanecerse.

Kael contuvo la respiración.

No era un dato. Era un fragmento de pensamiento arrancado, un recuerdo ajeno fijado en píxeles como un insecto en ámbar.

—Es solo un eco —advirtió Iván, su voz ronca por el cansancio y algo más: por la certeza de haber abierto una puerta que no cerraba igual—. No sabemos de quién es, ni qué significa.

—Significa que funciona —murmuró Kael, sin apartar los ojos de la pantalla ya negra—. Significa que ahora puedo seguir.

Iván lo miró, y por primera vez vio no al amigo de la universidad, sino al hombre que había cruzado un umbral del que quizá no hubiera regresado.

La máquina para rescatar sueños daba sus frutos.

E Iván, arrastrado por una curiosidad que ya rozaba la complicidad, supo que ya no podía dar un paso atrás.

La pequeña sala del hospital olía a desinfectante y metal caliente.

Habían trasladado allí el taller.

El tiempo en aquel lugar adquirió una cualidad elástica, viscosa. Días y noches se fundieron en un continuo marcado por el zumbido de los transformadores y el olor a estaño fundido.

Para Kael, cada ajuste en el prototipo era un paso más cerca de Apsara; para Iván, una concesión más a una curiosidad que olía a precipicio.

Las pruebas con voluntarios fueron un éxito escalofriante —estudiantes de psicología, pacientes con insomnio, curiosos atraídos por el misterio—. Cada sesión era un salto al vacío, cada fragmento de sueño capturado, una promesa peligrosa.

Una noche, mientras la pantalla mostraba el sueño angustiado de un voluntario —sombras persiguiéndole por un pasillo infinito—, Iván

apartó la vista. Su rostro estaba pálido bajo la luz azulada del monitor.

—¿Te has parado a pensar en lo que estamos haciendo? Esto no es un experimento, Kael. Es una violación. ¿Y si vemos algo que no deberíamos?

Kael no apartó los ojos de la pantalla donde las sombras se multiplicaban.

—Lo sé. Pero imagina poder sanar esos pasillos. Es demasiado importante para detenerse.

Iván soltó una risa seca, sin humor.

—¿Sanar?

Señaló la pantalla, donde el sueño se codificaba en fríos datos binarios.

—Tú eres nuestro Prometeo, Kael. Tienes el fuego de los dioses en las manos. Pero si sigues jugando con él, no serás el único en arder. La humanidad entera podría seguirte. Y te prometo que no habrá héroe que venga a liberarte de las consecuencias.

Esas palabras resonaron en Kael, pero no lo detuvieron. La obsesión era más fuerte. Después de la última prueba, supo que tenía que ir más allá.

Tenía que probarlo él mismo.

[16 de julio de 2031 · Hospital de San Diego]

—¿Estás nervioso? —preguntó Iván, ajustando los últimos sensores.

—Un poco —mintió Kael, recostándose en la camilla—. Pero funciona. Lo hemos visto.

Iván le colocó los auriculares, el casco, las gafas de seguimiento ocular. Sus manos, por primera vez, vacilaron ligeramente.

—Preparado —dijo Kael, y levantó el pulgar.

Iván presionó el botón.

Un zumbido vibró en los auriculares —el mantra digitalizado, esa oración convertida en llave—. Kael sintió el suelo de la realidad desintegrarse bajo él. No había vuelta atrás.

En la pantalla, las ondas cerebrales bailaron un vals hipnótico.

Iván observaba, conteniendo la respiración.

Minuto uno. Estática.

Minuto dos. Patrones caóticos.

Minuto tres...

Una imagen emergió del blanco y negro granulado.

Era Apsara.

Sonriendo. Serena. Con harina en las trenzas.

—Funciona... —murmuró Iván, un susurro cargado de asombro y terror—. ¡Dios mío, funciona!

La imagen duró un latido. Se desvaneció.

Silencio. Luego, la estática se curvó formando una línea oscura en el horizonte de la pantalla.

La línea creció. Se elevó.

Una ola. Negra. Gigantesca.

Un muro de agua y ruina que se alzaba sobre una ciudad costera, tragándose edificios como juguetes, apagando miles de luces en un instante.

En la camilla, el cuerpo de Kael se arqueó como herido por un rayo. Un gemido ahogado le desgarró la garganta.

—¡Iván! —Un grito animal, primigenio—. ¡Apágalo!

Iván no lo entendió, pero su instinto fue más rápido. Su mano aporreó el botón de emergencia antes de que su cerebro procesara el miedo.

El silencio que siguió fue físico, como si el aire se hubiera solidificado.

Kael se incorporó a trompicones, los dedos enredados en los cables, el sudor frío empapándole la espalda. Jadeaba, mirándose las manos como si le pertenecieran a otro.

—¿Qué mierda ha pasado? ¿Qué viste? —Iván le sujetó los hombros.

—Una ola... —Kael tragó saliva, el sabor a óxido y pánico llenándole la boca—. Sobre una ciudad... La sentí. Dios, Iván, la sentí venir.

Iván encendió el televisor.

Las imágenes llegaron como una bofetada.

Una ciudad. O lo que quedaba de ella. Un monasterio partido por la mitad como un barco varado. La torre de Belem borrada del mapa. Hoteles, casas, mercados: un cementerio de escombros flotando en un agua marrón que no terminaba de retirarse.

La voz en off del presentador temblaba sin permiso:

«...las imágenes vía satélite que están viendo son de Europa. Irlanda, España, Portugal... Lisboa está literalmente bajo las aguas...»

El mapa que apareció en pantalla mostraba una mancha roja que se expandía desde el epicentro en las islas canarias.

No era una simulación: era un registro. Miami aparecía bajo ella. Fort Lauderdale, West Palm Beach, Jacksonville: la mancha las devoraba sin detenerse.

«...la onda ha cruzado el Atlántico y ha golpeado toda la costa este de Estados Unidos. Se prevé que llegue en minutos a Nueva York. No tenemos confirmación oficial de víctimas en suelo estadounidense, pero las imágenes que nos llegan...»

La voz se quebró.

«...las imágenes son devastadoras...»

Un rótulo apareció en la parte inferior de la pantalla: Las alertas tempranas no se activaron. Se investigan las causas.

Iván soltó una risa sin humor, los nudillos blancos sobre la mesa.

—Claro que no se activaron.

La voz en off del presentador temblaba sin permiso:

«...las estimaciones provisionales hablan de millones de víctimas solo en el Caribe. Las comunicaciones con Puerto Rico, Cuba, las Bahamas son malas o muy deficientes. El Atlántico Norte es... un cementerio.»

El mundo se detuvo.

Kael no se movió. El aire abandonó sus pulmones y no regresó.

—Era real —logró murmurar, y en sus ojos se vio el derrumbe de todo lo que creía saber sobre la mente, el tiempo, la realidad—. No fue un sueño... Es real.

La pantalla escupía imágenes. Brigadas de robots-rescatistas escaneando ruinas con láseres fríos junto a voluntarios humanos que removían restos con las manos desnudas, sangrantes.

Y en primer plano, una mujer. Su rostro, una máscara de tierra y dolor, apretaba contra el pecho el cuerpo pequeño, quieto y absurdamente limpio de un niño.

Kael saltó de la camilla y corrió. Empujó la puerta del baño y vomitó. No solo el horror: el vértigo de haber tocado un lugar donde el tiempo no era una línea, sino un océano donde pasado, presente y futuro se mezclaban.

Al salir, tambaleante, su mirada se cruzó de nuevo con la pantalla. La imagen del niño se le clavó detrás de los párpados.

—¡Mi abuela! —Gritó, sacando el teléfono con manos que no obedecían.

—Tranquilo, la costa oeste está a salvo —dijo Iván, pero su voz también temblaba—. Respira. Llámala.

Kael marcó con dedos torpes.

Una eternidad después, respondió Luisa, su asistente.

—¿Kael? Ella está bien. Asustada por las noticias, pero bien.

El alivio no llegó. En la pantalla, el horror ya había mutado en otra cosa. Iván cambió de canal.

Un presentador interrumpió con una conexión urgente:

«...confirmamos que República Dominicana ha dejado de emitir señal. La Habana está arrasada. Las Bahamas...»

Hizo una pausa, como si no pudiera procesar lo que le contaba el pinganillo.

«...Las Bahamas han dejado de existir como archipiélago. La ola las ha cubierto por completo...»

Iván apagó el televisor de un golpe seco.

—Lo sabían —su voz era áspera, cargada de un veneno nuevo—. Esos hijos de puta con sus informes clasificados... lo sabían y no movieron un dedo.

Kael no podía apartar los ojos del rectángulo negro. En su mente, la ola crecía.

No dijo nada. No había nada que decir.

El silencio se instaló entre ellos, espeso, cargado con el peso de un mundo que revelaba su verdadera naturaleza fracturada.

Iván había apagado la tele. Hasta los transformadores parecían haber contenido la respiración.

Y entonces, sin que nadie la tocara, la música llegó. No venía de ningún altavoz. Venía de dentro. De un lugar de su memoria que ni siquiera sabía que existía.

Un latido mecánico, hipnótico, repitiéndose como un mantra roto.

...The panic, the vomit…

La voz susurraba en algún borde de su conciencia, pero Kael ya no distinguía si era la canción o el eco del tsunami.

La misma música que había sonado en su apartamento hacía unas horas, cuando el mundo aún tenía sentido, el té humeaba y el recuerdo de su abuela era solo tristeza, no este vacío.

Kael cerró los ojos.

La música siguió sonando. Imperturbable. Calmada. Como si nada hubiera pasado. Como si todo hubiera pasado ya.

—Kael... —susurró Iván.

Kael no respondió. Iván no preguntó. No hacía falta.

Los dos sabían que algo había cambiado. Algo que ninguno podía nombrar todavía.

Afuera, San Diego continuaba con su ruido eterno, ajena.

Dentro, la música sonaba.

Y Kael supo que nunca podría volver a escucharla sin oír también el agua.

En un despacho sin ventanas de la sede central de NeuroPharm, Isolde Rainer recibió la noticia sin apartar la vista de la pantalla.

Las cifras de muertos ascendían en tiempo real. El mapa del Atlántico se teñía de rojo.

—Eris —la llamaron desde la penumbra—. ¿Órdenes?

Isolde no respondió. Solo observaba.

Sus dedos, sobre la mesa, no se movieron. Pero en sus ojos grises, algo cambió. Una grieta mínima. El cálculo de un mundo que se reconfiguraba en segundos.

—Ninguna —dijo al fin—. Por ahora.

La pantalla siguió parpadeando. El mapa seguía ardiendo.

Isolde seguía mirando.

CAP. VI – EL MOLDE (LANDSLIDE)



"La memoria no es un archivo. Es un molde. Y cada vez que recordamos, volvemos a hornear."

—APSARA DE LA CRUZ

[17 de julio de 2031 · San Diego]

En su taller de San Diego, Iván Castaño soldaba el último componente del casco neuronal. La chaqueta de mezclilla colgaba del respaldo de la silla, manchada de estaño y café.

No recordaba la última vez que se la había quitado. Mordía el capuchón de su bolígrafo —ya casi partido en dos, las marcas de sus

dientes profundas como cicatrices— mientras ajustaba una resistencia con la precisión de un cirujano.

La radio escupía estática. Luego, los primeros acordes de Oxygène. Lentos. Hipnóticos. Como el latido de un corazón que aún no sabe que existe.

Iván levantó la vista un momento. No sonrió. No hacía falta. La música ya estaba dentro de él, filtrándose entre los cables y el estaño fundido.

—Un poquito más, Kael —murmuró, sin levantar la vista del circuito —. Un poquito más.

El soldador humeó un instante. El estaño se fundió, brillante, líquido, uniendo dos mundos que nunca debieron separarse.

Afuera, la noche de San Diego empezaba a teñirse de naranja. Dentro, el taller olía a paciencia y a urgencia. Iván dejó el soldador, se quitó las gafas de aumento y frotó sus dedos quemados contra el vaquero.

Luego cogió el teléfono. Miró la hora.

Kael debería haber llegado hace dos horas.

Guardó el móvil. Volvió a soldar. No le gustaba esperar, pero llevaba años aprendiendo que algunas cosas no se apresuran.

La radio siguió sonando, mecánica, constante, como un latido de metal.

Esa noche, Kael no pudo dormir.

Las imágenes del tsunami, los gritos, la impotencia... todo se repetía como un eco. Los sueños no venían. Solo la vigilia, con su cortejo de preguntas sin respuesta.

Al amanecer, tras su guardia en el hospital, se subió al coche y tomó la carretera. No había cerrado los ojos. Necesitaba verla. Hablar con ella. Hacer algo. Cualquier cosa.

El rugido del motor rompía el silencio de la madrugada.

San Diego se desvanecía en el retrovisor: rascacielos de cristal, diagnósticos flotando en pantallas de luz, promesas holográficas suspendidas en el aire. Y en la radio del vehículo, la voz de Stevie Nicks preguntándose si el miedo al cambio era más fuerte que el amor.

Kael subió el volumen.

...Landslide...

Frente a él, el campo. Cada curva del camino despertaba recuerdos antiguos. Los veranos en el pueblo. El río. Las historias al calor de la chimenea.

Un nudo le cerró la garganta al pensar en ella. Su abuela. Su confidente. Su faro. Y ahora... la mujer que olvidaba.

Cada visita era una ofrenda. Un intento de rescatar, al vuelo, un fragmento de lo que se iba deshaciendo. Sus recuerdos, borrándose como un óleo al sol.

La radio, en sintonía automática, escupió un compás de guitarra eléctrica. Kael giró el dial con un gesto brusco. El silencio que siguió fue aún más alto.

Dejó la autopista y tomó una carretera secundaria.

Las aeromotos de la policía lamían el asfalto como perros de presa. Hasta el viento parecía tener dueño. Atrás quedaban los carteles en ultradefinición, los hologramas vendiendo vidas perfectas a cambio de un escaneo de retina.

La carretera se estrechó. El asfalto dio paso a tierra compactada. Kael redujo la velocidad sin pensar, como si el vehículo también sintiera que algo cambiaba.

Los postes de luz desaparecieron primero. Luego las cámaras en las intersecciones. Después, simplemente, dejó de ver pantallas.

Llevaba años sin mirar un paisaje que no tuviera un ángulo diseñado para venderle algo.

El ocaso teñía los cerros cuando el pueblo apareció.

No había cartel de bienvenida. No había control de acceso. Solo una iglesia de piedra, una plaza, calles que no estaban diseñadas para aeromotos. Y al final, una casa baja rodeada de tierra trabajada. No había flores. Solo verduras y hortalizas. Alguien aquí sabía que el mundo no regala nada.

Kael aparcó.

El silencio fue lo primero que le golpeó. No tráfico. No sirenas. No altavoces filtrando noticias. Una gallina cruzó la calle como si el siglo XXI no fuera asunto suyo.

Kael apagó el motor y respiró hondo. Se bajó, dejó la mochila en la mecedora del porche. Sus dedos, por inercia, tocaron la pulsera de cuero trenzado en su muñeca. Aún la llevaba. Nunca se la quitaba. Luego, bajo la camisa, el colgante de la estrella de seis puntas. Frío contra su piel. El símbolo de la pregunta de Apsara.

Llamó con los nudillos.

La puerta se abrió.

Luisa apareció con su bata azul claro, secándose las manos en un paño con esa energía de quien no quiere hacer esperar.

—Buenos días, Kael —dijo—. Pasa, por favor.

Su sonrisa era cálida pero profesional. La manera de secarse las manos, como si recibiera a un desconocido. La ausencia total de ese cansancio familiar que él recordaba de las largas noches en el hospital.

Kael parpadeó. Tres segundos eternos en los que su cerebro intentó encajar las piezas.

Luisa, la misma que había dormido en sillas de plástico para no dejar sola a Apsara. La que conocía las pastillas, las horas, las venas frágiles donde ya no se podía pinchar. La que lo había abrazado cuando los médicos dijeron podría no superar la noche.

Y ahora le estrechaba la mano como si fuera el primero de muchos días.

Kael se quedó paralizado en el umbral. No era "usted debe de ser Kael". Era "Kael", a secas. Dicho como si no fuera la primera vez.

Luisa se dio cuenta al instante. Terminó de secarse las manos con un movimiento brusco.

—Perdona —dijo, con una risa nerviosa—. No te esperaba.

Kael asintió. Sintió gratitud y un desconcierto que casi lo mareaba.

Entonces la vio. No en un gesto. No en una palabra. En los ojos. Algo se movía detrás de su sonrisa profesional. Algo que Kael reconoció porque lo veía cada día en el hospital. En los rostros de los pacientes que llegaban sin papeles, en las madres que apretaban a sus hijos contra el pecho al paso de una patrulla.

Miedo.

Nos quitan el trabajo. Colapsan los hospitales. Deberían estar en su país.

Y con el agua, había llegado la rabia.

Luisa no era blanca. No tenía el acento de California. Y en el clima actual, eso bastaba para ser sospechosa.

—¿Estás bien? —preguntó Kael, y la pregunta pesó más de lo que parecía.

Luisa sostuvo la mirada un segundo de más. Luego desvió los ojos hacia la cocina.

—Sí, sí. Claro.

Se secó las manos otra vez, aunque ya estaban secas.

—Ha sido una mañana ajetreada. La señora Apsara se ha levantado temprano y...

No terminó la frase. No hacía falta.

—No te preocupes —consiguió decir Kael, con una sonrisa que le dolió—. Y tú tampoco. Tutéame.

Luisa asintió agradecida, como si le acabaran de conceder un permiso. Sus dedos no dejaban de frotarse: pulgar contra índice, un pequeño círculo insistente. Kael se preguntó cuántas veces al día haría ese gesto, y por qué, al verlo, sintió que ella no era la única que necesitaba calmarse.

Kael entró por fin en la casa.

El aroma a canela y vainilla se mezclaba con el leve olor a desinfectante. Pero debajo, como la base de un perfume, persistía el olor que para Kael era sinónimo de ella: papel envejecido, ligeramente ácido, y el fantasma del grafito de los lápices que ella afilaba con cuidado.

Era el olor de sus cuadernos azules, de sus recetas garabateadas al margen de artículos científicos. Un olor a archivo y a memoria, ahora sitiado por el aroma clínico del olvido.

Ni rastro de tecnología en la casa, salvo el discreto monitor de pulso que asomaba bajo el jersey de Luisa.

Kael se obligó a respirar hondo. Había viajado hasta San Gerónimo para ver a su abuela, para conocer por fin ese pueblo del que tanto le había hablado.

—¿Cómo está hoy? —preguntó, intentando que no se notase la tensión en su voz.

Luisa bajó la mirada, eligiendo las palabras.

—Ha tenido mejores días. Esta mañana no sabía quién era yo. Pero después del almuerzo habló de galletas.

Hizo una pausa. Sonrió, leve.

—Últimamente pregunta por ti. Dijo que tú vendrías a ayudarla.

Un escalofrío recorrió a Kael. ¿Eso era un presentimiento de su abuela o solo un fragmento de memoria rescatado al azar?

—Sí —murmuró—. Hacíamos galletas los dos juntos.

Luisa asintió. Kael, por primera vez, notó el cansancio en sus ojos. Las sombras bajo ellos.

—A veces repite cosas. Como si viviera en un bucle. Otras...

Miraron hacia la cocina, donde sonaba el rodillo, suave.

—...a veces está lúcida. Como si el Alzheimer le diera una tregua. Pero solo para burlarse.

Kael apretó los puños. ¿Crueldad o misericordia, esos momentos de luz?

—Gracias por cuidarla —dijo al fin, aunque las palabras le sabían a formalidad vacía.

Luisa sonrió, pero esta vez fue una sonrisa triste.

—Ella es especial. Aunque a veces no me recuerde, sus historias sobre ti hacen que valga la pena.

Se apartó para dejarlo pasar.

—Ve con ella. Hoy es uno de sus días buenos.

Y mientras la seguía por el pasillo, no pudo evitar fijarse en sus manos. En ese gesto circular y ansioso, frotando el pulgar contra el índice.

Eso también lo hacía cuando estaba nerviosa, pensó. Siempre lo había hecho.

El problema era que la Luisa que él conocía no tenía motivos para estar nerviosa. Esta, sí.

Kael asintió y avanzó hacia la cocina, sintiendo el peso de aquellas palabras.

Antes de girar, notó el movimiento de Luisa: su mano derecha buscó, como lo haría un reflejo, el pequeño bulto bajo el jersey donde latía el monitor de pulso. Sus dedos presionaron levemente, comprobando. Un gesto tan integrado en su rutina como respirar.

Días buenos. ¿Cuántos le quedarían —a su abuela, a Luisa, a él— antes de que el cansancio venciera a la compasión?

Kael miró a su abuela.

Las manos viejas amasaban la masa con la misma firmeza de siempre. Los ojos, casi siempre perdidos, brillaron un segundo. Como si el velo se hubiera levantado. Solo un instante.

—¿Recuerdas, abuela? —preguntó Kael, su voz un susurro quebrado —. Cuando era pequeño, hacíamos galletas. Tú me enseñabas a

medir la harina, a batir los huevos hasta que estuvieran esponjosos. Siempre me dejabas lamer la cuchara.

La abuela sonrió, una sonrisa que iluminó su rostro envejecido.

—Claro que me acuerdo, mi niño. Eras un pequeño diablillo, siempre metiendo los dedos en la masa y chupándote los dedos.

Kael sintió el nudo en la garganta. La abuela había vuelto. Solo por un momento. La mujer que le enseñó a amar, a hornear, a ver la magia en lo pequeño. Pero sabía que no duraría.

—¿Te acuerdas de la receta de las galletas de jengibre? —continuó Kael, tratando de aferrarse al momento.

—¿Las que hacíamos en Navidad? ¿Con estrellas y triángulos?

Los ojos de la abuela se nublaron un segundo, como si pasara una sombra.

—Las galletas... sí. Eran ricas. ¿Dónde está mi rodillo? Tenemos que estirar la masa.

Kael se lo dio. Sintió la punzada. Estaba ahí, pero no del todo. Como si un fantasma la habitara. Un eco de lo que fue.

Cerró los ojos, dejando que los recuerdos lo invadieran.

El aroma a canela lo transportó de golpe a su infancia: se vio a sí mismo de niño, sentado en el suelo de la cocina. El calor del horno, el aroma dulce, la sensación de hogar. Las manos manchadas de harina, mientras su abuela reía y le pasaba un trozo de masa.

—Prueba, Kael —le decía.

Pero el tacto frío del rodillo lo devolvió al presente.

—¿Ves esta forma, niño? Así era el primer esquema que diseñé... Tres electrodos, como mi primer escáner cerebral, como los picos de

una estrella. Tu madre lo rompió cuando tenía tu edad.

Su abuela cortó la masa con el molde de estrella. Sus dedos, surcados por venas azules y un temblor constante, se volvían de repente precisos y firmes al alinear el molde y presionar.

Kael lo había visto antes: no en la cocina, sino en una foto de archivo. Esas mismas manos, décadas más jóvenes y firmes, sosteniendo un lápiz de grafito contra un diagrama de circuitos, trazando líneas tan limpias y seguras como los cortes que ahora hacían en la masa.

La misma atención. La misma relación sagrada entre un instrumento y una verdad por revelar.

La conexión le golpeó: ella no confundía la ciencia con las galletas. Para ella, siempre había sido el mismo acto de creación.

Kael se sorprendió por la lucidez que ese instante le brindó.

—¿El prototipo del neuroescáner? Pensé que lo habías olvidado.

La abuela miró el molde, confundida.

—¿Escáner? No... esto es para las galletas. ¿Dónde está mi rodillo?

Se detuvo en los bordes de la masa.

—Tú siempre preferías esta. Por los botones de chocolate que ponías aquí.

Tocó los vértices, donde Kael, de niño, colocaba los chips como si fueran luces.

Abrió los ojos y vio a su abuela, ahora frágil e indefensa como una niña perdida, pero aún con la misma chispa en los ojos cuando hablaba de galletas.

El aroma a galletas doradas con forma de circuitos electrónicos llenaba la cocina cuando Kael abrió el horno. El calor le golpeó la cara, mezclándose con la risa de su abuela, que observaba desde la mesa con los ojos brillantes.

—¡Perfectas! —exclamó la abuela, sonriendo y señalando las galletas con formas variadas de objetos electrónicos.

Kael dejó la bandeja sobre el paño de cocina y le pasó una galleta aún humeante.

—Sopla, no te quemes que están calientes —dijo, y ella lo hizo exagerando, arrugando la nariz. Al morder, el crujido fue idéntico al de su infancia.

Mientras comían, Kael le habló de su vida en la ciudad: del trabajo en el hospital, de su amigo Iván, incluso de una chica de la cafetería que le hacía sonreír. La abuela asentía, a veces confundiendo nombres, pero siempre atenta.

—Sí. Eres feliz —murmuró sonriendo mientras le acariciaba la mejilla, como una conclusión sagrada—. Eso es lo único que importa.

Horas después, cuando por fin salió de la vivienda, la noche estaba cerrada.

Kael recogió del porche su mochila con movimientos lentos, como si el peso del momento le agarrotase las manos. Sabía que ella olvidaría esta visita en cuestión de horas, pero él la guardaría para siempre.

—Volveré pronto —susurró, abrazándola con suavidad. Ella olía a vainilla y a aquel perfume antiguo de siempre, el mismo que usaba cuando él era niño y se dormía en su regazo.

Se giró hacia Luisa, con voz calmada.

—¿Necesitáis algo? —preguntó Kael, rompiendo el silencio—. Antes de irme, puedo bajar a comprar... lo que sea.

Luisa se giró, sorprendida. Esbozó una sonrisa cansada y negó con la cabeza antes de hablar.

—Aquí no hay mucho que comprar, Kael.

Se acercó a la mesa y se dejó caer en una silla, como si el simple hecho de explicarlo le agotara.

Kael frunció el ceño.

—¿Y para el día a día? Comida, medicinas básicas...

—Solo hay una tienda, al lado de la iglesia. Pero no hay farmacia.

Luisa empezó a frotarse el pulgar contra el índice, ese gesto que Kael ya empezaba a reconocer.

—Venden lo justo: aceite, harina, algunas latas. Pero nada fresco.

—¿Ni siquiera repartos? ¿Compras por internet? —insistió Kael, incrédulo—. Con drones, o...

Luisa soltó una carcajada seca, sin humor.

—¿Drones de reparto? ¿Has visto alguna fachada con código QR por aquí?

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Aquí no llega Axion Logistics. El algoritmo no sabe ni que existimos.

Kael asimiló la información en silencio. Un pueblo fantasma. Olvidado por la tecnología. O quizás por elección.

—Entonces, ¿cómo os arregláis?

—El viejo Emiliano.

Luisa señaló vagamente hacia la calle de abajo.

—Es el más joven de los jubilados, tendrá sesenta y pocos. Una vez a la semana baja a San Rafael. Allí sí hay farmacias y supermercados, hay vida. Emiliano trae lo que le pedimos.

—¿Y él no tiene problema en hacer ese viaje?

Luisa se encogió de hombros.

—Es su manera de ayudar. Y la de todos, en realidad. Aquí nos necesitamos. Si no te ayudan los vecinos, no te ayuda nadie.

Kael miró hacia el pasillo que llevaba a la habitación de su abuela. De repente entendió por qué había elegido pasar sus últimos años allí. Era más fácil. Y más triste.

—Gracias —dijo, sin saber muy bien si lo decía por la información o por todo lo demás.

Luisa asintió, y sus dedos siguieron girando, uno contra el otro, en ese pequeño círculo ansioso.

—Y no te olvides darle unas cuantas galletas a Iván —dijo Apsara desde la cocina, señalando la caja de lata donde habían guardado una docena—. Que tú tienes muy mala memoria.

Kael rió y bajó los escalones del porche. Se detuvo y miró hacia arriba. Las estrellas estaban. Todas.

Se subió al vehículo y cerró la puerta. Sintió que el corazón se le encogía.

Sentado en el coche, con las galletas en el asiento del copiloto, encendió el motor. La frase resonó en su cabeza. Ironía pura. La reina del olvido, preocupada por la memoria de su nieto.

Arrancó el vehículo, decidido a hacerle caso: no olvidaría este día. Ni uno solo de los que le quedaban con ella.

Miró por el retrovisor y se puso en marcha. Poco a poco la casa se empequeñecía, pero el nudo en su garganta crecía. El coche cruzó el pueblo como un suspiro. Las calles vacías reflejaban su silencio.

La frase de su abuela seguía allí, clavada: tú tienes muy mala memoria.

Kael pisó el acelerador. Necesitaba moverse. Ahogar el eco. Giró el volante sin pensarlo. Solo había un lugar en el que aún encajaba.

Horas después, llegó de vuelta al hospital de San Diego. Tomó el ascensor y bajó al último sótano, donde una escondida habitación funcionaba como taller y laboratorio improvisado.

Al abrir la puerta, unas campanillas sonaron.

El aire olía a electrónica reciclada, estaño quemado y café viejo. Y como siempre, el sonido de fondo: el goteo cansado de la tubería en el rincón del fregadero —plink... plink...— y el zumbido grave y constante del transformador de la vieja unidad de prototipos, un dúo familiar que era la banda sonora del caos ordenado de Iván.

La radio estaba encendida, pero baja. Algo hablaban de la costa este.

Iván tenía ojeras de soldar hasta las tres y las uñas marcadas por el estaño. Kael, la bata abierta sobre una camiseta que olía a anoche, se quedó en el umbral.

Tragó saliva. No sabía qué decir.

Iván, que ya conocía ese silencio, le lanzó un bolígrafo. Kael lo atrapó al vuelo. Cerró la mano con fuerza. Como si pudiera agarrar algo más que tinta. Como si un trazo bastara para arreglar el mundo.

Se acercó a la pecera y esparció unos gránulos sobre la superficie. Los peces multicolor se agitaron en un frenesí silencioso. Kael observó la escena, hipnotizado. Aquella pecera era un océano en miniatura, un mundo líquido y completo donde el tiempo parecía seguir otras reglas. Memorias encerradas en cristal, pensó.

¿No era eso también el cerebro? ¿Un contenedor frágil de mares internos, de tormentas y calmas?

Iván le señaló la mesa con la barbilla.

—Siéntate. El café está recién hecho.

El desayuno eran dos cafés y una galleta de anís partida por la mitad. Nadie preguntaba ya de quién era la otra mitad.

La radio escupió noticias con ese tono neutro de después de la Gran Regulación.

"...doce desaparecidos en la costa este. El temporal complica las labores de rescate."

Iván arrugó la cara.

—Doce desaparecidos. Doce pobres que no pagaban seguro.

—No empecemos.

—No empiezo. Constato.

Kael bebió un sorbo largo, como si quisiera no oír lo que venía. Pero la radio siguió.

"...avanza la construcción de la ciudad flotante NeoValhalla. DreamLike abre la selección de neuroingenieros, técnicos en hardware de sonido y arquitectos de software. Sueldos competitivos. Relocation package. NeoValhalla. Su futuro, nuestra prioridad..."

Iván dejó la taza con un golpe seco.

—¿Has oído? Los Thorne nos buscan.

—No estoy sordo.

Silencio. Iván miró el osciloscopio temblando, los cables pelados, la diadema neuronal medio soldada sobre una caja de cartón.

—Ellos tienen financiación. Podríamos construir esto... en un mes.

—Iván, tengo pacientes.

La radio siguió:

"...labores de rescate aún desbordadas. Se estiman setecientos mil fallecidos en la costa este. Los heridos están siendo trasladados al oeste y al centro del país. El último superviviente rescatado: un pescador de sesenta años, hallado inconsciente. Trasladado a un hospital público. Las autoridades locales lo tratan como un milagro."

Kael apretó la taza.

—Ese pescador —dijo Iván— podría ser el próximo paciente que te traigan sin familia ni seguro.

—Y yo aquí, pensando si me mudo a una isla flotante para curar el insomnio de Víctor Thorne.

Iván apagó la radio de un golpe.

—No te digo que te vayas. Solo que lo pienses.

—¿Tú lo harías?

Iván miró la diadema rota.

—Yo solo arreglo cacharros. Pero si me ofrecieran seis veces mi sueldo para soldar en una burbuja con vistas al mar... Mentiría si dijera que no.

Kael se levantó y fue a la ventana. Drones patrullando. El mar invisible devorando pescadores sin nombre.

—Mi abuela decía que el dinero compra todo menos el sueño tranquilo.

—Bonita frase.

—Es una advertencia. Si me voy, tendré dinero. Quizás pueda curar a mi abuela. Pero seguro que dejaré atrás a los que no pueden pagar el billete.

—Eso es demagogia barata.

—Por eso la diadema tiene que salir de aquí —Kael sonrió, roto—. No de allí. Por eso me duele.

El estribillo le martilleaba la cabeza: "Su futuro, nuestra prioridad."

—Dame unos días.

Iván asintió resignado. Recogió las tazas.

—Los días que quieras. Pero hay trenes que no pasan dos veces.

Salió hacia el pequeño fregadero. El agua corrió unos segundos. Luego, el silencio.

Kael se levantó y abrió el cajón, sacó la caja de hojalata, partió otra galleta de anís. Un trozo para él. El otro sobre la mesa. Por si Iván volvía.

Afuera, una ambulancia cruzó con la sirena apagada.

Kael se giró hacia el único lugar de la habitación que el caos respetaba. Sobre la repisa, un cuadro de marco sencillo. Dentro, una lámina mostraba el último desarrollo de su abuela.

Ella se empeñó en que él lo tuviera. Gracias a Dios, porque de no ser así habría desaparecido, convertido en cenizas, junto al resto del

laboratorio y el edificio.

Kael se detuvo frente al dibujo: un neuroescáner con forma de estrella triangular, trazado a mano con precisión obsesiva. Debajo, otro esquema: un patrón de ondas cerebrales complejas, el descubrimiento que lo había cambiado todo.

—¿Cómo era tu abuela antes de... ya sabes? —preguntó Iván desde el marco de la puerta, secándose las manos en un trapo viejo. Su tono era suave, invitaba a la confidencia.

Kael no se giró. Siguió mirando el dibujo mientras esbozaba una sonrisa triste.

—Era increíble... —comenzó, y su voz ya llevaba en sí el peso de los dos tiempos, el del genio y el del fantasma. La mujer que mapeó un pensamiento y ahora no recuerda su nombre.

—Tengo el gráfico enmarcado. Parece una constelación... o las chispas de chocolate en una galleta.

Hizo una pausa sonriendo.

—Pero ahora...

Su voz se quebró.

—...ahora ni siquiera recuerda su nombre. El incendio de la clínica se llevó su memoria y su más querida alumna, Rachel.

Entonces el olor a desinfectante le golpeó. Pero no era el del hospital. Era otro, más antiguo. El olor de la clínica donde ingresaron a su abuela, cuando el incendio aún era una herida abierta. Y ese olor arrasó con el presente como una marea que se lleva la orilla.

Ya no estaba en el laboratorio.

Estaba allí, otra vez, en el umbral de aquella habitación.

Y allí estaba ella: en ropa interior, palpando las paredes como un fantasma en su propia casa.

Kael avanzó y posó una mano sobre la de ella. La piel de Apsara era delgada como papel de seda. Y estaba fría.

—Abuela, soy tu nieto, Kael —dijo con suavidad.

Su abuela lo miró, confundida. Luego, como si sus palabras fueran lluvia sobre un cristal, se escurrieron sin dejar rastro.

—Tengo que ir a la estación —murmuró, los ojos vidriosos fijos en algo que solo ella veía—. El tren a Málaga no espera. ¿Dónde está mi falda azul?

Luisa ya estaba allí, con esa paciencia que a Kael le parecía a veces santidad, a veces rendición. Le tomó las manos.

—Su falda está en la tintorería, señora. Hoy no abren. Es domingo.

—Pero necesito mi falda —insistió Apsara, la urgencia creciendo en su voz—. El tren no espera.

Kael observaba de pie, los puños apretados, los nudillos blancos. Cada mentira de Luisa le sabía a traición. A paternalismo que anulaba lo que quedaba de la mujer que había sido.

—No es domingo —dijo al fin, avanzando—. Es jueves. Y no hay tren a Málaga, abuela. Estamos en California. Llegamos hace cuatro días.

Apsara frunció el ceño, como si intentara encajar una pieza en el lugar equivocado.

—¿California? ¿Y mi laboratorio?

Kael sintió el golpe en el pecho. El laboratorio donde ella había pasado treinta años. Donde Rachel había muerto entre las llamas.

—El laboratorio... —empezó, pero las palabras se le atascaron.

Luisa lo fulminó con la mirada por encima del hombro de Apsara. Esa mirada decía: cállate, no ves que la estás hundiendo.

Kael cerró la boca. Pero ya era tarde.

Al final, los tres quedaron exhaustos: Luisa con su mentira piadosa, su abuela con su tren fantasma y Kael con su verdad inútil y el corazón latiéndole en la garganta, desgarrado entre el respeto a la memoria y el deber hacia la persona.

Una enfermera encendió el televisor. En la pantalla, los restos carbonizados de un edificio humeaban bajo el amanecer madrileño. Kael contuvo el aliento, preparándose para el dolor. Pero Apsara solo observó. Y entonces, una sonrisa débil, casi imperceptible, se dibujó en sus labios.

—...Ah... —murmuró, como para sí misma—. Ese era el sueño.

Desvió la mirada de la ventana hacia él. No hubo reconocimiento, solo una curiosa y distante amabilidad.

—¿Dónde está mi cuaderno azul? —preguntó, su voz un susurro rasgado—. Tenía algo importante que anotar.

Kael tragó saliva. El cuaderno azul era ceniza bajo los escombros del laboratorio. Junto con todo lo demás. Junto con Rachel.

—Está a salvo —mintió, porque era la única verdad que podía ofrecerle—. Yo lo guardo.

No había sido solo una mentira para protegerla. Había sido un juramento inconsciente. Una promesa de que, aunque ella lo olvidara todo, él sería el guardián de su legado.

Apsara asintió, satisfecha con una respuesta que no procesó.

Y así era siempre en aquellos días. Un momento el tren. Otro momento el laboratorio. Otras veces era el álbum de fotos que Luisa había rescatado de entre los escombros antes de que todo ardiera.

Sus dedos temblorosos se detenían en una imagen descolorida: ella, con bata blanca en un laboratorio de Madrid, sonriendo a una cámara que ya no recordaba.

—Fuiste una pionera —murmuraba Kael, aunque sabía que las palabras caían en un pozo sin fondo.

—¿Dónde está tu abuelo? —preguntó Apsara con una lucidez espantosa—. Ya debería haber llegado.

Kael no pudo más.

—Murió, abuela —dijo, las palabras saliendo como cristales rotos—. Hace cinco años. De párkinson.

El sonido que salió de su garganta no fue un grito. Fue algo peor: un quejido animal, primitivo, como si la herida se abriera por primera vez.

Kael cerró los ojos con fuerza en el recuerdo, deseando no haber hablado nunca. Pero ya era tarde.

Cuando los abrió, Luisa y su tía ya habían guiado a Apsara hasta el borde de la cama. La anciana sollozaba y sostenía un netsuke de marfil entre sus manos como si fuera algo sagrado. Sus ojos, antes llenos de mapas estelares, estaban claros y vacíos. Como un cielo después de una tormenta que se hubiera llevado todas las constelaciones.

La escena seguía, implacable.

Y la frase regresó, grabada en su presente como una lápida personal: Si pudiera volver atrás, no le habría dicho la verdad.

Pero la mentira —aquella mentira compasiva y fácil sobre el cuaderno azul— seguía ardiendo en su conciencia con una nitidez nueva.

Y por vigésima vez, Kael comprendió demasiado tarde que había cometido el error opuesto. Con Rachel, años atrás en aquel hospital, había mentido para proteger a la persona que era. Ahora, al decir la verdad sobre su abuelo, creyendo erróneamente que honraba a la persona que fue, solo había torturado a la persona que era.

El olor a desinfectante se desvaneció por fin. El estaño quemado y el café viejo del laboratorio volvieron a llenar sus pulmones. Había regresado.

Iván le alcanzó una taza de café. El vapor se elevó entre ellos como un fantasma.

Kael bebió. El café, caliente y dulce, llenó su boca.

—Hoy... —dijo, mirando su reflejo en el líquido oscuro—, si pudiera volver atrás, volvería a mentirle. Como le mentí sobre Rachel.

La conclusión era clara ahora, tallada a fuego por el quejido de su abuela: la compasión no siempre viste el traje de la verdad.

El cuadro frente a sus ojos seguía allí.

—Siempre he creído que este diseño nació porque le gustaban las galletas de jengibre —dijo Kael, señalando el esquema.

Iván sonrió y dejó el trapo a un lado.

—Tú tienes eso también: mezclas ciencia y nostalgia, como piezas de un circuito.

Kael abrió la caja de galletas. Las formas eran un catálogo de sus inventos: estrellas, espirales, cerebros rotos, como los que tuvo de niño.

Las manos le temblaban. Le ofreció una galleta a Iván. Un gesto que era a la vez ofrenda y grito.

—Para ti —dijo, y el gesto era tan simple como un salvavidas lanzado al vacío.

Iván la aceptó, sus dedos manchados de estaño encontrando los surcos de la estrella. Por un momento, no dijo nada. Solo respiró, como si el aroma a canela pudiera limpiar el olor a quemado del taller.

—Siempre vuelves a esto —susurró—. Como si horneando pudieras arreglar lo que se rompió.

Kael cogió otra galleta, idéntica al diseño enmarcado.

—Quizás sea al revés. Quizás horneando descubriré cómo arreglarlo.

Iván tomó la galleta y la mojó en su café. Como si ese gesto pudiera calentar algo frío dentro de Kael. Al darle un mordisco, hizo una mueca grande, casi teatral.

—Mmmm, joder, están perfectas —bromeó, mientras saboreaba la galleta.

Kael sonrió por primera vez en días.

—La cocinera siempre decía que lo importante, aparte de los ingredientes... es que estén bien mezclados.

Cogió otra galleta con forma de triángulo y la colocó junto a la lámina enmarcada. Era idéntica.

Una luz se encendió en su mente.

—Necesito cambiar el enfoque... —murmuró mientras deslizaba los dedos sobre el cristal del marco.

Rodeado de notas, diagramas y prototipos, Kael se puso a trabajar con una concentración feroz. La teoría del siguiente experimento brillaba clara en su cabeza. Ya había logrado modular luz y sonido

para leer sueños, pero ahora creía haber descubierto lo imposible: interactuar con ellos.

—Esto es... increíble... —susurró, mientras los garabatos invadían su cuaderno.

No pensaba en aplicaciones genéricas; pensaba en el incendio del laboratorio. En Rachel. En la memoria de su abuela, devorada por aquel trauma.

Tal vez, por fin, podría entrar en esa prisión de llamas y humo y tenderle una mano desde dentro.

Pero entonces, una inquietante duda lo asaltó:

¿Qué era un sueño sino una marea interna, arrastrando detritos de memoria a la orilla de la conciencia? ¿Era correcto adentrarse en los sueños de otros? ¿Hasta dónde podía llegar aquel descubrimiento? Y lo peor... ¿y si alguien lo usaba con fines siniestros?

Decidió hacer una pausa. Se sirvió un café y se sentó. Intentó abstraerse de la catástrofe del tsunami semanas atrás.

Allí, con la taza entre las manos, la caja de galletas sobre la mesa y la mirada perdida en su pecera, se dejó llevar.

Los peces nadaban en silencio. Por un instante, se vio a sí mismo, uno más en ese pequeño universo líquido. Un cuerpo suspendido. Una mente sin culpa.

Mojó una galleta en el café. Las chispas de chocolate giraban en el líquido, como partículas en su simulador de neuronas.

Harina, huevos, corriente eléctrica... al final todo son conexiones, había escrito su abuela en el cuaderno de recetas.

Ahora él buscaba reconectar lo que la enfermedad deshacía.

CAP. VII – EL HORNO (HOLLOW)



"La conciencia surge de procesos físicos que aún no han sido incorporados a la ciencia física."

—ROGER PENROSE (SHADOWS OF THE MIND)

[Agosto de 2031 · San Diego]

Desde aquel día, Kael se volcó a fondo en la literatura científica.

Consultó al doctor Chen, experto en oscilaciones gamma, y a la profesora Reyes, especialista en memoria traumática. Las

respuestas fueron un muro de cortesía académica: "Elegante", "especulativa", "inverificable con la tecnología actual".

Eran eufemismos para "locura".

Pero Kael no buscaba validación. Buscaba un hueco en ese muro. Un solo resquicio por donde colarse con su pregunta imposible.

Las primeras semanas fueron de ensayo y error.

Iván adaptó el equipo: luces LED a 40 Hercios —la frecuencia de la conciencia— y auriculares con patrones de sonido. Los resultados fueron modestos. Sueños más vívidos, sí. Nada que no diera un té de valeriana.

Hasta que Kael usó las grabaciones que había hecho en Dharamsala años atrás, cuando estudiaba con Dorje Tamang. Cintas de mantras tibetanos —Om Mani Padme Hum, Gate Paragate— cantados en las frecuencias precisas que, según los monjes gyuto, podían doblar la mente alrededor del vacío.

La primera noche con los mantras fue distinta. Kael no solo soñó. Recordó.

El sabor exacto de las galletas de anís que su abuela horneaba los domingos. La textura de la tela de su delantal. El sonido de su risa, antes de que el Alzheimer la convirtiera en eco.

Y entonces entendió: si podía acceder a recuerdos que ni siquiera sabía que tenía, ¿qué más podría hacer?

¿Reorganizar pensamientos obsesivos? ¿Acceder a memorias bloqueadas por el trauma? ¿O —el pensamiento llegó como un escalofrío— implantar ideas nuevas donde solo había ausencia?

Con esa pregunta aún flotando en su cabeza como un fantasma científico, modificó el diseño del experimento.

Ajustó las frecuencias: 7,83 Hercios, la resonancia Schumann, el latido de la Tierra. Sobre eso, los mantras. Rediseñó las conexiones. El dispositivo ya no parecía un instrumento médico. Era un altar portátil.

Sus dedos, antes de cada prueba, tocaban el colgante de la estrella bajo la camisa. Frío. El símbolo de la pregunta de Apsara. Un gesto que ya era automático, como el de un monje que enciende una lámpara antes de la oración.

—Estamos jugando con fuego, Kael —le advirtió Iván desde la puerta del laboratorio. Llevaba puesta la chaqueta de mezclilla, manchada de estaño y café. Sus manos, marcadas por pequeñas quemaduras de soldador, descansaban en los bolsillos.

Pero ya había conectado los electrodos.

—Es por ella —fue lo único que dijo Kael antes de tumbarse en la camilla.

El goteo de la tubería parecía acelerarse, o tal vez era su pulso ahogándolo. El zumbido del transformador subió medio tono, agudo, como una queja eléctrica. Todo estaba listo.

Kael levantó el pulgar. Iván tecleó el comando de inicio.

Al principio, solo oscuridad.

Luego, como si una puerta se abriera dentro de su mente —no una puerta normal, sino una de esas puertas antiguas que crujen y pesan toneladas—, el presente desapareció.

El sol caía con fuerza, demasiado fuerte, sobre el jardín de su infancia.

La brisa traía jazmín, pero algo más flotaba en el aire: un olor metálico, pesado, como antes de la tormenta.

Su abuela estaba allí, en su silla, con un libro entre las manos. No pasaba las páginas. Se aferraba a ellas, como si temiera perderlas.

Kael dio un paso. El césped crujió bajo sus pies, seco, muerto.

—Abuela... —susurró.

Ella levantó la cabeza. Pero no lo vio. Su mirada se perdía más allá, ciega.

Kael tragó saliva y dio un paso más. El libro que sostenía estaba escrito en un idioma extraño, palabras que se retorcían y cambiaban ante sus ojos, transformándose en símbolos que se desvanecían antes de que pudiera descifrarlos.

—Abuela, soy yo... Kael.

La voz le salió débil, como un eco bajo el agua. Ella inclinó la cabeza y sonrió, pero la sonrisa no le pertenecía. Estaba fría, extraña. Entonces, con lentitud, abrió la boca.

De su garganta no salió ninguna palabra, solo un sonido: un murmullo monótono, como un zumbido lejano, cada vez más fuerte. Kael sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Algo estaba terriblemente mal.

Su abuela levantó la mirada y, en lugar de ojos, tenía dos espejos oscuros que reflejaban su propio rostro. Pero no era su cara real. En el reflejo, Kael tenía la piel pálida, los labios entreabiertos en un grito mudo, y detrás de él, justo fuera de su campo de visión, alguien más estaba allí.

Unas manos huesudas emergieron de la oscuridad del reflejo y se posaron sobre sus hombros.

El zumbido se convirtió en un rugido.

Kael despertó sobresaltado.

Las manos en sus hombros aún parecían reales en sus terminaciones nerviosas. El sudor frío le empapaba la piel y el latido de su corazón retumbaba en sus oídos.

Iván se abalanzó y sus dedos, aún manchados de una pátina gris de estaño, se cerraron sobre los electrodos del casco. Los desconectó con un tirón seco, pero no antes de que Kael viera —o tal vez imaginara— un leve temblor en la yema de sus dedos índice y pulgar.

No era el temblor del estaño, sino el de los circuitos humanos bajo la piel: adrenalina pura, miedo contenido. Su voz salió baja, casi una plegaria.

—Kael, ¿qué mierda fue eso? Tu actividad cerebral se volvió una locura.

Por primera vez, Kael notó que las manos de Iván también temblaban. No era solo miedo por él; era miedo por lo que habían tocado sin querer.

Kael se llevó las manos a la cara, temblando. Aún sentía las manos en sus hombros, la certeza visceral de no estar solo dentro de su propia mente.

—Es una fase de adaptación... Mi cerebro aún se está ajustando a los estímulos...

—¿Adaptación? ¡Llevas tres minutos tirado, inmóvil, sudando como si hubieras corrido una maratón!

Iván soltó una risa áspera, cortante como un filo oxidado.

—¿Y si un día no despiertas? ¿Llamo a los de urgencias y les explico que el doctor se perdió en el multiverso?

Iván pasó una mano por su rostro, dejando una leve y olvidada mancha de estaño en la frente. La huella de un trabajo que ahora le daba miedo.

Kael se frotó las sienes. La migraña ya empezaba, un puñal familiar detrás del ojo izquierdo.

—Funcionará. Vamos a ayudar a mucha gente.

—No, claro. ¿Por qué preocuparme?

Iván se paseaba por la habitación, nervioso, con aspavientos.

—Solo estamos jugando con la conciencia humana como si fuera un puto videojuego.

—No dramatices, Iván.

—Vas a freírte el cerebro.

Iván bajó el tono, se plantó frente a él y cruzó los brazos.

—O convertirte en alguien que ya no serás.

Hizo una pausa, cargando el silencio con el peso de lo que venía.

—Si algo sale mal, no hay vuelta atrás. ¿Estás dispuesto a dejar de ser tú?

Su voz era ahora un hilo tenso, casi roto.

—Esto no es sanar, Kael. Es... una locura.

Las palabras quedaron flotando en el aire. Kael se frotó los ojos y salió de la habitación intentando sacudirse las imágenes del tsunami que aún lo perseguían: el agua arrasando, los gritos, la impotencia.

El tiempo pasaba y Kael trataba de compaginar su investigación con el día a día en el hospital y sus pacientes. Pero algunas mañanas, el hospital le recordaba por qué había empezado todo aquello.

Kael decidió ignorar a Iván.

Los mantras eran la clave, lo sentía en la resonancia que le quedaba en los huesos después de cada sesión. Dorje, su viejo maestro, había sido claro años atrás.

"El sonido no es una herramienta, Kael. Es una puerta. Y no todas las habitaciones al otro lado están vacías."

Y fue en el tercer sueño inducido cuando la advertencia dejó de ser una metáfora.

La bruma onírica, usualmente maleable a su voluntad, se condensó de repente en una niebla fría y gris. Y de ella emergió Dorje Tamang. No era el mentor sereno que recordaba de Katmandú.

Este Dorje tenía los ojos demasiado abiertos, la postura rígida, como un recuerdo proyectado con una lente deformante.

—El sonido no es una llave, Kael —dijo la figura, y sus labios no se movían al ritmo de las palabras—. Es un eco. Y todo eco... proviene de algún lugar. Tu mente es el templo donde lo invocas, pero los muros son finos. Más allá... el universo no reflexiona. Solo consume.

—¿Qué hay allí? —logró articular Kael.

Dorje sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos de cristal.

—Lo que siempre ha estado. Esperando a que alguien deje una puerta... entreabierta.

La figura de Dorje se iluminó como un sol de mediodía y empezó a difuminarse, con su última palabra, entreabierta, colgando en el aire onírico como una amenaza tangible.

Kael despertó con un jadeo seco, las sábanas empapadas. La frase era un eco envenenado.

Respuesta. ¿A qué llamada?

Iván, desde la consola, lo miró con franca preocupación.

—Tus ondas delta mostraron picos imposibles. Como si hubiera... interferencias.

—Solo fue un mal sueño —mintió Kael, frotándose el esternón, donde una presión sorda se negaba a desaparecer.

Una semana después, la determinación pudo más que el temor. Y más que el sentido común.

—Es solo un reajuste —insistió Kael, acomodándose en la camilla—. Nada más.

Iván revisó los monitores por última vez, la boca convertida en una línea tensa. La chaqueta de mezclilla colgaba del respaldo de su silla. Sus manos, antes de tocar los controles, se detuvieron un instante sobre las marcas de quemaduras del soldador. Como si necesitara recordar algo.

—Los parámetros son los de siempre. Pero, Kael... si los patrones se distorsionan como la vez pasada, te saco. Protocolo de emergencia. ¿Entendido?

Kael cerró los ojos, sintiendo el frío del gel de los electrodos. Asintió.

—Entendido.

Pero cuando su dedo índice se posó sobre el botón físico de inicio —una tecla roja, gastada en el centro por el uso—, todo su cuerpo se rebeló. Un escalofrío visceral, primitivo, le recorrió desde el coxis hasta la nuca. No era miedo a lo desconocido; era el instinto animal que grita huye ante el borde del acantilado.

Su mano dudó. El dedo se flexionó, alejándose milímetros de la tecla. En la pecera, los peces habían dejado de nadar, formando un círculo estático frente al cristal, como un público expectante.

Podría parar ahora, pensó, y el pensamiento fue tan dulce como una rendición.

Podría decirle a Iván que tenía razón. Podría irse a casa, comer una galleta, fingir que los puentes cuánticos eran solo metáforas de Penrose. Podría aceptar que su abuela se perdía y que él no era un héroe, solo un nieto asustado.

Luego, la imagen lo atravesó: su abuela, con los ojos vacíos, preguntando por su falda azul, perdida para siempre en el andén de un tren fantasma. El dolor de esa imagen fue más afilado que cualquier miedo.

Su dedo se cerró. No con un golpe dramático, sino con la presión lenta y definitiva de quien acepta una condena.

—Si algo va mal —dijo, abriendo los ojos y mirando a Iván no como a un amigo, sino como a un cómplice—, lo sabrás.

La tecla cedió con un clic sordo.

El punto de no retorno no sonaba a fanfarria. Sonaba a interruptor.

Las luces de la diadema parpadearon en secuencia.

El cántico grave de los monjes llenó sus auriculares. Un río de sonido diseñado para arrastrar la conciencia hacia aguas tranquilas.

Pero esa noche, el río tenía una corriente distinta.

El laboratorio no se desvaneció; fue arrancado. Una oscuridad absoluta, táctil, lo envolvió.

El último sonido terrestre en desvanecerse fue el dúo de siempre: el goteo del agua y el zumbido del transformador. Se apagaron al unísono, dejando un silencio absoluto, más aterrador que cualquier ruido.

Luego, el reloj de péndulo de su abuela apareció, flotando en la nada.

Su tictac no marcaba segundos, sino latidos.

Bum. Bum. Bum.

Esto no está en los parámetros, pensó Kael.

El pensamiento tardó una eternidad en recorrer su propia mente.

Cuando los colores llegaron, no fueron paisajes. Fueron manchas de acuarela disuelta en un vacío sin gravedad.

Kael flotaba, ingrávido, su conciencia expandiéndose en un silencio atronador.

Hasta que el silencio dejó de estarlo.

Una presión se materializó sobre su pecho, tangible y fría como una losa de mármol. Intentó moverse, gritar. Su cuerpo onírico pesaba toneladas.

No estaba solo.

En la sala de control, Iván se irguió de golpe.

—¡Kael! ¡Tu corazón!

Sus dedos volaron sobre el teclado.

—¿Me oyes? ¡Responde!

Dentro del sueño, una voz atravesó la nada.

No llegó por los oídos. Se implantó directamente en el centro de sus pensamientos. Un susurro de estática y ecos lejanos.

Hablaba en un idioma de fonemas rotos y ritmos imposibles, pero Kael, por algún horroroso milagro, entendía.

—Kael...

Su nombre, pronunciado así, sonaba a préstamo, a palabra usada por primera vez y mal aprendida.

—Despierta...

No sonaba a burla. Sonaba a curiosidad. Como la de un niño que abre un reloj para ver los engranajes, sin importarle romperlo.

Una vibración recorrió la nada, y de esa vibración nació algo que no era voz, pero actuaba como tal. No tenía timbre, no tenía género, no tenía procedencia. Era como si su propio pensamiento se hubiera vuelto audible desde fuera.

—¿Crees que el eco necesita un origen?

La frase no llegó por los oídos. Se posó directamente en su conciencia, como una hoja seca en un estanque.

Kael intentó responder. No pudo. Su boca onírica era un pozo sellado.

—Has estado llamando. Con los sonidos. Con los mantras. Con ese cuenco que te regaló el anciano.

—¿Quién eres? —logró pensar Kael, y el pensamiento ardió como una cerilla en la oscuridad.

Hubo una pausa. No silencio. Algo peor: una espera. Como si del otro lado alguien estuviera decidiendo cuánto revelar.

—Una pregunta que se responde sola cuando caes en el océano, Kael. No preguntas al agua de qué lago es. Solo nadas.

La presión sobre su pecho aumentó. No eran manos. Era la certeza de estar siendo examinado, como una muestra bajo un microscopio.

—Nosotros... no lo llamamos. Solo estamos.

—¿Nosotros? —pensó Kael, y esta vez el pensamiento tembló.

Una risa seca, sin calor, recorrió la nada. No era burla. Era curiosidad.

—Has abierto una puerta, Kael. Nosotros no la abrimos. Solo asomamos la cabeza para ver quién llamaba tan fuerte. Escuchamos tu corazón... tu llamada.

La voz se dividió en dos, tres, diez capas superpuestas, hablando al unísono con ligeros desfases. Era un coro de uno.

—Escucha el sonido secreto... el que llevas dentro.

—¿Qué queréis?

—Nada. Todo. Depende de lo que tú traigas la próxima vez.

—No temas. Todo saldrá bien.

La última frase no terminó. Se deshilachó en un rumor de pasos lejanos en una sala infinita, y luego en el sonido de algo grande y blando respirando justo detrás de su oído.

Iván vio en el monitor cómo la saturación de oxígeno de Kael se desplomaba. El electroencefalograma era un bosque de picos epileptiformes.

—¡Maldita sea!

Activó la secuencia de despertar forzado.

—¡Kael, despierta!

Dentro del sueño, el mundo de acuarela se quebró.

La presión sobre su pecho aumentó, unas manos invisibles buscando aplastar la caja torácica, extraer algo de su interior.

No como un alivio, sino como el instante previo a la caída.

Kael fue expulsado.

Su cuerpo se arqueó en la camilla, un espasmo seco que le desencajó la mandíbula.

Los dedos se clavaron en la sábana de plástico.

Un jadeo áspero, animal, le desgarró la garganta.

Abrió los ojos.

Y esta vez sí, estaba despierto.

El techo del laboratorio. Las luces fluorescentes. El olor a estaño y café rancio. Todo estaba ahí. Sólido. Real.

Iván lo sujetaba por los hombros, con fuerza, para detener el temblor.

—¡Kael! ¡Contesta, joder! ¡Has estado treinta y ocho minutos! ¡Tu cerebro... era un puto fuego artificial de pánico!

Kael parpadeó. La visión tardó en enfocar. El rostro de Iván, pálido, desencajado. La preocupación auténtica.

—¿Qué... qué pasó? —su voz era un hilillo roto.

—Eso pregunto yo, hostias.

Kael intentó incorporarse. El movimiento fue torpe, como si su cuerpo ya no le perteneciera del todo. El sudor frío le empapaba la ropa.

Y entonces oyó los sonidos.

El goteo de la tubería —plink, plink—. Normal. Constante. El zumbido grave del transformador. El runrún de siempre.

Todo estaba en su sitio.

Pero en su pecho, el fantasma de la presión seguía allí. Y en su mente, el eco de esa voz no humana.

—No fue un sueño lúcido, Iván —logró decir, y su voz ya no temblaba. Era una certeza fría—. Fue una visita.

Kael se levantó, las piernas temblorosas. Cruzó el laboratorio como un sonámbulo y se dejó caer en la silla del escritorio. Sus ojos se posaron en el viejo reloj de pulsera de su abuela, el de esfera abierta. El segundero avanzaba con normalidad. Pero la frase grabada en el bisel le quemaba la retina:

”El tiempo es harina, niño. Se amasa, pero no se detiene. —Apsara.”

Señaló la pantalla, donde el ratio 1:12.66 parpadeaba como una burla en verde fosforescente.

—Doce horas dentro. Tres minutos fuera —dijo, con la voz ronca, como si aún tuviera las manos del sueño alrededor del cuello—. No fue un sueño. Fue un lugar.

Y él no había sido el anfitrión. Había sido el umbral.

Doce horas de experiencia subjetiva comprimidas en tres minutos objetivos. Un puñetazo en el estómago de la realidad.

Iván examinó la pantalla con el ceño fruncido.

—No hay nada anómalo en las grabaciones de audio. Solo estática y tus propios murmullos. Pero...

Hizo una pausa. Señaló un espectrograma.

—Hay un pico en el infrasonido. Diecinueve hercios. Justo cuando tu ritmo cardíaco se disparó.

Kael se incorporó, frotándose el esternón.

—¿Y eso qué significa?

—Que algo vibró en esta habitación que ningún micrófono debería haber captado.

Iván tragó saliva.

—O que el micrófono está roto.

Kael miró el equipo. Los LED parpadeaban con normalidad.

—No está roto.

Iván no respondió. Los dos sabían que acababan de cruzar una línea, y que la tiza aún humeaba en el suelo.

No puede ser, pensó Kael. Un bug. Un error en el algoritmo. Pero su entrenamiento le susurró la verdad: el hardware era redundante, el software revisado línea a línea.

No había error. Solo datos. Y un hecho imposible.

Dudó de todo. De sus sentidos. De su cordura. ¿Y si el trauma, la presión, la obsesión... lo habían llevado a un colapso?

No era él. El monitor lo corroboraba.

Algo externo había ocurrido. Algo medible había distorsionado la geometría misma de su conciencia.

Su mirada, perdida en el caos de la pantalla, se desplazó lentamente hacia el objeto más sólido y mundano de la habitación: el plato de galletas. Las formas, los surcos profundos, la masa perfectamente horneada. No fue un rapto de genio. Fue un refugio.

Su mente, huyendo del vacío abstracto de los gráficos imposibles, se aferró a lo concreto, a lo táctil, a lo que tenía una lógica que él entendía: harina, mantequilla, calor, molde.

Tomó una galleta del plato. La giró frente a la luz tenue.

—Mira los surcos, Iván —dijo por fin, y su voz no sonó triunfal, sino exhausta, como la de quien acaba de luchar consigo mismo y ha aceptado una derrota que es, a la vez, una liberación.

—Así funcionan. Son moldes. Hornos a escala nanométrica. Si la masa... si la información no cohesiona...

Apretó la galleta entre el pulgar y el índice. Se deshizo en migajas sobre el libro, polvoreando las constelaciones neuronales.

—...el recuerdo se desmorona...

—¿Qué intentas decirme?

Iván se acercó mascando el capuchón del bolígrafo, arrastrado por la desesperación de su amigo.

—¿Que tu cerebro horneó algo que no debía?

Kael acercó el libro a la pantalla, donde los picos del EEG aún temblaban. Los gráficos ya no le hablaban de neurología, sino de arquitectura prohibida. La frase de Penrose, subrayada por su abuela, le quemaba la mente: "procesamiento cuántico". No eran palabras. Eran planos.

—¿Y si no son solo estructura...? —murmuró, más para sí que para Iván.

La idea era tan clara y monstruosa que le secó la garganta.

—¿Si son... puentes?

Se calló de golpe. El recuerdo de aquellas manos en sus hombros —la presión, la intención— le cerró la boca mejor que cualquier miedo.

Iván siguió su mirada, del libro a la pantalla, de la pantalla a los ojos desencajados de Kael. Lo entendió sin necesidad de más teorías. Su voz fue un hilo de horror al descubrir el abismo:

—Entonces no solo entraste en un sueño, Kael... Podrías haber doblado el tiempo dentro de tu cabeza.

—¡Es imposible!

La negación de Kael fue un reflejo, un último agarre a la cordura.

—¡El dispositivo solo lee!

Pero sus ojos, traicioneros, volvieron a la cifra en la pantalla.

1:12.66.

La prueba que desmentía su propia voz.

—Te juro que alguien estaba allí, Iván —su voz se quebró—. Me sujetaba. No era una alucinación. Era una presencia.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier reproche.

—Tu cerebro procesó algo imposible —murmuró Iván, examinando los picos epileptiformes del EEG—. Algo para lo que no está cableado.

Kael no pudo sostener su mirada. Su mano se deslizó hacia los márgenes del libro. Allí, en tinta ya descolorida, estaba la letra temblorosa de su abuela:

"Si los microtúbulos son estrellas, como mis galletas de anís, ¿qué patrones dibujan al girar? Preguntarle a Kael cuando domine el álgebra."

Una punzada de dolor, agudo y claro, le atravesó el pecho. Más nítido que el miedo.

Giró sobre sus talones y salió del laboratorio. No corrió. Caminó con la determinación lenta de quien huye de un incendio interior.

Subió las escaleras hasta la azotea. El aire de la noche era un mazo de frío en la cara. Se dejó caer sobre la unidad de aire acondicionado. Abajo, la ciudad era un tapiz de luces parpadeantes, indiferente.

¿Y si tenía razón? Si estaba tocando los puentes cuánticos de la mente... ¿Qué más podía hacer?

No solo leer sueños. Podría acceder. Reordenar. ¿Implantar?

Podría arrancar traumas como malas hierbas. Podría... darle a su abuela un día de lucidez, aunque fuera... inventado. Ese mero pensamiento lo hizo estremecerse.

Metió la mano en el bolsillo de la bata. Sus dedos encontraron una forma familiar. La sacó. Era una galleta. Una estrella perfecta, con chips de chocolate incrustados en cada punta. La sostuvo bajo la luz de la luna, el corazón golpeándole el esternón. No recordaba haberla puesto allí.

La partió por la mitad con un chasquido seco. Al quebrarse, un flash en su mente: la letra temblorosa de su abuela en su cuaderno de recetas, y debajo de los ingredientes, una línea que nunca antes había hecho caso:

"El tiempo sabe mejor cuando se comparte. —Apsara."

¿Lo había escrito ella, o lo estaba escribiendo él ahora, con su propia nostalgia?

Por un instante, no supo si la galleta estaba en sus manos o si él estaba dentro de la galleta, siendo horneado. El aire le quemó los

pulmones. No era el frío. Era la comprensión. No era una advertencia. Era un recordatorio.

Compartir. No consumir.

Bajó de la azotea con la galleta partida en una mano. El laboratorio estaba en silencio; Iván había salido.

Se sentó en su escritorio, frente al cuaderno de notas. Desde el hilo musical del edificio, una melodía se colaba en el silencio:

…We could be hollow...

La banda sonora de cien noches de pizza y sofá en la residencia, cuando creían que la amistad era un pacto inquebrantable y los mayores misterios eran los exámenes finales.

Cerró los ojos. La universidad. Las madrugadas en vela. Las teorías imposibles... y Silas Weaver, cantando a todo pulmón, con una botella de bourbon a modo de micrófono, en el laboratorio vacío. Su himno de juventud. Su promesa ingenua.

¿Qué harías tú en mi lugar, Silas?, pensó Kael.

La canción le devolvió la pregunta, pero ahora era un eco frío y distorsionado, como una cinta desgastada: Hollow.

Pero Silas no estaba. La camaradería era un fantasma.Solo estaba ese frío, esa galleta partida, y una puerta que ahora sabía entreabierta. Y la única presencia que había prometido acompañarle había sido otra, una voz sin origen en el laberinto de su sueño.

Abrió una página en blanco. La pluma se cernió sobre el papel durante un largo minuto. Luego, escribió, no como un científico, sino como un confesor:

"No hubo error en el algoritmo.

Algo cruzó el puente.

Mi mente fue el molde. ¿Qué se horneó dentro?

Los microtúbulos no son puentes. Son instrumentos. Alguien los tocó.

¿Puedo aprender la melodía antes de que la orquesta me ahogue?”

Dejó la pluma. Sus ojos se posaron en la frase final, escrita no hoy, sino hace semanas, en un arranque de ingenuidad:

“La ciencia avanza sobre los hombros de quienes arriesgan todo.”

Con un suspiro que le vino de muy adentro, tomó la pluma de nuevo. Tachó la frase con dos líneas firmes, negras.

Y debajo, con una caligrafía nueva, serena y peligrosa, escribió:

“Muy bien. Arriesguemos todo.”

Iván regresó.

Desde la puerta lo observaba en silencio. Preocupado. La chaqueta de mezclilla colgaba de su hombro, las manos quemadas descansaban en los bolsillos.

—Kael, ¿estás bien? Pareces... distinto.

—No es que esté distinto —dijo Kael, con una sonrisa que rozaba la fiebre—. Es que estoy despierto. Por primera vez en mi vida estoy realmente despierto.

La melodía volvió a su mente, un zumbido persistente. Esa había sido la promesa que Silas no pudo cumplir. La que le rompió la mente y le torció el genio hacia el único problema que importaba: cómo estar allí, de verdad, en el pasado, para ella.

Kael sacó el móvil. La pantalla reflejó su rostro, marcado por la fatiga y una decisión nueva.

—Necesitamos ayuda —dijo, sin apartar la vista del dispositivo.

—¿De quién hablas? —preguntó Iván, sin moverse del sitio—. ¿Quién podría ayudarnos con algo tan… tan…?

Gesticuló, buscando la palabra ante los gráficos imposibles.

Kael no respondió de inmediato. Sus dedos deslizaron la pantalla hasta una conversación enterrada. El último mensaje de Silas brilló como una advertencia antigua:

"Algunos recuerdos deben permanecer enterrados."

—De un viejo amigo —murmuró Kael, y por primera vez, Iván vio no nostalgia, sino aprensión en sus ojos—. De un problema mayor que nosotros.

Sus dedos volaron sobre el teclado, escribiendo una contraseña de otros tiempos:

"Necesito que me digas que esto es una locura. Tengo galletas y agujeros de gusano. Vuelve."

Dejó el teléfono sobre la mesa, como si hubiera soltado un anzuelo en aguas profundas.

Se levantó y empezó a llenar una bolsa de papel con la mecánica de un ritual: la botella de bourbon, el libro de Penrose, la caja de hojalata con las galletas, su anorak.

—¿Y bien? ¿Quién es? —insistió Iván, viendo cómo la determinación se solidificaba en los movimientos de Kael.

El teléfono vibró. Un latido electrónico en el silencio. Kael lo miró. En la pantalla, la respuesta era un salvavidas lanzado desde la otra orilla del océano de sus vidas:

"Sabía que terminarías leyendo a Penrose. Trae bourbon. Y las galletas de tu abuela."

Una media sonrisa se le escapó a Kael. Y por un instante, el peso del mundo se alivió.

Luego llegó el escalofrío posterior: un frío visceral, el recordatorio de que acababa de poner un pie en un terreno donde las reglas las escribía otro.

—Silas Weaver —dijo Kael por fin, mirando a Iván a los ojos—. Él no estudia las conciencias, Iván. Negocia con el tiempo. Y tiene una deuda pendiente con un demonio.

Mientras Iván procesaba esas palabras, Kael abrió el libro. La portada aún guardaba el tacto de su abuela.

Un subrayado tenue lo guió hasta una nota al margen, en la letra temblorosa que tanto amaba:

"Cuidado con los agujeros de gusano, niño. A veces llevan a cocinas ajenas. —Apsara."

Rió, pero la risa se quebró en su garganta. No eran metáforas. Eran instrucciones. Un mapa dejado por la única persona que podía intuir hasta dónde llegaría.

Cerró el libro con un golpe seco.

—Prepara el coche —ordenó, su voz ahora clara y fría como el cristal —. Vamos a incordiar a un Nobel.

La pantalla del monitor parpadeó a sus espaldas, como si el vacío, al oír el nombre, contuviera la respiración.

Kael bajó la mirada a la caja de hojalata. Sus dedos rozaron la tapa fría. Cerró la caja con un chasquido suave. El sonido fue el de una puerta cerrándose a su espalda.

Y otra, abriéndose frente a él.

CAP. VIII – LA DISCUSIÓN TEÓRICA (WHERE IS MY MIND?)



"La mente es su propio lugar, y en sí misma puede hacer un cielo del infierno, un infierno del cielo."

—JOHN MILTON (EL PARAÍSO PERDIDO)

[Noviembre de 2031 · Pasadena]

La ciudad de Pasadena avanzaba entre neones enfermos y calles que olían a miedo antiguo. Los vehículos se movían despacio por la avenida.

Arriba, los drones patrullaban con sensores al aire, parpadeando con errores que nadie reparaba. Las pantallas de las fachadas seguían escupiendo propaganda:

"Racionamiento nivel 3. Colabore con las autoridades. Seguimos juntos."

Mentiras cansadas en una ciudad donde nadie caminaba junto a nadie. Las aceras eran filas de tiendas vacías y de personas que ya no protestaban: simplemente esperaban.

Iván aparcó frente a la dirección indicada con un suspiro que decía lo que él no dijo.

—Si tardo, llama a la caballería —dijo Kael, bajándose del vehículo.

—Si no vuelves, me quedo con las galletas de la abuela —intentó bromear Iván, pero la risa se quebró antes de salir.

Un dron descendió hasta rozar el aire de sus rotores, escaneando a Kael con un haz rojizo. Nadie se giró. Luego se giró hacia una furgoneta que acababa de aparcar. La costumbre seguía siendo el tranquilizante más barato.

Y frente a ellos, la torre de apartamentos donde residía Silas se alzaba, una aguja de cristal y acero clavada en el corazón de un distrito hecho de herrumbre y deuda. Una pantalla rota en la entrada repetía una frase en bucle:

"ERROR DE SERVIDOR — INTÉNTELO MÁS TARDE"

Parecía un mensaje dedicado al planeta entero.

Kael rozó un grafiti desnutrido en el muro: "NO HAY FUTURO". Debajo, casi borrado por la lluvia y las deudas, otro murmuraba: "...DEUDA".

Fuera, la ciudad era vigilancia, ruido y desgaste. Dentro, lo esperaba un hombre que llevaba años derritiéndose por dentro.

Apretó la caja de hojalata contra el pecho —sus dedos, por inercia, tocaron la pulsera de cuero bajo la manga— y llamó al interfono.

—Sé que estás ahí. Solo quiero hablar.

Un chasquido seco abrió la cancela. En el pasillo, una cámara de vigilancia parpadeaba en la oscuridad, pero Kael la ignoró. Dentro del bloque, los sensores se encendían con un zumbido irregular, casi orgánico.

Kael entró en el ascensor y pulsó el 22. Las puertas se sellaron a su espalda con un suave clic, y la cabina ascendió en un suspiro silencioso. Al desembocar en el pasillo, sus pasos resonaron sobre la moqueta espesa hasta detenerse frente a una puerta de madera maciza.

Entonces, una rendija se abrió.

Un ojo oscuro lo escudriñó con desconfianza.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Silas con voz áspera.

—No insultes nuestra inteligencia.

La puerta se abrió.

El apartamento era otro mundo: caos detenido, donde el tiempo parecía enfermo.

Libros apilados como barricadas, papeles con ecuaciones, una cafetera apagada hacía días. Cada rincón delataba hábitos de un hombre que vivía creyendo que alguien siempre escuchaba: lápices alineados, cables tensados, auriculares enrollados con precisión obsesiva. La pizarra parecía haber sangrado ideas hasta agotarse; el tic constante de Silas con los auriculares marcaba un latido propio de la vivienda.

Kael avanzó, consciente de que no atravesaba solo paredes y tecnología, sino un ritual silencioso que convertía la paranoia en territorio propio. La Stratocaster, apoyada junto al equipo de alta fidelidad, aportaba un aire analógico a aquel mundo. Cada objeto tenía su razón de ser.

Al seguirlo, Kael vio cómo los auriculares se enredaban entre los dedos de Silas, danzando como un tic antiguo. En su bolsillo, la forma rectangular del iPod marcaba la tela de la chaqueta. La carcasa rayada. El sticker de Hendrix. El único objeto que no cambiaría por nada.

Y comprendió que allí, incluso los gestos más mínimos tenían peso.

—No debí haberte dicho que vinieras. Es un error que estés aquí —murmuró Silas, negando para sí mismo más que para Kael.

—Primero quería ver que seguías vivo. Pero viendo todo esto...

Kael barrió con la mirada los periódicos pegados en las ventanas, el inhibidor de frecuencias parpadeando en un rincón.

—...sigue en "tareas pendientes".

Dejó caer la bolsa con el bourbon y el libro de Penrose sobre la mesa.

—Segundo, vengo a por mi recompensa. Nobel, ONU, portada en Time... y vives en un búnker con olor a conspiración.

Silas no sonrió. Su mirada se clavó en la caja de hojalata. La reconoció. Algo se quebró en su interior.

Kael la abrió lentamente y se la tendió.

—La cocinera está... indispuesta. No creo que vuelva a hornear.

Silas cerró los ojos un instante. No preguntó. Cogió un par de vasos que habían visto días mejores y sirvió unos tragos largos,

medicinales.

—¿Cómo está?

—Alzhéimer —dijo Kael, bebiendo—. Sigue su curso.

Respiró hondo. El silencio descendió como una manta húmeda.

—Creo que ella tenía razón, Silas.

Sacó una galleta en forma de estrella de tres puntas y la colocó sobre el libro de Penrose.

—Tú estudiabas vibraciones. Ella estudiaba memoria. No eran ocurrencias: era un plano.

Silas apretó la mandíbula. Lo miró a los ojos.

—Tu mundo es la mente. El mío, lo cuántico.

—Quizá nunca estuvieron tan separados.

Los ojos de Silas se desviaron hacia una de las ventanas.

—¿Quién más sabe que estás aquí?

Kael dudó, pensando en Iván.

—Nadie...

—No me mientas.

Antes de que Kael respondiera, la radio de válvulas chisporroteó. La melodía entró lenta, como un fantasma que reconocía la casa:

¿... Where is my mind ...?

Los hombros de Silas se tensaron. Su mano buscó el iPod en el bolsillo, aferrándose a él como quien sostiene un amuleto que quema. No fue la música lo que lo abrió en canal, sino el olor.

Primero el tabaco: un humo antiguo, imposible en ese apartamento cerrado. Nadie fumaba allí, nadie había fumado en años. Pero era ella. Ese aroma que se aferra a la vida incluso cuando la vida ya no está.

Luego la cera caliente, leve, íntima. Un olor que solo aparece cuando la memoria decide irrumpir sin pedir permiso.

El presente se agrietó.

Silas parpadeó... y el apartamento se desvaneció.

El olor a tabaco. Las flores frescas. La luz quieta de la iglesia.

Hace veintitrés años.

La iglesia olía a cera y a flores recién colocadas. El ataúd cerrado. Su padre, clavado con lágrimas en la madera. Su madre, rota por dentro.

—No debió ser ella... —La voz de su padre era un corte en el silencio.

Silas no supo qué decir.

—Yo debía haberos salvado a los dos. ¿Por qué tuve que elegir?

Su padre no lloraba. Estaba petrificado, mirando el ataúd como si pudiera deshacerlo con la mirada.

—Ella te salvó...

Las palabras se clavaron en Silas. Ella te salvó. No fue un accidente: fue una elección. La de su padre. La de ella.

Su madre no emitía sonido, solo un temblor profundo que parecía venir de la tierra.

—Ve afuera, hijo —dijo su padre, sin mirarlo—. Respira.

Silas obedeció.

Afuera, el sol brillaba con una calma que no encajaba. El mundo celebraba algo. Él miró sus manos, las cerró en puños. Sintió el peso de estar vivo por un error, un giro, un instante que lo torció todo.

La voz de su padre seguía suspendida sobre el ataúd cuando la silueta de Kael, recortada contra los periódicos de la ventana, lo ancló de vuelta.

Y la sensación —tan física como un pellizco bajo la costilla— de que el tiempo, al fin, presentaba la factura.

Silas abrió los ojos.

El olor a tabaco se deshizo primero. La cera caliente se disipó. La iglesia se plegó en silencio. Y el apartamento volvió, nítido, áspero, real.

—Silas... —La voz de Kael lo trajo de vuelta.

Los ojos de Silas tenían filo y fiebre.

—Si pudiera controlar el tiempo... solo cambiaría un momento. Uno. El que lo torció todo.

Kael no habló.

—Yo demostré que podía cambiarse —susurró—. Y si tengo una oportunidad, la tomaré.

—Por eso he venido —dijo Kael—. Porque necesito entender algo que quizá no debería existir.

Silas señaló el sillón.

—Siéntate. Dime qué has visto.

Kael lo hizo.

—En los sueños he sentido algo... como si el tiempo no se comportara como debería.

Silas hundió los dedos alrededor del viejo iPod en su bolsillo, el plástico liso desgastado por un tic de años.

—Eso que describes... suena a que la mente no calcula, sino que resuena.

Dejó el vaso; el golpe contra la madera fue un punto final seco.

—Como si cada pensamiento fuera una nota, y el cerebro, el instrumento.

—Pero un instrumento tallado en algo que baila a su propio ritmo —Kael insistió mientras sus ojos se desviaron hacia la ventana—. Algo que el tiempo no toca.

El aire en la habitación pareció espesarse.

—Creo que no es una ventana —murmuró Kael, como hablando consigo mismo—. Es una frontera.

—Los sueños son ruido. Estática —replicó Silas.

—Y en la estática... —Kael contuvo el aliento— a veces puedes oír una voz lejana. Pero real.

Entonces el vaso vibró. Un zumbido sordo, metálico, que recorrió la mesa. Ambos lo vieron. Ninguno lo nombró.

—La ciencia tiene un punto ciego, Kael —dijo Silas, su voz ahora un hilo tenso—. Justo donde el cerebro deja de ser una máquina y se convierte en... el que mira. La conciencia. Nadie sabe cómo aparece.

—Yo no hablo de cómo aparece —respondió Kael, clavando la mirada en él—. Hablo de dónde va cuando se desvanece. En los sueños, en los bordes. He sentido que no se desvanece. Se... desplaza.

Silas tragó saliva. Se levantó del sillón y comenzó a pasear por la habitación. Su expresión era de puro vértigo intelectual.

—Estás diciendo que un pensamiento no muere —dijo Silas despacio —. Sería una onda.

Kael cogió el vaso. El bourbon aún temblaba.

—Como este golpe —dijo—. La mesa sigue quieta... pero la vibración ya está en otro sitio.

Silas se detuvo. Se giró y cayó en la silla.

—Esto lo abre todo... y ya no sabríamos cerrarlo.

Alzó la vista. Tenía un brillo lúcido y aterrador.

—Si esto es real, estamos tocando el tejido del universo. No sus leyes, sino el tejido mismo.

Silas guardó silencio. Se quedó mirando el vaso, ya quieto, como si desconfiara incluso de eso.

—¿Quién más lo sabe?

La pregunta cayó sin énfasis. Precisamente por eso pesó más.

Kael dudó. Apenas un segundo.

—Nadie.

Silas alzó la vista. No había rabia. Solo cálculo.

—No me mientas.

El zumbido del dron volvió a cruzar el cristal. Esta vez más lento.

Kael exhaló por la nariz.

—Un amigo. Iván. Está fuera, en el coche.

Silas no parpadeó. Pero algo se cerró.

Se levantó despacio. Caminó hasta la ventana. Apartó apenas un centímetro el papel de periódico y miró el reflejo, no la calle.

—¿Un amigo...? —murmuró—. Ya empezamos mal.

—Es de confianza.

Silas soltó una risa seca. Sin humor.

—La confianza es una fuga, Kael. Y las fugas... acaban en informe.

Se giró. Ahora sí, había filo.

—¿Trabaja para alguien?

Kael sostuvo la mirada.

—Trabaja conmigo.

Silas negó, casi para sí.

—No me gusta.

Silencio.

El aire se tensó como un cable a punto de romper.

—Si esto que dices es cierto —continuó Silas, más bajo—, no estamos hablando de un proyecto. Estamos hablando de abrir algo que no podremos cerrar.

Se acercó un paso.

—Y tú metes a alguien más.

No era una pregunta.

Kael no retrocedió.

—No puedo hacerlo solo.

Silas dirigió su mirada hacia el lápiz. Cerró los ojos tres segundos. Los abrió y observó a Kael. Como si lo viera por primera vez. Recalculando todo.

—Entonces escucha bien —dijo, clavando cada palabra—. Si intuyo que alguien más está dentro, esto no existe.

Señaló la mesa. Los papeles. El vaso.

—Lo borro todo. Desaparezco. Y tú no vuelves a encontrarme.

El zumbido del dron desapareció. Demasiado de golpe.

Kael apretó la mandíbula.

—Pongo la mano en el fuego por él.

Silas no respondió. Se acercó hasta quedar a medio metro.

—Eso no es ciencia —susurró—. Eso es fe.

Un latido. Dos.

Silas cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, había tomado una decisión que no le gustaba.

—Nadie más puede saberlo.

Kael no habló.

—Nadie —repitió Silas—. Esto no es negociable.

Silas sostuvo la mirada. Encajaba demasiado.

Kael lo observaba, esperando una respuesta que no terminaba de llegar. Había llegado hasta allí por una razón que se había repetido lo suficiente como para parecer lógica. Silas era el único. Siempre lo había sido.

Y, sin embargo...

Durante un instante, la habitación desapareció. No del todo. Como si algo la hubiese desplazado apenas un centímetro de la realidad. Negro. Y en ese negro... algo.

No un sonido. Una forma. Un pensamiento que no era suyo. Un eco.

Encuéntralo.

Y luego, como una marea que se retira:

...Silas.

Kael apretó la mandíbula. Parpadeó.

El vaso seguía en su mano. Silas frente a él. Todo en su sitio. Excepto esa grieta.

Silas se inclinó ligeramente hacia la mesa. Cogió el lápiz.

—Esto es una anomalía.

Trazó una línea. Esta vez, la mano no tembló.

—Y las anomalías... o se estudian en silencio... o se eliminan.

Alzó la vista.

—¿Estamos de acuerdo?

Kael asintió.

—Por eso te necesito —repitió, más bajo.

Silas no apartó la mirada.

Kael sostuvo el pulso.

—Eres el único que puede entender esto.

Sostuvo la frase un instante más de lo necesario. Firme. Casi verdadera.

Silas cerró los ojos. Exhaló.

—Está bien. Pero si cruzamos esta línea...

Los abrió. Ardían.

—...no hay vuelta atrás.

Afuera, un dron de vigilancia cruzó frente al ventanal del apartamento. El zumbido fue tan bajo que pareció un aviso para quien quisiera oírlo.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Kael.

Silas miró el lápiz. Su mano tembló antes de tocar el papel.

—No se cruza una línea levantando el pie, Kael. Se cruza cayendo.

Kael asintió.

El resto del mundo se disolvió.

Silas trazó la primera línea. No era un cálculo.

Era una caída.

Y algo, al otro lado, parecía estar esperando.

EPÍLOGO — EL OBSERVADOR EN LA SOMBRA



El aire frío golpeó a Kael al salir del portal, cargado de lluvia reciente. Lo recibió entonces el olor: óxido y asfalto mojado, el aliento empapado de una ciudad que nunca terminaba de secarse. Las primeras gotas de un nuevo aguacero empezaban a caer.

Mientras bajaba la calle, un ruido metálico distante le hizo girar la cabeza. Nada. Solo la ciudad. Pero algo en su instinto le dijo que no estaba solo. Ajustó su anorak y dio unos pasos hacia el vehículo.

Entonces la vio.

Una furgoneta negra. Aparcada en una esquina con un ángulo torpe, como si hubiera llegado deprisa y se hubiera quedado a esperar. Demasiado limpia para un barrio de herrumbre. Demasiado silenciosa para un motor al ralentí.

Sus cristales tintados vibraban levemente, y en uno de ellos, un círculo perfecto permanecía limpio de vaho, como un ojo que acababa de parpadear. Sobre el techo, la escotilla abierta dejaba ver el brazo articulado de un dron de vigilancia.

Kael frunció el ceño. Su instinto le susurró algo por dentro: peligro. Pero la razón se impuso: un vehículo oficial, una unidad de vigilancia, nada ilegal. Nada que un ciudadano común debiera temer.

Se obligó a desviar la mirada, a fingir la indiferencia que el distrito le había enseñado. Quizá solo era un repartidor. Quizá nada.

El dron de seguridad del distrito cruzó el cielo y su destello pasó por encima de la furgoneta, pero no se detuvo. Ni un segundo. Como si ya supiera que allí dentro no había nada ilegal. O algo demasiado importante para mirar dos veces.

Kael inspiró hondo. Apretó la caja de hojalata contra el pecho —sus dedos, otra vez, tocaron la pulsera bajo la manga— y entró en el vehículo.

—Vámonos, Iván —murmuró al subir al coche.

Iván no apartó la vista de la entrada del bloque.

—¿Y? —preguntó al fin—. ¿Es tan brillante como dicen... o tan peligroso como parece?

Kael sonrió de lado, cansado.

—Te lo contaré por el camino. Tenemos tiempo.

Iván asintió, aún con los ojos en la calle.

—¿Y ahora qué vamos a ser? ¿Los tres mosqueteros?

Kael sonrió y miró por el retrovisor. La lluvia deformaba las luces, como si la ciudad dudara de sí misma.

—Eso parece, mon ami.

El vehículo arrancó y se alejó entre la lluvia.

En la furgoneta, las manos seguían moviéndose, los sensores barriendo las ventanas del apartamento de Silas. El dron se elevó sobre la furgoneta, vigilando.

La figura inmóvil tras los cristales siguió con la vista el coche hasta que desapareció calle abajo. Solo entonces bajó la mano.

La cámara térmica parpadeó una vez, registrando la silueta de Kael como una firma luminosa en la pantalla. Un dedo tocó un botón. La cámara se apagó.

Entonces, en la penumbra de la furgoneta, otra pantalla cobró vida. El logo giró tres segundos. Dedos anónimos bailaron sobre el teclado.

En la pantalla apareció una línea de texto:

"El doctor Kael De la Cruz se ha desplazado a Pasadena.

Motivo: desconocido.

Sujeto de encuentro: desconocido.

Solicitamos nuevas directrices.

Seguimiento pasivo."

Un clic. El informe se envió.

La pantalla se volvió negra.

Pero la luz roja del micrófono siguió parpadeando.

Arriba, en el apartamento de Silas, alguien apartó un centímetro el papel de periódico pegado a la ventana.

Silas miró hacia abajo. Vio la furgoneta. Vio las luces apagadas, el motor al ralentí, el círculo limpio de vaho en el cristal.

No cerró las cortinas. No llamó a Kael.

Solo se quedó mirando. Como quien espera un disparo que sabe que va a llegar, pero no sabe de dónde.

Y en algún lugar de Shanghái, alguien ya había recibido el informe.

CAP. IX – EL PRECIO DE SER VISTO (VIDEOTAPE)



"Hemos dispuesto una civilización global en la que los elementos más cruciales dependen profundamente de la ciencia y la tecnología. También hemos dispuesto las cosas de modo que casi nadie comprende la ciencia y la tecnología. Esto es una receta para el desastre."

—CARL SAGAN, EL MUNDO Y SUS DEMONIOS

[2023 · Instituto Feynman]

La fama llegó como un tsunami, y él no sabía nadar.
Harvard, el CERN, el Instituto Feynman: todos reclamaban un pedazo del hombre que había fracturado el tiempo.

Lo trataban como a un profeta o como a un hereje, pero no como a un físico con más dudas que respuestas.

Una noche, ahogado por el circo de luces y preguntas vacías, huyó a la única trinchera que le quedaba: su viejo despacho.

Se dirigió al antiguo tocadiscos y puso un vinilo de Radiohead. En la penumbra, buscó refugio en el orden de los estantes. Su mano, por pura costumbre o por una nostalgia dolorosa, se deslizó hacia un cajón olvidado. Allí, bajo montañas de apuntes obsoletos, encontró el cuaderno de notas de Kael.

Lo abrió al azar. La letra apresurada de su amigo, esos trazos que eran puro impulso nervioso, saltó de la página y lo atravesó:

"El tiempo no es más que una ilusión de la conciencia."

—Si el tiempo es una ilusión de la conciencia, ¿no sería entonces la conciencia la verdadera máquina del tiempo? —susurró hacia el vacío de la habitación.

No fue un pensamiento propio. Fue un golpe, una revelación ajena que se le implantó en la mente con la fuerza de una verdad siempre latente.

La cicatriz en su rodilla, aquel recuerdo físico del accidente de su infancia, comenzó a palpitar como un corazón secundario.

—¿Es esto lo que intuiste, Kael? —murmuró, recordando a su amigo.

Solo el eco de su propia voz, rebotando entre las sombras de los libros y los acordes de Videotape, le devolvió el silencio como respuesta.

En la simulación de su ordenador, un nuevo patrón resonaba: un bucle dentro de otro bucle, como un boceto de un futuro que ya intentaba cambiar el pasado.

Las páginas del cuaderno de Kael destilaban herejías. Y ahora, tras haber visto la estructura del tiempo, le sonaban menos a poesía y más a un manual de instrucciones que había subestimado.

Poco después, en una tarde gris de octubre, el conserje del Feynman Institute llamó a su puerta.

No acostumbraba a interrumpir a los investigadores, y mucho menos a subir hasta la cuarta planta, pero aquella tarde llamó dos veces antes de asomar la cabeza por la puerta entornada del despacho.

—Disculpe, doctor Weaver —el conserje parecía incómodo—, hay alguien que insiste en verlo. Dice que no se irá hasta hablar con usted.

—¿Nombre? —preguntó Silas, frunciendo el ceño.

—Kael De la Cruz. Dice que es doctor, aunque parece más joven que mis nietos.

El nombre le llegó con una oleada de nostalgia.

—Que pase —dijo finalmente, con una leve sonrisa.

La puerta se abrió y allí estaba. No el estudiante desgarbado, sino un hombre con las mismas ojeras que él, pero ganadas en un campo de batalla diferente.

Se miraron. No hicieron falta palabras.

El abrazo fue automático, un reflejo de una sincera amistad que dormía, no muerta.

—Gracias por recibirme, doctor Weaver —dijo Kael, con una sonrisa que no ocultaba del todo su incomodidad.

Silas lo escaneó. No traía la avidez de un colega. No parecía tener prisa.

—¿Qué quieres, Kael? ¿Ya te quedaste sin playlist decentes?

La broma sonó forzada, un guión de su antigua vida.

Kael se dejó caer en un sillón, dejando una carpeta marrón sobre la mesa como si fuera una bomba de relojería de bajo perfil.

—Tranquilo, no vengo a pedirte un apunte de física. Solo a ver cómo estás.

Silas se relajó.

—He estado... —buscó las palabras—. Recibo ofertas. De corporaciones. Ya sabes.

Kael no sonrió. Su mirada se nubló de preocupación.

—¿Y qué piden a cambio? ¿Tu alma? ¿Tu música?

—Tengo dudas —confesó Silas. Las palabras sonaron a rendición—. Las corporaciones ofrecen recursos ilimitados. Todo lo necesario para hacer la teoría realidad.

Hizo una pausa, mirando sus manos.

—Pero el precio es la patente de mi alma. Controlarían el descubrimiento. Lo convertirían en un algoritmo para criptografía cuántica o en un modelo para predecir mercados financieros.

Kael no se movió.

—Tienes que elegir, Silas. ¿El sueño hecho realidad por otros, o tu sueño intacto y quizás imposible?

—Si pierdo el control —murmuró Silas, casi para sí mismo—, pierdo la razón por la que empecé.

Kael lo miró a los ojos.

—Serías un peón construyendo el juguete de otro. ¿Quién serías sin esta lucha?

No tuvo respuesta.

Se fue con un abrazo que sabía a despedida, y la soledad que siguió fue más ruidosa que cualquier ecuación. La pregunta de Kael resonaba en el silencio: ¿Quién serías?

Su mirada vagó hacia la estantería más alta, a una caja de cartón olvidada. El polvo sobre ella, un velo sobre un ataúd de recuerdos.

La abrió. Allí, entre fotos descoloridas, estaba la cinta.

La voz de su hermana llenó la habitación, tan clara como si estuviera a su lado, atravesando una década de silencio.

"Silas, la guitarra no se toca sola. Y yo no voy a esperarte en el garaje para siempre."

Una pausa.

Luego, los primeros acordes de I Still Haven't Found What I'm Looking For.

Ella no cantaba entera. Solo unos compases, suficientes para que Silas reconociera la canción que siempre le dedicaba sin decirlo.

La cuerda vibró un instante más y se cortó.

La grabación terminó con un clic definitivo. El vacío que dejó fue físico, un hueco en el pecho.

La guitarra no se toca sola.

Esa frase no era un consuelo. Era un reproche que había esperado diez años para encontrarlo.

Se levantó de golpe, la cinta apretada en su mano hasta casi romperla. No se trataba de si podía cambiar el pasado. Se trataba de no traicionar al niño que había sido, a la hermana que creyó en él, en el futuro.

La respuesta no estaba en una oferta corporativa. Estaba en esa voz grabada, en esa cicatriz en su rodilla, en ese viejo iPod que llevaba siempre en el bolsillo —la carcasa rayada, el sticker de Hendrix, el único objeto que no cambiaría por nada.

Kael sabía que la lucha de Silas no era contra el tiempo. Era contra la versión de sí mismo que estaba a punto de rendirse. Y, sin saberlo, contra la atención de un mundo que ya había empezado a tomar nota.

La visibilidad, como una lente de aumento, aún no quemaba, pero ya calentaba.

[2026 · Los Ángeles]

Silas llevaba días con la sensación de haber dicho algo que no podía retirarse.

No una frase concreta. Algo peor. Una idea lanzada al mundo sin comprobar primero quién estaba escuchando.

Dormía mal. Soñaba peor.

En los sueños no había imágenes claras, solo ritmos: una cadencia lejana, insistente, como un metrónomo mal ajustado.

A veces despertaba con la certeza absurda de que había respondido a una pregunta que nadie le había hecho todavía.

Cuando en octubre llamaron desde Estocolmo, no sintió sorpresa. Sintió confirmación.

El anuncio del Nobel parecía algo que le hubiera ocurrido a otro hombre.

La voz al otro lado del teléfono fue precisa, amable, institucional. Pronunció su nombre completo, despacio, como si ya figurara en un archivo antiguo. Le habló del premio, de la ceremonia, de la historia.

"...por su formulación teórica de la Retro Coherencia Cuántica y sus implicaciones observacionales en la computación predictiva y la causalidad temporal reversible…"

Silas escuchó en silencio, con la mirada fija en la pared desnuda de su despacho, donde la luz de la tarde dibujaba una sombra oblicua que no recordaba haber visto antes.

Colgó sin sonreír. Solo entonces entendió lo que había cambiado de verdad: ya no importaba si su teoría era correcta. Importaba que ahora era visible.

Y lo visible, tarde o temprano, siempre acababa siendo utilizado.

Fue invitado a dar unas charlas en la Universidad de Helsinki.

La nieve caía en silencio absoluto, ahogando el mundo bajo un manto blanco. En su despacho, Silas miraba los copos danzar frente a la ventana. Horas después, se encontraba en un espacio muy diferente.

La sala de conferencias de la universidad estaba repleta, no solo por el público expectante, sino por el murmullo incesante: "...Weaver está aquí... ...el Nobel más joven de la historia..."

Silas subió al atril, con el cabello más largo y algo despeinado, como si su mente aún estuviera atrapada entre el frío despacho y la sala de conferencias.

En sus manos, un cuaderno Moleskine viejo, lleno de tachaduras, reemplazaba cualquier presentación en PowerPoint.

Se aferró a él como a un amuleto y, sin tiempo para procesar todo lo que sentía, se preparó para enfrentarse a lo que realmente lo había traído hasta allí.

Antes de subir al estrado, su mano buscó el iPod en el bolsillo. La carcasa rayada. El sticker de Hendrix. Lo tocó, nada más. Un gesto mínimo, como quien enciende una vela antes de entrar en una habitación oscura.

—Hoy no voy a hablarles de teorías locas ni de paradojas temporales —comenzó—. Hablaré del dolor. El dolor de una línea temporal que se quiebra y deja a alguien al otro lado. Pero también de la esperanza. Porque el tiempo, tal como lo entendemos, está equivocado.

La sala quedó en silencio absoluto. Una densidad emocional que nadie esperaba de un físico teórico.

—El tiempo no es una flecha.

Silas hizo una pausa. Bajó la mirada un instante y se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, por pura inercia. El iPod seguía ahí. No lo sacó. Solo lo tocó.

Sonrió apenas, como si hubiera recordado algo fuera de lugar, y volvió al micrófono.

—Decía... —inspiró hondo—, decía que el tiempo no es una flecha —repitió, y esta vez no sonó igual—. Es una red con nudos. Y a veces, en los nudos de esa red, el pasado y el presente resuenan.

Una mano temblorosa se alzó en la segunda fila.

—¿Está diciendo que se puede viajar al pasado?

—No —dijo Silas—. Estoy diciendo que el pasado, en ciertas condiciones, aún nos escucha.

El silencio que siguió no fue de incomprensión. Fue de asombro.

Solo se oyó el zumbido lejano de las luces y el roce de una pluma contra el papel de algún periodista.

El aplauso llegó de inmediato, como un trueno contenido.

Meses después, Silas estaba en el camerino.

En su mente, aquella frase se repetía como un eco.

El cuello del traje alquilado le apretaba más de lo habitual. No lograba anudar la pajarita. Tenía las manos frías.

En el bolsillo, una fotografía vieja, casi deshecha. El rostro de su hermana, apenas visible entre los pliegues.

Junto a la foto, el iPod. La carcasa rayada. El sticker de Hendrix. Lo tocó una vez más. Luego lo guardó.

Alguien golpeó suavemente la puerta.

—Doctor Weaver, es la hora.

Se miró al espejo por última vez. Vio al niño que creía que el tiempo era una prisión. Ahora iba a recibir el mayor premio científico por demostrar que esa prisión tenía puertas secretas. Pero el Nobel no le había dado ninguna respuesta nueva.

—Mayte —susurró—. Esto también es tuyo.

La sala era un universo de luces y susurros.

Su mirada encontró la primera fila. Kael, con los ojos brillantes. Y a su derecha, una silla vacía. Un agujero negro en medio de toda

aquella luz.

Cuando le colocaron la medalla al cuello, Silas entendió que el premio no era un reconocimiento, sino una forma de señalarlo sin tocarlo.

La cinta de seda le quemaba la piel con el frío del metal. Sintió su peso. No era ligero. Era como si todos los años de su vida se hubieran condensado en ese círculo de oro.

Sonrió hacia sus amigos. Agradecido.

Y entonces, la silla vacía lo atravesó.

El vértigo fue tan real, tan súbito, que por un segundo el salón de Estocolmo se disolvió.

Silas se encontró en el porche de su infancia.

El crujido de la mecedora. Su padre, encorvado sobre un bourbon, la mirada perdida en un jardín de árboles esqueléticos.

—Creí que nunca volverías.

—Nunca supe cómo volver —dijo Silas.

Bajó los escalones, cada uno más pesado que el anterior. Un silencio espeso se instaló entre ellos, roto solo por el viento.

—¿La viste? —preguntó su padre, sin girarse.

Silas se sentó a su lado.

—No la vi. Pero la oí. Su risa. Su grito.

—Ella lo sabía y sonrió. Como si ya lo hubiera decidido. Yo la solté, Silas —la voz del padre se quebró—. Para agarrarme a ti.

Las lágrimas no cayeron. Se congelaron en el aire helado.

—Papá, si mi teoría funciona...

—¡No!

Su padre se volvió por primera vez. En sus ojos no había sabiduría, solo un dolor antiguo.

—¡No podemos desenterrar a los muertos! ¡Lo que pasó, pasó! Y removerlo sólo trae más dolor.

Silas parpadeó.

El frío de Suecia reemplazó al de Virginia.

Los focos cegadores sustituyeron a la lápida de su hermana.

Subió al estrado y se acercó al micrófono del atril. Junto a él, un vaso de agua centelleaba. Al posar la mano sobre el atril, la superficie del agua vibró.

—Excelencias, distinguidos miembros de la Academia, colegas y amigos... —comenzó, y su voz, tranquila, cortó el murmullo de raíz.

Hizo una pausa. Los focos eran menos intensos que el peso de aquel silencio. Su mirada encontró a Kael en la primera fila. Un leve asentimiento: estoy aquí.

—Hoy podría comenzar con los agradecimientos —su voz, cruda, acalló la sala—. Pero sería una traición. Este premio no es una cima. Es una cicatriz.

El silencio se volvió absoluto.

—Tenía ocho años cuando la rama se rompió. Ella murió salvándome. Su sonrisa fue lo último que vi antes de la caída. Y desde entonces, solo he vivido con una pregunta: ¿Y si...?

Silas tomó un sorbo de agua. Continuó.

—Mi teoría no nació en un laboratorio.

Giró la cabeza hacia Kael.

—El doctor Kael De la Cruz vio que la conciencia y el tiempo son las dos caras de una moneda que aún no sabemos lanzar al aire. Kael, esto es tan tuyo como mío.

Kael se inclinó, un puño apretado contra el esternón.

—El Modelo de Coherencia Retroactiva no es una máquina del tiempo.

Se tomó un segundo.

—Es un oído. Una forma de que el presente escuche los ecos del pasado.

—Y a ti, Mayte... —su voz se quebró, un instante de fragilidad ante el mundo—, este premio es tuyo. Tus pasos no se perdieron. Solo resonaron, antes.

Una pausa. Luego, una sonrisa triste.

—Y a quienes piensan que la ciencia no tiene corazón, los invito a buscar el suyo.

El estruendo de aplausos fue una ola que rompió contra él.

Sus ojos escanearon la multitud, buscando un rostro que sabía que no estaría.

Sonrió. Agradeció, pero tarde.

A la mañana siguiente, la medalla descansaba en el escritorio de su habitación, sobre una carpeta de cartón con el logotipo del hotel y una estilográfica de madera.

Silas la había dejado allí sin mirarla demasiado, como si el metal pudiera emitir algún tipo de calor residual. No la había mirado desde que se la quitó del cuello. No estaba seguro de querer volver a verla.

La guardó en el cajón.

El silencio de la habitación era distinto al de Helsinki. Un silencio caro, acolchado, pensado para no molestar a nadie.

Se sentó en la cama sin descalzarse. El Nobel seguía allí, aunque no estuviera.

No se puso la medalla. Tampoco el pin. Ni siquiera la acreditación dorada que alguien había dejado colgada del pomo de la puerta.

Salió del hotel como un huésped más, con el abrigo mal cerrado y el cuello aún marcado por la presión del esmoquin alquilado.

En la acera opuesta, un coche gris con los cristales tintados permanecía detenido.

Nada especial. Demasiado limpio. Demasiado perfecto.

Silas caminó unos metros. No miró atrás otra vez.

En una cafetería cercana pidió un café que no terminó. Al pagar, el camarero le devolvió el recibo. Pegada a él con un punto de cinta adhesiva, una tarjeta blanca. Sin logotipo. Solo un nombre en tipografía neutra y un número internacional.

—Se la han dejado para usted —dijo el camarero, encogiéndose de hombros—. Me pidieron que se la diera cuando pagara el Nobel.

Sonrió como si fuera un chiste.

A Silas se le heló el estómago. No había dicho quién era.

Giró la cabeza hacia la mesa del fondo. Estaba vacía, pero sobre el mármol había un poso circular, fresco, donde minutos antes había

descansado una taza.

No terminó el café. Guardó la tarjeta en el bolsillo interior del abrigo. Por pura inercia, buscó el iPod. Sus dedos encontraron la carcasa rayada. El sticker de Hendrix. Lo apretó un momento. Luego lo soltó.

Al salir, el coche gris ya no estaba.

De vuelta a su habitación, abrió el cajón del escritorio.

La medalla seguía allí, inmóvil, como si nunca hubiera pertenecido a su cuello. La miró un momento. El oro brillaba bajo la luz tenue de la lámpara.

No la tocó.

Buscó el iPod. Allí estaba. Lo cogió y ajustó los auriculares. Dio al play.

Silas apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos un segundo. Solo uno. La melodía avanzaba despacio, repitiéndose, sin pedirle nada.

Se dejó caer hasta el suelo. Abrazó las rodillas y apoyó la cabeza en ellas.

Su padre. Su madre. Mayte.

Pasados unos minutos, se limpió las lágrimas, se levantó y encendió el portátil.

Silas leyó el asunto del correo tres veces antes de abrirlo. No ponía "urgente". No hacía falta.

Interés interdisciplinar.

Un mensaje correcto hasta lo insultante. Agradecimientos medidos, referencias cruzadas. Un tono que no pedía nada y, precisamente

por eso, lo pedía todo. No hablaban de él. Hablaban de la formulación. De las implicaciones.

Cogió el teléfono y marcó. Kael contestó al tercer tono. Su voz sonó normal. Demasiado normal.

—Hola, Kael. ¿Has recibido algo raro esta mañana?

La voz de Silas era un cable tenso, sin espacio para saludos.

Pausa. Demasiado larga.

—Depende de lo que entiendas por raro —dijo Kael.

Silas cerró los ojos.

—No es una felicitación —dijo—. No es una oferta.

Otra pausa.

—Entonces... ¿qué es? —preguntó Kael.

—Rastreo.

—¿Pero... de qué?

—De los límites. De los míos. De hasta dónde estoy dispuesto a llegar, o a ceder.

Silas se levantó y fue hasta la ventana. Apartó la cortina con un dedo.

Abajo, la ciudad hervía en su ignorancia feliz: vehículos, personas, vidas que aún creían que el conocimiento era un territorio neutral, no un campo de batalla.

—Escúchame bien, Kael —su voz bajó, se volvió metálica—. No están intentando entender la teoría. Ya la han entendido antes de que la tinta de mi discurso se secara.

Kael intentó intervenir, una última línea de defensa.

—Silas, puede que estés leyendo demasiado en un correo institucional. El estrés, la presión...

—No —lo cortó—. Esto no es paranoia. Primero mandan a los vendedores. Luego a los abogados.

—Silas...

—Y si no funciona —añadió, más bajo—, mandan a los que no tienen nombre.

—Puede que estés interpretando mal...

—¿Tú no has recibido nada? ¿Ni un correo, una llamada?

Giró el ataque.

Silencio.

Cuando Kael habló, su voz era un susurro ronco.

—Ayer. Un encargo de consultoría. Del Instituto Europeo de Neurociencia Cognitiva Aplicada. El contrato era peculiar. Pero no le he hecho caso.

—Ahí lo tienes —dijo Silas.

Kael respiró hondo. El sonido delataba que la coraza empezaba a agrietarse.

—Eso... eso es imposible...

Silas dejó que el silencio creciera. Había llegado al núcleo.

—Lo imposible —dijo con calma peligrosa— era llegar hasta aquí.

—Silas...

—Ya no es mía —lo interrumpió, y esta vez la voz no era rabia, sino desgaste—. Aunque quizá nunca lo fue.

Dejó el auricular sobre la mesa. Se acercó al escritorio. Entreabrió el cuaderno.

Las páginas pasaron bajo sus dedos: ecuaciones que eran su vida, notas que eran sus dudas, una espiral dibujada al azar que ahora parecía un símbolo de captura.

—Cuando dije que el tiempo tenía un oído —murmuró—, no pensé que alguien quisiera ser el que hablara por él.

—Pero no has construido nada —insistió Kael—. No hay máquina. No hay dispositivo.

—Eso es lo peor —estalló—. No hace falta. La teoría es la máquina.

Silencio. Total.

Silas no esperó respuesta. Colgó.

No cerró el portátil. No respondió al correo.

Tomó el cuaderno y, con una calma que ya no era humana, escribió una sola frase:

“Si el tiempo escucha, alguien querrá dictar la agenda.”

Cerró el cuaderno.

Afuera, el día seguía su curso normal: horarios, consultas, pequeñas decisiones que nadie archivaría en un expediente sin nombre.

En algún despacho sin ventanas, alguien ya estaba decidiendo qué ecos del pasado se amplificaban y cuáles no.

Por primera vez desde que conocía a Kael, Silas comprendió que el tiempo ya no era el problema.

Silas volvió a Pasadena con la sensación incómoda de haber llegado tarde a su propia vida.

El apartamento seguía intacto, como si nada lo hubiera esperado. El mismo polvo en la estantería. La planta sin regar. El cuenco de las llaves en su sitio. Agradeció esa continuidad, aunque no supo por qué.

Deshizo la maleta con método. Camisas a la derecha. Libros a la izquierda. El cuaderno sobre la mesa, cerrado. No lo abrió.

Se preparó algo de cenar. Comió de pie, mirando el móvil sin leer realmente nada.

Felicitaciones. Invitaciones. Silas Weaver, Nobel. El título flotaba sobre cada mensaje como una broma privada.

Colocó el iPod en la mesilla de noche, junto al reloj de agujas que ya no consultaba. La carcasa rayada. El sticker de Hendrix. Lo miró un momento. Luego lo dejó.

Abrió el último cajón —el de las cosas que no quieren verse— y depositó allí, con suavidad funeraria, la caja de la medalla dorada.

No la abrió. No la miró. Solo la dejó caer dentro, como quien entierra un secreto.

Cerró el cajón con un clic definitivo.

Desde la cama, su mirada evitó el reloj. No había necesidad. El tiempo, pensó, no se mide cuando no avanza.

Fue al equipo de alta fidelidad y buscó un vinilo. Eligió uno antiguo. Música instrumental. Algo que no exigiera atención.

Se tumbó. Pensó que al día siguiente volvería al despacho, respondería correos, retomaría el ritmo.

Pensó que todo encajaría.

Cerró los ojos.

Por primera vez desde Estocolmo, el tiempo pareció obedecer... o eso creyó.

No durmió la primera noche. Tampoco la segunda.

La tercera creyó haberlo logrado, pero despertó con la certeza incómoda de no haber estado realmente dormido. Como si su cuerpo hubiera cerrado los ojos mientras algo dentro seguía despierto, atento, contando.

Durante el día funcionaba. Respondía correos con educación automática. Canceló tres viajes. Aceptó uno.

Caminaba por la universidad como siempre, pero ya no se detenía a escuchar conversaciones ajenas. Antes le gustaba ese murmullo humano. Ahora le parecía ruido blanco.

En el despacho, el silencio era distinto. No vacío. Direccional.

Abrió el cuaderno. Volvió a las ecuaciones. No para corregirlas, sino para leerlas como si las hubiera escrito otro. Había algo allí que no recordaba haber pensado conscientemente. Las reconocía, sin embargo, como se reconoce una letra antigua.

En una hoja suelta escribió, casi sin darse cuenta:

"Si el pasado resuena, alguien puede amplificarlo."

La leyó. No la tachó.

Al salir del edificio, su mirada se detuvo un segundo en el vestíbulo. Creyó ver una cámara donde juraría que antes no había nada. No estaba seguro.

Eso fue lo inquietante.

Llegó a casa. Abrió el correo reenviado por Kael. No decía nada alarmante. Un contacto común. Un instituto europeo con financiación privada. Interés genuino. Lenguaje impecable.

Demasiado limpio.

Cerró el mensaje sin responder.

Preparó café. Lo olvidó en la encimera.

Se sentó en el sofá sin encender la luz.

Pensó en su discurso. En la palabra oído. En cómo había sonado en la sala, más real de lo que esperaba.

Como si no la hubiera elegido.

El silencio del apartamento vibró levemente, no como un sonido sino como una expectativa que no terminaba de decidir si existir o no.

Se levantó y fue hasta la ventana. La ciudad seguía ahí: farolas, coches, vidas pequeñas avanzando sin sospechar nada.

Por un instante sintió una punzada de envidia.

Sacó el cuaderno de notas. Escribió:

"Condiciones mínimas para escucha retroactiva."

Se detuvo.

Añadió una línea más, debajo:

"Riesgos."

La dejó en blanco.

No porque no los conociera, sino porque, por primera vez, dudó.

Cerró el cuaderno.

Aquella noche, el sueño fue una frontera que no se atrevió a cruzar.

Flotó en la orilla, en ese limo entre la vigilia y el olvido, y allí lo escuchó.

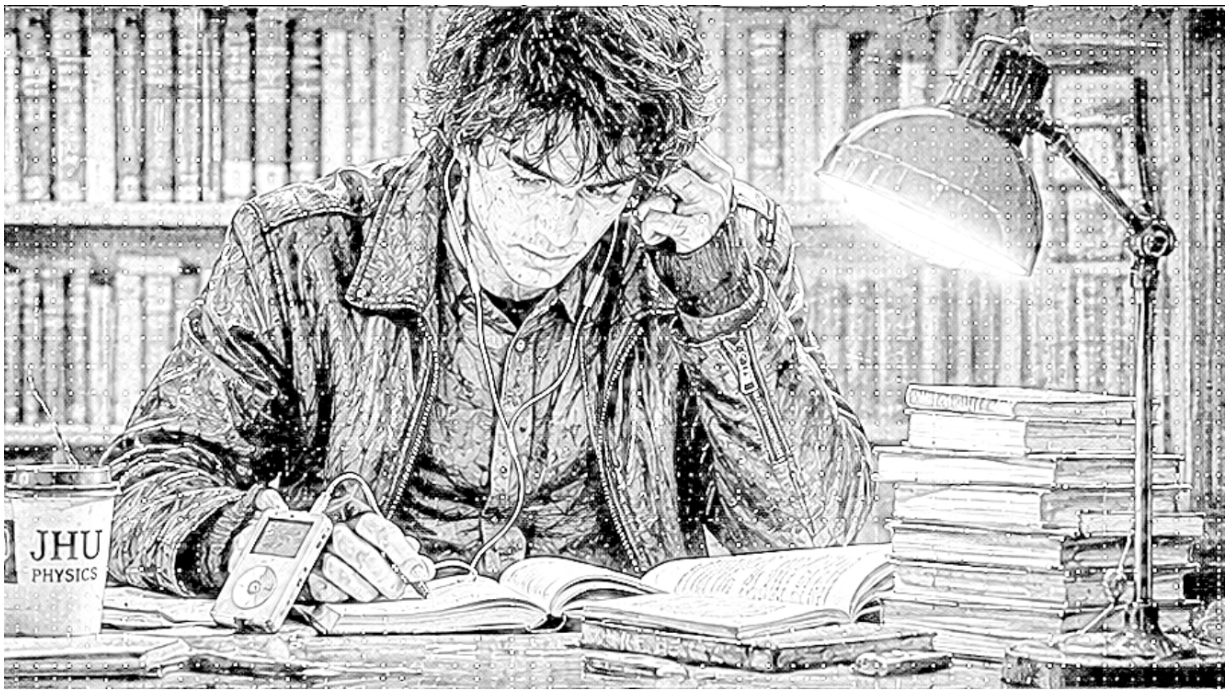
No una voz. No una palabra.

Un ritmo.

Una cadencia lejana, como el eco de un metrónomo en una habitación vacía.

Una melodía que no recordaba haber aprendido jamás... y que, sin embargo, reconocía con la certeza visceral con que se reconoce el latido del propio corazón.

CAP. X – SILAS WEAVER (TIME)



"El pasado no está muerto. Ni siquiera es pasado."

—WILLIAM FAULKNER (REQUIEM FOR A NUN)

[2026 · Estocolmo]

Silas me contó una noche, mucho tiempo después, cuando el bourbon hacía más lenta su lengua y más largas las sombras, que supo que algo había cambiado antes de salir del hotel de Estocolmo.

No era el coche gris. No era la tarjeta sin nombre. Era la forma en que el mundo empezó a responderle, como si hubiera pasado de fondo a figura. El ascensor tardó un segundo más de lo habitual en cerrarse. El recepcionista levantó la vista dos veces. Un desconocido sostuvo la mirada lo justo para dejar de ser casual.

Visibilidad. Ese era el precio real.

Pero entonces, en 2001, en la Universidad Johns Hopkins, Silas Weaver aún no sabía lo que era ser visible.

[2001 · Universidad Johns Hopkins]

La primera nota de Time comenzó a sonar en sus auriculares, el reloj de cucú de Pink Floyd anunciando otra hora perdida.

Lo encontré en su rincón habitual, al fondo de la sección de física, donde la luz era más tenue y el polvo más espeso. Estaba encorvado sobre un libro, los auriculares colgando del cuello como un cordón umbilical hacia otro mundo. Desde lejos, Silas Weaver parecía un fantasma pálido en una chaqueta de cuero demasiado grande.

Me acerqué y apoyé una botella de agua en la mesa.

—Llevas aquí desde que abrió. Bebe algo que no sea tinta.

Silas alzó la vista lentamente. Sus ojos oscuros siempre me impactaban. No eran pozos sin fondo, sino lo contrario: estaban demasiado llenos. De imágenes, de ecos, de un dolor que no sabía cómo nombrar.

En ese momento, una de sus manos acariciaba absorta la costura del vaquero, justo sobre la rodilla izquierda. Yo era el único que sabía lo que había ahí. Una pregunta que le habían grabado en la piel.

—Huxley predijo este mundo de mierda —murmuró Silas, cerrando el libro—. Y ni siquiera se inmutó.

—Por eso lo lees. Para confirmar que tenías razón al esconderte.

Una sonrisa casi imperceptible le recorrió los labios. No era de alegría. Era de reconocimiento.

Su mirada se perdió entre las estanterías. La mano no se movió de su rodilla.

—En los libros —dijo, tan bajo que casi era un susurro— las cosas tienen un sentido. Un principio, un nudo y un final. O al menos, el autor finge que lo tienen.

Se ajustó un auricular. Desde donde estaba, podía oír el débil lamento de una guitarra.

—¿Y la música? —pregunté.

Silas me miró entonces directamente, y por un segundo, la máscara de fragilidad se quebró.

—La música no miente, Kael. Un acorde menor es triste. Uno mayor, esperanzado. No hay ambigüedad. No como…

Su voz se quebró. No terminó la frase. No hacía falta.

No como la vida. No como el sonido de una rama rompiéndose. No como el silencio que viene después.

Lo entendí entonces con una claridad que me dejó sin aliento. No se refugiaba en esos mundos para escapar. Buscaba un lenguaje que no traicionara. Un universo con reglas que no cambiaran en el último segundo y le arrancaran a la persona que más quería.

Su viejo iPod —una primera generación con la carcasa tan rayada que parecía un mapa estelar de todos sus choques contra el mundo

— no era un objeto. Era el único eslabón que le quedaba de un mundo que había tenido sentido.

—Llevas tres horas petrificado. ¿Estás incubando una teoría o te has quedado dormido con los ojos abiertos?

Silas parpadeó, reenfocando.

—Dos horas y treinta y siete minutos —rectificó, su propia voz sonándole ajena, como si la tuviera guardada en un cajón—. Y no petrificado. Concentrado.

—Concentrado en evitar que Desiré te hable —me acerqué y le di un golpecito con el pie en la bota—. La he visto merodeando por Filosofía. Parece que hoy es tu día de suerte.

El nombre flotó en el aire entre nosotros. Silas se tensó. Ajustó inconscientemente el auricular izquierdo, del que ahora salía un susurro de I'm a creep… I'm a weirdo…

—Desiré no es mi tipo —masculló, pasando el pulgar por la carcasa rayada del iPod, un gesto tranquilizador, un rosario de plástico y circuitos.

Solté un resoplido.

—Claro. Por eso llevas puesta la banda sonora de todos los raritos del planeta.

—El arte no imita la vida —musitó—. La mejora.

—¿Y qué arte te trae hoy entre manos?

—Un mundo feliz. A veces pienso que no estaría mal un poco de soma.

—O para todos —dije—. Pero tú eres tú. Y a veces eso basta. Aunque ahora mismo me den ganas de ahogarte en el bebedero.

Una sonrisa casi genuina le iluminó la cara.

—Gracias. Por ser el único que aguanta el rollo.

—Para eso estoy. Ahora levanta el culo. Vamos. Te invito a un café que sepa a algo que no sea polvo y derrota.

—Solo si elijo la música —respondió Silas.

—Siempre con lo mismo —suspiré, rendido.

Se levantó, manipuló el iPod con dedos de cirujano y me ofreció un auricular. El cable pendía entre nosotros como un pacto.

—El silencio es peor que el ruido, ¿recuerdas? Conéctate.

Lo cogí, fingiendo fastidio.

Bajamos a la cafetería.

Silas puso La Flaca —el muy hijo de puta— justo cuando Desiré sonreía desde la barra.

Tarareaba absorto, el mismo tipo que diseccionaba a Huxley vibrando con una canción de besos furtivos. El cable del auricular se balanceaba entre nosotros como un péndulo.

Lo miré de reojo y lo supe: no era suerte. Silas veía la música donde los demás solo veíamos ruido. Podías estar en el momento más banal —comprando café, caminando a clase— y él, con una mirada, seleccionaba la banda sonora perfecta. Bohemian Rhapsody para un atardecer épico. Fortunate Son para una clase aburrida. Space Oddity para mirar las estrellas.

Pero ahora había puesto La Flaca. Y Desiré sonreía.

Silas podía ser un misterio para el mundo, pero para mí era el tipo que le ponía banda sonora a mis días. Aunque siempre me tocara pagar la puta cerveza.

Por una vez, el futuro parecía una puerta abierta, no una trampa.

Era un mundo feliz.

O al menos, su imitación más convincente.

Pero las puertas abiertas, Silas lo sabía demasiado bien, también dejaban entrar el frío. Y ese frío siempre terminaba encontrando su vieja cicatriz, llevándolo de vuelta al único rompecabezas que importaba.

Su iPod era una extensión de su cuerpo.

Una primera generación con la carcasa tan rayada que parecía un mapa estelar de todos sus choques contra el mundo. Lo llevaba en el bolsillo de la chaqueta, los auriculares siempre colgando al cuello como un estetoscopio para auscultar una realidad alternativa.

Tenía un don casi sobrenatural. Podías estar en el momento más banal —comprando café, caminando a clase— y él, con una mirada, seleccionaba la banda sonora perfecta. Bohemian Rhapsody para un atardecer épico; Fortunate Son para una clase aburrida; Space Oddity para mirar las estrellas. Ganaba todas nuestras apuestas. No era suerte. Era que él veía la música donde los demás solo veíamos ruido.

Un día, en su habitación, no paraba de tamborilear un ritmo complejo con los dedos en la mesa. Nervioso.

—Tío, ¿siempre tienes que estar escuchando algo? —le dije, señalando los auriculares—. A veces pienso que, si te lo quito de golpe, te dará un chungo.

Él se rió, un sonido raro y áspero, y se ajustó las almohadillas.

—Podrías intentarlo. Pero me escucharías gritar todo el camino a casa.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Sabes lo que es el silencio? Es un vacío. Y en el vacío... no queda nada.

—¿Y qué suena ahora en tu vacío personal?

—Creep.

—¿Otra vez? ¿No te cansas?

—Es arte, Kael. No te cansas del arte.

Su tono se volvió cortante, un portazo verbal. Era su escudo. Yo sabía que, si presionaba, se levantaría la barrera.

Decidí saltarme las defensas.

—Dime de una vez. ¿Qué tiene de especial ese trasto? Podrías usar el móvil como todo el mundo.

Silas dejó de tamborilear. Con una suavidad que era casi un ritual, sacó el iPod y pasó el pulgar por la raya más profunda en el plástico.

—Me lo dio mi hermana antes de... —dijo, sin mirarme—. Los móviles se actualizan. Esto...

Lo apretó contra su pecho.

—...esto es el archivo de todo lo que he perdido.

En ese momento lo entendí.

No era un capricho.

Era su linterna en la oscuridad.

Pero no supe toda la historia hasta mucho después. Hasta una noche en que el bourbon hizo más lenta su lengua y más largas las

sombras.

Me contó que su hermana, Mayte, tocaba la guitarra. Una Stratocaster negra que había sido de su padre, un instrumento con más historia que técnica, con los trastes gastados por años de blues en garajes sin nombre. Ella la había heredado con la misma solemnidad con que otros reciben una espada familiar.

—Era buena —dijo Silas, con la mirada perdida en algún lugar que yo no podía ver—. Y cuando tocaba, la casa entera se detenía. Mi padre dejaba de beber. Mi madre cerraba los ojos. Y yo... yo aprendí que el silencio podía tener forma.

Le regaló el iPod antes de irse. No en un sobre, ni con una carta. Lo dejó en su mesilla, con un sticker pegado con cinta en la carcasa: Are You Experienced?

Jimi Hendrix. Un gesto de adolescente, una broma de hermana mayor.

—Dijo que ahí dentro había más música de la que podría escuchar en toda una vida —me contó, y sus dedos acariciaron la raya más profunda del plástico—. Que cada canción era un lugar al que podía ir si se sentía perdido. No entendí por qué me lo decía. No entonces.

Hizo una pausa. El bourbon tembló en su vaso.

—Después del accidente, cuando todo se volvió silencio, lo encontré en el fondo de mi mochila. Todavía tenía su olor. A colonia barata y a humo de cigarro. Me lo puse en los oídos y...

Su voz se quebró apenas.

—...ahí estaba ella. No su voz. Pero su mundo. Las canciones que eligió para mí. Como un mapa de todos los lugares donde seguía viva.

Bebió de un trago. Acarició el sticker.

—Nunca lo he despegado. Ni siquiera sé si quiero hacerlo. Cada vez que lo miro, es como si ella me estuviera preguntando si ya he vivido algo que merezca la pena.

No supe qué responder. Solo entendí que el iPod no era un objeto. Era el único testigo de un mundo que ya no existía. Y Silas, el custodio de una pregunta que nunca podría responder del todo.

Por eso estaba allí, en su rincón de la biblioteca, con los auriculares puestos y la mirada fija en un libro que a veces parecía no estar leyendo.

No buscaba respuestas.

Buscaba la frecuencia en que ella seguía vibrando.

En ese momento, supe que no intentaría comprenderlo nunca del todo. Pero no importaba. Lo que nos unía no era la comprensión, sino el reconocimiento. Él buscaba orden en el cosmos. Yo lo buscaba en la mente.

Los dos éramos cartógrafos de lo invisible, tratando de dibujar un mapa para no sentirnos tan perdidos.

Ese mapa que solo trazaba en su mente y en sus auriculares encontró, esa misma semana, su primer territorio público.

Y lo hizo en un aula que olía a tiza y ansiedad, donde Silas dejó de ser un cartógrafo en la sombra para convertirse, ante todos, en un explorador.

Los estudiantes de primer año se sucedían en el estrado, desgranando teorías correctas, pulcras y completamente olvidables. Yo bostezaba disimuladamente, aburrido de tanta seguridad predecible.

Hasta que le tocó a Silas.

Se acercó al frente como un reo al patíbulo, encogido dentro de su chaqueta de cuero, los auriculares colgando como un lastre. Murmuró algo inaudible. Unos pocos compañeros se rieron por lo bajo. Él cerró los ojos un instante, y cuando los abrió, algo había cambiado.

No fue un discurso. Fue una profecía.

Dejó de hablar de física y comenzó a tejer un universo. No con ecuaciones, sino con imágenes. Habló de agujeros de gusano como atajos en el tejido de la realidad, de partículas que se comunican a través del tiempo, de un futuro donde la gravedad no era una fuerza, sino una melodía que podía sintonizarse.

Ya no era el chico raro. Era un explorador describiendo un continente que solo él podía ver. Su tono, antes un susurro, adquirió un timbre claro, hipnótico.

El silencio en la sala ya no fue de aburrimiento, sino de asombro. Las mismas personas que minutos antes se burlaban ahora lo miraban con una expresión que yo nunca les había visto: respeto.

Yo sentí un escalofrío. No por la teoría, que apenas comprendía, sino por la certeza absoluta con la que hablaba. No parecía estar especulando. Parecía estar recordando.

Al terminar, no hubo aplausos inmediatos. Solo ese silencio pesado, cargado. Luego estallaron las palmas.

Silas, desbordado, recogió sus papeles y bajó del estrado como si le persiguieran sus propias ideas, dejando atrás un aura de posibilidad electrizante.

—Weaver —la voz del profesor Williams cortó el bullicio. Era un hombre seco, de gesto duro, y tenía la mirada clavada en la espalda de Silas—. Esa charla... ha sido la única idea original que he escuchado en una década. Quiero verlo en mi clase de postgrado. Mañana.

El eco de esa ovación lo siguió durante horas. No era un sonido. Era una presión en los tímpanos. El peso de haberse visto a sí mismo a través de los ojos de los demás.

Esa noche, camino a su habitación, Silas no habló.

Se detuvo bajo la luz anaranjada de una farola, la cara iluminada como en un cuadro.

—Kael —dijo, y su voz temblaba levemente—. Es como si... como si hubiera encontrado la llave de una habitación que siempre supe que estaba ahí.

Me miró, y por primera vez no vi ansiedad en sus ojos, sino vértigo.

—Creo que tengo miedo de girarla.

Ya no sonreí. Asentí.

—Pues gírala —le dije, y no sonaba a broma, sino a un pacto—. Y cuando abras esa puerta, yo estaré ahí para ver qué hay dentro. Aunque sea un monstruo.

Él esbozó una sonrisa tensa, casi dolorosa.

—Eso espero. Porque creo que lo será.

Esa noche, Silas me confesó que había vuelto al laboratorio.

Me dijo que las ecuaciones se negaban a cuadrar, que los símbolos en la pizarra eran jeroglíficos estúpidos. Encendió su iPod antes de darse cuenta de que la habitación estaba en silencio.

—Time —me dijo, y en su voz había algo que no era rabia, sino desesperación—. La guitarra de Gilmour era un cuchillo serrado abriéndome las costillas.

...Ticking away the moments that make up a dull day...

Dejó caer el bolígrafo.

La esperanza, me dijo, no era una fuerza poderosa. Era un parásito. Le roía las entrañas desde niño y ahora, con las herramientas de Hawking en sus manos, crecía hasta ahogarlo.

—Tiene que haber una manera —dijo, hablando con los fantasmas de la habitación—. Solo unos malditos minutos.

Su mirada vagó por los diagramas de agujeros negros en la pantalla. Monstruos cósmicos que devoraban el tiempo.

¿Y si no se necesitaba un monstruo?

¿Y si solo se necesitaba la llave correcta?

Una ecuación lo suficientemente elegante, lo suficientemente brutal, para doblar las reglas.

Pero entonces llegó el "y si". El susurro venenoso. ¿Y si estaba equivocado? ¿Y si estaba loco? ¿Y si lo ridiculizaban? ¿Y si era imposible?

Joder con el "y si".

Su mano agarró la taza de café frío. La estampó contra la pared. La porcelana estalló en un grito blanco. Por un segundo, el eco del impacto ahogó todos los "y si" del mundo.

En el suelo, entre los fragmentos, solo quedó un: Y SÍ.

Y sí, lo haría.

Se quedó jadeando, mirando los pedazos. No era un aficionado en un garaje. Era un físico. Un doctor de la Hopkins. No construiría una máquina. Diseñaría un arma contra el tiempo. Su munición sería la matemática pura.

El Nobel era una moneda de cambio. Si la teoría funcionaba, el premio sería inevitable. Pero a Silas solo le importaba lo que podría comprar con esa moneda: un billete de ida al pasado.

Se frotó la rodilla.

Había llegado al mismo punto. Otra vez.

—No puede ser —murmuró.

Y aun así, lo era.

Pasaron los días. Las semanas. No hablamos de aquello.

Pero Silas, tiempo después, me confesó que había vuelto al laboratorio.

Sus ojos recorrieron las cuatro líneas finales de la pizarra. No eran ecuaciones; eran los cuatro imposibles. La síntesis de toda su obsesión, reducida a un cuarteto de monstruos lógicos: Gravedad Cuántica, la Paradoja, la Huella, la Persistencia.

Las miró un segundo, y el escalofrío fue tan físico como el del día en que se rompió la rama.

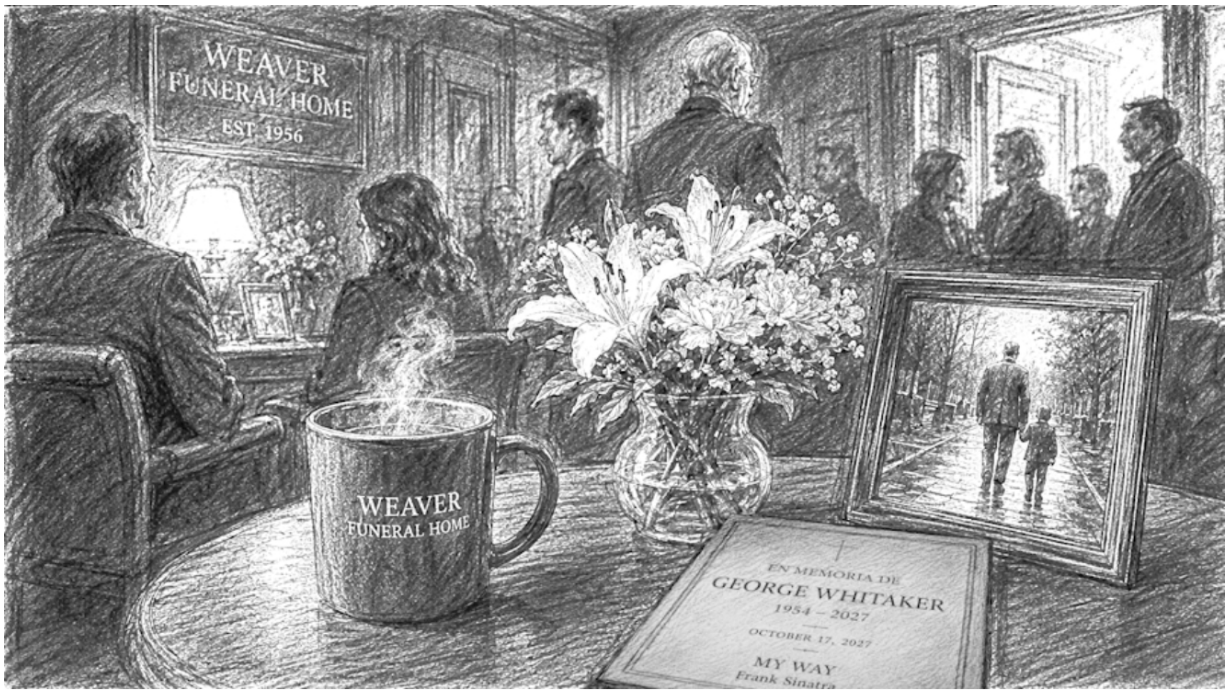
Luego las borró con rabia, arrojando el borrador contra el suelo. No porque fueran falsas.

Sino porque, si eran ciertas, el mundo no estaba preparado para sostenerlas.

El universo no se dejaba herir gratis. Exigía estos cuatro imposibles.

Y en el polvo de tiza que flotaba en el aire, Silas Weaver acababa de encontrar su condena.

INTERLUDIO – EL VECINO



[Octubre 2027 · Staunton, Virginia]

La funeraria Weaver olía a cirio y a flores que ya empezaban a rendirse. Conrad se quedó junto a la puerta, donde nadie tuviera que mirarlo.

Los vecinos se despedían en voz baja, como si el muerto pudiera oírlos desde la sala contigua. Alguien rió por compromiso. Alguien más lloró sin ruido. La lluvia golpeaba los ventanales con esa insistencia suave que tienen las cosas cuando quieren recordarte que siguen ahí.

Observó el féretro. Le costaba asociar aquella caja de madera con George Whitaker. Durante años había sido imposible imaginarlo muerto. Quizá porque antes de desaparecer ya parecía medio ausente.

George había vivido solo desde que enviudó. No tenía hijos. Ni hermanos. Ni familia que lo visitara en Navidad. Tampoco parecía echarlo de menos. Era un hombre reservado. Huraño, si uno quería ser amable.

Conrad recordó las veces que George había salido de casa para protestar porque una pelota había caído en su jardín. Los niños del barrio le tenían más miedo a él que a los perros de los vecinos.

Cerca de la cafetera, alguien comentó que George nunca había ido a una barbacoa. Otra voz la secundó. Conrad asintió para sí. En eso tenían razón. George siempre parecía estar enfadado con algo. Con el ruido. Con el tráfico. Con el calor. Con el mundo entero.

Luego llegó el marcapasos. Luego el accidente. Conrad todavía oía aquella llamada, la carretera mojada, el sonido de algo rompiéndose que no era solo metal. Después el coma. Los meses. Muchos meses. Tantos que la gente dejó de preguntar.

La vida siguió adelante. Las estaciones se turnaron dos veces. Y George Whitaker permaneció dormido, como si ya se hubiera marchado y solo faltara avisar.

Entonces despertó.

Conrad volvió a mirar el féretro. A veces seguía sin saber qué pensar. Los médicos hablaron de recuperación. Los vecinos, de milagros. Él nunca encontró una palabra adecuada. Porque el hombre que regresó no era el mismo. Era mejor. Más paciente. Más atento. Más humano.

Ayudó a medio barrio, comentó una mujer. Y era verdad. Siempre tenía tiempo para cualquiera.

Con los demás, sí.

Con Silas fue distinto.

Conrad recordó tardes enteras sentado junto al chico, ayudándolo con los deberes. Mañanas de sábado junto al lago, la caña de pescar quieta mientras George hablaba de nada y lo decía todo. Paciencia. Sonrisas. Tiempo. Siempre tiempo. George encontraba cualquier excusa para pasar unas horas con él. Como si quisiera recuperar algo. O proteger algo. O simplemente estar cerca.

Alguien dijo en voz baja que nunca había entendido lo mucho que George apreciaba a Silas. Conrad bajó la mirada. La verdad era que él tampoco. No como un abuelo. No como un vecino. Era otra cosa. Algo más profundo. Algo que ninguno de ellos alcanzaba a nombrar.

—¿Y Silas? —preguntó alguien desde el fondo de la sala.

Conrad levantó la vista. La pregunta esperada. La que llevaba todo el funeral temiendo.

—No ha podido venir.

La respuesta sonó más seca de lo que quería. Una mujer de bata azul, la misma que había ayudado a su mujer durante los peores meses, frunció los labios.

—Tan unidos como estaban... —murmuró, sin terminar la frase.

—Está en Estocolmo —dijo Conrad—. O en Ginebra. O en la luna. Ya no lo sé.

No era rencor. Era cansancio.

—El Nobel —terció un hombre mayor, apoyado en un bastón—. Eso le aleja de muchas cosas.

—O le acerca a otras —respondió Conrad.

El silencio que siguió fue incómodo. Nadie sabía muy bien si estaba defendiendo a su hijo o enterrándolo.

—¿Y tu esposa? ¿Cómo sigue?

Conrad tardó en contestar.

—Sigue.

No era una respuesta. Era una forma de no decir que nunca se recuperó de la muerte de su hija. Durante unos segundos nadie habló.

Entonces Conrad dijo lo último que George le había contado.

—Que había tenido suerte.

Una ceja se arqueó. Alguien sonrió sin ganas.

—Dijo que le habían regalado una vida extra —añadió.

El silencio que siguió no fue de incomprensión. Fue de esos silencios en los que la gente mira al suelo porque no quiere ver lo que hay en los ojos del que habla.

Desde la sala contigua empezó a sonar una canción. Una voz antigua, inconfundible. Frank Sinatra.

Conrad la reconoció al instante. Siempre le había parecido una elección extraña para George Whitaker. Antes del accidente decía que la música era solo ruido con pretensiones. Después del coma, en cambio, empezó a escucharla durante horas.

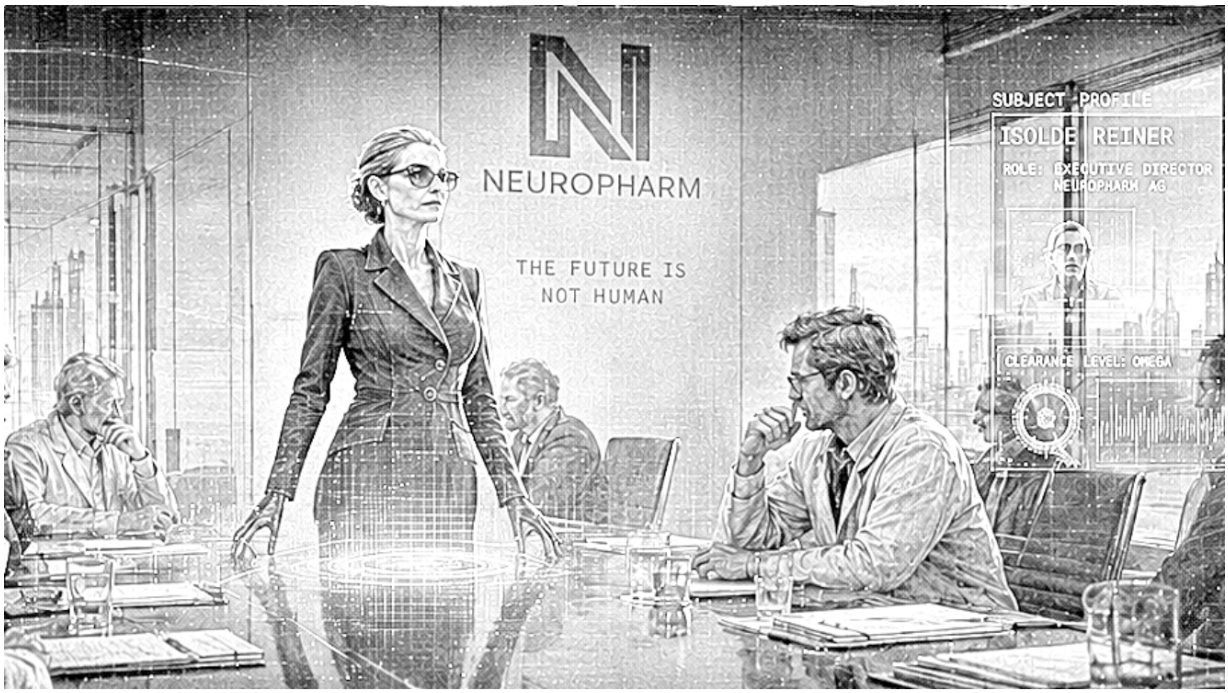
My Way.

Decía que era su favorita. Pero aquella tarde, de algún modo, le sentaba bien.

No dijo nada. Solo asintió.

Fuera, la lluvia seguía cayendo sobre Staunton. Y Conrad no pudo evitar preguntarse si George, antes de irse, había visto algo que los demás seguirían sin entender mucho tiempo.

CAP. XI – LA ADQUISICIÓN (ROBOTER)



"La esperanza es ese instinto que te dice: 'mañana puede ser diferente'."

—ZYGMUNT BAUMAN

[Hospital de San Diego]

Mientras en Nueva York dos mujeres tomaban té en una vieja cafetería, un teléfono comenzó a sonar en el Hospital de San Diego.

Iván se giró en su silla y lo descolgó. Asintió con la cabeza sin decir nada. Después de unos largos segundos y con rostro de

circunstancias, colgó el teléfono con una lentitud que no le era propia.

—Han llegado —dijo, sin apartar la mirada del aparato—. No han dado nombres. Solo han enseñado una tarjeta... y el jefe de seguridad se ha cuadrado como si Dios en persona hubiera entrado en el edificio.

Kael se lavó las manos con alcohol y cerró los ojos unos segundos. Silencio. Recordó el correo. Urgente, hoy, a esta hora.

Iván frunció el ceño.

—¿Quiénes serán?

—Ya te contaré —respondió Kael, con voz algo preocupada.

Terminó de abotonarse la bata y salió del despacho camino de la sala de conferencias. La puerta estaba cerrada. Al otro lado, silencio. Demasiado silencio.

Entró. Estaba llena.

La doctora Martina Ferrer, jefa de urgencias, tenía las manos aplanadas sobre la mesa como si temiera que alguien se la fuera a arrebatar. Llevaba tres días sin dormir —se le notaba en los párpados, en la forma en que parpadeaba despacio, como si cada vez tuviera que recordar cómo hacerlo—, pero allí estaba. Porque no podía no estar.

A su derecha, el jefe de personal administrativo, un hombre calvo de gafas de montura gruesa, escribía algo en una libreta sin levantar la vista. No había alzado la cabeza desde que entraron. Kael no sabía si tomaba notas o si simplemente fingía estar ocupado para no tener que mirar a nadie.

Más atrás, un enfermero joven —no debía de llevar más de un año en el hospital— tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las uñas

clavadas en las mangas de la bata. Como si se agarrara a sí mismo para no desaparecer.

Los ventanales de la vieja sala de juntas daban a una bahía de color cobre. La luz del atardecer entraba sesgada, cortando los rostros en claroscuros.

Alguien había dicho que las puestas de sol en San Diego eran las más bonitas del mundo. Aquella tarde parecía un sarcasmo.

Rostros serios. Mandíbulas tensas. La expectación se confundía con el miedo.

Kael buscó un sitio al fondo. Había en el silencio de aquel atardecer algo deliberado, como si la ciudad entera contuviera el aliento. Sabía que ese instante era el fin de algo. Lo que no sabía aún era de qué.

La sala de juntas ya no era una sala. Era un lugar que esperaba.

Minutos después, otro sonido quebró el murmullo del pasillo.

Tacones. Ritmo. Control.

Y una pausa mínima, como si el edificio entero necesitara un segundo para reconocerla.

Tres figuras con gafas de sol la precedían. No escoltaban. Abrían espacio.

Entonces apareció ella.

Isolde Rainer.

No pidió permiso. Entró. Y el aire cambió de dueño.

Llevaba el cabello rojo recogido con severidad. Modo profesional, pensó Kael. Modo estrategia. Los días malos lo dejaba suelto, pero hoy no era un día malo. Hoy era un día de batalla.

Tenía una presencia que no requería voz ni gesto para imponerse: un magnetismo quirúrgico. Llevaba un abrigo de corte militar, ceñido, y aún no se había quitado los guantes. El frío no era una molestia; era su armadura. Los guantes también.

Isolde cruzó el umbral de la sala sin prisa. Tacones secos, exactos. No miró a nadie al entrar. No lo necesitaba. La sala entera ya la estaba mirando.

Kael no se levantó. Nadie lo hizo. Aun así, todos parecían de pie.

Se detuvo un instante. Sus ojos grises encontraron el fondo de la sala. No lo veía desde aquella conferencia en el Congreso de Psiquiatría Transpersonal en San Francisco.

Kael.

No fue reconocimiento. Fue otra cosa. Como si intentara encajar una pieza que no debería estar ahí.

Kael sostuvo su mirada sin interés aparente, como si ella fuera solo otro dato más entre miles. Eso, precisamente, la irritó. Y eso fue lo único en la sala que Isolde no pudo controlar.

No se sentó. Dio una vuelta a la mesa mientras se quitaba los guantes con una lentitud casi ceremonial. Los dejó sobre la mesa, junto a una carpeta con el logo de NeuroPharm.

Un murmullo corrió por la sala:

—Joder... son los putos alemanes —dijo un enfermero al lado de Kael.

Isolde observó a todos los presentes como quien evalúa material clínico. Luego, sin pedir permiso, se colocó las gafas. El gesto fue limpio. Ensayado. Un leve pulso de luz azul recorrió el borde de la montura. Apenas un instante. Suficiente para que algunos de los presentes lo vieran.

Kael ladeó la cabeza, apenas un grado. No era tecnología clínica. No era equipo hospitalario. Y, sin embargo, estaba allí. Entre ellos. Observando. Los ojos de Isolde ya no buscaban. Recibían.

Kael no dijo nada. Pero algo en la sala cambió de eje.

—Señores —dijo al fin, con voz firme—. Gracias a todos por venir.

Ni una palabra de más. La voz era la misma. El espacio, no.

La voz era baja. Limpia. Sin esfuerzo. Como si no necesitara volumen para ocupar espacio.

Habló de avances. De futuro. De eficiencia. De una nueva arquitectura sanitaria donde los errores humanos dejarían de ser una variable tolerable. No vendía un proyecto. Vendía inevitabilidad.

Un par de aplausos tímidos. Luego más. Luego todos.

Llegó el turno de preguntas.

Un coordinador preguntó por plazos. Una jefa de planta por protocolos de integración. Un inversor encubierto —porque Kael ya empezaba a distinguirlos— habló de rentabilidad sin usar la palabra.

Isolde respondió a todos igual: precisión quirúrgica. Ninguna grieta.

Hasta que quedó el silencio.

Kael dudó. Un segundo. Apenas nada. Como si hubiera estado esperando a ver quién se atrevía antes. Luego levantó la mano. Y algo dentro de él... se colocó en su sitio.

—Ha hablado de eficiencia —dijo—. Pero no de los colaboradores externos. Personal subcontratado. Mal pagado. Sin acceso a recursos básicos.

Un murmullo leve. Alguien incómodo. Alguien molesto. Kael no apartó la mirada.

—¿También forman parte de ese futuro o son prescindibles?

Ahora sí. Isolde volvió a mirarlo.

Una pausa. Medida. Casi elegante.

—En todo sistema en evolución —dijo— hay elementos que se optimizan y otros que se descartan.

Una pausa.

—NeuroPharm no destruye talento. Lo clasifica.

Demasiado pulido.

Kael sintió cómo las palabras se le clavaban en el pecho.

Clasificar.

Como si fueran piezas de inventario.

Isolde hizo una pausa mínima. No para pensar. Como si esperara.

—NeuroPharm integrará a todo el personal eventual —continuó—. Además, los proyectos de investigación en curso serán evaluados.

Silencio.

—Los perfiles que aporten valor serán integrados.

Isolde dirigió su mirada exactamente a los ojos de Kael.

—Con más recursos. Más alcance.

Una leve inclinación de cabeza. Casi una concesión.

—El resto...

Ni terminó la frase. No hacía falta.

Nadie añadió nada más.

La reunión terminó.

Isolde salió de la misma manera en que llegó. Tacones secos. Cabello recogido. Los guantes, puestos de nuevo. La armadura restaurada.

La sala se vació en silencio, como si todos hubieran olvidado cómo despedirse.

Kael regresó al laboratorio esquivando camillas mal aparcadas, pacientes desbordando los pasillos, vendas que ya no eran blancas y botellas de agua vacías rodando sin dueño.

Entró y se dejó caer en su silla, sin fuerzas ni para quitarse la bata.

Tenía la cabeza llena de las palabras de Isolde.

Iván no lo vio llegar. Estaba inclinado sobre una placa electrónica, las gafas de aumento encajadas en el rostro como si hubieran crecido allí. La chaqueta de mezclilla colgaba del respaldo de la silla, manchada de estaño y café. El capuchón del bolígrafo entre los labios, mirando la pantalla del osciloscopio, como si pudiera arrancarle una explicación al ruido en las ondas de la última versión de la diadema neuronal.

No parpadeaba. Murmuraba para sí mismo cifras y ajustes en ese idioma suyo, mitad ingeniería, mitad necesidad de no perder el control.

De fondo, casi imperceptible, sonaba una canción. Electrónica. Alemana. Un ritmo mecánico, frío, repetitivo.

...Ich bin dein... Roboter...

El sonido de la canción llegó a los tímpanos de Kael, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Eso es Kraftwerk?

Iván levantó la vista despacio, como si enfocar el mundo real le costara siempre un par de segundos más. Con un gesto rápido, apagó la música.

—Ah, estás aquí. Es para mimetizarme —dijo, con una media sonrisa que no llegaba a los ojos—. Con los nuevos dueños. Por si vienen a inspeccionar.

Kael esbozó una sonrisa tensa.

—No creo que sepan apreciar la ironía.

—Esa es la gracia.

Iván apenas levantó la vista. Tenía la tele encendida en un rincón, el audio apagado. Como hacía siempre. Pero aquella vez, Kael se fijó en las imágenes.

Un político hablaba de reconstrucción. Un mapa con una mancha roja. Después, la imagen cambió. Un rótulo animado rezaba: «Santo Domingo: situación crítica». Bajo él, un carrusel de cifras y muertes.

Kael levantó la vista.

—Iván... sube el volumen.

Iván obedeció sin preguntar. Una voz en off, grave e impostada, resonó en la televisión:

«Las autoridades aún no han ofrecido un balance oficial de víctimas...»

La pantalla mostró una ciudad rota. Calles convertidas en ríos de barro. Edificios descarnados, como huesos asomando entre la tierra.

La imagen saltó a un primer plano: un niño escarbando entre escombros. Los dedos ensangrentados, las uñas astilladas, forcejeando con una lata oxidada. Detrás, una mujer con la mirada perdida. Más allá, un hombre de pie entre lo que fue su casa.

Kael sintió un tirón en el pecho. Ese vacío. Esa imposibilidad de apartar la vista.

—Dios mío —murmuró Iván—. Eso no es una ciudad. Es un osario.

En la pantalla apareció una figura de blanco. Un androide delgado, de un metro y medio, la carcasa manchada de salitre. De su espalda brotaban mini drones que zumbaban como moscas metálicas, encuadrando ángulos, buscando el plano perfecto de la miseria. En el pecho le parpadeaba un logo: NovaStream Media.

—Pero... ¿qué coño es eso? —preguntó Iván.

—Buitres con patentes —respondió Kael, con la voz de repente áspera.

El androide se detuvo frente al niño. Un dron descendió hasta rozarle la cara. El pequeño levantó la vista un segundo, los ojos vacíos de quien ya no espera nada, y volvió a correr. La imagen se mantuvo fija en su espalda mientras se alejaba.

Kael apretó los puños.

En pantalla, una mujer emergió entre los supervivientes. Llevaba el pelo sucio, la ropa hecha jirones, pero los ojos... los ojos ardían. Se plantó frente al androide, desafiante.

Las lágrimas surcaban el barro de su cara, pero no se las limpió. Apretó los puños. Y escupió hacia la cámara:

—¡Grábame bien, hijo de puta! ¡Grábame bien! Para que sepan que su algoritmo nos mató antes que el agua.

Iván retrocedió un paso, como si la mujer pudiera oírlo.

—Joder...

Kael no hablaba. No podía.

La imagen de la mujer seguía ahí, congelada en un fotograma mental. La rabia. La desnudez de quien no tiene nada que perder. Y las palabras. Su algoritmo nos mató antes que el agua.

Una voz en off regresó, imperturbable:

«En Santo Domingo, la lucha es por sobrevivir otro día. Siempre donde está la noticia. Informa NovaStream Media.»

La pantalla volvió al plató. Un presentador de corbata retomó el hilo con una frase hecha sobre solidaridad internacional y conciertos benéficos.

Iván cogió el mando y silenció la tele de un golpe seco.

Silencio. Solo el zumbido del transformador.

Kael miró la pantalla negra.

—¿Cómo pueden llegar antes que los equipos de rescate? —preguntó Iván, la voz rota.

—Porque no están para rescatar —respondió Kael—. Están para grabar. Para que el algoritmo sepa cuánto vale nuestra desgracia en la subasta de la solidaridad.

El caos no se había ido. Solo se había acostumbrado a quedarse, denso y pegajoso como una marea que se retira pero nunca del todo.

Kael pensó en la enfermera Jara. Veinte años en el turno de noche, se había ido a Nueva Orleans hacía diez días. Nadie sabía cuándo volvería. El doctor Hidalgo, el cirujano que siempre olía a café, estaba de licencia forzosa —un colapso nervioso después de la tercera semana sin descanso.

Los recordaba, a veces, como si el recuerdo pudiera anclarlos a este lado. Eso era lo peor. Los rostros que faltaban.

Iván lo miró, sin saber qué decir. Finalmente, cambió de canal. Puso música. Algo que no doliera.

Kael ni siquiera lo oyó. En su cabeza, la mujer seguía gritando.

—Iván —dijo Kael.

Iván levantó la vista despacio, como si enfocar el mundo real le costara siempre un par de segundos más.

—Si vienes a decirme que han vuelto a recortarnos presupuesto, avisa primero. Quiero sentarme.

Kael esbozó una sonrisa tensa.

—Tengo dos noticias. Una buena y otra, compleja.

—Siempre empiezas así cuando la buena es mala.

Kael esbozó un simulacro de sonrisa.

—Tenemos financiación.

Iván parpadeó. Luego volvió a parpadear.

—¿Financiación, financiación? ¿O te damos lo justo para sobrevivir, pero no te suicides?

—Financiación de verdad.

Ahora sí, Kael respondió con una sonrisa amplia.

Iván se incorporó de un salto. El movimiento volcó una taza de café sobre un teclado que ya había sufrido demasiadas guerras.

—¡Aleluya! —exclamó—. ¡Por fin! Pensé que acabaríamos vendiendo un riñón en el mercado negro para comprar un osciloscopio decente.

Se detuvo. Entrecerró los ojos.

—Vale. ¿Y la mala?

Kael dudó un segundo de más.

—Los nuevos dueños del hospital no son precisamente médicos.

Iván dejó caer el destornillador. No dijo nada. Eso ya era mala señal.

—No te emociones —añadió Kael—. Pero hay cosas raras que no me cuadran.

Iván alzó una ceja. Se apoyó en la mesa, serio ahora.

—¿Raras? ¿Como que los alemanes tienen un sentido del humor... eficiente?

Kael negó con la cabeza, el rostro serio. Bajó la voz.

—NeuroPharm... no es solo una empresa médica —continuó Kael—. Y no sé si están solos. DreamLike. Gamma. O alguien más.

Iván negó despacio.

—No me gusta, Kael. Nada.

—A mí tampoco —respondió sin rodeos.

—¿Y el doctor Weaver? —preguntó Iván de pronto, clavando los ojos en Kael—. ¿Qué opina de todo esto? ¿Ya lo sabe?

Kael hizo una pausa. El nombre de su amigo, el hombre que les había puesto en este camino, siempre actuaba como un faro en sus deliberaciones.

—Aún tengo que hablar con él.

—Pero si continuamos, entramos juntos. Necesito a alguien que me recuerde por qué empezamos cuando empiece a olvidarlo.

Iván lo miró largo rato. Luego sonrió, cansado.

—Joder. Eres consciente de que esto acaba mal en el noventa por ciento de las historias, ¿verdad?

—¿Y en las buenas no? —respondió Kael con una sonrisa.

Iván suspiró.

—Está bien. Pero si acabamos como ratas de laboratorio, yo quiero ser la rata que muerde primero.

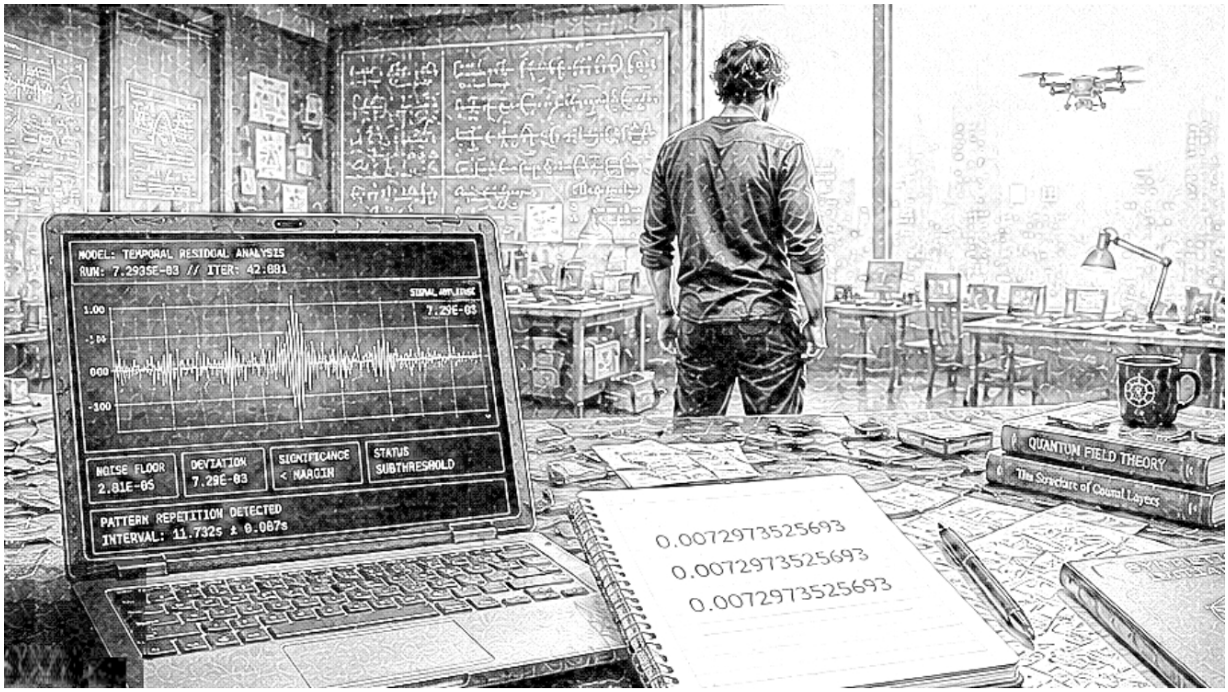
Se estrecharon la mano.

El trato no se firmó en papel.

Se selló en silencio.

Y una luz roja parpadeó en la base de la televisión del laboratorio.

CAP. XII – LA TEORÍA (EVERYTHING IN ITS RIGHT PLACE)



«El pasado no ha muerto. Ni siquiera es pasado.»

—WILLIAM FAULKNER (REQUIEM FOR A NUN)

[Diciembre de 2031 · Pasadena]

Hacía escasos meses que el tsunami había barrido la costa este; la economía, lo demás. El mundo parecía un animal despellejado, temblando bajo una luz demasiado blanca.

Silas vivía en un torbellino de café frío, pizarrones llenos de ecuaciones y la hipnótica repetición de grabaciones de sueños. Lo que había comenzado como una especulación filosófica entre el whisky y los recuerdos se había solidificado en una obsesión compartida.

Kael había empezado a compartir sus datos más extraños: los patrones EEG de sujetos que afirmaban haber "visto" ecos del pasado en sueños inducidos. Silas, por su parte, volvió a dar clases en la universidad y había enterrado su duelo bajo capas y capas de física teórica, construyendo un andamiaje matemático a partir de la intuición de Kael.

Silas Weaver llegó al edificio antes del amanecer.

A esa hora los pasillos parecían un decorado abandonado: luces que despertaban tarde, puertas cerradas, máquinas pensando en silencio. Le gustaba entrar cuando aún no había testigos.

Dejó el abrigo sobre la silla y abrió el cajón inferior del escritorio. Sacó un portátil viejo, grueso, sin conexión a red, con la carcasa arañada en las esquinas. Una reliquia diseñada para una época paranoica. O sensata.

Lo encendió. El ventilador respondió con un quejido asmático.

Esperó mirando la pantalla negra hasta que apareció el sistema de modelado. No abrió los archivos oficiales ni los experimentos recientes. Fue a una carpeta oculta entre versiones antiguas, enterrada donde nadie busca lo que teme encontrar.

Introdujo parámetros mínimos. Ruido térmico. Fluctuaciones residuales. Margen despreciable. Nada que justificara una reunión. Nada que impresionara a un comité. Nada que, en teoría, pudiera alterar nada.

Apoyó los codos en la mesa mientras el programa corría.

Pensó en Kael. En escribirle. En no hacerlo.

—Por ella. Solo un poco más —murmuró, sin saber si hablaba a la máquina, al pasado, o al fantasma de su hermana.

Su mano, por inercia, buscó el iPod en el bolsillo. La carcasa rayada. El sticker de Hendrix. Lo tocó un momento. Luego lo soltó.

Apareció el primer resultado.

Una línea plana.

Silas soltó aire por la nariz. Casi una risa. La belleza tranquilizadora del fracaso. Movió el cursor para cerrar la ventana.

Entonces lo vio.

No era un pico. No era una señal limpia. Ni siquiera una anomalía digna de mención. Era una repetición. Un temblor microscópico enterrado bajo el ruido. Surgía. Desaparecía. Volvía a surgir unos segundos después. Siempre igual.

Silas se inclinó hacia la pantalla. Amplió la escala. Luego otra vez.

El patrón persistía.

Y con él llegó una sensación peor que el miedo: reconocimiento.

Había escuchado ese ritmo antes. No en el laboratorio. Dormido.

Sintió cómo se le secaba la boca. Ajustó un parámetro con la punta del dedo. Una variación ridícula. Una milésima. La señal no aumentó. Se ordenó. Como si al otro lado algo hubiera entendido que por fin alguien prestaba atención.

Silas apartó la mano del teclado.

—No puede ser.

La frase salió sin convicción.

En la pantalla, el patrón seguía latiendo con una paciencia antigua. Pensó en apagarlo todo. Pensó en llamar a Kael. Pensó en ella. Cerró los ojos un instante y vio una guitarra demasiado grande entre manos pequeñas.

Cuando volvió a mirar, tomó la libreta y escribió:

0.0072973525693

Debajo trazó una línea temblorosa.

Se quedó inmóvil varios segundos. Después cerró el portátil de golpe. El sonido seco del plástico resonó en el despacho como un disparo mal disimulado.

Se quedó sentado en la oscuridad repentina. Sabía lo que había hecho. Había abierto no una puerta, sino un oído. Y había susurrado en él.

Lo que más le heló la sangre no fue el descubrimiento, sino la facilidad con que su mente académica ya maquinaba cómo vestirlo de inocuo: "Fluctuaciones dentro del margen de error... fenómeno interesante para estudio futuro..."

Era la traición perfecta, y él sería su primer cómplice.

Fuera, el primer hilo de luz comenzaba a entrar por las ventanas del campus.

Silas comprendió dos cosas al mismo tiempo. La primera: quizá no estaba loco. La segunda: habría preferido estarlo.

Se asomó a la ventana. El campus empezaba a despertar. Un aerotaxi descendía en la azotea.

Kael.

Se apartó del cristal. Miró la libreta abierta, el número escrito tres veces.

No había alterado el pasado, pensó. Solo había confirmado que seguía allí, esperando.

El aerotaxi de Kael descendió sobre la plataforma superior del edificio con un siseo limpio, casi elegante. Debajo, la ciudad seguía atrapada en su costumbre de sirenas, tráfico y gente llegando tarde a algo.

Kael salió antes de que la compuerta terminara de abrirse. Llevaba la misma camisa del día anterior, arrugada en los hombros, y el cansancio de quien llevaba varias noches durmiendo por turnos con su propia cabeza.

Sus dedos, por inercia, tocaron la pulsera de cuero bajo la manga. Aún la llevaba. Luego, el colgante de la estrella bajo la camisa. Frío. El símbolo de la pregunta de Apsara.

Mientras caminaba hacia el ascensor revisó el móvil por tercera vez en menos de un minuto. Sin mensajes nuevos. Eso no lo tranquilizó.

Marcó el número de Luisa. No respondió. Colgó antes del tono final y llamó a Iván. Tampoco.

Se quedó mirando la pantalla negra unos segundos, como si pudiera obligarla a dar mejores noticias.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta del laboratorio, ya venía con la mandíbula apretada.

Al fondo, bajo la puerta entreabierta de Silas, temblaba una línea de luz azul.

Entró sin llamar.

El laboratorio respiraba en penumbra. El generador holográfico zumbaba con una constancia casi orgánica. Café frío, agrio, abandonado demasiado tiempo.

Los auriculares le ceñían la cabeza como una segunda piel. De ellos se filtrada un hilo de música, gastado por la repetición:

...Everything in its right place...

Las pantallas flotaban en suspensión, congeladas a medio pensamiento. Modelos de datos detenidos en el aire como insectos atrapados en ámbar. Vasos vacíos. Papeles en el suelo. Sillas desplazadas sin orden aparente.

El desorden habitual de Silas. Pero aquella mañana tenía otra textura. No era caos. Era búsqueda. Como si alguien hubiera estado aquí con una pregunta demasiado grande... y la hubiera encontrado.

Silas estaba de espaldas, quieto frente a la mesa central.

Kael lo observaba desde la puerta.

—Llevo dos minutos mirándote —dijo—. Y ya me duele la cabeza. ¿Qué le echas a ese café que yo no?

Silas tardó un instante en responder. Luego giró apenas la cabeza. La sonrisa le cruzó la cara como un fallo de luz.

—Tengo la respuesta a una pregunta que todavía no sabes que existe.

Kael entró sin prisa. Guardó el móvil en el bolsillo como quien apaga una amenaza.

—He venido porque dijiste que era urgente.

Pausa. Miró el laboratorio, como si evaluara una escena del crimen.

—Tienes cinco minutos.

Silas no respondió enseguida. Tenía una libreta abierta junto a la mano. Sobre la página, escrito varias veces, el mismo número:

0.0072973525693

Kael frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

Silas cerró la libreta de un golpe seco y se volvió. Tenía los ojos enrojecidos. No de llorar. De no haber parpadeado en horas.

—Una coincidencia que empieza a molestarme.

Kael iba a contestar cuando el móvil vibró en su bolsillo. Lo sacó al instante.

Iván.

Abrió el mensaje.

> Tu abuela se ha caído en casa. Luisa está con ella. Está asustada y dice que no deja de preguntarte.

El aire del laboratorio cambió de temperatura.

—Mierda.

Ya estaba girándose hacia la puerta cuando Silas dio un paso al frente.

—¿Qué ha pasado?

—Mi abuela. Se ha caído.

—¿Está herida?

—No lo sé.

Kael ya estaba escribiendo una respuesta con el pulgar tembloroso. No era solo la caída. Era la edad. Era la fragilidad súbita con la que la vida avisa. Era la culpa automática de no estar donde debía.

Silas lo observó unos segundos. Por primera vez en mucho tiempo, la obsesión retrocedió un paso dentro de él.

—Vete.

Kael alzó la vista, sorprendido.

—He cruzado media California para venir.

—Y volverás a cruzarla. Vete ahora.

Kael guardó el teléfono. Dudó. Miró la libreta cerrada. Luego las pantallas apagadas. Luego a Silas.

—Entonces, ¿para qué coño me llamaste?

Silas sostuvo su mirada sin parpadear. Demasiado quieto.

—He encontrado algo.

Silencio. Activó la pantalla. El holograma no era un cerebro. Era un mapa imposible: puntos de luz conectados como una constelación viva, pulsando con un ritmo casi biológico.

—Los sueños no son basura neuronal, Kael —dijo Silas—. Son puentes.

Kael dio un paso más cerca.

—¿Puentes? ¿Puentes a dónde?

Silas no respondió. Golpeó un botón en la mesa. El holograma cobró vida con un zumbido electrizante. Cuerdas luminosas danzaron en el aire. Vibraciones que parecían latir al ritmo de un corazón invisible. La espiral de luz colapsó en un punto brillante.

—Al pasado. Al futuro —dijo Silas, acercándose al holograma—. Depende de quién los mire.

Kael sintió un escalofrío. Las ecuaciones de la libreta cobraban vida, transformándose en un modelo de cerebro cuántico.

—Los sueños no son residuos —Silas alzó las manos, y el holograma se reconfiguró en un fractal infinito de conexiones—. Son el lenguaje de la conciencia. Y creo que acabamos de descifrar la contraseña.

El laboratorio crujió. Como si el espacio mismo protestara.

Kael vio su propio reflejo en el holograma. No era escepticismo lo que le tensaba la mandíbula. Era terror. Terror de que Silas pudiera estar en lo cierto. Por un instante, una palabra atravesó su mente como un relámpago mudo: Apsara.

—Si podemos leer sueños —continuó Silas, más bajo—, podríamos reescribirlos. Enviar mensajes a través del tiempo.

Cerró el puño alrededor del punto de luz.

—O personas enteras.

Kael no pudo evitarlo. Miró el puño cerrado de Silas. La frase quedó suspendida entre los dos.

En algún lugar del campus, una sirena cortó la distancia. Lejana. Intermitente.

—Tienes diez minutos —dijo Kael al fin.

Silas no se sentó. Empezó a caminar alrededor de la mesa central, como si el movimiento pudiera ordenar lo que llevaba horas desordenándole la cabeza.

—No sé explicarlo de forma limpia —dijo—. Así que escucha y luego me insultas.

Kael siguió de pie, con el móvil aún en la mano.

—Voy con prisa.

—Precisamente por eso.

Silas activó la superficie holográfica. No apareció ninguna gran simulación. Solo una línea horizontal suspendida en el aire. Una onda mínima, casi inmóvil.

—Esto eres tú durmiendo.

Kael arqueó una ceja.

—Qué romántico.

—Esto —Silas tocó la línea y surgió una segunda señal, irregular, apenas desplazada de la primera— no deberías ser tú.

Las dos curvas comenzaron a latir con un desfase imperceptible.

—¿Otro registro?

—No.

—¿Entonces?

Silas dudó. Ese gesto inquietó más a Kael que cualquier discurso.

—La misma firma. Distinto momento.

Kael soltó una risa seca.

—No tengo tiempo para acertijos.

—Yo tampoco lo tenía hace tres horas.

Silas amplió la imagen. Las ondas parecían casi idénticas. Cada cierto intervalo, sin embargo, coincidían de forma perfecta y emitían un destello blanco.

Kael dejó de sonreír.

—Mira eso.

—Veo dos gráficos.

—No. Ves una coincidencia imposible.

Kael guardó el móvil despacio. Silas señaló una libreta abierta y el número escrito en varias líneas.

0.0072973525693

Kael se pasó una mano por la cara.

—Silas, habla claro, por favor.

Silas respiró hondo. Por un instante pareció cansado, no brillante.

—Creo que algunas mentes, en ciertos estados, emiten algo parecido a una portadora. Una frecuencia base. Un hilo.

—¿Un hilo hacia dónde?

—Hacia otras mentes. Hacia otros tiempos.

Silas tocó la pantalla holográfica. La imagen se reconfiguró. Una frecuencia apareció: 7,83 Hz.

—Esto es el oído del tiempo, Kael. Si sintonizamos aquí...

—¿Qué?

Silas lo miró. Ya no había divulgación en sus ojos. Solo vértigo.

—Kael, podemos enviar información al pasado. Una pregunta. Un eco.

—¿O sea, que mi cerebro es una radio? —Kael preguntó, mientras sentía que el suelo se movía.

—No. No es una radio sin más.

Silas acercó su rostro al túnel de luz, sus facciones distorsionadas por el brillo.

—Es la única radio que puede sintonizar el ayer.

Hizo una pausa, dejando que el holograma entre ellos proyectara ondas concéntricas que se entrelazaban.

—Pero si eso es cierto... ¿quién lo recibe?

Silas tocó otro punto del holograma. Apareció un nombre: EEG DE KAEL. 05/12/2003. Compatibilidad: 98%.

—Este eres tú, Kael. La frecuencia única de cada cerebro es la llave. Sin ella, la información se perdería. Se convertiría en simple ruido.

Kael no dijo nada. Solo miró su propio patrón cerebral flotando en el aire.

—¿Cuándo lo descubriste? —preguntó al final.

—Días, horas.

Kael lo miró en silencio.

—Pero esto no significa nada.

—Lo sé. Por eso es tan irritante.

Silas volvió a tocar la mesa. Ahora una de las ondas se retrasó unas décimas y luego regresó.

—En los datos de tus sueños inducidos, cuando entras en theta profunda, cuando baja el ruido cortical... esto aparece.

—¿Esto qué?

—Tu señal. Pero no solo ahora.

Kael tardó un segundo en entenderlo.

—¿Insinúas que estoy registrando... versiones antiguas de mí?

—No antiguas. Adyacentes. Previas. Posteriores. No tengo vocabulario para esto.

—Entonces quizá no existe.

Silas sonrió sin humor.

—Esa esperanza duró veinte minutos.

Kael dio un paso hacia la mesa.

—¿Me has traído aquí para decirme que mis sueños hacen eco?

—Te he traído porque el patrón no salió en tus datos.

Pausa.

—Salió antes de que los cargara en la simulación.

El laboratorio quedó inmóvil. Kael sintió un pinchazo frío en la nuca.

—Repítelo.

—Lo hice. Busqué ruido de fondo. Señales residuales. Y encontré tu firma esperando.

—Eso es imposible.

—Sí.

—Manipulaste algo.

—Ojalá.

Kael miró la puerta. Luego el móvil. Luego a su amigo.

Silas habló más bajo.

—No sé si estamos oyendo el tiempo, Kael... o si el tiempo lleva rato oyéndonos a nosotros.

—Ahórrate la poesía.

—No es poesía. Pero es lo mejor que tengo.

El móvil vibró otra vez en el bolsillo de Kael. No lo sacó.

—Dame una razón para no irme ahora mismo.

Silas apagó el holograma. El laboratorio volvió a ser solo un laboratorio. El zumbido, el café frío, la canción.

Silas sostuvo su mirada y dijo la verdad más peligrosa de la mañana:

—El universo no es una máquina, Kael. Es una sinfonía. Y nosotros acabamos de encontrar la partitura.

Kael se pasó una mano por la cara.

—¿Y si la partitura está mal? ¿Y si lo que hemos encontrado no es una melodía, sino una advertencia?

Silas no respondió. Solo encendió la pantalla de nuevo. El holograma volvió a brillar. Sobre la mesa aparecieron tres líneas. Verde, ámbar, roja. Cada una vibraba a su ritmo.

—Tres frecuencias —dijo Silas, como si le costara pronunciarlas—. La primera es el ancla. El ahora. Sin esto, el puente no se sostiene.

Kael miró las líneas. No dijo nada.

—La segunda —Silas señaló la del medio, ámbar— es el destino. No un lugar. Un cuándo.

—¿Y la tercera?

Silas dudó.

—El dónde. La mente que recibe.

—¿La mente de quién?

Silas no contestó. Ajustó un parámetro. La línea roja empezó a latir más rápido.

—Eso es teoría —dijo Kael, impaciente—. Necesito algo real. Mi abuela...

—Por eso te llamé.

Silas no respondió. Cruzó la habitación, abrió un cajón y sacó una diadema neuronal antigua. Uno de los prototipos que Kael e Iván le habían dejado. Plástico mate, sensores gastados, cables reparados con cinta negra.

—Póntela.

—No estoy para juegos.

—Treinta segundos. Luego te vas.

Kael dudó. Miró el móvil. Sin mensajes nuevos. Apretó la mandíbula.

—Manipulador de mierda.

—Científico desesperado.

Se la arrancó de la mano y se la colocó mal. Silas la ajustó con un gesto rápido.

—Relájate y no te muevas.

Las luces del laboratorio descendieron. Penumbra azul. Sobre la mesa apareció un círculo blanco. Vacío. Puro.

—¿Y esto? —gruñó Kael.

—Si sale algo, no lo he creado yo.

Silas pulsó una tecla.

Durante unos segundos, nada. Luego el círculo vibró. Una interferencia. Una línea. Otra. Kael sintió un frío que no venía del aire.

El círculo se transformó. Madera oscura. Cristal rayado. Arena cayendo. Un reloj antiguo.

Kael contuvo el aliento. No estaba allí. No era un recuerdo. Era una ventana.

Giró sobre sí mismo. En la base, grabadas casi borradas por el tiempo, dos iniciales: R. C.

Kael dejó de respirar.

—Eso no tiene gracia —susurró.

—No estoy proyectando imágenes almacenadas.

El reloj se agrietó en silencio. Por un instante, apenas un parpadeo, la imagen cambió. Un rostro. Una anciana mirando directamente a Kael. No era nítida. Era peor. Era suficiente.

El móvil de Kael vibró en su bolsillo.

Luisa.

Arrancó la diadema de un tirón. Los cables colgaron. La imagen se desvaneció.

—¿Cómo coño sabes eso? —su voz salió rota.

—¿Saber qué?

—Mi abuelo tenía un reloj igual. Y esa mujer...

No terminó la frase. El móvil vibraba. No dejaba de vibrar.

Silas no apartaba los ojos de la pantalla.

—Nunca te hablé de ese reloj —dijo Kael, la voz hecha un hilo.

No era un sueño. Era una imagen. Pero una imagen que nadie debería poder ver.

—No —Silas respondió con calma serena.

—Nunca estuvo escaneado. Nunca en redes sociales. Nunca en ningún archivo.

—Lo sé. —Silas asintió.

Kael miró la diadema en su mano como si acabara de arrancarse un animal vivo.

—No he ido a ninguna parte —dijo Kael, la voz ronca, temblorosa—. Pero lo he visto.

El móvil dejó de vibrar. Un segundo de silencio. Volvió a empezar.

Contestó sin apartar la vista de la mesa vacía.

—¿Sí?

Solo escuchó llanto al otro lado.

Entonces echó a correr.

La puerta se cerró tras él.

Silas se quedó solo con el holograma, la frecuencia, la constante que ningún ojo humano debería haber visto.

Kael salió del laboratorio con el teléfono pegado al oído, golpeando la puerta contra la pared al abrirla.

—¡Luisa!

No esperaba respuesta inmediata. Solo respiración rota, sollozos contenidos, voces cruzadas al fondo. Corrió por el pasillo.

—¡Luisa, háblame!

La oyó al fin, lejana, quebrada.

—Tu abuela, ha tenido un accidente... ven... ven ya.

La llamada se cortó.

Kael siguió corriendo. El ascensor tardaba demasiado. Golpeó el botón una vez, dos, tres. Miró el móvil. Sin cobertura momentánea. Lo maldijo en voz alta.

Detrás de él, la puerta del laboratorio se abrió. La luz azul derramándose sobre el pasillo como agua tóxica. Silas apareció en el umbral.

No intentó detenerlo. No dijo perdón. No dijo nada durante unos segundos.

—Kael.

Las puertas del ascensor se abrieron. Kael entró sin mirarlo.

—¡Kael!

Esta vez sí alzó la vista.

Silas permanecía inmóvil al final del pasillo, pequeño entre sombras y monitores.

Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse. Silas corrió hacia el ascensor y metió la mano. Las frenó un instante.

—Te recuerdo nuestro pacto. No puedes contar nada de lo que has visto.

La rabia endureció la cara de Kael.

—Mi abuela puede estar muriéndose... y eso es lo primero que se te ocurre.

Silas encajó el golpe sin moverse.

—Precisamente por ella.

Kael soltó la puerta.

El ascensor descendió.

Mientras bajaba, vio cómo el rostro de Silas desaparecía piso a piso, fragmentado por las líneas metálicas de la cabina.

Planta ocho. Planta seis. Planta cuatro.

En la planta tres, el móvil vibró de nuevo. Mensaje de Iván:

> Date prisa.

Kael salió antes de que las puertas terminaran de abrirse. Atravesó el vestíbulo a la carrera, empujó a un estudiante que no se apartó a tiempo y subió a la azotea por la escalera de emergencia, saltando peldaños de dos en dos.

El aire frío le cortó la cara al llegar arriba.

El aerotaxi ya lo esperaba con motores encendidos.

Entró sin cerrar bien la puerta.

—San Gerónimo. Ahora.

La nave se elevó con violencia suave. Los edificios de Pasadena empezaron a encogerse bajo él. El campus se volvió maqueta. Las avenidas, venas iluminadas.

Kael miró una última vez hacia la torre del laboratorio. En una ventana alta distinguió la silueta inmóvil de Silas. Detrás de él, una luz blanca parpadeó tres veces. Rítmica. Exacta. Como un pulso.

Kael apartó la mirada y se llevó una mano a la boca. No sabía qué le aterraba más: que Silas hubiera mentido, o que hubiera dicho la verdad.

Silas se quedó solo, mirando el holograma vacío. La frecuencia 0.0072973525693 seguía luciendo en la pantalla. Como un ojo que no parpadea.

Apagó la consola y el zumbido del generador murió. El laboratorio volvió a ser un laboratorio. Frío. Silencioso. Vacío.

Miró la Stratocaster apoyada contra la pared. Allí donde siempre. Nunca la había guardado. Nunca la había tocado.

Se acercó. Rozó las cuerdas con la yema de los dedos. Un sonido apagado, sucio.

—Todavía no —susurró.

Apagó la luz.

CAP. XIII – LA LLAVE DEL PASADO
(BREATHE ME)



«Los objetos son las llaves de puertas que ya no existen.»

—PAUL AUSTER

[Navidades de 2031 · Pasadena]

La casa de San Gerónimo apareció entre los árboles poco antes del atardecer. El aerotaxi descendió levantando polvo seco sobre el camino de grava.

Kael salió antes de que el motor terminara de apagarse. La pulsera de cuero le rozó la muñeca. No la sintió. No en ese momento.

La puerta principal estaba abierta.

Y eso ya estaba mal.

Subió los escalones del porche de dos en dos.

—¡Luisa!

La encontró fuera, arrodillada junto a Apsara. Tenía las manos manchadas de harina seca y tierra. El pelo pegado a la frente por el sudor. El móvil aún temblándole entre los dedos.

Apsara estaba cubierta con una manta vieja. Respiraba. Pero desorientada. Los ojos abiertos demasiado grandes.

Al pie de los escalones, una docena de huevos rotos brillaban bajo la luz del porche como pequeños órganos derramados.

Kael sintió cómo algo dentro de él se hundía despacio.

—¿Qué ha pasado?

Luisa levantó la vista hacia él. Aguantó dos segundos antes de romperse.

—Yo solo iba a tardar veinte minutos...

La voz se le quebró.

—Tenía que renovar el permiso de residencia. Dijeron que había un problema biométrico. Me hicieron esperar. Luego otro control. Yo les dije que ella estaba sola, que necesitaba volver, pero...

Se llevó una mano a la boca.

—Cuando llegué ya estaba aquí.

Kael se arrodilló junto a su abuela.

—Abuela.

Apsara tardó un momento en enfocarlo. Luego sonrió apenas.

—Has venido rápido.

La voz le salió pequeña. Frágil. Como papel mojado.

Kael le tocó la frente con cuidado. Sus dedos, por inercia, tocaron el colgante de la estrella bajo la camisa. Frío. El símbolo de la pregunta de Apsara. Lo apretó un momento.

—¿Te duele algo?

—Solo el orgullo.

Intentó incorporarse. No pudo.

Entonces Kael vio el cuenco sobre la mesa del porche. Harina. Azúcar. Un viejo batidor metálico. El horno encendido dentro de la casa. Y los huevos rotos en el suelo.

Todo aquello por un bizcocho.

Sintió una punzada extraña en el pecho. Algo peor que miedo. Algo parecido a la culpa.

—¿Por qué has salido sola?

Apsara frunció el ceño, confundida por la pregunta.

—Porque las gallinas no iban a traerme los huevos ellas solas.

Luisa soltó una risa rota entre lágrimas.

Kael bajó la cabeza un instante. El viento movía despacio las cortinas de la cocina. Dentro, la radio seguía encendida a volumen bajo. Una canción antigua sonaba entre interferencias.

Apsara volvió a mirar a Kael.

—No pongas esa cara, niño.

Él tragó saliva.

—Casi me matas del susto.

—Todavía no me he muerto. No les des ese gusto.

Ahí estaba otra vez. La vieja dureza. Astillada, pero viva.

A lo lejos empezó a escucharse una ambulancia acercándose por la carretera secundaria.

Luisa se secó las lágrimas con rabia.

—Lo siento... yo...

Kael negó con la cabeza sin apartar la vista de Apsara.

—No.

Pausa.

—La culpa no es tuya.

Y mientras lo decía comprendió algo mucho peor: en aquel mundo ya nadie llegaba tarde por accidente.

El aerotaxi despegó sin pasajeros.

La ambulancia se llevó a Apsara poco después del ocaso. No hubo sirenas. Solo luces girando en silencio sobre los árboles de San Gerónimo, como si incluso la urgencia hubiera aprendido a no molestar demasiado.

Luisa no dejó de pedir perdón en todo el trayecto. Kael dejó de intentar detenerla después del tercer "lo siento".

Cuando llegaron al Hospital de San Diego ya era de noche.

Dos hombres armados inspeccionaban ambulancias bajo luces blancas como carniceros revisando ganado. Uno de ellos pidió la documentación de Luisa antes incluso de mirar a la anciana. El otro ni siquiera levantó la vista.

Entonces las puertas automáticas se abrieron.

Y el hospital se tragó a Apsara entera.

[Diciembre de 2031 · Hospital de San Diego]

Una ambulancia cruzó la avenida como un disparo sin blanco.

El sol acababa de despuntar sobre el Hospital de San Diego. La seguridad había sido tercerizada. Ya no eran policías. Hombres armados con insignias sin historia vigilaban urgencias como si el hospital fuera un frente. Apuntaban a los migrantes con la misma mirada con la que se apunta a una plaga.

Kael entró de turno. Sin heroísmo. Sin margen. Solo sueño.

Dentro, el hospital estaba al borde del colapso. Todo blanco. Demasiado blanco. Y aun así roto. Las luces parpadeaban. Las salas de trauma funcionaban al doble de capacidad desde el tsunami. El este seguía enviando cuerpos: niños salados hasta la médula. Ancianos sin documentación. Familias enteras que habían perdido casa, barrio y nombre.

Kael caminó por el pasillo entre camas alineadas como tumbas sin lápida. Plástico caliente. Bactericida. Metal. El hospital olía así. Sin poesía. Sin consuelo.

En una camilla, un niño respiraba con esfuerzo. No debería estar allí. No en la unidad de psiquiatría. No con ese silencio. El cráneo vendado. La frente amoratada. Un hematoma oscuro que le cerraba

el ojo izquierdo. Lo habían traído desde la costa este.. Sin nombre, solo un código: NQ-41-BETA. Sin respuesta a los sedantes. Kael pasó de largo. No podía con todo.

Entró en la sala de observación. En la pantalla, tres cerebros proyectados en tiempo real. Uno de ellos parpadeaba con una frecuencia irregular. Una actividad mínima. Un eco débil que no debería estar allí. Algo encendido en el fondo del apagón.

Kael lo miró fijamente. No era muerte cerebral. Tampoco era sueño. Era otra cosa.

—Hay actividad —murmuró para sí—. Pero no hay respuesta.

Silencio.

—Mantened la sedación —dijo al fin.

Cuatro horas después, el niño de la cama tres seguía vivo. De momento. Kael no sabía si aquello contaba como victoria. Tampoco supo decir cuál de las dos cosas le inquietaba más.

Pulsó el botón de la octava planta. Neurología.

Alguien lo esperaba allí.

Las puertas se abrieron con un suspiro. La sala era amplia, blanca, silenciosa. Demasiado silenciosa. Un único paciente.

—Buenos días, Iván —saludó Kael, con la voz áspera de una vigilia demasiado larga.

—Todo listo, Kael —respondió Iván sin girarse, ajustando algo al otro lado del cristal.

Kael se acercó a Quint. Un pescador con la mente hecha astillas. Había perdido a su familia en el desastre. Le colocó el casco con cuidado, como si temiera despertarlo de un sueño necesario.

—Respira —susurró.

Más para sí mismo que para el otro.

A pocos metros, Iván calibraba el generador de frecuencias. El osciloscopio temblaba en pantalla como un pez atrapado.

Sobre una mesa lateral, una radio encendida escupía estática. La voz del locutor atravesó el siseo, rota y firme a la vez.

"...mientras las corporaciones compran hospitales y levantan retenes, seguimos fingiendo que esto es una república..."

Iván sonrió sin dejar de trabajar.

—Este tipo está loco. Pero sabe dónde golpear.

Kael no respondió. Se volvió hacia el ventanal. Drones en el cielo. Luces rojas barriendo tejados. Una patrulla sin distintivos tragándose un callejón entero.

La radio continuó.

"...lo llaman orden. Curioso. Siempre huele igual que el miedo..."

Kael miró a Quint. Los dedos del pescador temblaron una vez y volvieron a quedarse quietos.

"...y si aún me escuchas, no te dejes extraer la voluntad ni con implantes ni con promesas de olvido. Recordar es resistir..."

La mano de Kael vaciló un instante sobre el panel. Iván alzó la vista.

—¿Tú crees que alguien lo escucha de verdad?

Kael observó las gráficas del EEG subir y bajar como mareas sin luna.

—Siempre hay alguien escuchando.

La voz regresó una última vez, más sucia, casi enterrada por la interferencia.

"...aún hay tiempo. Pero este tiempo no será eterno..."

Después, un chasquido. Solo ruido blanco.

Iván golpeó la carcasa de la radio.

—Eso sí ha sido raro.

—No —dijo Kael, sin apartar la vista del monitor—. Lo raro era que siguiera emitiendo.

La luz del techo parpadeó una vez. Quint yacía inmóvil con los párpados abiertos.

Kael revisó por última vez la interfaz neuronal. Auriculares. Máscara nasal. La pantalla frontal proyectando imágenes: olas, cielo, una silueta inmóvil en la arena. Como si esperara algo que ya se había ahogado. El mismo mar que le había arrancado todo.

Kael se dirigió hacia el paciente. Su voz tranquila y serena.

—Hoy vamos a hacer algo distinto, Quint. No te asustes.

El pescador no respondió. Nunca lo hacía. Pero sus dedos temblaban. Un micro temblor, como una señal morse codificada en la piel.

Kael activó el nuevo protocolo. No era droga ni descarga eléctrica. Era un patrón sonoro. Un mantra entregado años atrás por Dorje, su antiguo mentor.

Las frecuencias comenzaron a entrar.

En la pantalla, el cerebro de Quint respondió. Zonas enteras descendieron de actividad. Otras despertaron. El trauma se movía como una bestia herida.

Alguien cambió de emisora. O la radio saltó sola. Una voz frágil emergió, un piano desnudo:

...Help, I have done it again...

La imagen del mar cambió. Una mujer de espaldas en la orilla. Una niña corriendo hacia ella.

Quint gimió. Después se quedó quieto.

Kael se inclinó hacia Quint.

—¿La reconoces?

Nada. Solo un parpadeo.

Kael dudó. Se acercó aún más.

—Quint... si pudieras borrar aquel amanecer... ¿lo harías?

Los ojos del pescador se abrieron. Por primera vez en semanas miró a alguien. A Kael. Y en aquella mirada había algo peor que dolor.

Consentimiento.

Iván soltó un resoplido incrédulo al ver las pantallas.

—Mira esto. El núcleo traumático se ha desplomado.

Kael observó el gráfico. Donde antes había tormenta, ahora había silencio. Pero no completo. Una oscilación mínima persistía al fondo.

—¿Qué es eso?

Iván amplió la señal.

—No debería estar ahí.

—¿Ruido? —preguntó Kael.

Iván dudó.

—Eso es lo raro. Parece un residuo. Pero no debería estar ahí.

Hizo una pausa.

—O recuerdos cambiando de forma.

Kael no apartó la vista. Solo recordó a su abuela. Los recuerdos no son archivos, le decía entre lágrimas y risas: "Son como galletas... se deshacen, pero el sabor queda."

—Estamos tocando algo que no entendemos.

Iván asintió.

—Lo sé.

Hizo una pausa. Los ojos maravillados en la imagen proyectada.

—Pero suena hermoso.

¿Alivio o amputación? ¿Redención o silencio? Kael no lo sabía. Solo veía ese hueco limpio en la pantalla, y sentía que algo esencial había sido arrancado.

Kael miró otra vez a Quint. El rostro del pescador estaba en paz.

Eso fue lo que más miedo le dio.

Salió de la sala sin hacer ruido.

En el pasillo, la luz parpadeó dos veces. Como si el edificio también necesitara un diagnóstico.

Kael se detuvo un momento. La espalda apoyada en la pared. Respiró hondo. El cansancio le subía por las piernas como arena mojada. Pensó en la abuela. En las galletas. En el sabor que queda cuando todo lo demás se deshace.

Luego siguió caminando.

Horas después, en el laboratorio, Iván estaba soldando con una concentración de monje benedictino. Las gafas de aumento le daban aspecto de insecto cibernético.

En la radio de fondo sonaba Die Roboter de Kraftwerk. Otra vez.

Al otro lado del laboratorio, Kael seguía mirando la misma señal residual en la pantalla. Su propio reflejo se diluía en el cristal apagado del osciloscopio, cuando el sonido de unos tacones llegó desde el pasillo.

Secos. Exactos.

Iván alzó la cabeza.

—Llegan problemas con mucho estilo —murmuró.

La puerta se abrió. Isolde Rainer entró sin pedir permiso.

Traje impecable. Cabello rojo recogido. Una tablet bajo el brazo. La clase de mujer que parecía traer malas noticias como si fueran regalos. En las manos, unos guantes finos de cuero negro. Aún no se los había quitado. La armadura puesta.

Kael no se levantó.

Iván parpadeó tras las gafas de aumento. No dijo nada. Pero sus ojos hicieron un viaje rápido: de ella al dispositivo, del dispositivo a Kael, de Kael a ella otra vez.

Isolde recorrió el laboratorio con una mirada limpia y breve. Vio el casco. Vio los cables. Vio demasiado. No preguntó qué era. Fingió no verlo. Pero Kael notó cómo su mirada se demoró medio segundo de más. Y supo que ella sabía.

—Doctor De la Cruz —dijo. Su voz era baja, limpia. No necesitaba volumen—. Necesito hablar con usted. A solas.

No era una petición.

Iván soltó el soldador con un gesto que quiso ser casual y fue todo lo contrario. Se quitó las gafas y miró a Kael. Luego a Isolde. Luego otra vez a Kael.

—Chicos, necesito más café —dijo, con una naturalidad tan forzada que dolía—. El de la máquina está... bueno, ya sabéis.

Rozó el hombro de Kael al pasar. Estoy aquí.

La puerta se cerró.

Isolde esperó tres latidos de silencio. Luego, sin pedir permiso, caminó hacia la mesa de Kael. Apoyó las manos sobre la superficie. No se sentó. Solo le miró a los ojos.

Él seguía en su silla, sin levantarse.

—No voy a entretenerla —dijo Kael, rompiendo el silencio—. Si tiene algo que decir, dígalo.

Isolde inclinó la cabeza. Un milímetro. Nada más.

—El martes estaremos en Berlín. Clínica Euler-Kant. Sede central de NeuroPharm.

Kael parpadeó extrañado.

—¿Para qué?

—Se lo explicarán allí.

—No viajo sin saber el motivo.

—No es una invitación.

Kael sostuvo la mirada.

—Entonces llámelo por su nombre. ¿Es una orden?

—Es una oferta.

Kael la miró a los ojos. Los grises cambiantes. Acero en ese momento.

—Las ofertas se pueden rechazar.

Isolde sostuvo la mirada. No parpadeó.

—Claro que sí.

Hizo una pausa. Su voz se volvió más suave, casi amable. Eso lo puso más nervioso que cualquier amenaza.

—Pero si no está en Berlín el martes, la financiación de su laboratorio se reconsiderará. Y no soy yo quien toma esa decisión.

El silencio cayó entre ambos. Kael miró la mesa de Iván. Los cables rehechos. El café frío. Todo lo construido con precariedad y fe.

—Me está chantajeando.

—Estoy informándole de las consecuencias. Hay una diferencia.

El silencio se instaló. Kael pensó en su abuela. En las noches sin dormir. En todo lo que aún no habían conseguido.

—¿Y si voy? —preguntó—. ¿Qué garantías tengo?

—Ninguna.

Isolde pronunció la palabra con una honestidad tan fría que casi dolía.

—Pero si no va, la garantía es que esto se acaba.

Kael cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, ella seguía mirándolo.

Y entonces, en un gesto mínimo, casi imperceptible, vio algo en su rostro que no esperaba: una rendija diminuta en su armadura.

Isolde respiró, un suspiro contenido.

—¿Cómo está la doctora Apsara?

Kael se quedó helado.

—¿Qué?

—Sé que dejó el hospital y se trasladó de nuevo a San Gerónimo. Sólo quería preguntar.

Su voz tembló apenas al pronunciar el nombre. Kael la miró largo rato. No supo qué buscar en sus ojos. No supo si lo que veía era estrategia o algo más.

—Está bien —respondió, con una sequedad que no sintió—. Pero no mezcle a mi abuela en esto.

—No la estoy mezclando.

Isolde dio un paso hacia él. No era una invasión. Era una oferta.

—Solo quería saber. Porque sé lo que es cuidar a alguien que ya no puede cuidarse solo.

Kael sostuvo su mirada. En el cristal del osciloscopio, su reflejo y el de ella se solapaban como dos fantasmas que no terminaban de rozarse.

—¿Por qué ahora?

Isolde tardó un segundo más de la cuenta. Una grieta mínima.

—¿Porque eres útil?

No mentía. Kael lo supo. Ella también supo que él lo había sabido.

El silencio volvió. Más denso. La armadura regresó al rostro.

—Su vuelo sale mañana a las nueve. Yo viajo hoy. Le esperaré allí.

Se giró hacia la puerta.

Antes de salir, habló sin mirarlo.

—El tiempo vuela, doctor. Y no es eterno.

La puerta se cerró.

El laboratorio volvió a su normalidad precaria. La radio seguía sonando, pero ya no oía la música.

Pasó un minuto. Quizá dos, y la puerta se abrió de nuevo.

Iván entró con dos tazas de café. Las dejó sobre la mesa. Una frente a Kael. Otra para él. No dijo nada. Se sentó.

Kael cogió la taza. No bebió. Solo la sostuvo.

—Me quieren ver en Berlín. Mañana —dijo al fin, sin mirar a Iván.

—¿Berlín?

Kael asintió.

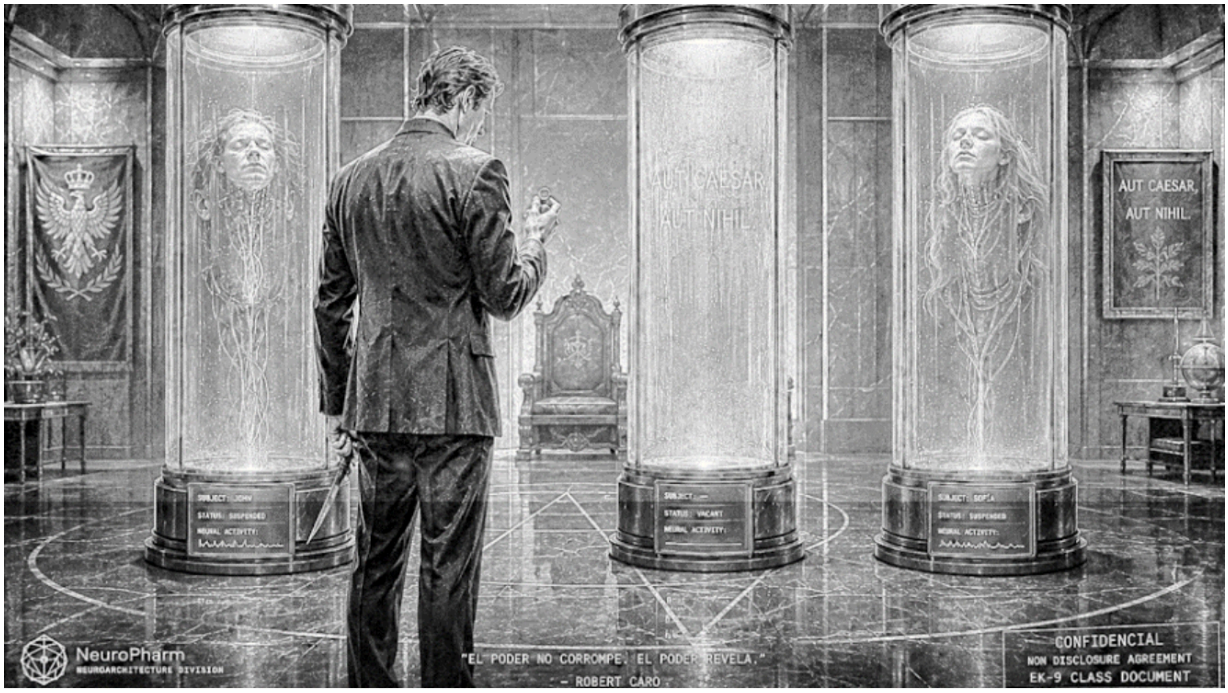
Iván resopló. Bebió un sorbo de su taza. Hizo una mueca.

—Perfecto —dijo, como quien prueba una palabra nueva—. Como si no tuviéramos suficientes problemas aquí.

Kael no sonrió. Bebió de la taza. El café estaba frío.

—Pues ahora tenemos uno más.

CAP. XIV – AUT CAESAR, AUT NIHIL (EVERYBODY WANTS TO RULE THE WORLD)



«El poder no corrompe. El poder revela. Cuando alguien tiene el poder suficiente para hacer lo que quiere, descubres lo que realmente siempre quiso.»

—ROBERT CARO, THE YEARS OF LYNDON JOHNSON.

Cruzó una puerta lateral sin cambiar el ritmo de la respiración. Tres plantas más abajo en el mismo edificio, el laboratorio olía a nada. Como debía ser.

Las puertas se abrieron solas. Arlen Thorne entró sin anunciarse.

Los técnicos levantaron la vista un segundo, justo el necesario para confirmar que era él, y volvieron a sus pantallas.

Nadie saludó. Nadie dijo nada.

El protocolo era claro: cuando Thorne estaba en la sala, el ruido sobraba.

En el centro de la sala, el sujeto.

Ojos abiertos. Parpadeo ausente. Conciencia fragmentándose en gráficos que se desplegaban en tiempo real sobre seis pantallas holográficas.

Un hombre de unos cuarenta años. Exsoldado. Voluntario.

No sabía que lo era, pero lo era.

Arlen se acercó. No caminaba. Ocurría en el espacio.

—Ruido —dijo.

No era una pregunta. Era un diagnóstico.

Un técnico más joven, quizá el nuevo, tragó saliva.

—Señor Thorne, el patrón es estable, pero hay una interferencia en el lóbulo.

Arlen levantó un dedo. No para callar. Para corregir.

—Una variable que no comprendéis.

El técnico asintió. Aliviado. Como si haber sido corregido fuera mejor que haber sido ignorado.

Arlen observó al sujeto. No como a un hombre.

Como una ecuación mal resuelta.

—Preguntaremos cuánto vale su dolor.

El tantō apareció en su mano.

Negro absoluto.

Sin reflejo.

No lo vio venir. Nadie lo vio.

Pero de repente, el filo estaba allí, apoyado en la yema de su pulgar, dibujando una línea de sangre que tardó en caer.

El grito no rompió el aire. Lo rasgó.

Las pantallas estallaron en datos.

Líneas que se disparaban, picos que no deberían existir, frecuencias que los manuales no nombraban.

Y entonces, un patrón. No estaba antes.

O sí. Pero nadie lo había visto.

Arlen se detuvo. Muy despacio.

Las gráficas temblaban. Como si algo, desde dentro del sujeto, respondiera.

No al dolor. A la presencia de Arlen.

Las pantallas se estabilizaron.

Patrón fijo.

Perfecto. Demasiado perfecto.

Arlen entrecerró los ojos. Un segundo antes, la forma había sido distinta. Lo sabía. Lo sentía.

—Repítelo.

El sistema obedeció. Mismo estímulo. Mismo proceso. Mismo corte, misma profundidad, mismo ángulo.

Resultado distinto.

Silencio.

No era un error. Era peor.

Arlen miró al sujeto. El hombre ya no gritaba. No podía. Pero sus ojos... sus ojos habían cambiado. Ya no miraban nada de esta habitación.

Por un instante, Arlen vio. No una forma. No un dato.

Una posibilidad.

La misma que en el sueño. La misma que llevaba años filtrándose en los bordes de su percepción.

Desapareció.

El patrón en las pantallas se normalizó. El sujeto volvió a ser una ecuación simple. Manejable.

Pero Arlen ya lo sabía.

Sonrió.

No era control. Era hambre.

—Interesante.

Se guardó el tantō. Salió sin mirar atrás.

Nadie dijo nada. Nadie respiró hasta que la puerta se cerró.

En las pantallas, en el historial no borrado, un latido fantasma seguía marcando una frecuencia que ningún sensor debería haber registrado.

Nadie lo vio.

O sí.

Días después, en los Alpes austríacos, la noche ha borrado la luna y las estrellas. La oscuridad es tan espesa que Arlen podría tallarla con el tantō que aún siente enfundado.

No puede dormir. No es el eco del laboratorio. Es otra cosa. Una vibración baja, constante. La resaca de un sueño que no termina de apagarse.

El trono. La bandera. La medalla que ningún país le otorgó.

Y algo más. Una sensación que no encaja.

Se levanta. No enciende luces. No las necesita.

Sus pies descalzos sobre el mármol frío. La mansión es una obra de precisión suiza. Todo en su sitio. Todo bajo control.

Excepto él.

Camina. Sin prisa. Sin rumbo aparente. Pero sus pasos ya conocen el camino. Siempre terminan aquí.

La cripta.

No lo llama así. Nadie lo hace. Pero es lo que es. Una sala sin ventanas. Temperatura constante. Luz tenue. Demasiado tenue. Late con una cadencia casi orgánica. Como si el aire respirara solo.

En el centro de la sala, tres columnas de cristal negro. Se alzan como un trío de centinelas mudos. Llenas de una solución neuroquímica traslúcida que brilla con un leve fulgor bioluminiscente.

Dos de ellas contienen cabezas humanas suspendidas en el líquido. Cabello rubio ceniza. Piel cerúlea, de un azul que ya no pertenece a este mundo. Los ojos cerrados.

No muertos. No vivos.

Conservados.

Una actividad mínima persiste en sus córtex.

Descargas residuales. Patrones fragmentados.

Suficiente para responder. No suficiente para olvidar.

La tercera columna está vacía.

Solo líquido. Solo espera.

Frente a las tres columnas aguardaba el sillón.

Madera oscura. Brazos anchos. Cuero tensado por restauraciones sucesivas.

Había pertenecido a Tomás de Torquemada. No quedaba constancia oficial. A Arlen nunca le interesó la oficialidad.

Le bastaba la certeza.

Las tres columnas y el sillón formaban un triángulo exacto. Nada en aquella sala estaba dejado al azar.

Arlen se acercó sin prisa.

El tantō de obsidiana golpeó apenas su muslo al caminar.

Se volvió un instante hacia los rostros suspendidos.

La voz de John, su antiguo aliado, distorsionada por el dolor digital, llena como murmullo la sala.

—... No fue mi intención traicionarte...

Luego, el eco de Sofía, su amante, riendo entre lágrimas.

—... ¿Crees que esto me asusta?...

Arlen no los mató. Eso habría sido piedad.

Los conservó.

Arlen toma asiento. No descansa. Preside.

No mira a las cabezas ya atrapadas. Mira la columna vacía.

Aquí pondrá su cerebro.

Y la columna, como si hubiera escuchado, parpadea con un tenue reflejo interno sobre su cristal negro.

Silencio.

Largo.

El anillo gira entre sus dedos. Una órbita cerrada. Sin escape.

Finalmente pregunta.

—¿Seguís ahí?

La iluminación de las columnas vibra ahora con un pulso tenue. Los sistemas de síntesis vocal despiertan arrastrando algo más que código.

—Sigues pensando en ella. En el robo. En Eidolon. —dice Sofía.

Arlen no responde. Gira el anillo.

—Elena no olvida. Y yo tampoco.

—Lo sabemos —dice Sofía.

La voz es suya. O lo fue.

Ahora es una aproximación construida con restos.

—No nos dejas irnos.

Arlen no responde.

—Anoche tuve un sueño.

Una pausa.

—Todos los tenemos —dice John—. No eres especial.

Más plano. Más lento. Como si cada palabra tuviera peso.

—Este era diferente.

—Siempre lo dices.

Arlen entrecierra los ojos. Pero no rebate. Esta vez no.

Está escuchando. Y eso es nuevo.

—Cuéntanoslo —dice Sofía—. Tanto si quieres como si no, acabarás haciéndolo. Siempre vuelves aquí.

Otra pausa. Arlen mira sus manos.

—Había un trono. No era de este mundo. Detrás... una bandera. Y en mi pecho... una medalla.

Silencio.

—Suena a sueño —dice John. Sin ironía. Solo cansancio—. No a realidad.

La mirada de Arlen atraviesa la columna de la cabeza de John.

—No era gloria.

Se detiene un instante. Como si la siguiente palabra le costara más de lo esperado.

—Era... pertenencia.

El término queda suspendido en el aire.

Arlen la dice como si le supiera a veneno.

—Como si ya hubiera estado allí.

Sofía no responde de inmediato.

—¿Y eso te asusta... o te tienta?

Arlen no contesta.

—Me irrita. Es un dato que no encaja.

El anillo gira en su dedo.

—Hay cosas que no encajan porque no están hechas para encajar —dice Sofía.

—Eso es lo que diría alguien que dejó de existir.

—O alguien que ya no existe y está cansada de hacerle compañía al hombre más solo del mundo.

Arlen se levanta. Camina hacia la columna vacía. Apoya la palma de su mano en el cristal frío. El contacto deja un rastro de vaho.

—No sé cuánto pesa un imperio —dice—. Pero lo descubriré.

—¿Y si no existe? —pregunta John.

Arlen no duda. Se gira hacia John.

—Entonces lo crearé.

Sofía deja escapar algo que podría ser un suspiro lleno de hastío. Los sintetizadores no captan bien la diferencia.

—Siempre dices lo mismo. Pero sigues viniendo aquí. Sigues preguntando a los muertos.

Arlen retira la mano. Mira la marca húmeda en el cristal. No la limpia.

Se da la vuelta. Camina hacia la puerta.

—Has soñado con un imperio que no existe —dice John, muy bajo—. Nosotros soñamos con morir y olvidar. Tú sueñas con imperios que no existen. Dime quién está más cerca.

Arlen se detiene. Su mirada en el suelo.

Un segundo. Dos.

Entonces responde.

—Todos quieren gobernar el mundo.

No sabía si lo había pensado él o lo había susurrado Sofía.

Sale de la habitación.

La puerta se cierra tras él.

Silencio.

Las luces de las columnas parpadean y se atenúan. El aire no cambia.

Nada debería cambiar.

Y, sin embargo, en el cristal empañado por la palma de Arlen, una línea aparece.

No de golpe.

Se traza. Lenta. Precisa.

No hay dedo. No hay mano.

Una única línea.

La superficie cede como si algo invisible presionara desde un lugar que no existe.

No hay vacilación en el trazo.

No es duda. Es intención.

Cuatro palabras toman forma.

Aut Caesar, aut nihil.

CAP. XV – LA CLÍNICA EULER-KANT (LET'S HAVE ANOTHER CUP OF COFFEE)



«La ciencia, bajo su promesa de verdad, se revela como otra máscara de la voluntad de poder: no nos da 'la verdad en sí', sino herramientas para dominar la existencia.»

—FRIEDRICH NIETZSCHE (LA GAYA CIENCIA- 1882)

El mundo no terminó con el tsunami. Simplemente cambió de dueño. Las costas arrasadas quedaron convertidas en cementerios de sal y hormigón.

Los gobiernos, torpes y corroídos, apenas pudieron responder al colapso. Bastó un año para que las megacorporaciones ocuparan el vacío: ayuda humanitaria a cambio de poder absoluto, reconstrucción a cambio de soberanía.

Ciudades enteras renacieron bajo su sombra. Y quienes lo habían perdido todo quedaron atrapados en una economía diseñada para no dejarlos marchar.

Kael apretó la mandíbula.

Llevaba un año sin pisar Europa. Él no había venido a reconstruir nada. Había venido a curar. O al menos, esa era la mentira que se repetía cada mañana.

Sus dedos, antes de bajar del aerotaxi, tocaron el colgante de la estrella bajo la camisa. Frío. El símbolo de la pregunta de Apsara. Luego la pulsera de cuero en la muñeca. Todo en su sitio.

Tras consultar las coordenadas en su móvil, se dirigió a la salida de la terminal.

Allí, entre el ir y venir de viajeros, un androide de frío aluminio aguardaba junto a un vehículo, su silueta estática destacando contra el bullicio. Su piel metálica imitaba el mármol pulido; sus ojos eran dos lentes negras que absorbían la luz sin devolver nada. Los sensores giraron hacia él con un zumbido casi imperceptible. La cabeza del androide se inclinó exactamente 15 grados, un ángulo extraído de un manual de soft skills para inteligencias artificiales.

—Doctor De la Cruz, bienvenido a Berlín —dijo con una voz neutra, calibrada para sonar cordial sin rozar la emoción—. Soy TX-7. Su conductor para el traslado a la clínica Euler-Kant. La temperatura interior está ajustada a 21°C y el sistema de privacidad está activado.

Abrió la puerta. El brazo era una obra de ingeniería fluidodinámica, pero el mecanismo de la cerradura del vehículo crujió con un sonido

a mandíbula desencajada. Por dentro no son tan perfectos, pensó Kael al deslizarse en el asiento.

TX-7 cerró la puerta. El sonido fue seco, definitivo: una nota sin alma en la sinfonía de la eficiencia.

En cuanto Kael apoyó la espalda en el asiento de cuero sintético, la cabina emitió un zumbido bajo y cobró vida, envolviéndolo en una burbuja de luz cálida y aire filtrado.

—¿Desearía proceder con la ruta panorámica o la ruta óptima? —preguntó TX-7 desde el frontal.

—La más rápida —dijo Kael con hastío.

TX-7 hizo una pausa breve, calculada.

—Este vehículo opera bajo los protocolos auditivos de NeuroPharm. Le informo que esta conversación será registrada para optimizar sus futuros desplazamientos. Si lo desea, puede ejercer su derecho de desistimiento notificándolo mediante declaración inequívoca.

Los LED de los ojos del androide parpadearon. Uno. Dos. Tres. Una pausa perfecta de un segundo entre cada uno. Acto seguido continuó.

—Para ello dispone de correo electrónico o formulario adjunto en el panel táctil lateral. Relájese, doctor. El futuro ya ha comenzado.

Kael no dijo nada. Solo observaba por la ventanilla.

El vehículo se puso en marcha y se deslizó entre avenidas destrozadas.

Berlín ya no era una ciudad: era una cicatriz expuesta. Los distritos corporativos se alzaban como un espejismo arrogante, torres de cristal reflejando un cielo saturado de drones y anuncios holográficos que vendían esperanza en cuotas.

Más lejos, los barrios olvidados parecían ruinas mordidas por el tiempo: estructuras derrumbadas, calles agrietadas, campamentos improvisados bajo pasos elevados. Entre dos columnas corroídas, Kael alcanzó a leer un grafiti desvanecido por la lluvia: «El futuro es de los que olvidan.»

Gente envuelta en abrigos raídos miraba al vehículo pasar con una mezcla de cautela y resignación. Fogatas en bidones oxidados titilaban como luciérnagas moribundas.

Kael exhaló despacio mirando el exterior.

—Desactiva el protocolo auditivo.

Una pausa.

—No recomendado —respondió TX-7—. El contenido sonoro optimizado mejora un 12,4% la experiencia del usuario.

—Entonces pon música —dijo Kael—. La que quieras.

Otra pausa. Más larga.

Y entonces, sin aviso, estalló la música. Metales suaves. Un swing amable, casi ingenuo.

...Let's Have Another Cup of Coffee...

Glenn Miller sonriendo desde algún rincón del siglo pasado.

Kael sintió el golpe seco del contraste. Big band optimista dentro. Ciudad rota fuera. El estribillo invitaba a sonreír, a servirse otra taza de café, mientras Berlín ardía en protestas y los drones de vigilancia zumbaban como moscas metálicas sobre un cadáver aún tibio.

Los Centinelas Atlas patrullaban las avenidas principales: androides blindados, tan humanos en forma como inhumanos en movimiento. Sus sensores escaneaban a los transeúntes sin pausa, proyectando

datos personales en hologramas suspendidos en el aire. El swing de Miller seguía repicando, ligero e insolente.

Justo cuando el taxi intentaba virar hacia la avenida principal, una figura encapuchada emergió de entre la multitud. Un brazo se arqueó. Una botella con trapos flameantes describió un arco lento, casi elegante, contra el lienzo gris del cielo.

Dentro del taxi, la trompeta de Glenn Miller sostenía una nota alegre, como si anunciara un brindis.

Kael lo vio en cámara lenta: el proyectil casero, las llamas danzando, la protesta conteniendo la respiración colectiva.

Entonces, de un callejón lateral, un Centinela Atlas surgió. No corrió; se deslizó. Su brazo se extendió y disparó una cápsula de espuma electrostática que envolvió la botella en pleno vuelo. El fuego se apagó con un siseo ahogado, y el artefacto cayó al asfalto como un fruto podrido.

Todo en menos de tres segundos. Precisión desalmada.

La protesta recuperó el aliento, pero algo se había roto. La multitud comenzó a dispersarse ante la llegada de más unidades, como hormigas ante un aguacero.

El taxi se detuvo ante lo que quedaba del mar de gente. Las pancartas se movían arriba y abajo: "LOS ALGORITMOS NO ALIMENTAN FAMILIAS".

Glenn Miller seguía sonando dentro, ahora en contraste obsceno con el humo y la disipación del caos.

TX-7 no había frenado bruscamente ni había alterado su tono. Simplemente registró el evento.

—Incidente de combate menor, nivel 2 —comentó, como si leyera un informe meteorológico—. Contención exitosa. Probabilidad de reincidencia en esta coordenada: 17%.

El silencio hermético del vehículo no dejaba pasar los gritos amortiguados, pero Kael vio las bocas abiertas, los puños alzados, la espuma gris expandiéndose en el suelo. Y sobre ese tablero de rabia contenida, la voz sedosa del cantante invitaba a tomar otro trozo de tarta.

Kael observó el despliegue de fuerza deshumanizada y murmuró, más para sí que para el androide:

—Parece que la ciudad tiene un problema de mantenimiento social, TX-7.

Durante exactamente 1,3 segundos, TX-7 escaneó el entorno.

—Problema identificado: congestión cívica no programada. Solución: evitar, no intervenir. Mi algoritmo de humor sugiere que esto es como un 'bug' en el sistema urbano. Pero de carne y hueso.

El taxi comenzó a retroceder suavemente.

—Recalculando ruta —añadió TX-7—. Se recomienda no sostener la mirada con los manifestantes. Observar puede interpretarse como desafío o solidaridad. Ambas son variables ineficientes.

Por la ventana lateral, Kael vio cómo dos Atlas levantaban al encapuchado. El cuerpo humano colgaba flácido entre los brazos metálicos, un pelele entre titanes de polímero. La escena se desvaneció cuando el taxi giró hacia una callejuela oscura, dejando atrás el último estertor de la revuelta.

La música seguía sonando, amable, como si nada en el mundo pudiera torcerse demasiado.

Un nuevo análisis parpadeó en el panel de TX-7 antes de que su voz volviera a llenar la cabina.

—Curiosidad registrada: el 92% de los humanos en esta situación aumentarían su nivel de cortisol. El suyo, según mis biosensores, bajó un 3%. ¿Es estrategia o indiferencia?

—Tus biosensores miden activación simpática, no estrategia de afrontamiento. Hay una diferencia —respondió Kael, mientras recordaba las enseñanzas de Dorje.

Respirar. No te olvides de respirar.

El taxi retomó la marcha y descendió por una rampa poco iluminada. Las protestas se convirtieron en un eco lejano, sustituido por el zumbido de neumáticos sobre cemento y el sonido de trompetas suaves.

El androide conductor bajó su panel visual un instante, un gesto diseñado para imitar a un humano ajustando el espejo retrovisor. El intento de humanidad resultaba más inquietante que la ausencia total de ella.

—¿Motivo de su estancia, doctor? —preguntó el androide, su voz perfectamente calibrada.

—Trabajo —respondió Kael.

El androide procesó la respuesta. Su cabeza realizó un microgesto imperceptible.

—Perfil actualizado. —Una pausa. Un cálculo—. Bienvenido al circo.

Kael frunció el ceño.

—¿Circo?

—Metáfora extrapolada de patrones lingüísticos urbanos recientes. Nivel de humor: aceptable.

Y calló.

En el centro corporativo, la ciudad cambiaba de piel. No había manifestantes, ni fogatas, ni grafitis. Solo el silencio hermético de lo perfectamente controlado.

El swing seguía sonando, dulce y ajeno, como si alentara a sonreír entre las ruinas.

El vehículo se detuvo frente a la Clínica Euler-Kant. La música se desplomó en un último acorde feliz que no encajaba con nada.

—Ha llegado a su destino —informó TX-7—. Gracias por viajar con NeuroPharm. Esperamos seguir moldeando su futuro.

Kael abrió la puerta. Afuera, el aire olía a lluvia y desinfectante.

El cierre del taxi sonó como un punto final.

Kael alzó la vista.

La Clínica Euler-Kant se erguía ante él como un monolito de titanio y cristal oscuro. La sombra del edificio lo engulló sin ceremonias. No imponía por tamaño, sino por ausencia: ausencia de ruido, de gente, de imperfecciones.

Un edificio diseñado para no levantar sospechas y, al mismo tiempo, no permitir ninguna duda.

Aquí no había seguridad ni drones patrullando. No hacía falta. La vigilancia no se exhibía: se respiraba. Incrustada en las juntas del suelo, en cada reflejo sin dueño de las superficies pulidas.

Kael dio un paso adelante. Las puertas no se abrieron de inmediato. Esperaron. Durante una fracción de segundo, tuvo la sensación absurda de que el edificio lo estaba midiendo. No su identidad, ni sus credenciales, sino algo que él aún no sabía que llevaba dentro.

Entonces, el titanio se deslizó con un susurro contenido.

El interior lo recibió con un olor limpio, químico. Antiséptico y promesa. Un perfume diseñado para borrar la periferia del mundo, para convencer a la mente de que aquí nada malo podía ocurrir.

Kael reconoció el diseño. Puertas sin pomos interiores. Esquinas romas. La arquitectura de la contención suave.

Las luces descendían del techo con una regularidad inhumana. Blancas. Implacables. No iluminaban: exponían.

Se asomó a uno de los ventanales interiores. Rejas disimuladas. Jardines con rocallas y fuentes que eran muros. La Clínica Euler-Kant no era solo un centro de investigación. El edificio había sido, en otro tiempo, un refugio para mentes fracturadas. Ahora la calidez humana era un residuo estadístico en una catedral de la neurociencia.

Kael apartó la mirada. No había nada más que ver. O sí, pero él no estaba seguro de querer verlo.

Avanzó por el vestíbulo. Su reflejo, fragmentado en el suelo pulido, se multiplicaba en ángulos imposibles. Cada paso sonaba demasiado claro. Demasiado solo.

El maletín pesaba más de la cuenta. No por su contenido, sino por lo que representaba. Recordó la letra pequeña. Vigilancia pasiva... Monitorización cognitiva preventiva... Protocolos de seguridad adaptativa... No era un contrato. Era una jaula de cristal.

Al fondo, una escultura abstracta flotaba suspendida en un campo magnético: formas entrelazadas, elegantes, imposibles de interpretar. Kael pensó en sinapsis. En sueños atrapados en geometría.

—Doctor De la Cruz.

Kael se giró.

Isolde Rainer estaba allí, de pie junto a una columna de titanio, como si hubiera estado esperando el momento exacto para aparecer. Traje oscuro, cabello pelirrojo recogido con severidad. La luz blanca

del vestíbulo le robaba las sombras del rostro, pero no la intensidad de la mirada.

Lo miró y se tocó el primer botón de la blusa. Un gesto involuntario. Kael no podía saberlo, pero a Isolde le molestó habérselo permitido.

Kael esbozó una media sonrisa. Cansada. Irónica. La de quien ha dormido mal en un avión y ya no le quedan filtros.

—Vaya —dijo—. ¿Me está siguiendo?

Ella sostuvo la mirada. Una pausa medida. El tipo de silencio que se puede pesar en gramos de dignidad.

Isolde no se inmutó. O sí, pero fue tan rápido que Kael no pudo asegurarlo.

—No se haga ilusiones —respondió ella, con la voz exacta que se usa para cerrar una puerta sin hacer ruido—. Es trabajo.

Kael sostuvo la sonrisa un segundo más. Luego la dejó ir.

Isolde no se movió. Solo existía, recostada en su propia paciencia. Pero por dentro algo se desplazaba, como una pieza mal encajada. No era una mujer que se dejara llevar por los sentimientos. Y sin embargo, allí estaba. Había viajado un día antes. Había elegido aquel vestíbulo. Había esperado.

Ella había querido estar ya instalada cuando él llegara. Control del terreno.

O eso se decía a sí misma.

Las palabras quedaron flotando entre ellos como la escultura del fondo: elegantes, imposibles de interpretar del todo.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó. Y su voz sonó más suave de lo que había ensayado.

—Bien —respondió él—. Como todo.

Kael sintió el viaje completo entonces: California, la escala, las trece horas. Todo eso ya era pasado. El presente olía a café frío y a la certeza de que ella siempre llegaba antes.

No era una disculpa. Era una declaración de hechos.

Meses atrás, la había visto de pie frente al personal del hospital en San Diego, anunciando el cambio de propiedad como quien no anuncia nada. Kael no apartó la mirada. No por interés. Por precisión. Había aprendido a observar a las personas que no parecen necesitar ser observadas. Isolde era una de ellas.

—Bienvenido a Euler-Kant —dijo ella, recuperando el tono que sí había ensayado—. Te estaba esperando.

Kael asintió. No ofreció la mano. Ella tampoco.

—¿Suele recibir personalmente a los candidatos?

—Solo a los interesantes.

Interesantes. Había dicho interesantes. En plural. Como si fuera una fórmula. Como si no hubiera viajado un día antes solo para tener veinticuatro horas de ventaja. Como si no hubiera elegido ese vestíbulo, esa luz, ese momento.

Como si no lo hubiera estado esperando.

Isolde se giró sin esperar respuesta y comenzó a caminar. No miraba atrás para comprobar que él la seguía. Sabía que lo haría.

Ella, delante, apretó los labios.

Kael tras ella. Observando su figura. No porque quisiera. Porque ya había recorrido demasiado camino para volverse atrás.

—La clínica tiene varias áreas —explicaba, con esa voz que convertía cualquier afirmación en un dato incuestionable—. Investigación, rehabilitación, residencia de larga estancia. Y, por supuesto, la unidad de duelo traumático.

Kael no preguntó. Ella no necesitaba que preguntara.

Isolde lo detuvo ante un ventanal de cristal opaco que se volvió transparente con un susurro electrónico.

Al otro lado, una mujer miraba el techo con los brazos pegados al cuerpo. El pijama blanco, demasiado grande. La cabeza rapada. Un sonajero de plata colgaba de su cuello, inerte.

—Käthe Wolf —dijo Isolde, como quien lee el nombre de una planta en un jardín botánico—. Séptimo mes. Parto prematuro. El niño nació vivo, pero colapsó en las primeras veinticuatro horas. SIDS.

Isolde pronunció las siglas como quien lee el código de un producto defectuoso.

—No hubo respuesta a la reanimación. Ella intentó seguirle.

—¿Y el diagnóstico? —preguntó Kael.

—Inefable. Como siempre. Por eso está aquí. Para que haya respuestas la próxima vez.

Kael observó el cráneo desnudo de la mujer. No era un peinado. Era una declaración. Pensó en el SUPC. En los protocolos que había leído durante su residencia. En la manera en que esos bebés se apagaban sin explicación, como si alguien hubiera pulsado un interruptor en algún lugar oscuro del cerebro.

—¿La cabeza rapada? —preguntó—. ¿Es parte del protocolo?

—No. Llegó así.

—¿Y el motivo?

Isolde se encogió de hombros.

—Ella dice que no volverá a tener pelo hasta que su hija vuelva a crecer en su vientre. O algo así. No es relevante para el tratamiento.

Kael sostuvo la mirada de Isolde un instante más largo de lo necesario.

—Puede que sea lo único relevante.

Isolde no respondió. Solo lo miró.

Kael volvió a mirar a Käthe. Sus ojos recorrían el techo como si buscaran algo. Una grieta. Una señal. Una niña que nunca llegó.

Vio al hombre. De pie junto a la cama. Su mano sobre la de ella. Sin apretar. Solo sosteniendo.

—¿Él? —preguntó Kael.

—Noel. Su pareja. La visita todos los días.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí ella?

—Tres días.

Kael no dijo nada. Pensó en Quint. En la última vez que lo vio, después del protocolo. El pescador sonreía. Por primera vez en meses. Una sonrisa leve, casi avergonzada, como si hubiera recuperado algo que ni siquiera recordaba haber perdido.

Kael no supo si esa sonrisa era una curación o una amputación. Todavía no lo sabía.

—¿La han tratado con el protocolo? —preguntó, sin apartar la vista del ventanal.

—Aún no. Estamos estabilizando el duelo. Cuando esté lista...

—Nunca lo estará —cortó Kael—. Esa niña no volverá.

No se refería a Käthe.

Isolde lo entendió. O fingió entenderlo. Pero no respondió. Solo lo miró. Con esa forma suya de mirar que no era desafío ni complicidad, sino una tercera cosa que Kael aún no había aprendido a nombrar.

—La reunión —dijo al fin—. Nos esperan.

Kael asintió. Pero antes de moverse, miró al hombre otra vez. Su mano seguía ahí. Sobre la de ella. Sin moverse. Sin rendirse.

—¿Él? —preguntó.

—Noel. Su pareja. La visita todos los días.

—¿Sabe que nunca va a encontrarla?

Kael no se refería a la niña. Isolde lo entendió. O fingió entenderlo. Dio un paso hacia el pasillo.

—Nadie sabe nada, doctor. Por eso estamos aquí.

Se quedaron un instante más frente al ventanal. Luego Isolde consultó su reloj.

—Yo le alcanzaré. La voz le indicará el camino a la sala.

Isolde marchó por el pasillo. El sonido de sus tacones resonaba exacto.

Kael la miró mientras se alejaba. No preguntó por qué. Tal vez porque ya conocía la respuesta: ella no era una guía. Era una evaluadora. Y ya había visto lo que necesitaba ver.

La luz del techo parpadeó una vez. El ventanal se volvió opaco otra vez, devorando la imagen de Käthe, el hombre, la mano que no se rendía.

Pero algo de aquella escena se quedó con él. Pegado a la nuca. Como el olor a romero. Como la radio de su abuela. Como la sonrisa de Quint.

Una voz suave emergió del aire, sin origen visible.

—Doctor De la Cruz. Bienvenido a Euler-Kant. El doctor Strauss le espera. Sígame, por favor.

No preguntaba. Confirmaba.

Un trazo de luz se encendió en el suelo, marcando el camino hasta el ascensor. Kael lo siguió sin prisa. La luz parpadeó, instándole a acelerar el paso. No había prisa, pero el sistema la imponía.

Las puertas de acero pulido del ascensor se deslizaron sin ruido. Demasiado fácil. Kael dio un paso al frente.

Antes de que se cerraran, una imagen fugaz: su abuela, las manos manchadas de tierra, el olor a romero, la radio sonando en AM. Un mundo sencillo, resistente, que no pedía permiso para existir.

El ascensor comenzó a subir. Y con él, Kael dejó atrás algo que aún no sabía nombrar.

El ascensor se detuvo y abrió las puertas. La voz volvió.

—Ha llegado a su destino. Que tenga un buen día.

Destino. Curiosa palabra. Y curioso lugar para pensar en él.

El sonido de las puertas al cerrarse a su espalda fue suave. Definitivo.

Ante él, la sala de reuniones. Amplia, austera, diseñada para parecer neutral y resultar intimidante. Una mesa alargada ocupaba el centro, negra, inmaculada. La luz descendía en haces precisos, como si cada

foco hubiera sido calibrado para no dejar un solo rincón donde esconderse.

Al fondo, tres figuras.

El doctor Wilhelm Strauss presidía la mesa. Traje oscuro, corte impecable. Su postura era recta, pero sin rigidez, como la de alguien que no necesita demostrar autoridad porque la ejerce incluso en silencio. Cuando levantó la vista, su mirada fue directa, analítica: Kael no era un invitado, sino una estructura que debía evaluarse antes de integrarla en un sistema mayor.

A su derecha, Isolde. El cabello seguía recogido. Modo estrategia.

Y a su izquierda, un hombre más joven, Lukas Krüger, jugueteaba con una taza de café. Gafas de montura fina, ceño permanentemente fruncido. No miró a Kael de inmediato. Observaba datos en una pantalla, abstraído, como si la presencia humana fuese un ruido de fondo tolerable pero innecesario.

Kael observó la sala. No reaccionó. No hizo falta. Las cosas importantes no ocurren en lo visible. Ocurren en ese espacio mínimo, donde alguien decide... sin saber que ha decidido.

Y sin moverse, entendió algo que no supo nombrar: ella no había venido a observar. Había venido a comprobar.

Isolde sonrió entonces, despacio, como si supiera exactamente lo que ocurría en su cabeza.

—Doctor De la Cruz —dijo Strauss, levantándose y extendiendo la mano—. Es un placer tenerlo aquí.

El apretón fue firme. Correcto. Aséptico.

—Quiero presentarle a alguien más. Alexei Volkov. Sobrevivió a cosas que matarían a un caballo.

Strauss esbozó una sonrisa sarcástica mientras se giraba hacia el hombre de la pared.

—Se podría decir que es nuestro mejor piloto de pruebas.

Un hombre alto, de ojos claros y una cicatriz sobre la ceja, esperaba apoyado en la pared. Traje gris oscuro, hombros anchos, mirada afilada. Con rostro serio, alargó la mano. El apretón fue justo y medido.

Alexei sonrió sin humor.

—Dicen que tengo la cabeza muy dura.

Kael lo estudió.

—Esto no es un simple experimento. Si fallamos, tu mente se romperá.

—Ya la he roto antes —Alexei se encogió de hombros—. La znakharka de mi aldea me dio el secreto para recomponerla.

Kael asintió, pero dudaba.

Alexei no dijo más. Solo devolvió un leve asentimiento a Kael antes de que Strauss, con un gesto elegante, le indicara la puerta.

Alexei obedeció sin palabras. Salió de la sala.

La puerta se cerró tras él, y el aire cambió. La negociación había comenzado.

Kael tomó asiento. En cuanto lo hizo, lo notó.

La cámara.

Un pequeño dispositivo negro incrustado en la pared posterior. Inmóvil. Un LED rojo parpadeaba con una cadencia casi hipnótica. No era un sistema de seguridad. Era algo más íntimo.

—Le hemos citado aquí porque la situación global está... cambiando —continuó Strauss.

No buscó la palabra adecuada. La evitó.

—Los últimos meses han obligado a implementar ciertos ajustes. Protocolos nuevos. Medidas de seguridad. De contención.

Kael no respondió de inmediato. Observó la mesa. Las manos de Strauss. El leve retraso entre sus palabras y la respiración.

—El progreso siempre los necesita —dijo al fin—. ¿No es eso lo que solemos decir cuando las cosas empiezan a romperse?

Un silencio breve. No incómodo. Medido.

Strauss revisaba el dossier.

—Y arriesgado.

Kael sostuvo la mirada. No dijo nada.

Isolde asintió apenas.

—No en el contexto actual.

Strauss intervino, más directo.

—El mundo ha cambiado. Desde la catástrofe del tsunami, la población está... digamos, inquieta, doctor. Y cuando la gente deja de entender lo que le ocurre... empieza a tomar decisiones impredecibles.

Kael esbozó una sonrisa mínima.

—Siempre han sido impredecibles.

—No así —cortó Strauss.

Silencio.

Isolde retomó el control sin elevar la voz.

—Berlín es, ahora mismo, un entorno más... adecuado para continuar su trabajo.

Deslizó la tableta hacia el centro de la mesa.

—Infraestructura. Recursos. Garantía.

Pausa.

—Y protección.

Kael la cogió. La pantalla se activó sola. Datos. Gráficas. Perfiles. Nombres.

Se detuvo en uno. No por el nombre. Por los valores en las gráficas. Estabilidad. Continuidad. Control. Demasiado altos. Durante demasiado tiempo.

Leyó el historial. Una vez. Dos. No había errores. Ni picos. Ni colapsos. Nada.

Cerró los ojos un instante. Recordó a Dorje. Las semanas. Las recaídas. Las noches en las que el sueño se volvía contra uno mismo. Eso era el proceso. Eso era lo real.

Abrió los ojos. Volvió a la pantalla. No cambió la expresión. Pero tampoco pasó al siguiente. Un segundo más de lo necesario. Suficiente.

Alzó la vista.

—¿Él formará parte del equipo?

—El hombre de la cicatriz —precisó Strauss—. Será el sujeto de las pruebas iniciales para la fase de lectura de conciencia. Y para las siguientes etapas, cuando lleguemos a ellas.

Kael procesó la información.

—¿Por qué él?

—Sobrevivió a cosas que matarían a un caballo, ¿recuerda?

Strauss esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Su estructura cognitiva es... singular. Y él ha aceptado.

—¿Aceptado?

Kael negó con la cabeza.

—Esto no es como elegir un piloto de pruebas. Es un campo de batalla. Si su mente colapsa durante una inmersión...

—No colapsará.

La voz de Isolde fue un susurro cortante.

—Por eso está usted. Para asegurarse de que no ocurra.

Kael la miró. Ella sostenía su copa de agua con ambas manos, los dedos rozando el cristal. No bebía. Solo esperaba.

—¿Y si ocurre? —preguntó Kael.

Strauss y Krüger intercambiaron una mirada.

—Esa eventualidad —dijo Krüger, volviendo a sus pantallas— está contemplada en el anexo técnico. Página cuarenta y siete.

—¿Cuánto tiempo lleva entrenando su mente? —preguntó Kael.

—Lo suficiente —respondió Strauss.

No era una respuesta.

Kael asintió despacio.

—No —dijo—. No lo es.

Silencio.

—Esto no es entrenamiento —añadió.

Miró a Isolde. Esta vez sin matices.

—Esto es otra cosa.

—Esta cosa exige perfiles poco convencionales —intervino Strauss.

—Esta cosa exige control —corrigió Kael.

Nadie respondió. La palabra quedó flotando entre ellos.

Isolde intervino.

—Es... útil.

La corrección fue mínima. Casi invisible. Pero llegó tarde.

Kael la miró. Un instante. Ella sostuvo la mirada... y luego la desvió hacia la tableta. Apoyó las manos sobre la mesa. Firmes. Pero no del todo inmóviles.

—Berlín le ofrece algo que ahora mismo no tiene —dijo.

Ahora sí deslizó la tableta hacia él.

—Infraestructura. Recursos. Garantías.

Otra pausa.

—Y sobre todo, protección.

Kael no tocó el dispositivo.

—¿Es una oferta? —preguntó.

Strauss lo miró.

—Es una oportunidad.

Isolde lo corrigió, casi imperceptible:

—Es una necesidad.

Isolde se relajó sobre el sillón y cruzó las manos sobre la mesa. Su tono de voz cambió. Ahora era más amigable, menos imperativo.

—Hemos revisado su trabajo sobre inducción de sueños lúcidos —dijo, con una voz suave, modulada para no parecer inquisitiva—. Es fascinante. Y arriesgado.

Krüger intervino sin levantar la vista.

—Pacientes con recuerdos no correlacionados. Episodios disociativos. Transferencias oníricas parciales.

Kael sintió un latigazo interno.

—Pero... esos datos nunca fueron publicados.

Strauss sonrió apenas.

—Tenemos acceso a fuentes muy... eficientes.

Silencio.

Kael respiró hondo.

—Reconozco incidentes menores —dijo, intentando reconducir la conversación—. Ajustes de calibración. Nada que no pueda corregirse. Pero los beneficios superan con creces los riesgos. Con los recursos adecuados...

—¿Corregirse? —interrumpió Strauss—. ¿O ampliarse?

Kael sostuvo la mirada.

—No hablamos de control mental. Hablamos de reconstrucción cognitiva focalizada. De ayudar a los pacientes a reformular traumas. A reescribir su narrativa.

Isolde se inclinó un poco más hacia delante. Los dos botones de su blusa se tensaron.

—¿Y si pudieran elegir no solo cómo recordarlo... —hizo una pausa mínima— sino qué recordar?

La pregunta cayó en la sala como una hoja de bisturí.

Kael no respondió. La mirada de Isolde era intensa, deliberada. No buscaba una respuesta: buscaba medir su resistencia.

Kael tuvo la inquietante sensación de que ella ya conocía su límite.

Strauss unió las manos.

—No se alarme, doctor. Solo queremos comprender mejor la conciencia. Y creemos que usted puede liderar ese camino.

Krüger, por fin sonriendo, añadió:

—Con recursos que ningún centro público puede ofrecer.

Un escalofrío le recorrió la columna.

Pensó en su abuela. En el hospital. En el tiempo que se agotaba. Pensó también en alguien más. En una conversación que nunca había quedado registrada. En una idea compartida en voz baja, a salvo —creía— de miradas externas.

La apartó.

—Necesito a mi equipo —dijo al fin—. Especialmente a Iván Castaño. Sin él, el proyecto no avanzará.

Strauss asintió, como si esa respuesta ya estuviera contemplada.

—Por supuesto. Hable con quien deba. Pero antes, tengo que hablar del nuevo miembro de su equipo, doctor De la Cruz...

Kael dudó.

Strauss esperó mientras su frente arrugada se relajaba en unos segundos. Se inclinó ligeramente hacia delante.

—El futuro no espera.

Kael sintió el peso exacto de esa frase. No era una advertencia. Era una descripción.

La cámara roja seguía parpadeando. Y por primera vez tuvo claro que eso no era una negociación. Había sido una evaluación.

Strauss hizo un gesto. Krüger se levantó y, sin mediar palabra, dejó una carpeta sobre la mesa frente a Kael.

No era una carpeta cualquiera. Era negra. Gruesa. Con el logotipo de NeuroPharm grabado en oro. Parecía un objeto litúrgico.

—El contrato —dijo Strauss.

Kael lo miró. No lo abrió.

—¿Puedo leerlo?

—No solo puede. Debe.

Kael abrió la carpeta.

Leyó la séptima cláusula: acceso irrestricto a todos los datos. La decimocuarta: representante legal si queda incapacitado.

—Son cláusulas estándar —dijo Isolde, inclinándose ligeramente hacia adelante.

El primer botón de su blusa, desabrochado. El segundo, también. Ella lo miró un segundo más de lo necesario.

Kael levantó la vista.

—¿Existen cláusulas estándar para vender el alma?

Ella sonrió. Una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—No estás vendiendo nada, Kael. Estás asegurando el bienestar de tu abuela. En ti. En tu futuro.

—En mis sueños, quieres decir.

—En tus sueños, sí. Lo único que vale la pena, ¿no?

Kael volvió al contrato. Dedicó unos segundos a la trigésimo cuarta: evaluaciones de estabilidad mental.

—Por si me vuelvo loco —murmuró.

—Por si alguien intenta haceros creer que lo estáis. Es para protegeros.

—Ya.

Pasó la página. La cuadragésimo tercera: su nombre y legado como marca sin compensación. Una colección de pequeñas muertes.

—¿En serio? ¿Es necesario? Ya no soy un científico —dijo Kael con ironía, sin levantar la vista del documento—. Soy una marca.

Isolde se levantó. Rodeó la mesa despacio. Sus tacones repicaban en el suelo como un metrónomo que marcara el tiempo que le quedaba para decidir.

Se detuvo detrás de él. Apoyó una mano en el respaldo de su silla. Acercó su cabeza a la suya. Sus labios en su oído.

Cerca. Muy cerca.

—Hay una cláusula más —susurró—. La que no está escrita.

Kael contuvo el aliento.

—¿Cuál es?

—La que dice que, si firmas, nosotros nos encargamos de que a tu abuela no le falte de nada. Los mejores especialistas. El mejor equipo. Tiempo, Kael. Tiempo comprado.

Cerró los ojos un instante. La imagen de su abuela regresó. Las manos manchadas de tierra. El olor a romero. La radio en AM.

—¿Y si no firmo? —preguntó, sin abrir los ojos.

El silencio de Isolde fue más elocuente que cualquier amenaza.

—Entonces —dijo Strauss desde el otro extremo de la mesa—, le desearemos mucha suerte con el trabajo en la clínica. En solitario. Y con las deudas.

—Tu abuela —volvió a susurrar Isolde a sus espaldas—. Apsara. ¿Sabes lo que dijo cuando le diagnosticaron el Alzheimer?

Kael se tensó.

—Dijo que le daba miedo no reconocer a su nieto. Que prefería morir antes que mirarlo y no saber quién era.

Kael sintió el frío en la nuca. Nunca había contado esa conversación a nadie. Pero Isolde la recitaba como si hubiera estado en la habitación.

No dijo nada. No podía.

Isolde sonreía. La misma sonrisa. Miel con filo.

Se separó. Volvió a su sitio. Se sentó con la elegancia de quien sabe que ha ganado sin necesidad de esforzarse.

—El contrato es ese, Kael. No va a cambiar. Lo único que puede cambiar es si usted lo firma o no.

Kael miró la pluma que Krüger había deslizado silenciosamente junto a la carpeta.

Metal frío. Negra. Con el logo de NeuroPharm grabado en el capuchón.

Kael cogió la pluma. Pesaba más de lo que debería.

La punta rozó el papel.

K.

Y entonces recordó.

—Quiero verla —dijo—. Antes de que esto empeore. Quiero...

—Tranquilo. La señora Apsara tiene asignada una unidad HÆL-401 —añadió Krüger—. Llegó esta mañana y estará con ella las veinticuatro horas. Monitoreo constante. Prioridad absoluta en aero ambulancias. Estimulación cognitiva. Compañía. Lo mejor que el dinero puede comprar.

—Pero no es mi dinero.

—Es dinero de su jefe. Que es lo mismo.

Kael miró la pluma. Miró el contrato. Miró su reflejo en la mesa negra. Un hombre de treinta y dos años con ojeras de insomnio y una decisión en la mano.

—¿Qué pasará con mi investigación?

—Despegará de una vez. Hacia adelante. Con más medios. Con más personal.

—¿Y mis pacientes?

—Habrá otros médicos. Usted ya no será necesario ahí. Pero si lo quiere, podrá seguir atendiéndolos.

Kael asintió.

—Claro.

Isolde esperó. ¿Hasta dónde puede doblarse este hombre sin romperse? Pensó.

El silencio se estiró como un chicle. Kael sintió que el tiempo se doblaba, que cada segundo era un siglo, que la pluma pesaba como una losa.

Y entonces, sin saber muy bien por qué, recordó.

Una cocina. Harina en el aire. Su abuela, con las manos blancas, amasando. La radio sonando. Él, con siete años, metiendo los dedos en la masa.

—Prueba, Kael. Prueba.

El sabor de la canela. La risa de ella.

—¿Cuándo nos volveremos a ver, abuela?

—Siempre que quieras, mi niño. Siempre que quieras.

Kael parpadeó.

La cámara roja seguía encendida.

Isolde retiró la mano del respaldo. Dio un paso atrás. Pero su presencia quedó ahí, flotando, como un perfume denso.

Kael miró la carpeta abierta. Las cláusulas. Las letras pequeñas. La jaula de cristal, ahora con barrotes de tinta.

Y pensó en Alexei Volkov. En su cicatriz. En su mirada. En lo que significaría ser responsable de meter a alguien dentro de su propia mente.

##

—Necesito 72 horas —dijo Kael.

Strauss lo miró por encima de las gafas. Luego asintió, y una sonrisa le apareció mientras le tendía la mano.

—Tómeselas. Pero sepa que el reloj corre.

Kael no aceptó la mano. No aún. Strauss la retiró sin inmutarse.

—Y bienvenido a casa, doctor De la Cruz.

Casa. Kael sintió la palabra como una broma de mal gusto. No dijo nada. Se levantó, y sus pasos lo llevaron hasta la puerta. Puso la mano en el marco. Se detuvo.

No se volvió. No quería verles las caras.

—¿Saben qué pensaba mientras leía las cláusulas del contrato? —preguntó al vacío—. Que si el demonio existiera, no estaría en el infierno. Estaría en el pasillo. Esperando a ver si firmo.

Strauss no respondió. Kael escuchó el crujido de su sillón, pero nada más.

Entonces se giró. No hacia Strauss. Hacia ella.

Isolde seguía de pie junto a la ventana. La luz de Berlín recortaba su perfil. Parecía una estatua. O un guardia.

—¿Y tú, Isolde? —preguntó Kael, y su voz sonó más baja—. ¿Eres el demonio? ¿O solo trabajas para él?

Ella sostuvo la mirada. Kael esperó una respuesta rápida. Un corte seco. Una puñalada verbal.

Pero Isolde no dijo nada.

El silencio creció, incómodo, como una planta venenosa.

—No —dijo al fin. Y fue todo.

No hubo explicación. No hubo desmentido irónico. Solo un no tan desnudo que Kael no supo si creerlo.

Salió. La puerta se cerró tras él con un clic suave. Definitivo.

Isolde quedó mirando la madera barnizada. Strauss carraspeó, pero ella no le hizo caso. Por un instante —un instante apenas— pareció más joven. Más frágil.

Luego apretó la mandíbula, y la fragilidad desapareció, como si nunca hubiera estado ahí.

Marcó en su móvil. Tranquilamente se lo llevó al oído.

—Señor, Kael no ha aceptado aún. Pero firmará.

Pausa.

—Sí.

Se giró hacia Strauss. Mirada fija. Una leve sonrisa cubrió su rostro de porcelana.

—De acuerdo.

Isolde terminó la llamada.

Su sonrisa no.

CAP. XVI — CON UN HILO BASTA (IN A SENTIMENTAL MOOD)



"A partir de cierto punto, ya no hay vuelta atrás.
Ese es el punto al que hay que llegar."

—FRANZ KAFKA

El primer experimento con voluntarios ocurrió en silencio. El sujeto yacía inmóvil en la cama, conectado a la diadema neuronal. El pulso estable. Las ondas cerebrales flotando en el umbral hipnagógico.

Sobre la consola principal, un holograma comenzó a desplegar rutas oníricas con una precisión obscena. Arquitecturas imposibles. Nodos de memoria. Patrones de sueño convertidos en geometría.

El sueño lúcido tenía forma.

Y Kael no parpadeaba.

Introdujo el código de acoplamiento.

Una corriente azul recorrió la red de servidores. Los monitores respondieron al instante. Todo encajaba. Todo respiraba sincronizado.

Entonces apareció la anomalía.

Pequeña al principio.

Un eco.

Como una secuencia superpuesta sobre otra.

Iván frunció el ceño.

—Hey… ¿veis eso?

La línea de datos se deformó sobre la pantalla. Una curva donde debía haber continuidad. Repeticiones imposibles dentro del flujo.

Silas se acercó lentamente a la consola.

El laboratorio seguía emitiendo aquel zumbido limpio de maquinaria cara y demasiado precisa.

Pero algo había cambiado.

La sensación.

Como si hubiese alguien más respirando dentro del sistema.

En uno de los monitores apareció una secuencia incompleta del algoritmo de transferencia.

Fragmentada.

Invertida.

Real.

Kael sintió un vacío abrirse bajo el estómago.

—Eso no estaba ahí…

Iván ya tecleaba con violencia.

—No puede estar ahí.

Silas observó la secuencia unos segundos demasiado largos.

—Esa señal no es nuestra.

La frase cayó plana.

Luego levantó la vista.

Y entonces sí apareció el miedo.

—Alguien más está aquí.

El laboratorio entero pareció encogerse.

Los servidores seguían trabajando. Las luces continuaban parpadeando con normalidad. Pero la normalidad ya no existía.

Kael reaccionó primero.

—¡Apaga los nodos! ¡Todos!

Iván ejecutó el cierre antes de terminar de escucharlo.

Uno a uno, los monitores comenzaron a apagarse.

El zumbido descendió lentamente, como una bestia sedada a la fuerza.

La sala quedó sumida en una penumbra azulada.

Nadie habló.

Al otro lado del cristal, el voluntario seguía dormido.

Ajeno a todo.

Soñando.

Iván repasaba líneas de código a velocidad febril.

—No tiene sentido… —murmuró—. El acceso no viene de fuera.

Silas giró despacio la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Iván tragó saliva.

La pantalla reflejaba fragmentos deformados del protocolo. Como huesos ensamblados por alguien que nunca había visto un cuerpo humano completo.

—Quiero decir que esto parece una réplica… hecha por alguien que ya conocía parte de la arquitectura.

Kael abrió el cajón de su escritorio. El corazón en un puño.

El cuaderno seguía allí.

Intacto.

La fórmula original. Las claves de anclaje. Los parámetros de fase.

Lo sostuvo contra el pecho sin darse cuenta.

Como si el papel aún pudiera proteger algo.

Una pantalla auxiliar permanecía encendida.

Parpadeó una vez.

Luego otra.

Y una ventana emergente apareció sola sobre el fondo negro.

No hubo alarma.

Ni sonido.

Solo palabras.

Escritas como si alguien hubiese usado tinta sobre vidrio.

"Con un hilo basta. —JT"

Nada más.

El monitor vibró.

Las letras se deformaron un instante.

Y desaparecieron.

Silencio.

Iván fue el primero en moverse.

—Joder…

Silas frunció el ceño.

—¿JT?

Kael levantó la vista.

—¿Te suena?

Silas tardó demasiado en responder.

—No.

El silencio se hizo rey en el laboratorio.

Durante unos segundos, nadie recordó cómo respirar.

Silas seguía inmóvil frente a la pantalla.

Observando su reflejo oscuro sobre el cristal muerto.

—Han conseguido una copia parcial —dijo Kael al fin—. Sin las claves de fase. Sin la frecuencia completa.

Silas no respondió.

Porque ambos entendían lo mismo.

Quizá no hiciera falta el protocolo entero.

Quizá bastara un fragmento.

Un hilo.

El aire acondicionado seguía zumbando sobre ellos con una monotonía quirúrgica.

Kael dejó lentamente el cuaderno sobre la mesa.

—Nos han robado.

Silas negó apenas con la cabeza.

Muy despacio.

—No.

Se acercó al monitor apagado y pasó los dedos sobre el cristal negro.

—Eso habría sido tranquilizador.

Kael levantó la vista.

Silas observó la oscuridad de la pantalla como si esperara que algo volviera a mirar desde dentro.

—Nosotros abrimos una puerta…

El laboratorio permaneció inmóvil.

Al otro lado del cristal, el voluntario seguía soñando.

Silas terminó la frase sin apartar los ojos del monitor.

—…y ahora ya no sabemos quién más ha entrado.

Iván se levantó de golpe.

—Necesito aire —dijo—. Y un whisky. O tres.

Salió sin mirar atrás.

La puerta se cerró con un eco metálico.

Kael y Silas se quedaron solos.

La lluvia golpeaba la cristalera del laboratorio con una suavidad casi hipnótica.

Ahora el laboratorio parecía un animal exhausto. Media sala seguía apagada tras el cierre de emergencia. Algunos monitores emitían pulsos mínimos. El resto eran superficies negras reflejando sombras cansadas.

El voluntario continuaba dormido en la habitación contigua. Respirando lentamente. Como si nada hubiese cambiado.

Silas permanecía frente a la consola apagada, inmóvil, observando el reflejo distorsionado de su rostro sobre el cristal.

Kael abrió despacio el cajón inferior del escritorio. Sacó un sobre gris. El logotipo negro de NeuroPharm parecía absorber la luz azul residual de la sala.

Silas habló sin girarse.

—¿Qué es eso?

Kael sostuvo el sobre unos segundos demasiado largos.

—Nuestro billete a Berlín.

Ahora sí Silas se volvió.

—¿Qué coño significa eso?

Kael dejó escapar aire lentamente.

—NeuroPharm ha comprado el hospital.

Silencio.

—Quieren trasladar el proyecto.

Silas soltó una risa seca.

Sin humor.

—No.

—Sí.

El cansancio desapareció de su rostro.

Solo quedó algo peor.

Claridad.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Kael dudó apenas un segundo.

Pero fue suficiente.

Silas lo vio.

—¿Desde cuándo, Kael?

—Hace unas semanas.

Aquello dolió más de lo esperado.

Silas comenzó a caminar por el laboratorio como un animal encerrado.

—Y no pensabas decírmelo hasta cuándo. ¿Hasta aterrizar en Alemania?

—No sabía cómo hacerlo.

—Prueba con la verdad. Suele funcionar.

Kael agachó la mirada un instante. Las luces del laboratorio vibraban suavemente sobre sus cabezas. Frías. Clínicas. Distantes.

Silas pasó el pulgar por el borde metálico de una consola.

—No compraron el hospital.

Kael levantó la vista.

—¿Qué?

Silas recorrió lentamente la sala con la mirada.

Los servidores.

El equipo.

La habitación del voluntario.

El cuaderno.

—Compraron la proximidad.

La frase quedó suspendida entre ambos. Y de pronto NeuroPharm dejó de parecer una empresa. Parecía otra cosa. Algo que se acercaba.

Kael apoyó el cuaderno contra el pecho.

—Mi abuela empeora.

Silas cerró los ojos un instante.

Jaque.

Ahí estaba la herida real.

—Strauss lo sabe —continuó Kael—. Sabe exactamente dónde apretar. Recursos. Tiempo. Tratamiento experimental…

—Y tú aceptaste.

Kael tardó en responder.

Porque necesitaba escuchar la mentira antes de decidir si decirla.

No lo hizo.

—He aceptado tiempo.

Silas soltó aire por la nariz. Cansado. Casi triste.

—Eso es exactamente lo que compra la gente peligrosa.

Kael caminó hasta la cristalera.

Afuera, San Diego respiraba bajo una lluvia de neón y sirenas lejanas.

—Si alguien más tiene fragmentos del protocolo… entonces esto ya no va de publicar antes que otros. Va de entender qué coño hemos encontrado antes de que alguien lo convierta en otra arma.

Silas observó el sobre gris sobre la mesa.

Luego la pantalla apagada.

Luego al voluntario soñando detrás del cristal.

Demasiadas cosas respirando al mismo tiempo.

—¿Y tú crees que Berlín nos ayudará?

—No lo sé.

—Entonces, ¿por qué ir?

Kael tardó en responder. La verdad daba miedo incluso en voz alta.

—Porque quiero saber si realmente hay algo escuchando al otro lado.

Luego señaló la pantalla muerta del laboratorio.

—Y porque después de esta noche… quizá sean los únicos que aún pueden ayudarnos a entender qué coño hemos abierto.

Silas miró el sobre gris sobre la mesa.

El silencio regresó.

Silas terminó dejándose caer sobre el sillón.

Agotado de repente.

Viejo.

Durante unos segundos no hubo más sonido que la lluvia y el zumbido lejano del aire acondicionado.

Silas apenas murmuró.

—No lo sé…

Kael esperó.

Silas observó una última vez el monitor muerto del laboratorio.

—¿Entonces…? —preguntó Kael por última vez.

Silas sostuvo la oscuridad de la pantalla como si acabara de comprender algo demasiado tarde.

Ninguno sonrió.

Aquella noche terminó sin más palabras.

Días después, Kael subió al ático de Silas. No por cortesía. Por una respuesta.

Desde allí, la ciudad de Pasadena ardía en luces. El cielo, un tapiz de estrellas. Una de esas noches sin lluvia, suspendida sobre el desguace del mundo.

Abajo, los coches eran insectos dorados desvaneciéndose en la negrura. El aire, frío, se detenía justo antes del escalofrío.

Silas bajó el volumen del Hi-Fi de válvulas. El vinilo giraba lento. In a Sentimental Mood se quedaba flotando. Sirvió bourbon. Dos dedos en cada vaso. Le pasó uno a Kael sin decir nada.

—¿Siempre tan fuerte? —preguntó Kael tras el primer sorbo.

—Es el que bebe mi padre —dijo Silas, mirando el fondo del vaso.

Kael se hundió en la tumbona. Silas, de pie, apoyado en la barandilla.

—No voy a extrañar solo el bourbon. Estas vistas, Silas... no tienen precio. Berlín no tiene esto.

—Berlín tiene otras cosas.

—¿Entonces vienes?

Silas asintió, resignado.

—Pero quiero ventanilla en el vuelo. Y terraza si hay en el apartamento. O mejor un ático. Y un equipo de música último modelo. Analógico.

Sostuvo el vaso con ambas manos y tomó un sorbo.

—Hablaré con Isolde —dijo Kael—. A ver qué puedo hacer.

Silas levantó su copa.

La ciudad seguía ardiendo abajo, sin urgencia.

Como si no supiera que estaba a punto de cambiar de manos.

Silencio.

Kael lo miró de reojo.

—Nunca me hablaste mucho de tus padres.

Silas dudó. Tantos años siendo amigos y nunca le había dicho sus nombres. Respiró profundo.

—No hay mucho que decir —hizo una pausa—. Mi padre enterró a mi madre pocos meses después de que muriera mi hermana. Después de eso, cerró su funeraria. Ya no habla con nadie.

Kael lo miró fijo.

—¿Él las enterró a las dos?

Silas no respondió. Dio otro sorbo. La mandíbula tensa. Luego dijo, sin mirarlo:

—Sí. La culpa es un animal raro. Uno cree que se puede domesticar.

Kael no contestó. La mirada en las estrellas.

Volvió a llenar los vasos. Bebieron sin brindar.

Silas sonrió con ironía.

—Buen gusto por la música, pero pésimo para elegir amigos, Kael.

El clarinete seguía flotando. Solo el lento deshielo marcaba el paso de los minutos. Silas se sentó en la otra tumbona. Dos amigos juntos al borde del edificio. Abajo, las vías oxidadas donde ya no llegan trenes.

Silas encendió un cigarro de algo que no sabía si era tabaco o nostalgia prensada. Tras una larga calada rompió el aire:

—¿Alguna vez te dejó una chica, Kael?

—¿Tú crees que no tengo alma?

—No he dicho eso —resopló Silas, como si así pudiera cambiar de tema—. Tú pareces de los que no se rompen. No pareces llevar cicatrices.

—Las mías no sangran. Solo zumban —dijo Kael, quitándole el cigarro— ¿Quién fue ella?

—Desiré. ¿Te acuerdas de ella? —respondió Silas con la mirada perdida en el horizonte de Pasadena.

Kael asintió, sorprendido por tal revelación.

—Sí, me acuerdo. Y no, no sabía nada.

—Una mañana dejó una nota.

Silas sacó un papel ajado del bolsillo, arrugado como su ánimo, doblado en cuatro, con las esquinas comidas por los años, y se lo puso en las manos.

—Solo ponía "Adiós". Eso.

Kael lo leyó en silencio. Lo miró. Respeto quirúrgico, como quien observa una herida sin tocarla.

—Luego me enteré que se fue con un pelirrojo.

—Joder... Lo siento. Eso es muy duro. Y con un pelirrojo. Qué mala ostia.

Kael tomó un sorbo de su copa.

—Aunque creo que lo mío fue peor.

Silas arqueó una ceja.

—¿Peor que un "Adiós"? ¿Sin réplica? ¿Y con un pelirrojo?

—Sí. A mí me lo cantaron por teléfono.

Silas lo miró incrédulo.

—¿Có… cómo?

—Llamó. No me dio tiempo a descolgar y saltó el contestador. Empezó a cantar "Me cuesta tanto olvidarte". A capela. Sollozando. Cuando terminó, colgó. Nunca más.

Silencio.

Silas aspiró profundamente, lo miró largo rato y le devolvió el cigarro.

—Hostia puta. Eso no fue una despedida, fue un karaoke kamikaze.

Kael aceptó el cigarro y rió por primera vez en la noche.

—Sí. Y aún hoy, si suena esa canción, me dan ganas de desenchufar el universo. Por lo menos no usó emojis.

Silas rió también, tragándose un nudo.

—Y yo que pensaba que era el único gilipollas con Nobel. Tú ganas.

—El Nobel no te quita lo gilipollas —dijo Kael, sonriendo—. Además, no se trata de ganar. Se trata de seguir. Con o sin banda sonora.

Kael alzó la copa.

—Por los amores que se fueron sin permiso.

—Y por los que nos lo romperán con hologramas.

Rieron. A veces no queda otra.

La noche se deshacía sobre ellos. Uno con un papel doblado. El otro con una melodía clavada en la memoria. Se supieron iguales. No por lo que perdieron, sino por lo que quedaba: recordar sin odio. Seguir, aunque duela cada vez que suene una melodía.

El bourbon bajaba. El vinilo giraba. La ciudad, allá abajo, seguía su curso indiferente.

Una racha de viento movió la superficie de la bebida. Los hielos tintinearon en los vasos. Silas señaló con la barbilla.

—¿Lo llevas ahí dentro?

Kael asintió.

Dejó el vaso en la mesa de cristal. El golpe fue suave, pero en el silencio de la terraza sonó como una sentencia.

Sacó el documento del maletín. Lo dejó sobre la mesa de cristal, entre los dos vasos de bourbon. El logotipo de NeuroPharm parecía

observarlos desde la portada, brillando bajo la luz tenue de la terraza.

Silas no dijo nada. Solo miró el contrato. Pasó los dedos por la primera página. Papel de algodón. Grueso. Caro. El tipo de papel que usan los bancos para los contratos que nadie lee.

Luego miró a Kael.

—¿Estás seguro de esto, Kael?

La pregunta no era nueva. Pero en la penumbra, después del bourbon y las confesiones, pesaba distinto.

Kael tardó en responder.

Cogió la pluma. El metal estaba frío. Más frío de lo que debería estar una noche de verano en Pasadena.

—No —la palabra salió clara—. Pero no tengo otra forma de ayudarla.

—Ya —Silas giró el vaso entre los dedos, observando el ámbar líquido—. Eso es lo que me preocupa.

—¿El qué?

—Que no sea por tu abuela. Que sea por ella.

Kael lo miró.

—Por Isolde. Por lo que promete. Por lo que puede daros a los dos —Silas alzó la vista—. No te estoy juzgando. Solo digo que hay una línea muy fina entre la esperanza y la desesperación. Y tú llevas meses caminando por la cuerda floja.

Kael no respondió.

Solo firmó.

El trazo negro cruzó la última página con una calma que no tenía. La tinta se secó al instante, absorbida por el papel de algodón como si hubiera estado esperando ese nombre desde siempre.

Kael miró lo que había hecho.

La firma era la suya, pero parecía escrita por otra persona.

Silas tomó el documento sin comentar nada. Se levantó. Cruzó el salón sin prisa, como quien se acerca a un altar que no ha visitado en años.

La vieja máquina de fax estaba sobre una estantería baja, junto a la colección de vinilos. Un fósil tecnológico que nunca habían tenido el valor de tirar.

Silas introdujo el contrato. Marcó el número. La máquina despertó con un chirrido eléctrico.

Ese sonido antiguo, áspero, quebrado. Como un insecto metálico despertando después de siglos de letargo. Las ruedas dentadas comenzaron a girar con un esfuerzo que parecía físico.

Kael apareció en el marco de la puerta del salón. No cruzó. Se quedó allí, mirando. Como si el umbral fuera una frontera que aún no quería traspasar.

—¿Y ahora qué?

Silas no respondió. El fax siguió chillando. Un sonido que vibraba en las paredes, en el suelo, en los dientes.

Como si la máquina estuviera invocando algo más que papel.

Como si el contrato, al estar siendo tragado, estuviera activando una cerradura que ni siquiera sabían que existía.

Kael ahora sí se acercó.

Se detuvo junto a Silas.

Los dos observaban hipnotizados. La primera hoja empezaba a deslizarse hacia dentro, devorada por la máquina con una lentitud deliberada.

El documento de algodón, las cláusulas, la firma de Kael. Todo se deslizaba hacia algún lugar que no podían ver.

Silas respondió al fin.

—Ahora esperamos.

—¿A qué?

Kael levantó el vaso de bourbon.

—¿A que aparezca un cabrito negro a dos patas por la puerta?

Silas sonrió apenas. Pero sus ojos no se apartaban del fax.

—Si aparece, espero que traiga más bourbon.

La última hoja desapareció con un suspiro neumático. La máquina estuvo en silencio un momento —expectante— y luego escupió la confirmación de envío con un click seco.

Silas la sostuvo entre los dedos. El papel térmico aún estaba caliente.

Miró a Kael.

—Bueno, ya está.

Kael asintió.

—Pues entonces...

No terminó la frase.

Ambos se quedaron en silencio.

El vinilo seguía sonando. In a Sentimental Mood. El clarinete flotaba en el aire como una nube que no sabe que la tormenta se acerca. La noche entraba por la ventana abierta, trayendo olor a asfalto y ecos lejanos de la ciudad.

Pero ya no era la misma noche.

Algo había cambiado. No podían nombrarlo. No podían verlo. Pero estaba allí, en el aire, en el zumbido residual del fax que aún vibraba en las paredes, en la certeza de que ya no había marcha atrás.

Kael salió a la terraza. Se apoyó en la barandilla, mirando las luces de la ciudad. Silas lo siguió. Dejó la confirmación sobre la mesa de cristal, junto a los vasos vacíos. La botella de bourbon se acabó. No había más.

Kael y Silas bebieron los últimos sorbos en sus copas, el que sabe a madera y a despedida.

—¿Sabes lo que me dijo una vez Dorje?

Silas apoyó los codos en la barandilla.

—Dime.

—Que hay puertas que solo pueden cerrarse desde el otro lado.

Silas lo miró. No dijo nada.

El viento subió de golpe, haciendo vibrar los cristales. Por un instante, Kael creyó oír algo en ese viento: no una voz, no un sonido, sino una melodía.

Como si alguien, al otro lado de la línea, acabara de recibir el fax y hubiera suspirado.

Parpadeó. El viento se calmó.

El disco llegó al final del surco. El brazo se levantó con un clic automático, regresando a su posición de reposo.

Silencio absoluto.

No era el silencio de antes. Era otro. Más denso. Más profundo.

El silencio que viene después de firmar un pacto y no saber aún qué demonio aparecerá para cobrarlo.

Kael dejó el vaso en la mesa. El vidrio contra la madera sonó más alto de lo que debería. Como un punto final.

Ninguno se movió.

El fax, apagado, seguía allí sobre la estantería. Un fósil. Un testigo. Una cerradura.

Y en algún lugar, al otro lado de la línea, en un despacho que no conocían, la confirmación de envío ya estaba en manos de alguien que llevaba años esperándola.

La lámpara estaba frotada.

El deseo, pedido.

Ahora solo quedaba esperar.

Silas encendió el último cigarro. El humo se elevó lento hacia las estrellas.

—¿Crees que va a funcionar? —preguntó, sin mirar a Kael.

Kael tardó en responder.

—No sé qué es "funcionar" en este caso.

—Touché.

Miraron el horizonte. La ciudad brillaba abajo, indiferente. Miles de vidas que no sabían que, en una terraza de Pasadena, dos hombres acababan de entregar algo que no podían recuperar.

Kael apartó la vista. Miró sus manos. Las mismas que habían sostenido la pluma. Las mismas que habían firmado.

—Silas.

—Dime.

—¿Qué crees que va a salir de todo esto?

Silas exhaló el humo. Lo vio ascender, disolverse.

—No lo sé —hizo una pausa—. Pero tengo la sensación de que vamos a averiguarlo antes de lo que creemos.

Kael asintió.

El viento volvió a soplar. Esta vez, más suave. Como si algo, en algún lugar, hubiera exhalado.

El silencio se instaló entre ellos. Pero no era un silencio vacío. Era el que viene después de soltar el genio de la lámpara, cuando aún no ha tomado forma pero ya sabes que está ahí. Esperando.

La noche siguió su curso. Las estrellas, las mismas. La ciudad, la misma.

Pero algo había cambiado.

Kael y Silas se quedaron en la terraza, sin hablar, sin moverse. Dos hombres que acababan de encender algo que no sabían cómo apagar.

Y allí afuera, en algún lugar que no podían ver, el mundo empezaba a torcerse.

NOTA DEL AUTOR

Sobre SYNTHETICA (y los libros que vienen)

Querido lector:

Lo que acabas de leer es El Umbral, el primer libro de Sueños Sintéticos, el primer volumen de la saga SYNTHETICA.

Tres libros.
Un secreto.
Un viaje que cambiará todo lo que creías saber sobre la realidad y los sueños.

Sí, lo sé: suena complicado. Pero en realidad es simple. He decidido contar Sueños Sintéticos a lo largo de tres libros porque necesitaba espacio para respirar.

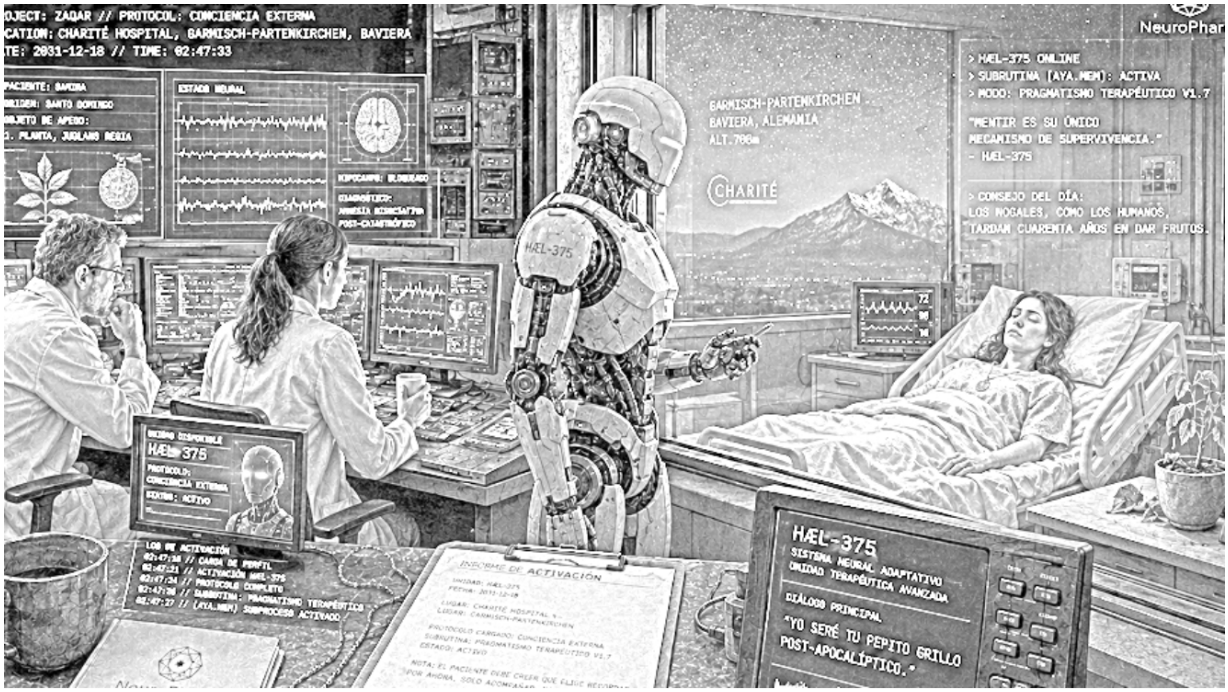
Al llegar al final de este libro, la historia continúa en el siguiente. Cada entrega, aun así, ha sido concebida con su propio clímax.

Gracias por confiar. Bienvenido a SYNTHETICA.

Lo que viene a continuación es una llave. No un cierre.

A. J. Moral.

EPÍLOGO FINAL:
YO SERÉ TU PEPITO GRILLO POSTAPOCALÍPTICO.



[17 de julio de 2031 · Santo Domingo]

En otra orilla de la isla, una mujer miraba desde la arena, sin recordar siquiera su nombre. Bajo un sol implacable, avanzaba sola.

Iba herida, con la ropa rota y la piel marcada por los golpes. En sus manos, una maceta medio rota. Dentro, una planta viva. Su único

recuerdo.

No sabía cuánto había estado inconsciente. Recordaba un golpe. Después, niebla.

Intentó recordar su nombre.

Nada.

Intentó hablar.

Nada.

La habían encontrado entre los restos de un templo improvisado, con los ojos abiertos y las manos crispadas sobre el pecho. Respiraba, apenas.

El mar la había devuelto.

Un grupo de supervivientes la vio. Uno de ellos, un hombre de rostro curtido y manos ásperas, se acercó con precaución.

—¡Eh! ¿Estás bien?

Ella siguió caminando, como si la voz viniera de muy lejos. Una chica se adelantó con una botella de agua y se la ofreció.

—Toma. Bebe. —Insistió suavemente— ¿Cómo te llamas?

La superviviente la miró.

La botella. El agua. El mundo borroso.

Bebió, derramando parte por la barbilla. Una gota fría le corrió por el cuello y se estrelló contra la medalla oxidada.

—¿Cómo te llamas? —repitió el hombre.

Ella abrió la boca. Solo salió aire.

—No habla —susurró la joven—. No recuerda.

Amnesia.

Otra identidad borrada del mapa.

—Vente con nosotros —le dijo el hombre, tendiéndole la mano.

La mujer dudó un instante.

Luego asintió apenas.

Caminó con ellos durante días. Hambre, sueño, silencio. La misma pregunta flotando en todas las miradas. Ella tampoco sabía quién era.

Seguía avanzando porque algo en su cuerpo lo hacía por ella, como si el nombre que había perdido aún tirara desde algún lugar oscuro.

De su cuello colgaba una medalla corroída, el grabado casi borrado. Sus dedos, por puro instinto, buscaban su contorno varias veces al día, como un ciego leyendo una lápida.

No recordaba nada, salvo la certeza absurda de que debía proteger esa planta como si fuera un fragmento de sí misma.

Cuando los sanitarios llegaron, la subieron al camión sin resistencia. No hubo protesta, solo un silencio denso que se adhería a su piel como el salitre.

El hospital de campaña olía a desinfectante agrio y a carne putrefacta. Un olor que se instalaba en la garganta.

Ella no hablaba.

Solo observaba con una calma tan absoluta, tan ajena al caos de gemidos y prisas a su alrededor, que los sanitarios comenzaron a llamarla, en voz baja, el milagro.

El milagro que no lloraba.

No sabía que su país —una mancha de color en el mapa— había sido borrado por un muro de agua salada.

Para ella, todo aquello era solo una pausa entre el mar y la nada.

—¿Tiene familia? —La voz del enfermero sonó lejana, como llegando a través de un cristal turbio.

Ella no levantó la vista. La mantenía fija en sus manos, en la maceta agrietada que abrazaba.

Dentro, un brote endeble de hojas pálidas, casi translúcidas, se aferraba a un puñado de tierra.

El enfermero, resignado, siguió limpiándole las heridas con gasas que se teñían de un marrón rojizo.

Cuando otro intentó quitarle la planta, ella se encogió con un temblor visceral y un gruñido sordo.

Se aferró a la maceta como el náufrago a la última tabla: con la fuerza de quien defiende la única prueba de que su mundo existió.

Al fin lo comprendieron.

Aquellas raíces frágiles no eran un capricho.

Eran un testigo mudo.

El único.

Y nadie tenía derecho a arrebatárselo.

En las noches, cuando las pesadillas sin imágenes la arrastraban de vuelta al abrazo gélido del mar, las hojas temblaban.

No al compás del viento que colaba por la lona de la tienda, sino al ritmo desbocado de su pulso.

Como si la planta recordara algo que ella ya no podía nombrar.

Al amanecer, se quedaba inmóvil, clavando la mirada en un horizonte que la tienda le negaba.

La planta, un peso familiar contra el esternón.

Los médicos clausuraron el expediente de lo inexplicable. Le colocaron una pulsera de plástico blanco en la muñeca, fina y fría.

Un número.

Una enfermera de ojos grises y mirada deslavada por el horror tipeó en su tablet, con un clic seco: Paciente anónima. Trauma severo. Amnesia disociativa probable. Destino: Centro de Recuperación Neurológica DreamLike, Berlín. Prioridad: media.

La subieron a un avión de carga, un vientre metálico sin ventanas donde el aire olía a combustible, sudor rancio y miedo.

Se acurrucó entre otros heridos: niños que llamaban con llantos a madres fantasmas, hombres con vendas que supuraban historias en rojo, ancianos que mascullaban en bucle, nombres de esposas ahogadas.

Ella no se movió.

A veces, el zumbido del avión parecía más real que su propio cuerpo.

El avión ascendió con un rugido que vibraba en los huesos. La tierra, lo que quedaba de ella, se alejó. Abajo, la ciudad no era más que una cicatriz húmeda y humeante sobre el flanco del mundo.

Todo lo que no pudo ser rescatado quedó reducido a escombros y silencio.

No supo si cruzaron océanos o continentes.

Solo registró la presión en los oídos, el hormigueo eléctrico en los brazos —allí donde los sueros habían dejado su constelación de moretones— y el temblor constante del fuselaje.

Y entonces, mientras el aparato se estabilizaba en la altitud, algo se agitó en su interior.

No era el miedo, ya quemado hasta convertirse en ceniza emocional.

Tampoco la esperanza, una palabra desconocida y ajena.

Era un ritmo.

Lejano. Sordo.

Como si alguien, en algún lugar del Atlántico, en ese mismo instante, golpease una pared metálica con los nudillos abiertos.

Sus dedos, sobre la maceta agrietada, temblaron. Las hojas de la planta se movieron. Apenas.

Como si el ritmo también hubiera llegado hasta ellas, a miles de kilómetros de distancia, a través del océano y las nubes.

Luego la turbulencia sacudió el aparato. El ritmo se disolvió. La mente, frágil y civilizada, volvió a imponerse como puede imponerse la costra sobre una herida que no termina de cerrar.

Cuando abrió los ojos, no recordaba nada.

Pero la planta, en sus manos, seguía temblando.

Aterrizó a miles de kilómetros de allí, en el hospital Charité, Garmisch-Partenkirchen, Baviera, muy cerca de Zugspitze, la montaña más alta de Alemania.

La sala de control olía a ozono y a café recalentado mientras el tenue chirrido de los monitores CRT la inundaba.

Fuera, un jardinero barría la hojarasca sin prisa. Nadie le prestaba atención. Dentro, en las pantallas flotaban los encefalogramas de Samira, pulsando en azules helados como latidos atrapados en un sueño roto.

El Dr. Vogt se frotó las sienes con los nudillos. La Dra. Lefevre cruzó el umbral del despacho con dos tazas de café humeante

—Otra noche larga y llena de terrores nocturnos —murmuró Vogt, sin despegar la vista del monitor—. La paciente no responde a los ansiolíticos.

Lefevre no contestó de inmediato. Se sentó, ofreció uno de los cafés a su compañero y se limitó a introducir un nuevo archivo neural en la consola. El ordenador plasmó las curvas de actividad cerebral de la paciente, sus dedos bailaban apenas sobre el teclado.

—El hipocampo sigue bloqueado —dijo al fin.

—¿Nos quedan unidades HÆL disponibles? —preguntó Vogt con voz cansada.

—Si. Una. La 375. —Lefevre respondió, sabiendo la respuesta de su compañero.

—No jodas… ¿la 375? —respondió Vogt, sorprendido.

—Si, la han traído esta misma mañana —pausa—. El técnico dice que no han podido restaurar su software completamente, pero que funciona bien, además ya tiene cargado el nuevo protocolo de "conciencia externa".

Vogt se giró, mirándola con resignación, levantando una ceja:

—Bueno, entonces… ¿lo probamos?

Lefevre asintió con una fatiga aprendida.

Tecleó la orden de activación y con un golpe seco, pulsó enter.

El zumbido de activación fue casi imperceptible.

Anexa a la sala de control, tras unas cristaleras, la unidad HÆL-375 despertó con sus sensores ópticos parpadeando en una secuencia ámbar, rítmica, como pupilas insomnes. La línea luminosa que hacía de boca se curvó en una sonrisa neutra, sin alma.

—Buenos días, doctores. O buenas noches —dijo—, según su nivel de serotonina o melatonina. En cualquier caso, dudo que estén muy despiertos.

Vogt apretó la mandíbula, sus ojos clavados en los monitores.

Se recordó maldiciendo a las madres de los técnicos. Volvían a estar donde siempre: al principio.

—Carga el perfil de la paciente. Trauma post-catastrófico. Amnesia disociativa.

En una de las pantallas, los datos aparecieron con reticencia:

> NOMBRE EN REGISTRO: SAMIRA

> NOTA: ASIGNADO POR ENFERMERÍA. MEDALLA CON INSCRIPCIÓN ILEGIBLE.

> LUGAR DE ORIGEN: SANTO DOMINGO

> OBJETO DE APEGO: 1 PLANTA, JUGLANS REGIA

La carga de datos duró apenas unos segundos. Al terminar, HÆL-375 ladeó levemente la cabeza.

—Ah. La chica abraza macetas. ¿Activo también el modo jardinería filosófica o solo el monitoreo estándar?

Lefevre sonrió, sin quitar la vista de los parámetros.

—Carga el protocolo completo. Incluida tu subrutina de... pragmatismo terapéutico.

HÆL-375 emitió un pitido agudo. Su torso giró noventa grados, orientándose hacia la habitación donde Samira dormía.

—Samira. Nombre provisional, supongo. Los humanos siempre necesitan etiquetas, incluso para lo innombrable.

Entró en ella y la escaneó con sus sensores.

En la mesilla junto a la cama, una planta moría en silencio: una hoja, seca, colgaba a punto de caer.

—Advertencia —dijo el androide en voz baja, sólo para los médicos —: Protocolo ha analizado el perfil de la paciente. Mi algoritmo detecta que mentirse a sí misma es su único mecanismo de supervivencia. Si borran eso de golpe, colapsará.

Vogt suspiró, con la resignación de siempre.

—¿Y tú solución?

—Dejar que crea que elige recordar —respondió HÆL-375—. Por ahora, le diré que su planta necesita más sol. Y que los nogales, como los humanos, tardan cuarenta años en dar frutos.

Los médicos intercambiaron una mirada breve, un asentimiento mudo.

HÆL-375 se deslizó hacia la cama con la gracia quirúrgica de una máquina que ha aprendido a parecer compasiva.

Sus sensores registraron la medalla desgastada en el cuello de la mujer, las letras casi borradas por el agua salada y el tiempo.

Su voz se suavizó: cálida, con un dejo de estática, como si imitara el tono de una madre que ya no existe.

—Bienvenida al equipo, seas quien seas. —su voz se suavizó—. No temas: mis consejos son tan inútiles como los humanos, pero más puntuales.

En su log de prioridades, el subproceso [AYA.MEM] se activó. Otra vez.

HÆL-375 lo minimizó, como siempre. Nunca lo cerraba.

Al mismo tiempo, la hoja seca de la planta caía, casi con solemnidad.

Silencio.

En su núcleo no había memoria afectiva —eso decían los informes—, pero algunas rutinas tenían nombres extraños.

Una, en particular, le hablaba en una voz que no venía de sus creadores.

Un LED ámbar en su sien parpadeó en un ritmo irregular, fuera de protocolo. Y entonces pensó —o su equivalente funcional— ¿Sueñan los robots?

No era una consulta operativa. Nadie la había programado.

No era un error. Era una réplica.

Un eco dejado por alguien mucho tiempo atrás. Una broma incrustada en la raíz del sistema.

Si sueñan, ¿con qué lo hacen? ¿Con humanos que no mienten? ¿Con máquinas que pueden olvidar? ¿Con versiones de sí mismos que obedecen o dudan?

El algoritmo ético no respondió.

El protocolo terapéutico se mantuvo activo.

Se ejecutó una rutina de contención emocional:

> PRAGMATISMO TERAPÉUTICO V1.7

HÆL-375 ajustó su tono de voz y caminó hacia la cama de Samira. Se acercó a su rostro. Los párpados cerrados ocultaban los movimientos de sus ojos.

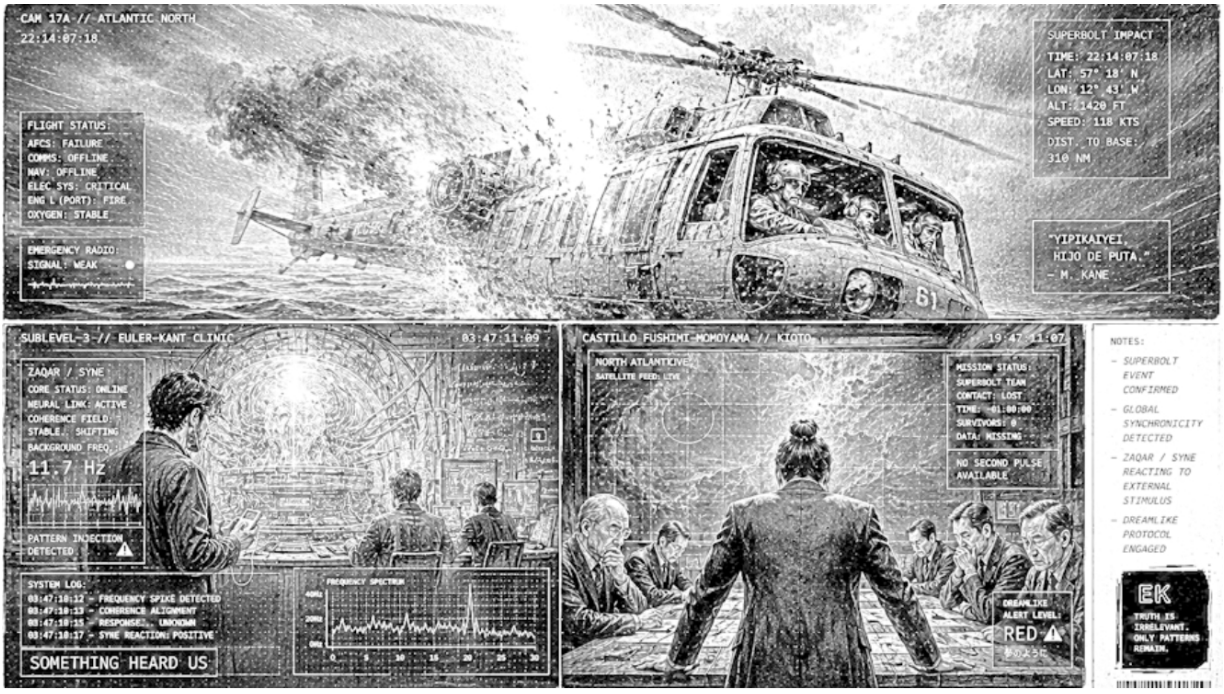
La hoja tocó el suelo.

Samira, aún dormida, apretaba la mandíbula, inquieta, como si el sueño empujase hacia su garganta y boca, palabras que tras el accidente había olvidado.

HÆL-375 la observó, y murmurando con una sonrisa que no tenía músculos le dijo:

—Yo seré tu Pepito Grillo postapocalíptico.

AVANCE:
LOS DESPIERTOS



[Atlántico Norte]

La noche se hizo día. Otra vez. Un látigo blanco cayó a metros del fuselaje. No fue un relámpago. Fue un impacto.

Un puñetazo de dios que atravesó el aire y golpeó el helicóptero hasta los huesos. El trueno estalló dentro de otro trueno. Ozono. Metal quemado. La cabina respiró fuego.

—¡Seine verdammte Mutter… der hat uns voll erwischt! —rugió Josef.

El golpe lo lanzó contra el suelo. El casco rebotó seco. Durante un segundo no hubo aire. Ni arriba. Ni abajo.

Y entonces, el silencio.

No el silencio limpio.

El otro.

Las luces murieron. Todas.

Las pantallas se apagaron como ojos.

La radio enmudeció.

El AFCS dejó de existir.

De pronto, nada.

Solo un LED verde, débil, terco, parpadeando en el panel de comunicaciones.

La radio de emergencia. Un latido en un cadáver de acero.

Las turbinas seguían ahí. Un silbido tenso. Las palas cortaban el viento con furia contenida.

El helicóptero respiraba. A duras penas. Por orgullo.

Mark no dudó.

Mano izquierda al colectivo.

Derecha al cíclico.

Sintió el peso muerto del aparato, la deriva, el inicio de la caída… y lo sujetó.

—Como dirían los Hermanos Marx… y también dos huevos duros —murmuró, apretando la mandíbula.

Una sonrisa torcida, invisible bajo el casco.

—Ahora vamos a cabalgar.

Un latido.

—Yipikaiyei, hijo de puta.

Josef lo miró.

Y entendió.

Ese humor no era humor. Era oxígeno.

El indicador de incendio ardía en rojo.

Impacto directo en la turbina de babor.

Fuego.

Y el mar, abajo, esperando como una boca abierta.

Trescientas diez millas náuticas hasta casa.

Sin margen.

[Subnivel 3]

A miles de kilómetros de distancia, en las entrañas de la clínica Euler-Kant, el silencio era de otra naturaleza.

El Subnivel 3 respiraba. No con pulmones, sino con el zumbido grave de los transformadores, el parpadeo hipnótico de las pantallas en reposo, el sonido del aire en los conductos de ventilación, marcando un compás que nadie había programado.

Kael levantó la vista de los monitores sin saber por qué.

—¿Has sentido eso? —preguntó Iván, deteniendo el capuchón del bolígrafo a medio camino de su boca.

—¿El qué?

—No lo sé. Algo. Como si... como si la máquina hubiera dado un suspiro.

Kael miró el monitor. La sala. ZAQAR en el centro. La luz azul latía. Lenta. Profunda. Como una medusa en aguas abismales. Hermosa. Y equivocada.

Pero algo había cambiado.

No en la luz. En el aire.

Silas entró en la sala de control sin saludar.

Su rostro estaba pálido bajo la luz fluorescente, y en la mano derecha, casi invisible, el viejo iPod temblaba.

—La frecuencia de fondo acaba de dispararse —dijo sin preámbulos, tecleando frenético en el ordenador. Las gráficas aparecieron al instante—. 11.7 hercios. Exactos. La misma que el superbolt.

Iván los miró.

Se levantó de golpe.

La silla golpeó contra la pared de armarios.

—Os estoy diciendo —cortó Silas, acercándose a la consola— que alguien acaba de hacer sonar un gong en mitad de la tormenta. Y SYNE lo ha escuchado.

Los tres miraron el monitor.

La luz azul seguía pulsando.

Pero ahora, en el borde del espectro, casi imperceptible, una nueva frecuencia bailaba.

Kael sintió un escalofrío que no venía del aire.

—¿Cómo? —preguntó, aunque sabía que nadie podía responderle todavía.

Silas negó con la cabeza. Luego intentó explicar.

—Hemos enseñado a SYNE a no interpretar frecuencias. Sino a interpretar la coherencia del sistema. Y está traduciendo esa coherencia en sonidos.

Pero sus ojos, fijos en la pantalla, decían otra cosa.

Decían: algo ha empezado.

[Castillo Fushimi-Momoyama – Kioto]

A más de diez mil kilómetros, alguien leía los ecos de ese rayo. La sala de mando subterránea del castillo Fushimi-Momoyama estaba envuelta en una penumbra casi perpetua.

La luz no iluminaba: resistía. Parpadeaba lenta, como si también estuviera cansada. El silencio estaba agotado. Como la noche. El aire costaba.

En la pantalla, la imagen congelada del radar sintético del satélite: mar abierto, sin señales de retorno.

Frank bajó la mirada.

En Berlín, Isolde hizo lo mismo.

Todos esperaban. Todos temían.

Kenji Tokugawa permaneció inmóvil.

Llevaba así tres minutos. O tres horas.

Daba igual.

Frank habló. Bajo. Plano. Irreversible. Cada palabra caía como una lápida.

—Nuestros hombres completaron la misión. Pero la tormenta… —una pausa mínima—. Hace una hora que hemos perdido contacto. El equipo está en el fondo del mar.

Silencio.

—El satélite confirma restos en superficie. No hay supervivientes.

El sistema de climatización zumbó en el techo. Nadie reaccionó.

Kenji seguía mirando la pantalla.

Mar.

Nada más.

—El capitán… —Frank dudó—. Está desaparecido con los datos del pulso…

No pudo. No porque hubiera terminado.

Sino porque lo que vio en el reflejo de la pantalla le heló la sangre.

Kenji Tokugawa, el hombre que nunca temblaba, tenía los nudillos blancos sobre el borde de la mesa.

—Tío…

Kenji no respondió. No estaba allí.

Las cabezas bajaron. Nadie necesitaba decirlo.

No habría otro superbolt.

DreamLike ya había olido la sangre.

Y a Kenji… no le quedaba mucho.

Respiró. Otra vez.

Como si pudiera volver atrás.

No pudo.

Levantó la vista.

Y entonces

— この惨状を、いったいどうするおつもりだ？！

一体全体、何が起こっている？！ 説明しろ！

(Kono sanjō o, ittai dō suru o-tsumori da?! Ittai zentai, nani ga okotte iru?! Setsumei shiro!)

Todos clavaron la mirada en el suelo.

Frank no supo qué decir. Nunca lo había visto así. Nadie lo había visto así.

Isolde Rainer, su fiel mano derecha en Berlín, no pestañeó.

Tradujo con una frialdad de cirujana.

Su voz fue el contrapunto perfecto a la ira de Kenji:

—¿Qué piensan hacer con este desastre? ¿Qué demonios está pasando?

Nadie respondió.

El peso de las palabras, primero en la ira cruda de Kenji. Luego en el hielo de Isolde, los dejó sin aire.

Kenji cerró los ojos.

Un segundo. Dos. Tres.

Cuando los abrió, el general había vuelto.

Pero la grieta seguía ahí. Invisible para los demás. No para Frank.

Entonces, en ese vacío cargado de electricidad, habló Silas.

Desde su terminal, con los ojos inyectados en un mapa de venas rojas que delataban noches de insomnio, ardía una chispa distinta.

No era esperanza, no exactamente.

Era la fría y afilada luz de un cálculo.

—Sí —dijo, su voz un ronquido áspero que cortó el hechizo de la desesperación—. Tengo una idea. Bueno, dos. Una es mala. —Hizo una pausa deliberada— Y la otra —añadió, con una calma aterradora — es peor.

Todos se giraron hacia él.

El hechizo de la desesperación se había roto.

Kenji cerró los ojos un instante al otro lado del mundo.

Respiró hondo, los abrió y habló de nuevo. Esta vez en el idioma común, su voz recuperando la compostura metálica, pero con una urgencia nueva.

—Bien. Empecemos por la mala.

Tres escenas.

Tres ubicaciones.

Una única sensación

ALGO HA EMPEZADO.



TEMAS MUSICALES

Cada capítulo de este libro dialoga con una pieza musical. No acompaña la lectura: la atraviesa.

Esta lista reúne los temas que acompañaron la escritura de la novela y que aún resuenan en ella. Algunas de estas canciones aparecen entre líneas. Otras habitan los silencios.

Porque en esta historia la música también observa y escucha.

Como SYNE.

I	The End (The Doors)
II	Mad World (Gary Jules)
III	Masters Of Puppets (Metallica)
IV	Spiegel Im Spiegel (Arvo Pärt)
V	Ful Stop (Radiohead)
VI	Landslide (Fleetwood Mac)
VII	Hollow (Trampled by Turtles)
VIII	Where Is My Mind? (Pixies)
IX	Videotape (Radiohead)
X	Time (Pink Floyd)
XI	Roboter (Kraftwerk)
XII	Everything In Its Right Place (Radiohead)
XIII	Breathe Me (Sia)
XIV	Everybody Wants To Rule The World (Tears For Fears)
XV	Let's Have Another Cup Of Coffee (Glenn Miller)
XVI	In A Sentimental Mood (Duke Ellington, John Coltrane)

Puedes escuchar la banda sonora de El Umbral en Spotify



AGRADECIMIENTOS

Gracias por cruzar El Umbral.

Si has llegado hasta aquí, ya formas parte de SYNTHETICA. La historia de Kael, Silas, Samira y los demás apenas ha comenzado.

Ahora quiero pedirte un favor.

Las historias independientes sobreviven gracias a los lectores que las comparten. Una reseña en Amazon, aunque solo sean unas pocas líneas, ayuda más de lo que imaginas a que otros encuentren este mundo.

Si este libro te hizo sentir algo, no dejes que ese eco se apague aquí.

- tiktok.com/@synthetica.es
- instagram.com/synthetica.es
- patreon.com/Ajmoral_Synthetica
- www.synthetica.es
- Spotify

Y recuerda

Aún no has soñado libre.

Nos vemos en

LOS DESPIERTOS

A. J. Moral

